

LA MANSIÓN

Una novela de la serie IRA DEI
M. GAMBIN



Desde hace más de cien años, un misterio habita en la mansión de los Fitz-Stuart en La Laguna. Tras un incendio devastador, una nueva construcción se superpuso a la antigua, pero no desterró la huella inquietante de quienes vivieron en ella, que vuelve con más fuerza que nunca.

El inspector Galán investiga las circunstancias que rodean la muerte del último propietario, en apariencia natural. Sin embargo, no tarda en descubrir que en torno a él surgen una serie de interrogantes misteriosos que indican que las cosas no son como parecían en un inicio.

Luis Ariosto acompaña a su tía Enriqueta a la lectura de un testamento envenenado. Los herederos deben enfrentarse a un reto complicado de solventar, un quebradero de cabeza con nombre de vino a partir de una variedad muy especial de uva canaria.

La periodista Sandra Clavijo y la arqueóloga Marta Herrero se ven inmersas en la búsqueda de unas joyas desaparecidas a finales del siglo XX que las lleva de un enigma a otro, en una espiral que les conduce a un secreto oculto en lo más profundo de la vieja ciudad.

LA MANSIÓN

M. Gambín

© El Autor.
© Oristán y Gociano, S. L.

www.marianogambin.com

Primera edición: noviembre de 2017

Cubierta: Enrique Negrín

ISBN: 978-84-937850-1-7
Depósito legal: TF 1159-2017

*A mis queridos amigos Madi, Pepe,
Victoria, Juan Miguel, Carel y Marcos.*

La Laguna, 1934.

Richard Giggs tenía el sueño ligero, lo que a veces era un problema. Una alarma interna le hizo abrir los ojos, de repente, bien entrada la madrugada. Un débil e inusual resplandor se colaba a través de las cortinas del dormitorio principal de la casona propiedad de la empresa de la que era directivo, y en la que tenía su residencia de verano para evitar los calores malsanos de la capital, Santa Cruz.

Giggs se incorporó extrañado, sentía algo raro en el ambiente y se dirigió a la ventana. Percibió un leve olor a chamusquina. Corrió el visillo y miró al exterior. Lo que vio le dejó estupefacto. Un incendio se había desatado en la casa de al lado, la de Pirés, el cónsul de Portugal. Las llamas se habían extendido por la planta baja y amenazaban con ascender al piso superior en pocos minutos. Giggs pestañeó dos veces y comprobó que no se trataba de una alucinación ni de velas oscilantes debido a una corriente de aire. Los cortinajes de uno de los salones del piso principal prendieron en una llamarada que lanzó al exterior una luminosidad extraordinaria. No había duda, la casa estaba ardiendo.

Y nadie parecía advertirlo.

El irlandés se puso su bata y salió de la habitación.

—¡Manuel! —voceó en lo alto de la escalera—. ¡Manuel!

En lo que descendió a la planta baja una puerta del distribuidor se entreabrió.

—¿Señor? —un hombre semidormido se asomó al umbral.

—¡Hay fuego en la casa de Pirés! ¡Debemos alertar a los vecinos!

La somnolencia se esfumó del rostro del criado, que entró rápidamente a vestirse. Giggs se encaminó a la puerta principal de la casa y salió al exterior. Notó la temperatura nocturna bastante agradable. No hacía frío y tampoco viento. Le llamó la atención el silencio absoluto del entorno. Ni siquiera se escuchaban los omnipresentes grillos del verano.

—¡Fuego! —comenzó a gritar mientras se acercaba a la casa vecina—. ¡Fuego!

Una luz se encendió en una de las casas cercanas del camino de San Diego. Giggs siguió gritando hasta que Manuel llegó corriendo a su lado.

—¡Dios mío! —exclamó al contemplar la luz que emitían las llamas a través de los ventanales de la planta baja—. ¿Estará dentro el cónsul?

Giggs buscó un par de guijarros y los lanzó contra una de las ventanas de la planta superior de la casa. El segundo acertó y rompió el cristal. Giggs conocía la mansión de su vecino y sabía que

allí estaba el dormitorio de Pirés. No hubo reacción dentro de la casa.

—¡Pirés! ¡Pirés! ¡Hay fuego en la casa! —gritó con todas sus fuerzas.

El olor a quemado invadía el ambiente y el calor que emanaba del incendio aconsejaba no acercarse más a la casa.

Las luces de las casas colindantes se encendieron y varios vecinos salieron a la calle.

—¡Que alguien avise a la guardia! —exclamó uno de ellos.

Giggs advirtió, impotente, que las llamas habían alcanzado el piso superior. Aquel caserón de dos plantas construido de madera se convertía ante sus ojos en una pira gigantesca a toda velocidad.

—¿Alguien sabe si el cónsul está dentro de la casa? —preguntó el irlandés a sus vecinos.

—Yo lo vi entrar esta tarde —respondió uno de ellos, aturdido por el espectáculo que estaba presenciando—. Llegó con esa mujer mulata, la que es brasileña.

Giggs negó con la cabeza. ¿Cómo era posible que Pirés no hubiera detectado el peligro? El olor a humo ya lo invadía todo.

—¡Hagamos una cadena con cubos de agua! —dijo Manuel—. ¡Que el fuego no se propague a las demás casas!

En un instante los vecinos se dirigieron a sus casas a buscar cubos y agua. Giggs se quedó un momento solo frente a la bola ígnea en que se había convertido la casa de su vecino. No creía que hubiera peligro de que el incendio se extendiera a las viviendas colindantes. En aquel barrio las casas estaban separadas unas de otras a bastante distancia, rodeadas de pequeños jardines o huertas.

Las campanas de la iglesia de La Concepción comenzaron a repicar y los primeros guardias urbanos hicieron su aparición. Los vecinos se organizaron y comenzaron a baldear el entorno de la casa ardiente con cubos de agua. Giggs se vio inmerso en la cadena humana que se pasaba los recipientes. Era consciente de que el esfuerzo se dirigía a proteger al vecindario antes que intentar apagar el fuego. La llegada del coche con la bomba contra incendios provocó que se relajara algo la tarea de los vecinos. Los bomberos extendieron sus mangueras y comenzaron a lanzar agua a las llamas.

Un estrépito intenso se escuchó dentro de la casa. La estructura interna se estaba viniendo abajo de modo irremediable. Con el colapso, el calor se hizo insoportable y todos dieron varios pasos atrás.

Giggs no pudo sacudirse la aprensión que le atenazaba. La casa se estaba desmoronando ante su mirada. Pero lo que más le acongojaba es que no hubiera visto movimiento alguno dentro de ella. La mansión de Pirés, con sus ocupantes dentro, se consumió en un profundo y aterrador mutismo.

Giggs no se lo explicaba. De cualquiera de las maneras en que quisiera verlo, aquello no era normal. En absoluto.

Demasiado silencio.

La Laguna, en la actualidad.

El inspector de la Policía Nacional Antonio Galán le hizo una seña con la cabeza al subinspector Ramos, y este pulsó el timbre de entrada a la casa de estilo inglés decimonónico que se erguía, como un recuerdo de otros tiempos, enclavada entre casas más modernas en el camino de San Diego.

Estaba anocheciendo y la temperatura descendía a la misma velocidad que el sol tras la sinuosa silueta de la montaña de El Pulpito, el lugar preferido del astro rey para despedirse de La Laguna en verano. Aquel día había estado despejado, toda una excepción en los meses de estío en los que las nubes bajas se adueñaban del horizonte, empecinadas en hacer olvidar a los vecinos que vivían la temporada más calurosa del año.

Las luces de la calle se volvían remisas a la hora de encenderse, como si quisieran aprovechar hasta el último rayo solar, cuando se abrió la puerta de la mansión Fitz-Stuart, obsequiando a la pareja de policías un rechinar de bisagras digno de una película de terror de las buenas. De las en blanco y negro. Tras ella apareció una mujer madura, ataviada de uniforme azul oscuro de servicio de hogar, con delantal blanco y pelo recogido en un moño incluido. Su tez, algo oscura, evidenciaba que en su juventud había lucido una cierta belleza que no había desaparecido por completo por el paso de los años.

—Policía Nacional —anunció Galán, un hombre bien plantado que rozaba los cincuenta en plena forma física—. Soy el inspector Galán y me acompaña el subinspector Ramos. Hemos recibido una llamada de esta casa.

—¡Menos mal que han llegado! —exclamó la doncella—. ¡No sabía qué hacer!

—¿Qué ocurre? —intervino Ramos, un tipo mayor, más bajo y ancho, que lucía pelo canoso y cara de mala leche. Un policía duro más propenso a ir directamente al grano.

La mujer desvió la mirada alternativamente de uno al otro, como tratando de decidir a quién informar.

—El señor —dijo, por fin—. No se mueve. Está arriba, en la biblioteca.

Galán se hizo una idea del asunto de inmediato.

—¿Nos permite pasar?

La mujer se echó a un lado y señaló una escalera que se erguía al frente de los policías y llegaba al piso superior en un solo tramo, largo y alto. La casa rezumaba un estilo inglés inconfundible: sus estrechas alfombras se deslizaban por los pasillos y reptaban por los

escalones, flanqueadas por paredes forradas de tela de diversos colores, bastante llamativos. Un mobiliario más que clásico a juego retrotraía a un pasado lejano, tal vez de aroma colonial.

Los policías subieron por la escalera seguidos de la asistenta. Al llegar al piso superior, descubrieron que se distribuía en cinco habitaciones: tres dormitorios, un cuarto de costura, otro de servicio y dos baños.

—La última puerta a la derecha— indicó la mujer en cuanto llegó arriba.

Galán se dirigió a la habitación principal y entró en ella. Una cama enorme de matrimonio aparecía perfectamente compuesta, con media docena de cojines desplegados en la cabecera. Frente a ella observó un tocador y una butaca estilo imperio. La colcha, el forro de las paredes, las cortinas y los cojines aparecían todos a juego con la misma tela. En la butaca descansaba el cuerpo de don Juan Fitz-Stuart Cambreleng, el dueño de la casa, con la cabeza ligeramente apoyada en el orejero derecho. Parecía estar dormido.

Ramos entró en el dormitorio y examinó el mobiliario, preguntándose el porqué de tanta igualdad en la decoración. Galán se acercó a la figura sedente y le puso dos dedos en el cuello, tratando de sentir la carótida.

—No tiene pulso —anunció.

Ramos sacó su teléfono móvil y llamó a la jefatura solicitando la presencia del forense y el envío de una ambulancia. La asistenta, temblando, se sentó sobre el borde de la cama, y emitió un largo sollozo.

Galán echó un vistazo al cadáver de Fitz-Stuart. Su rostro expelía un ligero olor a alcohol. Sobre la mesita anexa a la butaca, una pequeña copa transparente contenía unas gotas de vino oscuro en el fondo. A su lado, una botella de color verde opaco aparecía vacía. En la mano derecha el finado aferraba con fuerza un sobre de tamaño octavilla. El policía sacó unos guantes de látex que siempre llevaba en los bolsillos y se los colocó. Con sumo cuidado tiró del papel y logró liberarlo de la presa del muerto. Lo abrió y descubrió en su interior dos papeles doblados. Sacó el primero y lo desplegó. Observó que destacaba en su parte superior el membrete de un banco suizo y se dispuso a leer su contenido.

Estimado Sr. Fitz-Stuart.

Tal como nos indicó en su última carta, hemos reunido en una sola el contenido de las distintas cajas que figuran a su nombre en este establecimiento. A partir de este momento sólo podrá acceder a ella persona que aporte la contraseña correcta por usted indicada. Información que nosotros, siguiendo sus custodiaremos con nuestra proverbial discreción.

Esperamos haber cumplido su voluntad a su entera satisfacción.

Reciba nuestro más cordial saludo.

Ginebra, a 15 de septiembre del corriente.

Julius Frank.

Kantonal Bank. Director.

«¿Una caja en un banco suizo?», se preguntó Galán. En realidad, al comprobar la categoría de la casa y de su interior, tampoco era tan extraño. El señor Fitz-Stuart no debía de pasar apuros económicos, aunque no se le conocía por sus dispendios.

Galán dobló el papel de la misma manera en que estaba, lo introdujo en el sobre y sacó el otro. Era una copia impresa de la compra de un billete de avión desde Tenerife a Zurich. La fecha del vuelo era la del día siguiente.

—Me temo que el señor Fitz-Stuart no va a poder hacer ese viaje —dijo Ramos, que leía tras el hombro de Galán.

El inspector se volvió con expresión de disgusto. Ramos se encogió de hombros.

—Si tenía planeado viajar mañana mismo, el suicidio no es una opción a barajar —añadió.

Ramos acercó su nariz al vaso.

—Vino de la tierra. Canario con toda seguridad. Aunque no podría asegurar que sea de Tenerife.

Galán conocía la afición vinícola del subinspector. Era todo un experto en vinos locales.

—¿Qué opinas, Ramos? —preguntó Galán, refiriéndose al muerto.

—Pues que ese vino le gustaba. Apenas ha dejado una gota. Y que ha sido un final elegante, saboreando un buen caldo. A mí no me disgustaría morir así. De resto, tiene toda la pinta de un ataque al corazón.

—Eso parece. Esperemos a ver qué dice el forense.

La Laguna, al día siguiente.

Luis Ariosto caminaba por la calle de La Carrera y se detuvo delante del teatro Leal. Examinó la cartelera de los espectáculos que próximamente se exhibirían en el recinto. Como aficionado al arte, le encantaba la fachada ecléctica tirando a neorrenacentista de comienzos del siglo XX, tan del gusto de aquella época. Aprobó que los gerentes del local apostaran por compañías de teatro pequeñas y por algún que otro cantante de prometedora carrera. Tomó nota de la fecha de la representación de una versión de *La vida es sueño* y continuó su paseo en dirección a la iglesia de la Concepción.

El sol mañanero acariciaba su espalda y anunciaba que aquel día iba a ser más caluroso que los anteriores. Las amenazantes nubes de bruma ancladas a la pista del aeropuerto habían desaparecido y el cielo aparecía mucho más claro y azul que de costumbre.

Al llegar a la altura de la torre oscura de la iglesia se desvió a la derecha y tocó en el portero eléctrico de una de las casas antiguas colindantes, la única de color turquesa. En unos segundos, sin que mediara respuesta hablada, el incómodo sonido de la apertura de la cerradura a través de dicho artilugio le avisó de que podía entrar en la casona.

Ariosto entró, cerró la pesada puerta de madera tras de sí y se encaminó al piso superior, donde vivía su tía adoptiva Enriqueta Cambreleng.

—¿Luisito? —escuchó en lo alto—. Al entrar quítate los zapatos y ponte las zapatillas, que Fulgencia ha fregado hoy.

Ariosto, un hombre que disfrutaba de sus cincuenta y tantos, cuya buena planta negaba su edad aunque las sienas plateadas lo delataran, subió los escalones que conocía de muchos años de visitas a la casa, desde que era un niño. Enriqueta Cambreleng había sido siempre amiga de la familia y con ella había aprendido los primeros rudimentos de música, clarinete y piano, en ese orden, con mano de hierro forrada de guante de terciopelo.

Enriqueta y su hermana Adela eran muy amigas de su madre, fallecida hacía bastantes años, y ambas se habían propuesto ocupar, en lo que pudieran, el vacío dejado en la vida de Luis tras la marcha de su progenitora. Desde siempre habían sido la tía Enriqueta y la tía Adela. Una vivía en La Laguna y la otra en Santa Cruz y así pensaban seguir. Como se decían recíprocamente «nada se les había perdido en la otra ciudad».

Enriqueta era viuda de Epifanio Afonso, un profesor universitario de Historia que inculcó en Ariosto la curiosidad por las Humanidades en todas sus vertientes, y uno de los culpables de su

enorme amor por el arte. Vivía en un caserón de arquitectura tradicional canaria, balcón incluido, que hacía lustros que le había quedado grande, pero que, debido a su cabezonería, se negaba rotundamente a abandonar por otra vivienda más funcional.

Ariosto obedeció las instrucciones de su tía y se cambió los zapatos por las zapatillas puestas a su disposición y se adentró por el pasillo en dirección al salón de la casa. Estaba seguro de que a esa hora Enriqueta se encontraría allí.

La dueña de la casa se encontraba sentada en un butacón orejero de tela granate con protectores blancos de ganchillo en los reposabrazos y en el cabecero. Le acompañaban decenas de figuritas de porcelana repartidas por toda la estancia: encima del piano, mesas, aparadores y armarios con puertas de cristal, todas ellas observando con descaro a quien se adentrase en la sala.

La mujer apagó con el mando a distancia la televisión, despidiéndose de un programa de comentaristas de vidas ajenas que comenzaba a hastiarla.

—Gracias por venir, Luisito.

Ariosto se acercó, la besó en la mejilla y a continuación se sentó en otra butaca más pequeña, enfrente de ella.

—Sabes que si puedo subo a La Laguna encantado.

Enriqueta sonrió. Era una verdad a medias. Luis no podía visitarla con la frecuencia que ella deseaba.

—¿Qué tal te va con la hija de los Ramírez de Lugo? Me comentaron que te vieron con ella en el auditorio.

Ariosto la miró sorprendido.

—¿Estás hablando de Piquiqui? Si apenas la conozco. Solo coincidimos, hace meses, en el descanso de Turandot. Por cierto, muy bien interpretada por nuestra orquesta. Te puedo asegurar que solo intercambiamos un breve saludo.

Enriqueta adoptó una pose de refunfuño.

—¿Solo un breve saludo? ¿Y por qué no la abordas directamente? Estoy segura de que te atenderá con amabilidad.

Ariosto sonrió. La fijación de su tía sobre sus posibles parejas era una constante en los últimos años. Su soltería era un desafío para la mujer.

—Sabes que estoy con Antoinette. Con una mujer tengo suficiente.

—¿La francesa? Esa vive en París, y siempre está viajando. Y, por lo que me cuentas, no tiene la más mínima intención de casarse. No te conviene. Tienes que sentar la cabeza, Luisito.

Ariosto disfrutaba de una fortuna familiar proveniente de la terratenencia de propiedades en el sur de la isla, que fueron reconvertidas en los años noventa de cultivo de secano en solares para hoteles de lujo, con la consiguiente plusvalía para sus dueños, sus padres. La administración de la hacienda familiar le ocupaba una parte importante de su tiempo, aunque no todo, y el sobrante lo dedicaba a la promoción de eventos culturales y a algún que otro viaje.

—Todo se andará, querida. Me imagino que no me habrás llamado para insistir en este tema, ¿verdad?

Enriqueta hizo un mohín de fastidio, se levantó y se dirigió a la cocina.

—Vamos a tomar un poleo menta, Luisito.

Ariosto la siguió y se sentó a una mesa de madera blanca cubierta por un mantel de caladillo. La cocina aparecía revestida hasta media altura con azulejos rectangulares tan blancos como el día en que se instalaron, casi un siglo atrás. Enriqueta preparó la bebida sobre la superficie de mármol anexa a la cocina de vitrocerámica, única concesión, junto con el frigorífico, a las modernidades actuales.

Una vez hervida el agua y servida la infusión, a la que sirvieron de compañía unas galletas de mantequilla danesas, Enriqueta se sentó.

—Me llamó esta mañana temprano Alfonso Urdiales del Val, ya sabes, el notario de la avenida Trinidad.

Ariosto asintió. En La Laguna los notarios eran conocidos por todos. Enriqueta, una vez comprobó que la seguía, prosiguió.

—Me ha citado para mañana a las diez para la lectura del testamento de mi primo Juanito.

Ariosto adoptó una expresión de asombro.

—¿Don Juan Fitz-Stuart? ¿Su testamento?

—Fitz-Stuart Cambreleng, no lo olvides —sentenció—. Es de la familia. Por lo visto, tengo una pequeña participación en la herencia.

—Siempre pensé que eras un buen partido —bromeó Ariosto.

—Déjate de tonterías. La cuestión es que quiero que me acompañes. A mí esas cosas legales me dan respeto.

Ariosto hizo un repaso mental de su agenda en un segundo.

—No hay problema. Te acompañaré. ¿Y qué puede dejarte tu primo? Tengo entendido que aparte de la casa, no se le conocían otros bienes en Tenerife. ¿No tenía unos sobrinos en Inglaterra?

—Así es. Su matrimonio con aquella alemana, Renate no sé qué más, fue un desastre y el pobre no volvió a casarse tras el divorcio debido al disgusto. Sin hijos, son sus sobrinos quienes tienen todas las opciones de heredar algo. Sin embargo, Juanito era un viejo zorro. Que no frecuentase en los últimos años la vida lagunera no significa que pasara por dificultades económicas. Sé de buena tinta que tenía dinero. Aunque no sé dónde.

Ante la pose enigmática de su tía, Ariosto decidió tirarle de la lengua.

—¿Dinero? ¿Mucho?

La señora asintió levemente, casi mirando a los lados por si alguien la observaba.

—Mucho. El viejo era un tacaño, con lo que seguro que no lo ha tocado en decenios.

—Entonces puede ser una herencia interesante. ¿Sabes a quién más ha citado el notario?

—Me dijo que a los dos sobrinos, Mickey y Donald.

Ariosto se rio.

—¿En serio se llaman así? —preguntó.

—Michael Joseph Fitz-Stuart van Doom III y Donald Fitz-Stuart Lagarde IV, respectivamente. Hijos de dos hermanos distintos de Juanito, Patricio y Ruperto, que en gloria estén. Pues sí, Mickey y Donald, así siempre se les ha llamado. Se dedican al mundo del vino, como la mayoría de la familia.

Ariosto no insistió en el tema dado que su tía parecía no tomárselo a broma.

—También ha citado al Hogar Santa Rita, ya sabes, los ancianitos del Puerto de la Cruz.

—¿Una organización asistencial? —preguntó Ariosto, divertido—. Tu tío no era tan avaro como dices.

—No sé, no sé. Para mí ha sido una sorpresa.

—¿Y qué crees que te puede haber dejado?

Enriqueta sorbió la taza, comprobando la temperatura del poleo.

—No tengo ni idea. Pero seguro que no es dinero. Tal vez se trate de unos cuadernos de música que poseía.

—¿Cuadernos de música?

—Sí, de cuando recibía clases en aquella casa. Y también debe haber algunos papeles familiares.

Enriqueta se detuvo y tomó un sorbo de la bebida. Ariosto sabía que iba a decir algo más.

—Estoy detrás de un misterio que ronda a la familia de mi tío. Pero eso es un secreto.

—¿Un secreto? Cuenta, cuenta.

—¡Luisito! Si es un secreto, no se puede contar. Al menos de momento.

Ariosto enarcó una ceja ante el misterio.

—¿Y cuándo me lo contarás?

Enriqueta sonrió con malicia.

—Mañana, querido. Mañana.

La Laguna.

A la periodista Sandra Clavijo, una joven de veintitantos cuya carrera ascendía rápidamente por sus excelentes crónicas de sucesos en *El Herald de Tenerife*, siempre le habían fascinado las casonas de estilo anglosajón que existían en el camino de San Diego. Aquellas construcciones asemejaban reliquias de una época en que el imperialismo comercial británico dominaba el mundo, o casi todo el mundo. Al menos en Canarias el tráfico mercantil de exportación dependía de los hijos de la Gran Bretaña.

El vino canario, blanco y del año, se vendió muy bien en los puertos donde se hablaba inglés durante más de dos siglos. O incluso más. Luego se desarrollaron otros cultivos, más rentables en Londres, como el del plátano, una fruta exótica que se daba bien en el Archipiélago.

Aquellas mansiones fueron construidas en La Laguna por las empresas inglesas exportadoras de fruta para sus directivos destacados en Canarias. Así podrían soportar mejor los insufribles calores veraniegos de la costa de Santa Cruz, la capital comercial. Hoy día, por el contrario, muchos visitantes ingleses prefieren achicharrarse al sol, y cuanto más quemame, mejor. Y ya no buscan una mansión; con un apartamento mínimo pero con la nevera repleta de cervezas ya es suficiente para considerarlo un paraíso.

Cuando el director Núñez le encargó a Sandra la necrológica de Juan Fitz-Stuart, propietario de una de aquellas casas, a la periodista le apeteció acercarse al barrio para refrescar su memoria visual.

Le costó lo indecible aparcar el coche en las inmediaciones del camino de San Diego, una zona donde se había desarrollado la construcción de casas unitarias con jardín, algunas más suntuosas que otras, algunas más modernas que otras, pero un lugar donde todas ellas gozaban de unos veranos suaves y sufrían unos inviernos tal vez demasiado húmedos para lo que se suponía que era vivir en Canarias.

La Laguna se había convertido, al igual que Santa Cruz, en una ciudad donde era imposible estacionar los vehículos y ella, como tantos otros ciudadanos, trataba de rebelarse contra la falta de previsión municipal intentando no dejarlo en los parkings de precio prohibitivo de ambas poblaciones. En aquella ocasión tuvo éxito, aunque no contaba con tener la misma suerte la próxima vez.

Llegó a la plaza de la Junta Suprema tras recorrer la calle Silverio Alonso. La plaza, más que plaza, era una conjunción de varias calles que los caprichos de la arquitectura urbanística había

conformado en un espacio triangular, al que algún político oportunista se le ocurrió denominarlo plaza. Allí, a la sombra de dos altísimas palmeras tropicales, un drago y cuatro gigantescas araucarias, se levantaban, como pequeñas setas dada la altura de los árboles, entre otras, varias casas antiguas de estilo inglés. Sandra no conocía la razón por la que los británicos habían elegido aquel lugar para levantar sus mansiones. Desechó la idea de que lo hicieran así porque fuera el lugar más húmedo de la ciudad, donde estaba enclavada la lagunilla que dio nombre a la población, y que ese detalle insalubre les recordara las brumas del Támesis. «Seguro que fue porque el ayuntamiento no dejaba construir en otro lugar», se dijo. La cuestión era que, fuera por azar o por decreto, había allí unas cuantas casas que recordaban otros lugares lejanos.

La periodista se introdujo en el camino de San Diego, llamado así porque, desde casi la época de la conquista, comenzaba allí la senda, luego camino, que llevaba a la ermita de tal santo, lugar de peregrinación popular y más tarde estudiantil de honda raigambre en La Laguna. Dejó a su espalda la casa denominada «Las Araucarias», una encantadora villa de campo de Cornualles, o de algún lugar similar, plantada en aquel sitio, con tejadillos a dos aguas sobresaliendo del principal y un porche pleno de sabor colonial. Pasó por delante de la esquina donde se abría la puerta de acceso al caserón de los Caufield, una construcción blanca con vetas de madera oscura que asomaban al exterior intentando reflejar, a la manera anglosajona, el entramado de su estructura interna. Siguió por la vía y, tras pasar un solar que hacía las veces de jardín de la casa antedicha, llegó a la casa de los Fitz-Stuart. Más allá se levantaba un palacete modernista de balaustradas blancas, muy del gusto de los habitantes de Canarias de finales del siglo XIX y principios del siguiente, pero de otro estilo, muy francés.

Se concentró en el caserón inglés. Una torre rematada en altos ventanales se levantaba sobre una esquina de la construcción y desviaba la atención del viandante sobre ella. A ambos lados, unos tejados afilados cubrían unos salientes semicirculares provistos de estrechas cristaleras pensadas para iluminar el interior. Las cortinas aparecían corridas por completo, lo que otorgaba al edificio un aire oscuro y misterioso, casi lúgubre.

«Muy *british*, pero algo extraño, un pelín siniestro», pensó Sandra.

Lo último que esperaba era que la cancela de hierro de la entrada estuviera abierta, pero lo estaba. Apenas se apoyó en ella, la puerta cedió y la invitó a entrar. Estaba anocheciendo y las farolas no se habían encendido todavía. Miró a ambos lados de la calle y no vio a nadie. «Tal vez sea mejor así», se dijo. Entró en el jardín y cerró la puerta tras de sí. Para su sorpresa, y algo de espanto, la puerta esta vez sí se cerró con un sonoro chasquido. Sandra se giró y probó a abrirla, pero no pudo. Un escalofrío recorrió su espalda. ¿Qué hacer? ¿Volver a la calle, que era lo más aconsejable? ¿O seguir investigando, ya que estaba allí?

La periodista no detectó movimiento alguno en el jardín ni en la propia casa, que permanecía a oscuras. Un sentimiento de aprensión le surgió al contemplar las ventanas sombrías de la planta alta. «Hasta ayer vivía una persona allí. Hoy no hay nadie».

Sandra se decidió a avanzar por el jardín, cuyos árboles y setos presentaban el aspecto de necesitar una poda urgente. La casa se encontraba en buen estado, aunque una pequeña grieta aquí y un desconchón allá le daban un aire de incipiente decadencia.

Se acercó a la puerta y pulsó el timbre. No escuchó nada. «Tal vez hayan desconectado la luz»,

se dijo. Golpeó la puerta con los nudillos. La madera era de una dureza considerable. Permaneció ante el portalón medio minuto, al cabo del cual concluyó que la casa estaba vacía. Se separó un par de pasos hacia atrás y miró a las ventanas del piso superior. El interior del edificio asemejaba un pozo de oscuridad.

Resolvió dar la vuelta a la casa. Tal vez hubiera algo digno de ser contemplado. Comenzó por su derecha, giró en torno a uno de los salientes semicirculares y descubrió un drago estilizado de más de seis metros de altura que aportaba un manto de penumbra sobre aquella zona. Unos ventanales verticales daban paso a la torre, imponente y amenazadora. Unas tupidas cortinas impidieron que pudiera atisbar en el interior. Dejó atrás la torre, dobló la siguiente esquina y halló, en la parte posterior del edificio, una escalera de piedra adosada sin pasamanos que se elevaba hasta la azotea, invisible por completo desde el otro lado de la casa.

Se lo pensó un segundo. ¿Subiría la escalera? Tras comprobar que se mantenían firmes, comenzó a subir los escalones, pegada a la pared. No había barandilla y evitó mirar hacia abajo. La claridad del día se esfumaba a lo lejos y la falta de luz le urgía a terminar la visita.

Llegó al último tramo de la escalera y se encontró con una pequeña azotea y tres paredes. A su izquierda destacaba la parte trasera de la torre cuadrada, sin entradas. A la derecha, una pared simple. Y al centro, una puerta.

¡Una puerta!

Sandra se acercó y probó a girar el picaporte. La puerta se abrió. Tomó aire, tratando de sacudirse el nerviosismo. Lo que ofrecía el interior era una negrura total. Empujó el pomo hacia dentro. Entonces escuchó algo. Proveniente de las entrañas de la casa, no del habitáculo en el que pretendía introducirse, sino de un lugar mucho más profundo, más lejano, le pareció escuchar una voz tenue, casi un susurro.

«No entres».

Sandra no supo si lo había oído o era fruto de su imaginación. La casa le causaba bastante reparo. Era casi una mansión de los horrores, típica de cualquier película de miedo.

Se dijo que no podía ser presa de su imaginación. Abrió la puerta y la escasa luz del exterior proyectó un hilo de claridad sobre un suelo polvoriento y pardo.

«¡No entres!»

El mensaje llegó claro a su cerebro de nuevo. Sintió, de alguna manera, que la voz era femenina, con un acento que no pudo descifrar. La advertencia era expresa. Sandra sabía que, aunque era una buena periodista, también sufría las limitaciones propias de una persona normal y corriente. No necesitaba que le dijeran las cosas dos veces.

Dio un paso atrás y cerró la puerta. Abandonó todas las ambiciones de inspeccionar la casa que se habían apoderado de ella apenas diez minutos atrás y bajó corriendo las escaleras, sin apoyarse en la pared. Al llegar al jardín no se entretuvo y se dirigió a la salida.

«¡Corre!» —volvió a escuchar, sin saber si en sus oídos o en su mente.

Trató de no precipitarse en ese pánico que el entorno le propiciaba. Llegó a la puerta de la cancela exterior. Probó la cerradura. Seguía cerrada. No se lo pensó dos veces. Apoyó el pie en el picaporte, se impulsó y se elevó a la altura de la verja que rodeaba la casa. Pasó un pie y luego el otro por encima y, ya al otro lado, dejó caer su cuerpo ligero y delgado en la acera. El aterrizaje

fue bueno y la periodista, segura fuera del recinto, respiró aliviada.

Se incorporó y echó un último vistazo a la casa. En una de las ventanas del piso superior vio una sombra que se movía. Cuando trató de centrar la vista en la abertura, la silueta desapareció.

Sandra juraría sobre una biblia si fuera preciso que observó un movimiento dentro de la casa. La pregunta que le surgió a continuación fue la de que, ¿habría algún lugar donde tendría que jurarlo?

La Laguna.

Galán desvió los ojos de la pantalla del ordenador al escuchar unos toques en la puerta de su despacho, que estaba abierta. En el umbral se encontraba el subinspector Ramos, esperando el permiso para entrar.

—Traigo los resultados del forense —anunció—. La autopsia de Juan Fitz-Stuart.

El inspector se incorporó y con un gesto de la mano indicó a Ramos que se acercara. El fornido policía así lo hizo, dejó un sobre en la mesa y se sentó enfrente, en una de las dos sillas de plástico duro e incómodo que todos los despachos de la comisaría de La Laguna ofrecían a los visitantes.

Galán tomó el sobre y lo abrió.

—¿Lo has leído? —preguntó a Ramos.

—No he podido evitarlo —sonrió—. Yo también estoy en el caso.

Galán enarcó una ceja.

—¿Hay caso?

—Tú mismo, jefe.

Galán extrajo el informe del sobre y se dispuso a leerlo. Su ojo entrenado pasó con celeridad por la descripción física del individuo: nombre, edad, sexo, y se dirigió al diagnóstico clínico: causa directa de muerte y causa básica de muerte. En ambas leyó la frase «sobredosis de hipnótico».

—¿Un hipnótico? —preguntó en voz alta, más para sí que para Ramos—. ¿No fue un ataque al corazón?

—Sigue un poco más abajo, jefe.

Galán continuó leyendo, esta vez en voz alta.

«Con toda probabilidad Rohipnol. Posiblemente diluido en el vino ingerido en la última hora de vida».

Levantó la vista hacia su subalterno.

—Esto no parece muerte natural.

Ramos negó con la cabeza.

—Alguien le metió el Rohipnol en el vino al viejo. Al tratarse de una cantidad importante no necesitó quedarse a comprobar los resultados.

Galán terminó el resto del informe en silencio.

—Tal vez sea pronto para llegar a esa conclusión, Ramos.

El subinspector se echó atrás en su asiento.

—Es solo una hipótesis de trabajo, jefe. Pero tengo la impresión de que alguien quiso acelerar el tránsito a mejor vida del señor Fitz-Stuart.

Galán asintió.

—Ramos, mañana a primera hora quiero que hables con la criada a ver qué vino era el que estaba tomando el fallecido. Convendría analizar una muestra, sobre todo de la botella y del vaso, si es que no lo han lavado ya.

—No sé qué decirte. Esas mujeres son muy hacendosas y, vaso que ven, vaso que lavan.

—Entérate de eso, por favor —Galán se levantó y comenzó a pasear por su despacho, síntoma inequívoco de que aquel asunto comenzaba a preocuparle—. Si nos enfrentamos a un asesinato, hay que ahondar en las circunstancias vitales de la víctima. Razones por las cuales alguien quisiera acabar con su vida. —Levantó la mirada hacia Ramos—. ¿Sabemos con seguridad si tenía dinero? La casa es imponente.

—Cualquier lagunero sabe que esa familia tiene dinero, aunque no aquí, en las islas, sino fuera, en Europa. Don Juan vivía con muy poco. No salía apenas y gastaba lo justo. Y eso desde hace muchos años.

—¿Sabes si tenía familia directa?

—Por lo que he oído, tiene un par de sobrinos ingleses. Creo que es pariente de los Cambreleng, primos segundos o algo así. Creo que tú conoces a alguien de esa familia, ¿no es verdad?

Galán asintió. Le vinieron a la mente la imagen de las hermanas Adela y Enriqueta Cambreleng, tías adoptivas de Luis Ariosto, un buen amigo suyo. Ambas eran personas bien conocidas en los círculos sociales de Santa Cruz y de La Laguna.

—Vamos a coordinarnos. Tú habla con la asistente, trata de tirarle de la lengua, y busca el vino en la casa. Yo visitaré a doña Enriqueta a ver qué me cuenta. Mantengamos esto en secreto hasta que sepamos algo más. Me parece que, si en verdad es un asesinato, el culpable puede volar lejos en cuanto se airee el asunto.

Ramos salió del despacho y Galán volvió a su escritorio. Descolgó el teléfono y comenzó a teclear un número. Se sabía el teléfono de Ariosto de memoria. Contestaron al segundo tono.

—¡Amigo Galán! ¡Qué bueno recibir noticias de usted! ¿Está bien?

Galán sonrió. Ariosto siempre se empeñaba en tratarlo de usted, como a casi todo el mundo. Era excesivamente formalista y educado, sin que ello fuera incompatible con el cultivo de una amistad que duraba ya varios años. El policía hacía tiempo que había dejado de discutir sobre su costumbre en el trato, dejándolo por imposible y sin remedio.

—Me encuentro estupendamente, Luis. ¿Qué le parece si tomamos un café? Necesito consultarle un par de detalles de un caso que tengo entre manos.

—¡Ah! ¿Sí? Sabe que me encanta colaborar con la policía. ¿Me puede adelantar de qué se trata?

—Es solo un par de preguntas sobre la familia Cambreleng. Me imagino que se ha enterado del fallecimiento de don Juan Fitz-Stuart.

—En efecto. Precisamente mañana acompaño a Enriqueta a la lectura del testamento en la notaría. Pero, me deja intrigado. ¿Qué tiene que ver la policía con el óbito del bueno de don Juan?

—Mañana lo hablamos, Luis. Si no le importa.

La voz de Ariosto se mantuvo en suspenso un segundo.

—Galán, ¿no creerá que hay algo extraño en torno a esa muerte?

El inspector se sorprendió de la rapidez mental de su amigo.

—Mañana, Luis.

—¿Un asesinato, por desventura?

—Sea discreto Luis, haga el favor. Hasta mañana.

Galán colgó y pensó que tal vez no fuera tan buena idea la de inmiscuir a Ariosto en el asunto, pero era la mejor manera de acceder a doña Enriqueta sin despertar ningún recelo en ella. Era conocida su fama de persona reservada y algo hosca cuando se lo proponía.

Dejó de pensar en el asunto, buscando tranquilidad mental. Apagó el ordenador y salió de su despacho. Miró su reloj. Llegaba a tiempo para salir a cenar con Marta Herrero, su novia. Tenía reserva en la taberna Osuna y quería ser puntual.

Mientras arrancaba su automóvil, a Galán le volvió a la mente un recuerdo. Una pequeña alarma que le decía que existía algo fuera de lugar, algo que había percibido en la botella de vino vacía que se encontraba junto al cadáver de don Juan Fitz-Stuart. Recordó el detalle en diez segundos. La botella no tenía etiqueta. ¿Sería un vino de cosecha privada? ¿Tendría importancia?

El policía sacó su coche del parking de la comisaría y enfiló por la calle del Agua. Algo en su interior le decía que sí; que el hecho de que la botella no tuviera etiqueta debía ser importante para su investigación.

Y más que importante, tal vez fuera esencial.

La Laguna.

—Estamos reunidos para proceder a la lectura y adverbación del testamento ológrafo de don Juan Fitz-Stuart Cambreleng, que fue depositado en esta notaría hace años por dicho señor para cuando llegase el momento, que es ahora.

La voz del notario, un hombre de unos cincuenta y tantos, afable y de ademán tranquilo, sonó más solemne que en otras ocasiones, o eso le pareció a Ariosto. El fedatario exhibió un folio escrito a mano con la firma del testador, fecha y lugar incluidos, y procedió a la lectura de los folios que tenía preparados.

—Reunidos en la ciudad de San Cristóbal de La Laguna, a dieciocho días de septiembre del presente año, las siguientes personas beneficiarias del mencionado testamento. A saber, el señor don Donald Fitz-Stuart Lagarde IV, de nacionalidad británica, vecino de Porto, u Oporto, como se dice en español, en Portugal, cuyas circunstancias familiares se relacionan en extenso en la escritura. El señor don Michael Joseph Fitz-Stuart van Doom III, también de nacionalidad británica, vecino de Funchal, en la isla de Madeira, Portugal, cuyas circunstancias personales, etcétera. El señor don Celso Viña, en representación de la Fundación Hogar Santa Rita, entidad de nacionalidad española sin ánimo de lucro con domicilio fiscal en Puerto de la Cruz, y cuyas circunstancias, etcétera. Y, por último, doña Enriqueta Cambreleng Martínez de Ossorio y Gutiérrez de Zamora, vecina de esta ciudad, y cuyas circunstancias personales, etcétera.

Los cuatro citados por el notario asintieron. Se encontraban sentados en torno a la mesa de la sala de firmas de la notaría, un lugar agradable de diseño moderno, en el que la luz se filtraba a través de amplios ventanales que permitían ver lo que ocurría en la calle. Los dos primos se sentaron a la derecha del notario, que presidía en un extremo, y Enriqueta y Viña a su izquierda. A Ariosto, por insistencia de Enriqueta, le habían permitido entrar, pero con la condición de que se sentara aparte, más retirado, en uno de los sillones que completaban el mobiliario de la estancia.

Donald era un hombre mayor, grueso, rozando los setenta, dotado de una cabellera escasa que tiraba a pelirroja y una tez colorada con hilillos granates en la nariz que delataban una gran afición por los vinos generosos, con los que comerciaba. Por su parte, Michael debía ser más joven, unos cinco años menos, delgado y pálido, canoso, pulcramente afeitado y vestido con traje, corbata y chaleco grises, a pesar de la época del año. «Un tipo gris vestido de gris. Ser vinatero no le aporta color a su vida», pensó Ariosto.

Celso Viña acudía con una vestimenta más casual. Un polo de marca que le resultaba algo

estrecho y pantalones vaqueros que, por el contrario, le quedaban un poco grandes. Enriqueta, como no podía ser de otra manera, vestía uno de los incontables vestidos negro-negrísimos que coleccionaba en su guardarropa y que le sentaban de modo fantástico a su delgada silueta, adornada, eso sí, con pulseras y un collar de perlas a juego, de los buenos.

El notario volvió a echar un vistazo a los congregados y prosiguió.

—Tengo entendido que los señores Fitz-Stuart conocen y entienden el idioma español y que no es necesaria la presencia de un intérprete.

Los interpelados asintieron.

—Pasamos muchos veranos en La Laguna, en casa del tío —aclaró Michael.

Enriqueta sonrió. Se acordaba perfectamente de aquellos dos diablillos y de cómo acababan tirándose piedras con los hijos de los vecinos de los alrededores.

El notario, siempre grave, aprobó la frase con un ademán de cabeza.

—Procedo entonces a la lectura del testamento, tal y como me fue encomendado en su día por el finado don Juan Fitz-Stuart Cambreleng, que Dios tenga en su gloria.

Enriqueta se persignó. Viña entendió que debía imitarla y así lo hizo. Los ingleses se mantuvieron impertérritos.

El notario prosiguió:

—*Lego todos mis bienes por partes iguales a mis dos sobrinos Donald y Michael, o al que de ellos me sobreviviera siendo ambos sucesores del otro, respectivamente, salvo en lo que se refiere a mi prima Enriqueta y a la condición que luego se expresará.*

Un mohín de satisfacción se traslució en el rostro de los británicos. No sonrieron, tal vez porque no sabían, dedujo Ariosto, pero ambos hicieron una mueca que imitaba en parte a una sonrisa.

—*Lego a Enriqueta los papeles de música y de otras cosas que se encuentran dentro del arcón negro que está en el sótano. Todo el contenido de este arcón es para ella en recuerdo de los años en que intentó, infructuosamente, hacerme un virtuoso del piano.*

Enriqueta soltó un sonoro suspiro y todos desviaron la mirada hacia ella.

—Lo siento —se disculpó—. Una es una sentimental. Siga usted, señor notario.

—*Con respecto al legado principal, la entrega del mismo se sujeta a una condición sine qua non, imprescindible y resolutoria* —siguió leyendo el notario.

Todos se estiraron en sus respectivas sillas. Aquello no estaba previsto en el guion. El notario se caló sus gafas y miró a los presentes.

—Esto quiere decir que si no se cumple la condición, los legatarios no recibirán la herencia —aclaró.

—Siga usted —dijo Michael, algo amoscado.

—*La condición es la siguiente: Concedo a mis legatarios principales un plazo de seis meses para conseguir al menos una botella de vino realizado de modo exclusivo con la variedad albillo prieto, que tanto nos gustó a mí, a mi padre y a mi abuelo, todos ellos grandes aficionados al vino. Deberán presentar ante este mismo notario o a quien le suceda, a quienes nombro albaceas, dicha botella, cuya autenticidad y buen estado deberá ser verificada por dos técnicos enólogos independientes elegidos por él.*

—¿Cómo? —exclamó Donald, cuyo semblante se volvía más colorado aún—. ¿Qué broma es esta?

—No he terminado —replicó el notario desde lo alto de sus gafas de presbicia—. Déjeme continuar, por favor.

El británico trató de calmarse.

—*Los bienes inmuebles que poseo son los que aparecen en los registros de la propiedad de La Laguna y de Lausana, en Suiza. En cuantos los bienes muebles son los que existen en mis dos casas. Hago mención especial de la existencia de una caja fuerte en la oficina principal del Zürcher Kantonalbank. Dentro de dicha caja se custodia efectivo y valores por un montante de veinticinco millones de euros. La contraseña quedará en poder del señor notario.*

En ese momento quienes emitieron el suspiro fueron todos los demás menos Enriqueta.

—¿Qué cabrito eras, Juanito! —rezongó en voz baja la mujer, tratando de disimular la risa.

Viña, desorientado, no entendía bien qué hacía allí. El notario carraspeó antes de seguir.

—*En caso de que los legatarios principales no sean capaces de cumplir la condición impuesta en el plazo de seis meses desde la lectura del presente testamento, el legado pasará automáticamente al día siguiente de cumplido el término a la Fundación Hogar Santa Rita de Puerto de la Cruz como heredera sustituta, en las mismas condiciones, salvo la temporal, que será de un año a partir de ese momento.*

Ahora fue Michael quien contrajo algo de color en sus mejillas. Donald estaba casi cerúleo. Ariosto, expectante, disfrutaba de un espectáculo inesperado.

Viña entendió el porqué de su presencia, y comenzó a ponerse nervioso. El notario leyó el último párrafo.

—*Si el legatario subordinado tampoco pudiera cumplir la condición, es decir, conseguir ese vino, se dará a mis bienes el destino que marca ley española, o sea, que el beneficiario final sea el Estado.* —El notario levantó la vista—. Esto es todo.

Donald se puso en pie, presa de una tensión apenas contenida.

—¿Es legal esa disposición? —preguntó al notario.

—Completamente, señor —respondió—. Al no tener herederos directos, la herencia del señor Fitz-Stuart se convierte en legado de libre disposición. Puede hacer lo que quiera con ella. Para formalizar este asunto, todos ustedes deberán firmar una escritura de aceptación de herencia, una vez que dispongamos del certificado de últimas voluntades del finado.

Viña levantó la mano para intervenir.

—Todo esto quiere decir que, si estos señores ingleses no consiguen el vino en seis meses, la fundación que represento se quedará con todo cuando le traigamos la botella, y tenemos de plazo un año y medio, ¿es así?

El notario tradujo rápidamente la pregunta de Viña a su esquema mental legal.

—Salvo lo que le corresponde a doña Enriqueta, es así. Para acceder de forma sustitutoria a la herencia deberán traer ustedes la botella. Tienen el plazo de seis meses más un año, pero sin ella no les facilitaré la contraseña de la caja del banco suizo ni tendrán acceso al resto de los bienes.

Ahora fue Michael quien se levantó.

—Será usted tan amable de dejarnos copia del testamento, ¿no es cierto? Necesito que lo revisen mis abogados.

—Será un placer facilitarles un ejemplar a cada uno de ustedes a la salida —respondió el notario.

—¿Cuál dijo que era la variedad? —repreguntó el pálido británico.

El notario revisó el documento.

—Aquí dice albillo prieto.

—No me suena —dijo Michael.

—Ni a mí —añadió Donald.

—Es cuestión de averiguar si existe esa variedad —terció Ariosto desde su sillón.

—Conociendo a Juanito —intervino Enriqueta, con la sonrisa en la boca—. No te quepa duda de que existe.

—Si existe, será fácil conseguirla —concluyó Michael, que había vuelto a su placidez natural.

Enriqueta miró alternativamente a Michael y a Donald.

—Estoy segura de que así será.

Y esta vez, ante la mirada atónita de los demás asistentes a la reunión, soltó la carcajada que llevaba aguantando un buen rato.

La Laguna.

—Jamás había tenido conocimiento de un testamento similar.

—Según el notario, es perfectamente legal.

Galán y Ariosto se encontraban sentados en la terraza cubierta del hotel Nivaria, uno de sus lugares preferidos de La Laguna. Varias mesas redondas se distribuían en un ambiente elegante a lo largo de un espacio que otrora fue abierto, ahora protegido tanto del frío lagunero, lo usual, como del calor de aquel día.

Ariosto terminaba de relatar al policía lo acontecido en la notaría.

—Veinticinco millones de euros es una cifra importante —comentó el inspector.

—Y tanto —respondió Ariosto—. Por lo que se comenta y se sabe, el sobrino Donald está sufriendo problemas de liquidez en su empresa, Aldeman, dedicada a la elaboración de vino de Oporto. Es una compañía relativamente pequeña y le cuesta competir con las grandes del sector. Aunque su género es bueno, no siempre basta ofertar un producto excelente para conseguir el favor del público. Se ha visto obligado a revisar los precios de sus botellas a la baja, y eso es un indicador claro de crisis.

—¿Y el otro, Michael?

—Michael es socio de Blandy's, una compañía en la que los vinateros ingleses de Madeira se unieron para lograr monopolizar el sector, algo que consiguieron en parte, ya que todavía sobreviven algunas otras bodegas familiares. Pero, de modo indudable, es la más importante de la isla. Michael posee una pequeña participación que le renta lo suficiente para vivir holgadamente sin hacer nada, pero sin grandes lujos.

—Entonces a ambos les viene bien el dinero. Veo que es una familia ligada al vino.

—Solo a determinado vino, Antonio. Los ingleses gustan de vinos generosos, ya sabe, el jerez, sherry, como lo llaman ellos; el madeira y el oporto. Curiosamente, los británicos compraron vino a espuestas durante doscientos años aquí, en Canarias, sobre todo en Tenerife, al igual que en esos otros lugares que le he comentado. Pero en este archipiélago no se dio ese tipo de vino que exige años y años en barrica. El vino canario se consumía, y se sigue bebiendo en el mismo año en que se produce.

—Pero algo tenía que ver don Juan con el vino...

—Según me dice Enriqueta, los Fitz-Stuart canarios tuvieron, hace años, algunas tierras sembradas de viñas, tanto en Tenerife como en la isla de La Palma. Elaboraron su propio vino,

aunque nunca lo comercializaron. Era de consumo privado, por decirlo así.

—¿Sabe si lo hicieron de la variedad que está indicada en el testamento?

—Enriqueta no se acuerda de ese detalle. Ella nunca ha bebido otra cosa que anís de Rute, pero tal vez su hermana, Adela, más proclive a probarlo todo, sepa algo.

—Sería interesante confirmarlo —apuntó el policía al tiempo que daba cuenta del resto del cortado leche y leche que había pedido—. Por lo que me dice, doña Enriqueta se huele que debe de haber alguna dificultad en conseguir vino de esa variedad concreta, ¿cómo se llamaba?

—Albillo prieto, lo que es toda una contradicción. Albillo viene de albo, blanco, y prieto es una palabra antigua que significaba, entre otras cosas, negro. Una uva blanca y negra al mismo tiempo.

—Debe de ser una rareza entonces.

—Debe de serlo. No creo que sea fácil conseguir botellas de ese vino.

Galán asintió. Le daba vueltas a la información suministrada por Ariosto en los minutos anteriores.

—Amigo Luis, quisiera que me ayudara, pero tengo que pedirle que sea totalmente discreto en torno a este asunto. Casi como un secreto de confesión. ¿Me lo promete?

Ariosto adoptó una expresión de sorpresa fingida. Llevaba tiempo esperando ese momento.

—Le doy mi palabra de honor.

—De acuerdo. Sepa que existe la posibilidad de que don Juan Fitz-Stuart no haya fallecido de muerte natural.

—¿Qué me dice! —Ariosto mantuvo el teatro. Sus sospechas habían dado en el clavo.

—El hecho de que estemos hablando de una herencia millonaria aclara y complica las cosas. Ahora tenemos un móvil, el dinero, pero se supone que el contenido del testamento era secreto hasta ayer. Los sobrinos del fallecido podían imaginar que les iba a tocar algo en herencia, aunque no podían estar seguros de los detalles.

—En efecto. Así es. Me imagino que, a pesar de ello, se han convertido en sospechosos, ¿verdad?

—No puedo adelantarle nada de la investigación. Tenemos que comprobar muchos hilos que están surgiendo de esta madeja.

—Si puedo ayudarle en algo, ya sabe, amigo mío.

—Por lo pronto me gustaría hablar con sus dos tías, Luis. De manera coloquial y en un lugar agradable. Nada de acudir a la comisaría.

—Eso es fácil. Aunque puede que sea en dos momentos distintos. Ya sabe la aversión de Adela y Enriqueta a salir de Santa Cruz y de La Laguna, respectivamente.

Galán pidió la cuenta al camarero cuando pasó al lado de su mesa.

—Luis, ¿ha comentado algo Enriqueta de lo que le ha tocado en la herencia? ¿No se siente defraudada de que le haya dejado su primo tan poco?

—Pues no lo ha manifestado. Pero noté que se preguntaba si valía la pena ir a buscar esos papeles. Por lo visto, hace muchos años, se había jurado no volver a poner los pies en aquella casa.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Por qué?

—¿No lo sabe usted? En algunos círculos laguneros se comenta que en esa casa ocurrieron, y ocurren, cosas extrañas.

—¿Cosas extrañas? —preguntó Galán, asombrado.

—Cosas que no deberían ocurrir. Pero será mejor que se lo cuente ella. Yo no tengo todos los detalles.

La Laguna.

El subinspector Ramos pulsó el timbre de la mansión. No tenía la seguridad de que hubiera alguien dentro. La muerte del propietario y su traslado al tanatorio correspondiente era un acontecimiento de trascendencia suficiente como para que la mujer que atendía la casa, Leocadia, no acudiera esa mañana a su puesto de trabajo. Era comprensible y, tal vez, esperable.

Pero no, estaba equivocado. La puerta se abrió y la asistenta, con apariencia de haber dormido poco aquella noche, reconoció al policía.

—Buenos días, inspector —saludó.

—Buenos días, señora. Pero de momento solo soy subinspector —esbozó una sonrisa—. Tiempo al tiempo. Aunque no crea que me seduce el cargo, lleva mucha responsabilidad.

—Usted perdone —y sonrió—. ¿Se le ofrece algo? ¿Quiere entrar?

—El inspector Galán me ha encomendado una misión.

La mujer abrió los ojos. Ramos prosiguió.

—Se trata del vino que don Juan estaba tomando cuando murió. Necesito llevarme la botella y el vaso en el que lo bebía. ¿Es posible?

Leocadia solo necesitó medio segundo para recordar dónde estaban ambos objetos.

—Por supuesto. Pase usted.

La asistenta abrió la puerta por completo y Ramos ascendió los tres escalones que daban acceso al recibidor. La mujer cerró tras su entrada.

—Por aquí —indicó— Vayamos a la cocina.

«Mala cosa», pensó Ramos. «Ha trasladado las cosas de sitio».

El subinspector entró en la cocina siguiendo a la criada y esta le señaló una botella vacía que se encontraba encima de una mesa auxiliar.

—Esa es la botella —indicó—. El vaso no estoy segura. Pero debe ser uno de estos —y abrió la puerta de un armario existente encima del fregadero y señaló un juego de diez o doce vasos.

—¿Lo ha lavado? —preguntó Ramos.

La asistenta lo miró con cierta sorpresa.

—¡Claro! Siempre lavo los vasos sucios.

Ramos miró al techo, resignado. La culpa era de Galán y suya. Debían haber advertido a Leocadia de que no tocase nada. Pero lo cierto es que cuando entraron en la casa por primera vez, habían dado por hecho que la causa de la muerte de su propietario era la de un ataque al corazón.

—De acuerdo. Me los llevo todos. ¿Ha lavado la botella también?

—No. Le puse un tapón, no fuera a ser que se derramaran las gotas del fondo.

«Y ha dejado todas sus huellas en el cristal», añadió mentalmente el policía. «Al menos tenemos algo».

—Me llevo también la botella.

—Como quiera. ¿Devolverán los vasos cuando los hayan examinado? Es por si me preguntan qué ha pasado con ellos.

Ramos se admiró del celo profesional de la asistenta.

—Si no se convierten en prueba importante, se los devolveremos.

—¿Prueba importante? ¿De qué?

Ramos se dio cuenta de que la mujer no era tonta.

—Eso me temo que no puedo decírselo por ahora.

Leocadia dio un paso atrás y se llevó la mano a la boca.

—Usted cree que don Juan no murió de modo natural —aseveró—. Por eso ha venido a buscar el vino.

Ramos torció algo el gesto. No le gustaba ser críptico con la gente.

—La investigación policial lleva sus pasos, señora. El inspector me ha ordenado que me lleve la botella y los vasos y eso voy a hacer. No se moleste si no le puedo contar por qué. No es nada personal.

—Entiendo. No pensaré que yo le puse algo al vino, ¿verdad?

A Ramos le sorprendió una pregunta tan directa.

—No señora. Yo no pienso nada de eso. Y no llevo la dirección de la investigación. Soy un poli más haciendo su trabajo. Lo que sí me gustaría es que me dijera de dónde provenía ese vino. ¿Hay más botellas como esa en la casa?

—Esa era la última. Todas venían de una finca que tenía el señor en La Palma. Allí hizo bastante vino durante un tiempo, pero hace ya unos cuantos años la vendió y el nuevo propietario ha cambiado casi todas las viñas para cultivar otras uvas. Eso es lo que me dijo el señor, que se lamentaba de que cada vez iba a ser más difícil conseguir vino de ese que tanto le gustaba.

Ramos asimiló la noticia. Comprobaría la venta.

—Entonces la botella cobra más importancia todavía.

Ramos sacó de uno de los bolsillos de la chaqueta unos guantes de látex, que se colocó con habilidad, y varias bolsas de plástico en las que fue introduciendo la botella y los vasos.

—Debo tomarle las huellas dactilares de todos sus dedos, doña Leocadia. Es una formalidad necesaria.

—De acuerdo —y enseñó las palmas de las manos—. Pero, señor subinspector, le puedo asegurar que ese vino no estaba envenenado.

—Nadie ha dicho que estuviera envenenado.

—Pero lo leo en su cara —replicó la mujer.

A Ramos le fastidió el comentario. «¿Tan transparente soy?».

—¿Y cómo puede estar tan segura de que el vino estaba bueno?

La mujer desvió la mirada al suelo, como avergonzada.

—Pues porque me tomé algún que otro vasito, a escondidas del señor.

La Laguna.

La arqueóloga Marta Herrero, una mujer alta y atlética, de ojos verdes y cabello castaño, de unos treinta y cinco años, se dirigía a la cafetería del aulario del Campus de Guajara, donde había quedado con Sandra Clavijo, su amiga periodista. Le había telefoneado tras recibir un pequeño informe de sus amigos del Archivo Histórico Provincial y Sandra se había ofrecido a acudir de modo inmediato a la Universidad, donde trabajaba como profesora.

Marta entró en el recinto de la cafetería, un lugar espacioso de diseño moderno y techos altos que aumentaban de modo asombroso el ruido de ambiente. En la larga barra en forma de U le esperaba la periodista.

—¡Hola, Marta! ¿Cómo estás?

—Muy bien. ¿Y tú? El archivero Pedro Hernández, ya lo conoces, me contestó muy rápido cuando le solicité que me hiciera un resumen acerca del origen de la casa del camino de San Diego, tal como me pediste.

—¡Qué bien! Pedro es un encanto. ¿Y qué te ha dicho?

—Vamos a pedir algo y nos acomodamos en una de las mesas.

Dos cortados, uno natural descafeinado y otro de leche condensada fueron servidos con relativa prontitud. Sandra se adelantó a la hora de pagar y se llevaron las tazas a la mesa más cercana. Había pocos usuarios en la cafetería, las clases estaban a punto de comenzar, por lo que los alumnos preferían no aparecer por el campus.

Marta sacó un sobre de su bolso y lo colocó encima de la mesa. Lo abrió y se lo pasó a Sandra.

—¿Qué dice? —preguntó.

—Te hago un resumen —contestó Marta—. La casa en cuestión se construyó en una zona de solares creados una vez se desecó por completo la laguna que existía allí en el siglo XIX. Con anterioridad, el terreno era tan inestable que no se podía construir en él. No es la primera casa que se levantó en ese solar. En torno a 1920 el terreno fue comprado al ayuntamiento por un comerciante francés, Jean Leclerc, que lo mantuvo sin edificar durante unos cuantos años. A finales de siglo, Leclerc lo vendió a João Pirés, un comerciante portugués que a la sazón era el cónsul de su país en Canarias. Pirés solicitó la autorización de construcción de una casa de dos plantas en 1930. Las obras comenzaron al año siguiente y duraron unos doce meses. Sin embargo, esta casa de la que estoy hablando no es la que existe actualmente.

—Sí, eso estoy leyendo —comentó Sandra, que se afanaba por seguir el discurso al tiempo que el texto escrito—. Sigue, por favor.

—Un incendio destruyó la casa de Pirés apenas tres años después. La devastación fue total: los restos fueron declarados ruina por los técnicos municipales y se demolieron por completo ese mismo año.

—¿Y cómo es que hay otra casa entonces?

—El solar fue adjudicado en herencia a una hermana de Pirés, quien vino de Portugal a hacerse cargo del mismo y de otros bienes que poseía el cónsul en Canarias. Aquí contactó con un abogado local, don Gumersindo Alfaro Bethencourt, a quien encargó la liquidación por venta del solar. Este abogado no tardó mucho en encontrar comprador. Eduardo Fitz-Stuart, que era el padre de Juan, el último propietario, adquirió el terreno en escritura pública otorgada ante notario el 19 de noviembre de 1935.

—Ahora entiendo lo que decías —convino Sandra.

—El señor Fitz-Stuart encargó a un conocido arquitecto local los planos de la casa, que se edificó al año siguiente. Consta en el ayuntamiento la correspondiente autorización al efecto.

—Entonces, la casa actual tiene más de ochenta años.

—Sí. Sin embargo, a pesar de su originalidad, no tiene ningún nivel de protección administrativa. Mañana se podría derribar.

Sandra miró a su amiga, asombrada.

—Curiosa la forma en que se protege el patrimonio en esta isla.

—Hay tanto que no todo se puede proteger, dicen.

Sandra revisó una vez más el informe que Marta le había entregado.

—¿Hay alguna otra cosa interesante que sepas y que no me hayas contado? ¿Algún chisme no oficial?

Marta adoptó una expresión de extrañeza, claramente forzada, seguida de una sonrisa.

—Veo que me conoces. Aunque la chismosa no soy yo, sino Pedro.

Sandra sonrió también.

—Venga, dímelo.

—Cuando se produjo el incendio, según las manifestaciones de los vecinos, dentro de la casa se encontraban el cónsul, Pirés, y su ama de llaves, una brasileña mulata que había venido con él en uno de sus viajes un par de años antes.

—¿Un ama de llaves mulata? —preguntó Sandra—. ¿Brasileña? Esto se pone interesante.

—Ya veo por dónde vas, mal pensada. Los tiros no sé si van por ahí, pero lo que voy a contarte es lo siguiente: una vez se retiraron los escombros del incendio, solo aparecieron los restos de un cadáver.

—¿Solo uno? ¿El de quién?

—Los restos estaban carbonizados y era imposible una identificación inmediata. El forense dictaminó que correspondían a un hombre, por lo que se determinó, de aquella manera, como pertenecientes a Pirés.

—¿Y qué pasó con su ama de llaves?

—Ahí está el misterio. No se encontró el cadáver de la mujer pero muchos juraron que la

habían visto entrar en la casa.

—Y, claro, ese misterio nunca se resolvió.

—Así es. Nunca.

La Laguna, al día siguiente.

De la casa de Enriqueta al inicio del camino de San Diego apenas se tardaban dos minutos a pie. A pesar de ese detalle, la señora hizo esperar a Ariosto en la calle casi un cuarto de hora. «No es elegante llegar demasiado pronto», decía.

Ambos se disponían, de conformidad con lo acordado en la notaría el día anterior con los primos Fitz-Stuart, a acercarse a la casa del finado Juan y tomar posesión del «arcón del sótano», tal y como se establecía en el testamento.

Los primos ingleses, ansiosos de que Enriqueta accediese a su magro legado y con ello perderla de vista, ofrecieron toda clase de facilidades. Todavía recordaban las regañinas que aquella, por entonces jovencita, les endilgaba de continuo durante su niñez, tirones de orejas incluidos.

La criada, Leocadia, había sido avisada y estaba esperándola en la casa desde bien temprano por la mañana, tiempo que aprovechó para darle un repaso de limpieza a la mansión. Intentaba de ese modo no sufrir ningún comentario desfavorable, algo que no siempre, dado el carácter de la señora, se podía evitar.

Cuando las campanas de la iglesia de La Concepción tocaron a y cuarto, Enriqueta salió a la plaza de la iglesia. Se había puesto uno de los vestidos negros, elegantes y de corte a la moda, que coleccionaba en su armario, adornado con un collar de perlas con pulsera, anillo y pendientes a juego. Hasta el cierre del pequeño bolso oscuro que llevaba asemejaba a una perla.

Ariosto sonrió al verla y le ofreció el brazo que aceptó encantada. «Ya nadie da el brazo como antes», pensó la mujer.

Bajaron por el callejón Belén y llegaron a la plaza de la Junta Suprema. Torcieron levemente a la izquierda y en segundos entraron en la calle donde se encontraba la casa de Juan Fitz-Stuart. La puerta de acceso al jardín esperaba abierta y en el momento en que la traspasaron se abrió la de la casa. Leocadia los estaba esperando.

—Buenos días, doña Enriqueta —le dijo—. ¡Cuánto tiempo hace que no la veía! ¡Está usted estupenda!

La señora le echó su mejor mirada de escepticismo antes de responder.

—Buenos días, Leocadia. Usted siempre diciendo bobadas. Estoy cada vez más vieja, todo el mundo lo sabe y yo la primera.

La mujer entró en la casa y dejó que la asistenta se hiciera cargo del bolso. Ariosto notó que

ambas estaban acostumbradas a aquel ritual. Si hubiera sido invierno, también le habría dejado el abrigo.

—No sé si conoce a mi sobrino Luis.

Ariosto hizo una leve inclinación, respondida por Leocadia con una sonrisa nerviosa y una leve flexión de rodillas.

—Encantada, don Luis.

—Es un placer —respondió Ariosto, divertido ante las maneras de la criada, tan fuera de época. Le parecía haber retrocedido cuarenta años en el tiempo. Las cortinas aparecían corridas, lo que otorgaba un aire penumbroso a las estancias. Rayos de luz se filtraban por los visillos que escoltaban las ventanas exteriores allí donde no lo hacían las pesadas cortinas, dejando traslucir algo de polvo en suspensión. Ariosto había entrado en aquella casa solo una vez en su vida, muchos años atrás, cuando era un mozalbete y la recordaba exactamente así. El tiempo se había detenido en aquel caserón.

Enriqueta se dirigió con paso experto a uno de los salones de la casa. Entró en la estancia con total naturalidad, todo lo contrario que su sobrino, que la seguía con mirada curiosa.

Ariosto descubrió una joya inesperada. Un piano de pared negro con una pátina de antigüedad considerable.

—¡Un Bösendorfer! ¡Es fantástico! Este ejemplar debe tener más de cien años. Daría cualquier cosa por uno así —se volvió hacia la asistente—. ¿Alguien lo toca?

Leocadia sonrió con tristeza.

—Hace muchos años que nadie toca música en esta casa.

—Yo lo tocaba, Luisito —dijo Enriqueta—. Sonaba a las mil maravillas. Pero dejémonos de lloriqueos. Leocadia, sabrá usted que mi primo me incluyó en el testamento.

—Algo he oído, pero no sé nada.

Ariosto volvió a sonreír. La verdad es que la asistente hacía su papel a la perfección. La virtud de la discreción siempre se agradecía.

Enriqueta hizo un mohín de fastidio. Pensaba que sus primos habían puesto al corriente del asunto del arcón a la mujer.

—En el testamento, el señor de esta casa me dejó como legado un arcón que se encuentra en el sótano.

Los ojos de Leocadia se abrieron como platos.

—¿Un arcón?

Ariosto intervino.

—Debe de ser una especie de baúl. Una caja grande, posiblemente de madera.

La mujer desvió la vista de Enriqueta a Ariosto.

—No recuerdo haber visto algo así en la casa, don Luis. El señor Juan renovó hace pocos años todas las maletas de viaje y las cambió por unas que compró en Londres. De esas que tienen ruedas y contraseñas de números. No hay arcones en la casa.

Ariosto miró a Enriqueta, que estaba a punto de poner los ojos en blanco.

—Tal vez no lo recuerde porque no lo ha visto. Según el testamento, se encontraba en el sótano, del que no me acuerdo, por cierto. Me imagino que usted no bajará mucho.

—Nunca, señora. En la vida he bajado.

—¿Y eso? —preguntó Ariosto—. ¿El señor Juan le dio instrucciones para que no lo hiciera?

—Pues no, señor. Jamás me dijo algo así. La cuestión es otra.

—¿Cuál, Leocadia? —inquirió de nuevo Ariosto.

—Pues que, en esta casa, nunca ha habido sótano.

Santa Cruz de Tenerife.

El sol acortaba las sombras que el edificio del hotel Mencey arrojaba sobre el impecable círculo de césped que heroseaba la terraza de la cafetería. El canto de algunos pájaros hacía olvidar que el establecimiento se encontraba haciendo esquina con Las Ramblas, una de las avenidas de mayor tránsito de la ciudad.

Donald Fitz-Stuart miró una vez más su reloj, más como un tic de ansiedad que por otra razón. Faltaban dos minutos para las once, hora en que se había citado con su primo Michael. Juntos comentarían las estrategias que pretendían desarrollar de cara a cumplir con las ridículas condiciones impuestas en el testamento de su tío. Ese viejo loco.

Por ese azar del destino, o tal vez porque era el mejor hotel, los dos habían reservado habitación en el mismo establecimiento. Sin saberlo, el jefe de reservas les había proporcionado a ambos primos suites en pisos distintos, lo que agradecía profundamente. No le apetecía nada encontrarse con el estirado petulante de Michael a todas horas.

Al menos, el té era inglés y había sido correctamente servido. Se hubiera tomado un trago de buen oporto sin pensarlo dos veces, pero no quería que lo vieran bebiendo alcohol a una hora tan temprana. En Porto era distinto, allí hacía lo que le venía en gana.

Michael apareció a su espalda cuando se disponía a mirar de nuevo el reloj. Puntualidad británica, la influencia de Madeira no le había hecho perder los modales a su primo.

Michael rodeó el sillón blanco, excesivamente blando y bajo para el gusto de Donald, y se sentó enfrente de él, en otro asiento gemelo.

—Donald —dijo, y cruzó las piernas.

—Michael —respondió, tratando de parecer relajado, medio echado en el respaldo.

El camarero del bar se acercó y el recién llegado pidió una copa de madeira, ante el asombro de Donald. Michael había comprobado la tarde anterior que la cafetería del hotel estaba provista de algunas botellas de esa procedencia.

—Nuestro querido tío quiere jugárnosla, Donald.

—Maldita sea —contestó, malhumorado—. Espero que el diablo le haya dado el recibimiento que se merece.

—Seguro que ahora estará intentando timarlo.

El chiste no pareció hacer mella en el rostro airado de Donald.

—He estado hablando con el enólogo de mis bodegas en Oporto. No conocían esa variedad,

albillo prieto, y se han puesto a investigar. Estoy seguro de que el tío John no pretendía ponérselo fácil.

—Existir existe. Acuérdate de lo que dijo la vieja cotorra de Harriet. Enriqueta la llaman aquí. Solo hay que ir a buscarla.

Donald asintió con gesto de irritación. Tuvo que coger fuerzas para decir la siguiente frase.

—Creo que lo mejor en este caso es que unamos nuestras fuerzas.

Michael dio un sorbo al recién llegado madeira. No era un *Vintage*, pero podía soportarlo.

—Eso mismo te iba a proponer. Ambos somos vinateros, conocemos el oficio, y estamos a finales del verano. Solo hay que dar con un viñedo que posea esa variedad y, si no encontramos ninguna botella, nosotros mismos elaboraremos el vino. ¿Quién sabe?, si está bueno hasta podríamos embotellarlo. ¿Te imaginas? Un *Ruby* o un *Tawny* de John Devil.

Donald permaneció sin hacer la más mínima muestra de agrado respecto al humor de Michael.

—John Devil. Diablo sí que era. Voy a poner a mis mejores hombres tras la pista de esa uva.

Michael enarcó una ceja. ¿Sus mejores hombres? Donald parecía el jefe de un clan italiano.

—Yo voy a contratar a un especialista —replicó—. Un detective enólogo. Un tipo muy raro que viene como anillo al dedo. Él dará con el viñedo, y nosotros compraremos toda la producción.

—De acuerdo —convino Donald—. Cada cual jugará sus bazas, pero nos mantendremos informados mutuamente de modo inmediato.

—Por supuesto, querido primo. De cualquier manera, los dos somos herederos, haga lo que haga uno de nosotros, el otro se verá beneficiado. Solo en eso estuvo elegante el tío John.

—Cuanto antes nos hagamos con la uva o con el vino, mejor. No me apetece nada que mi herencia acabe en ese asilo de ancianos.

—Te puedo asegurar que a mí tampoco. Tengo ciertos planes para esos millones que deben tocarme.

Una idea perversa cruzó la mente de Donald. «Solo si vives para recibir tu parte de la herencia». Trató de desecharla y no pudo. La dejó aparcada en un rincón de su cerebro.

—Acordado pues —dijo Michael, y se levantó—. Parto ahora mismo de vuelta a Madeira y me pondré a trabajar de inmediato.

Michael ofreció su mano a Donald y este se la estrechó, sin levantarse. Su primo no añadió nada a modo de despedida y salió de la terraza rumbo a la parada de taxis.

Donald esperó a que Michael se perdiera de vista y llamó al camarero.

—Por favor, una copa, pero no de ese mejunje que ha pedido ese caballero. A mí me trae un buen oporto.

Y, mientras esperaba, salió de su escondite la idea que le zumbaba en la mente: «solo si vives para recibir tu parte de la herencia».

Valleseco, Santa Cruz de Tenerife.

Sandra seguía indagando sobre John Fitz-Stuart y su mansión. Había revisado las noticias de la hemeroteca de su periódico, que se remontaba casi setenta años atrás, y en las de la competencia y ya tenía muy avanzado el perfil del fallecido. La necrológica no debía ser muy larga, pero sí completa, al menos en sus datos esenciales, y esos ya los tenía.

Pero le faltaba algo, el lado humano del personaje. No podía limitarse a enumerar los momentos de relevancia pública del biografiado. Estaba bien que hubiera nacido en Santa Cruz de padres ingleses dedicados al comercio con la metrópoli londinense; que se hubiera educado a caballo entre el instituto de La Laguna y la universidad de Oxford, licenciado en Empresariales o como se dijera en inglés; que se había casado en Tenerife con la hija de una familia alemana, asociada al comercio exterior; no tuvo hijos, lo que podía haber sido un problema para un comerciante próspero con caudales, pero que, al parecer, no había influido mucho en su vida. Tras un divorcio discreto, había vivido la madurez más retirado que otra cosa en su casa lagunera, con algún que otro viaje esporádico a Europa.

Eso era todo. Era mucho. Pero le sabía a poco.

Sandra había agotado sus fuentes de información salvo una. Don Claudio García, el ex archivero de su periódico, conocía al dedillo todos los chismes familiares de Santa Cruz y de La Laguna, por no decir de toda la isla. Sesenta años trabajando en el diario, conociendo de primera mano todo lo que se cocía en su entorno, daba mucho de sí.

Un pequeño problema era que don Claudio se había jubilado, por fin, hacía varios meses. Lo convenció su nieta, que se quejó un día de que no le veía nunca. El bueno de don Claudio se percató de que la hemeroteca y archivo del periódico no iban a quejarse ruidosamente si otro ocupaba su lugar y que ya era hora, a sus ochenta y tres años, de dejar paso a las generaciones que llegaban pisando fuerte. El festejo organizado por la dirección del rotativo fue el mejor que se recuerda, aunque don Claudio no fue capaz de adivinar si tal estipendio se debió al hecho de que era muy querido por sus compañeros, o por las ganas de los dueños del periódico de que hubiera un relevo en ese puesto de trabajo sin tantos años de antigüedad en la nómina.

Sandra localizó a don Claudio en su casa en el teléfono fijo, ya que se negaba a usar móvil, ese «aparato diabólico que tiene a los niños embobados», como decía. Quedaron para tomar un café en Valleseco, el barrio donde vivía, camino de San Andrés y de la playa de Las Teresitas. Valleseco había surgido como un caserío adosado a los laterales de un profundo barranco, como

todos los de la isla, cuyas terrazas de cultivo dieron paso en los últimos años a solares para edificar complejos de viviendas de nivel medio alto, lo que contrastaba con el resto del entorno, de un origen más humilde. Al menos sobre el papel.

El bar Oasis era uno de los lugares más concurridos de la parroquia. Desde primera hora de la mañana era parada obligatoria de decenas de trabajadores que se echaban un «barraquito», o sea, un café con leche más leche condensada en vaso estrecho y largo acompañado de un chorrito de licor y canela, y algo de comer, antes, durante o después de trabajar, dependiendo de la ocupación del cliente.

Sandra entró en el establecimiento y un denso aroma a café le invadió los sentidos. El local no estaba demasiado concurrido. Era media mañana, y el perfil de la mayoría de la clientela era el de jubilados dejando pasar las horas en los taburetes de la barra. No tardó en localizar a su ex compañero.

—¡Sandrita! —llamó desde el tercer asiento, entrando, a la derecha—. Ven a sentarte aquí.

Sandra se acercó y el octogenario que estaba departiendo con don Claudio se levantó para ofrecerle la banqueta.

—Yo ya me iba —le indicó.

Sandra agradeció el gesto, le dio a don Claudio el par de besos de rigor y se sentó junto a él.

—Te veo muy bien, Sandrita. ¿Cómo van las cosas por el periódico?

Sandra se abstuvo de decirle que su marcha no había cambiado para nada la actividad del rotativo y que su sustituta, una joven con muchas ganas, hacía su trabajo el doble de rápido que el jubilado.

—Todo igual, don Claudio, echándole todos de menos. ¿Y usted?

El ex archivero adoptó una expresión de resignación.

—Pues de mi casa a la casa de mi hija para llevar a los niños a la guardería y al colegio. Y luego a esperar a que salgan. Otra ocupación, otra rutina.

—Está hecho un abuelete, don Claudio. Eso lo recordarán sus nietos toda la vida.

—Estoy seguro de que tienes razón —respondió, algo apesadumbrado.

—Además de venir a comprobar que está igual de bien que siempre, me gustaría hacerle algunas preguntillas. Ya sabe, de esas cuya respuesta nadie conoce salvo usted.

El hombre se irguió en su taburete.

—Dime.

—Me imagino que conocía a don Juan Fitz-Stuart, recientemente fallecido.

—¿Fallecido? No lo sabía. ¿Cuándo?

—Hace un par de días. Parece que de muerte natural.

—Me estoy empezando a preocupar, desde que he salido del periódico, ya no me entero de las cosas importantes. Claro que conocía al señor Fitz-Stuart. No en persona, pero siempre he escuchado referencias de él. Un hombre muy discreto y retraído.

—Más que de él, quisiera que me contase algo de la casa en la que vivía, ¿sabe cuál es?

—La segunda a la derecha por el camino de San Diego. Es muy llamativa. Parece inglesa, pero una vez leí que un historiador del arte decía que era ecléctica, ya que tiene elementos tomados de varias escuelas artísticas.

Sandra se sorprendió de la terminología utilizada por su contertulio. No debía subestimarlo.

—Sé que se construyó cuando se fundó nuestro periódico, ¿tiene usted noticias de los primeros años de la casa? Tengo entendido que se construyó sobre los cimientos de otra anterior.

Don Claudio sonrió y su mirada se perdió en la sombra de tiempo.

—La casa se estaba levantando cuando nací yo, así que fijate los años que han pasado. Desde pequeño escuché cosas sobre ella, y sobre la anterior, que eran aún más interesantes.

—¿Más interesantes?

—En la nueva casa vivieron los Fitz-Stuart, una familia cuyos miembros, hijo y sobrinos, todos bastante revoltosos, eran conocidos en La Laguna como «los ingleses». Cuando querían que no se entendiese lo que decían, los niños hablaban en inglés, para irritación de sus amigos laguneros.

—¿Y en la antigua?

—Con anterioridad vivió un cónsul de Portugal. No me acuerdo del nombre.

—João Pirés.

—Pues ese debe de ser. Murió en el incendio de la casa. O eso se dijo.

—¿Por qué dice eso? ¿Existe alguna duda?

—Se encontró un cadáver entre las cenizas de la mansión. Pero estaba completamente irreconocible. Los rumores del vecindario mantenían que en el momento del incendio había dos personas en la casa.

—¿Se sabe quiénes eran?

—El cónsul y su ama de llaves. Una mujer brasileña, una belleza mulata, algo exótico en La Laguna en aquella época. La gente decía que le tenía sorbido el seso al portugués. Y algo más.

—¿Algo más?

—Sabes que a veces la gente es muy mala. Y que la envidia es un pecado capital. El hecho es que había quien aseguraba haber escuchado cánticos y gritos desgarradores dentro de la casa algunas noches. Y al día siguiente sus habitantes actuaban como si nada hubiera ocurrido.

—Serían imaginaciones de los vecinos, algo dados a especular.

—La cosa se complicó cuando un jovencito del vecindario, Miguelito Méndez, se coló una noche en casa del cónsul. No sé a qué fue. Tal vez fuera la curiosidad de ver de cerca a la mulata de la que todo el mundo hablaba o a otro tipo de actividad propia de los amigos de lo ajeno. El hecho es que entró en la casa de noche, a escondidas. Sus amigos lo esperaron fuera durante horas, hasta que se cansaron y se fueron. Lo destacable es que al día siguiente lo encontraron muerto al amanecer. En medio de la plaza que hoy se llama de la Junta Suprema.

—¿Qué le ocurrió?

—El cuerpo fue examinado por el doctor Seguí, uno de los médicos laguneros más conocidos, que hacía de forense, y no se encontró en él señal alguna de violencia. Muerte natural, se dictaminó.

—Eso puede ocurrir —afirmó Sandra.

—Sí. Pero los amigos del joven comenzaron a propalar la historia de que lo había matado la brasileña con uno de sus hechizos.

—¿La convirtieron en hechicera?

—Más o menos. Lo curioso del caso es que el doctor Seguí murió al día siguiente de la misma manera. Apareció muerto en su cama y, al parecer, murió con toda placidez. Y aquello dio pábulo a más comentarios, ya te lo puedes imaginar.

—Cuénteme más, por favor.

—Los vecinos comenzaron a mirar con recelo al cónsul y a evitar la casa. La brasileña dejó de salir con la frecuencia anterior de la mansión y cuando lo hacía vestía de modo estrafalario, con muchos collares con cruces colgando del cuello. Su belleza se marchitaba con el paso de los días. La apariencia del propio cónsul desmejoró de modo notable. Las últimas semanas antes del incendio se le vio desaseado y mortecino. Y unos días más tarde acabó todo.

—Me imagino que se refiere al incendio.

—Sí. Uno de los testigos dijo que había visto entrar a la pareja en la casa, y que discutían acaloradamente en ese portugués que hablado muy rápido es imposible de entender. Es posible que esa disputa tuviera algo que ver con el fatal desenlace. Un detalle que nadie cuenta es que del incendio se salvó, de modo milagroso, una bolsa de lona arrimada en un rincón, llena de objetos inquietantes.

—¿Qué clase de objetos?

—Eran instrumentos de invocación pseudorreligiosa. De Candomblé, para ser más exactos.

—El Candomblé es una creencia mágica de Sudamérica, ¿no?

—Algo más que eso. Es una religión sincrética que puede jugar con el bien o con el mal. Lo que se encontró en aquella bolsa hacía pensar más en lo segundo que en lo primero.

—¿Y nunca se volvió a saber más de aquella mujer?

—Nunca, pero todo el vecindario concluyó que, de alguna manera, ella supo hacer valer sus artes oscuras para desaparecer durante el incendio.

—Una teoría algo peregrina. ¿Cree usted en ella?

—Por supuesto. Estoy totalmente convencido de que era una bruja.

Santa Cruz de Tenerife.

A Galán no le gustaba nada acudir a los sepelios. Le incomodaba acercarse a un grupo donde su presencia pudiera ser interpretada como una intromisión en el dolor de amigos y familiares. Sobre todo cuando él, como profesional, no sentía la pérdida.

Sin embargo, cuando el fallecido había llegado antes de tiempo a un lugar como el tanatorio Servisa, a un lado de la autovía que bajaba a Santa Cruz, debido a un asesinato, podía ser conveniente escudriñar entre los asistentes, más que nada por saber a quién interesaba el muerto.

Lo que no se esperaba Galán es que solo asistieran seis personas, con lo que su presencia destacaba como una linterna en la oscuridad, justo lo contrario de lo que pretendía. Los asistentes eran Leocadia y su esposo, Isidoro, las dos hermanas Cambreleng, acompañadas de Luis Ariosto, y uno de los sobrinos ingleses del finado, que luego supo que se trataba de Donald Fitz-Stuart y algo más IV. Del otro sobrino, ni rastro.

Y nadie más.

Galán había llegado acompañado del subinspector Ramos y, dado lo intimísimo de las honras fúnebres del oratorio, decidieron esperar en el amplio recibidor de la entrada. Ramos soltó un comentario sobre que no le gustaría que su entierro fuera así, acompañado del latiguillo final con el que solía finalizar las frases referidas a situaciones que le fastidiaban.

El oficio duró unos veinte minutos y los asistentes salieron despacio y cabizbajos. Donald escapó del recinto como una exhalación mientras Galán saludaba a Ariosto y a sus tías.

—Inspector Galán —le dijo Enriqueta—, me ha comentado Luisito que desea hablar conmigo. Estaré encantada de recibirle en mi casa a las cinco, si le viene bien.

—Me viene muy bien, muchas gracias —respondió el policía.

—Prepárese para la merienda, Antonio —añadió Ariosto, guiñándole un ojo.

Los policías se despidieron del grupo y se dirigieron a la asistenta de Juan Fitz-Stuart.

—¿Podríamos hablar un minuto, doña Leocadia?

La mujer asintió y explicó a su esposo, un hombrecillo calvo y rechoncho, quién era Galán. Los cuatro se encaminaron a la cafetería del tanatorio.

—¿Quieren tomar algo? —preguntó Ramos, solícito, mientras se sentaban.

Galán pidió un café solo, y Leocadia y su marido sendas tilas. Ramos se ocupó de pedir y llevar las bebidas a la mesa en unos minutos.

—Tengo que comentarle una cosa en el más estricto secreto, doña Leocadia —dijo Galán, tras

probar el café.

—Llámeme Leo, por favor —le pidió.

—De acuerdo, Leo. Tenemos fundadas sospechas para pensar que don Juan fue asesinado.

La mujer puso cara de pasmo.

—¿Asesinado? ¿Las sospechas del subinspector son ciertas? ¿Cómo es posible? El vino estaba bueno.

—Por eso quiero hablar con usted. Tal vez nos pueda ofrecer alguna luz.

Isidoro, el marido de Leocadia, se revolvió en la silla.

—Leo también es sospechosa, ¿no? —preguntó a los policías, tenso—. ¿Necesitaremos un abogado?

Galán adoptó su semblante más conciliador.

—Como comprenderán, no podemos descartar ninguna posibilidad. Pero el hecho de que les estemos hablando con tanta franqueza indica que Leo no es la primera opción que barajamos. Ella es la única persona que convivió con don Juan durante más de veinte años, y no le vemos móvil para cometer ese crimen.

—Me he quedado sin trabajo —indicó ella.

—Por eso mismo —prosiguió Galán—. Necesitamos que nos cuente si don Juan tenía algún enemigo, quién le visitaba a menudo y quién de modo esporádico. Si hablaba con frecuencia con alguien por teléfono o por otros medios. Cualquier detalle puede ser valioso.

La mujer se dejó acariciar el antebrazo por su esposo. Ambos parecían algo más tranquilos.

—El señor apenas recibió a nadie en la casa en los últimos años —relató Leocadia—. Salía muy de vez en cuando a tomar un té con alguna de sus primas, las Cambreleng, siempre por separado —Leocadia bajó la voz—. Se dice que las hermanas no se llevan muy bien.

—Algo he oído —reconoció el policía.

—Una vez vino de visita una sobrina nieta de Madeira. La hija del señorito Michael. Estuvo un par de horas y se marchó. Nunca más volvió.

—¿Alguien más?

—Nadie más. Recibía bastante correspondencia de un banco de Suiza. Siempre me decía que debía ser cuidadosa con esas cartas y que las colocara en un lugar determinado del secreter.

—¿Se conservan esas cartas?

—Claro. El señor era muy ordenado con sus cosas. Les puedo decir dónde están.

—Muy bien. Se lo agradeceré mucho. ¿Algo más? ¿Algún enemigo?

Leocadia miró a la mesa. Parecía debatirse de modo interno si continuar o no.

—Hay algo más, doña Leocadia —intervino Ramos— ¿Qué es?

La mujer miró al subinspector con expresión de haber sido pillada haciendo algo incorrecto.

—No sé si debo contarle. Es tan poco creíble.

—Es el momento, Leo —añadió Galán.

—Si alguien pudo hacerle daño a don Juan, tuvo que ser ella.

Galán y Ramos se miraron una décima de segundo.

—¿Ella?

Leocadia hizo un gran esfuerzo por proseguir.

—Ella. La mujer negra que habita la casa algunas noches.

—¿Vive alguien más en la casa? —preguntó el inspector.

—No vive. Aparece algunas veces y pasea por las habitaciones. Tal como viene, se va.

—¿Puede explicarme eso con más detalle, Leo?

—Ella no es buena. Sus ojos contienen fuego. Siempre parece enfadada. No habla, pero se escucha su voz.

Galán no acertaba a comprender bien lo que le estaba contando.

—¿Una mujer negra? ¿De dónde viene?

—No lo sé. Aparece y ya está. Y luego desaparece. El señor se disgustaba mucho cuando aparecía. Le gritaba que se fuera. A mí nunca me prestó atención. Siempre era con el señor.

—¿Sabe dónde está esa mujer?

El marido de Leocadia le hizo un gesto a su mujer para que se detuviera.

—Señor inspector —le dijo—. ¿No se da cuenta de que le está hablando de un fantasma?

La Laguna.

—Le agradezco muchísimo que se haya molestado en desplazarse al ayuntamiento, Marta.

Ariosto esperaba a la arqueóloga en una de las puertas de la corporación local que daba a la calle Consistorio. El calor del mediodía le había obligado a prescindir de la chaqueta, e incluso de la corbata, síntoma de que hacía calor de verdad. Marta Herrero venía desde el aparcamiento de los juzgados donde, de modo milagroso, había encontrado un hueco donde estacionar su automóvil.

—Así me debes un favor, Luis —respondió mientras se saludaban con un par de besos—. Tus favores bien valen un esfuerzo.

—¿Disfrutaste de la entrada en primera fila del concierto de U2 que te conseguí?

—De eso hablaba —sonrió—. Después de este pequeño favor que te estoy haciendo, revisaré la cartelera nacional de otoño.

—Seguro que encuentras algo interesante. ¿Por dónde entramos?

Marta le indicó una puerta.

—Por aquí.

Se introdujeron en la parte administrativa del edificio en busca del archivo municipal. Ariosto le había pedido a Marta acceder al expediente de construcción de la casa de don Juan Fitz-Stuart, si es que se había conservado. Había que retroceder en el tiempo más de ochenta años. Marta era amiga de la funcionaria que custodiaba los papeles antiguos y otros menos antiguos, y había logrado que los recibiera en apenas una hora. «Siempre es bueno tener amistades en estos lugares», pensó Ariosto.

Marta se condujo con familiaridad por varios pasillos de estructuras de aluminio y cristal que compartimentaban áreas de trabajo a la luz de unos obsoletos fluorescentes. Tras el quinto requebro tocó en una puerta cuya parte superior estaba acristalada.

—¡Entre! —se escuchó.

Marta abrió la puerta y sonrió.

—Buenos días, Loli —dijo, y la saludó con los besos al uso—. Te presento a un amigo, Luis Ariosto.

Ambos se saludaron de igual manera y con un gesto Loli les invitó a sentarse enfrente de ella. Luego miró a Marta.

—André Rieu da un concierto en Barcelona el 15 de noviembre —dijo la funcionaria—. Sería

maravilloso poder acudir.

Ariosto notó que Marta se ruborizaba un poco. Estaba claro que ya había vendido el oso antes de cazarlo. Revisó mentalmente sus contactos. No habría problema con ese concierto.

—¿Has encontrado algo? —Marta obvió el tema de la reserva de entradas y Loli la siguió.

—¡Sí! —Respondió con entusiasmo—. Se han extraviado algunos expedientes de aquella época, pero el de esta casa sí que está. Y con regalo extra.

Ariosto, extrañado, miró a la mujer. Loli prosiguió:

—Ha aparecido también el de la casa que se construyó allí con anterioridad, unos tres o cuatro años antes. ¿No es fantástico?

—Sí que lo es —convinieron, Marta de palabra y Ariosto asintiendo.

—Y además completa el expediente una obra menor en los años sesenta. Un cambio de pavimento, pero no creo que eso tenga mucha importancia.

Loli se levantó y fue a buscar un archivador antiguo de color sepia. La funcionaria abrió la caja, sacó de su interior un fajo de papeles y comenzó a desplegarlos encima de su mesa. Despedían un leve olor a humedad.

—¿Qué querían saber? —preguntó.

Marta miró a Ariosto, indicándole con su expresión que era su turno de intervención.

—Ya que tenemos la suerte de disponer de los planos, me gustaría examinar la distribución de las plantas de ambas casas.

Loli asintió, concentrada en la búsqueda de los documentos concretos. Los encontró y colocó de frente a Marta y Ariosto.

—Aquí están.

La funcionaria les echó un vistazo profesional y enseguida descubrió las diferencias.

—La casa antigua era algo más pequeña —indicó con el índice—. La moderna ocupó mayor espacio de solar. La distribución de las habitaciones es bastante distinta, aunque ambas poseían un recibidor amplio y una escalera enfrente de la puerta principal. Como pueden ver, la cocina se encontraba en lugares diferentes.

—Y los baños —añadió Marta, concentrada en los dos planos.

Ariosto fijó su atención en un recuadro dibujado bajo la escalera en el plano más antiguo.

—¿Qué puede ser esto? —preguntó, señalándolo con el dedo.

Loli se aproximó al plano y entornó los ojos.

—Solo puede la puerta de una entrada a una escalera. De bajada, sin duda. Es el acceso a un sótano.

—¿Un sótano? —preguntó Ariosto, insistiendo en que Loli lo asegurara—. No aparece en la casa moderna.

La funcionaria miró alternativamente a ambos papeles.

—Pues así es. El sótano no se aprovechó en la segunda casa. Déjenme mirar en los demás papeles a ver si existe un plano del sótano.

Loli se afanó en revisar los expedientes al completo, mientras sus visitantes la observaban.

—Nada. No hay plano del sótano. Tal vez se cegara al construir la segunda casa. Puede que quedara tan deteriorado por el incendio que destruyó la primera que el arquitecto dispuso que se

hiciera así.

—¿Hay plano de los cimientos de la segunda casa? —preguntó Ariosto.

—Más que un plano es un croquis —rebuscó de nuevo—. Aquí está. Es tan sencillo que no creo que pueda sernos de ayuda.

Ariosto contempló el papel amarillento buscando evidencias de lo que fuera. Al cabo de unos segundos lo colocó encima del de la casa antigua.

—No hay columnas ni en el lugar donde estaba la puerta de acceso al sótano, ni en el que ocupaba la escalera ni en unos cuantos metros a la redonda. La disposición de las columnas parece obedecer a un intento de preservar un espacio subterráneo.

Loli se rascó la nariz, pensativa.

—Ahora que lo dice, Luis, podría tener usted razón.

—Si el arquitecto de la segunda casa no colocó columnas encima del sótano, es porque lo respetó, aunque no previese su acceso. Tal vez lo hizo a propósito. Debió ser por indicación del propietario del terreno.

—¿Hay alguna razón por la que Eduardo Fitz-Stuart quisiera conservar el sótano y al mismo tiempo impedir su entrada en él? —preguntó Marta. Aquello no le cuadraba.

—Los designios del Señor y los de don Eduardo Fitz-Stuart son inescrutables, Marta —respondió Ariosto—. Estoy convencido de que el sótano existe y de que podríamos tener acceso a él con poco esfuerzo.

Marta abrió los ojos de sorpresa y comprensión.

—¿No estarás pensando en lo que estoy pensando?

—Un suelo de madera es fácilmente desmontable, y luego reconstruible.

—¿Sabes la de permisos y complicaciones administrativas que podría conllevar eso que estás maquinando?

Ariosto se irguió y esbozó una amplia sonrisa.

—Tal vez sea más fascinante ver el concierto de André Rieu en París que en Barcelona. ¿No?

La Laguna.

—Espero que el té se encuentre como a usted le gusta —dijo Enriqueta mientras se lo servía. Galán se preguntó quién le había dicho a aquella señora que a él le gustaba el té verde con canela. Una mirada a la expresión inocente de Ariosto se lo reveló.

—Estoy seguro de que está perfecto —dijo el policía.

—¿Quiere azúcar, Antonio? ¿Como siempre? —intervino Ariosto.

Galán aceptó con una sonrisa la broma de su amigo. Ambos sabían que el inspector aborrecía el té.

—Me encantan los hombres que saben apreciar un buen té —dijo Enriqueta, ofreciendo una bandejita con pastas variadas—. Es una especie en vías de extinción.

Los tres se encontraban en la salita de té, o de costura, dependiendo de la hora, de la casa de Enriqueta. A través de los visillos de la ventana se escuchaba el rumor de la vida ciudadana en la plaza de la Concepción.

—Luis me ha explicado que usted era familia de don Juan Fitz-Stuart, Enriqueta.

La mujer se estiró en su butaca, taza en mano.

—El primo Juanito fue casi como un hermano mayor para nosotras. Me refiero a mi hermana Adela y a mí, claro.

—Entiendo —dijo Galán, invitándola a seguir.

—En realidad era tío segundo, pero siempre tuvimos mucho trato. De jovencitas veraneábamos en su casa y lo pasábamos de maravilla haciendo rabiar a sus sobrinos ingleses, unos mocosos petulantes insoportables.

—Daría algo por verlas —dijo Ariosto.

Enriqueta sonrió con la idea y se dispuso a continuar.

—El tío abuelo Eduardo era una bella persona, aunque a veces tenía sus prontos, como todos. Cuando eso ocurría corríamos a escondernos en el desván del tejado. Cuando los berrinches se le pasaban, Juanito venía a buscarnos.

—Me interesaría saber si don Juan tenía enemigos, o si conoce a alguien que pudiera desearle algún mal.

—Aparte de sus sobrinos, que siempre han sido unos bichos, no creo que nadie tuviera algo contra él. La pobre Leocadia se lo puede asegurar, inspector. Apenas tuvo relación con nadie en sus últimos años.

—Ya he hablado con ella —contestó Galán.

Enriqueta sorbió el té, aún estaba muy caliente, y se recostó en el asiento.

—¿Le ha contado Leocadia lo de esa mujer? ¿La brasileña?

—Algo me dijo. Como comprenderá, soy bastante escéptico al respecto. Como policía, no puedo evitarlo.

—Es normal. Yo nunca vi nada en mis estancias en la casa. Otra cosa es mi hermana Adela, que tiene una imaginación calenturienta. Tal vez ella pueda ayudarles más que yo en esos temas.

—Querida Enriqueta —terció Ariosto—. Es posible que al inspector le interese saber cómo adquirió su fortuna don Juan.

—Se lo ruego —añadió Galán.

—Eduardo Fitz-Stuart, el padre de Juanito, fue uno de los primeros que trajo coches a Canarias en los años treinta. Importaba también maquinaria de todas clases: para la agricultura, para la industria, para hacer azúcar. De todo. Sus contactos en Londres hicieron de él el representante ideal para ambas partes, la canaria y la londinense. Luego amplió su radio de acción a América. Su socio le abrió las puertas del sur del continente.

—¿Quién era ese socio? —preguntó el policía.

—Pirés, el cónsul de Portugal. Veo que no lo sabía. Por lo que me han contado, se llevaban bastante bien. Las máquinas comenzaron a llegar a Brasil y ambos hicieron un dinerillo. Todo fue de perlas hasta el incendio. Ahí se acabó la historia. Como sabrá, los herederos de Pirés se deshicieron en un visto y no visto de lo que les tocó en herencia a cambio de dinero. Mi tío abuelo Eduardo les compró la parte de la empresa, aunque ya no fue lo mismo. Privado de los contactos de Pirés, otras compañías le aventajaron en la venta de maquinaria en Brasil y países limítrofes. Al cabo de un tiempo cerró la empresa americana y se dedicó solo a Europa.

—Así pues, ambos tuvieron una relación estrecha durante un tiempo. ¿Y cómo interviene la señora brasileña, el ama de llaves, en todo este asunto?

Enriqueta dejó la taza sobre la mesa camilla cubierta con un mantel bordado por las monjas concepcionistas de Garachico. Pareció necesitar un par de segundos antes de contestar.

—Todo lo que le cuento me lo transmitió hace muchos años Juanito, que lo escuchó de su padre, con lo que debe tomarlo con cierta reserva, inspector. Esta vieja dama no siempre tiene los recuerdos tan frescos como quisiera.

—Haga un esfuerzo, por favor.

—Pirés la trajo de uno de sus viajes a Brasil y, como era soltero, aquella situación fue la comidilla lagunera de aquellos años. Al no estar casados, las lenguas viperinas de la época, al igual que las de hoy, se desataron furiosamente contra el ama de llaves. En aquellos años era un escándalo.

—Debió de serlo —apuntó Ariosto—. Todavía ocurre algo parecido con algunas señoritas de nacionalidades varias que se ofrecen en matrimonio por Internet.

—No seas impertinente, Luisito —cortó Enriqueta—. Déjame terminar.

—Siga, se lo ruego —pidió Galán.

—La presencia de aquella mujer provocó algo más que simples habladurías en el vecindario lagunero. Era toda una belleza. Claro, me refiero a los que les gusten las mulatas de pelo y ojos

oscuros. Sin embargo, tenía algo maligno que atraía a los hombres. Además de Pirés, el tío abuelo Eduardo también cayó víctima de su hechizo.

—O de su encanto, por lo que dices —dijo Ariosto.

Enriqueta dirigió una mirada fulminante a su sobrino y este optó por mantener la boca cerrada.

—¿Qué ocurrió con el tío abuelo Eduardo? —inquirió Galán.

—Lo que ocurre siempre en estos casos. La brasileña lo convirtió en su esclavo.

—¿Se refiere a que fueron amantes?

—Me refiero a que lo dominaba como ella quería. Tenía a los dos hombres comiendo de su mano. La esposa de Eduardo se marchó a casa de su familia durante una temporada, viendo cómo se estaban poniendo las cosas. Decía que su marido estaba embrujado, que no era el mismo. Y por lo que me dijo Juanito, también cayó en su poder un tercero, el por entonces alcalde de la ciudad.

—¿Tres? —preguntó Ariosto, y acto seguido hizo ademán de que seguiría callado.

—Tres. Al día siguiente de que se suicidara, dicen que desesperado por esa mujer, se produjo el incendio.

—¿El alcalde se suicidó?

—Pues sí. Toda una historia, ¿verdad, inspector? Es todo cuanto puedo decirle. ¿Le apetece más té?

El Sauzal, Tenerife, al día siguiente.

—Señor Fitz-Stuart, es un honor recibirlo en esta casa.

—El placer es mío.

Luis de Miguel, director de la Casa del Vino, un establecimiento oficial dedicado a la promoción del vino canario, indicó a Donald que se sentara en un sofá de cortesía existente en su despacho de la planta alta. Las paredes ofrecían el encanto de la piedra negra volcánica desnuda y atestiguaban la perfecta rehabilitación de una casona del siglo XVIII. Un mobiliario funcional y elegante recordaba que aquella estancia estaba diseñada tanto para trabajar como para atender visitas de trabajo. La luz de la tarde atravesaba las ventanas que daban a la ladera verde de El Sauzal, con la sombra del Teide a contraluz dominando el horizonte.

De Miguel se sentó en una butaca individual esquinada con el sofá.

—¿Le apetece un café? —preguntó el anfitrión.

Donald estaba de mejor humor. Todo aquel conjunto de casas antiguas con patio, lagar centenario incluido, era parte de su mundo: el vino. Y allí se sentía a gusto.

—Me imagino que no podré pedirle un oporto.

De Miguel rio.

—Le puedo ofrecer un vino local, estimado amigo. Tenemos una colección exclusiva de vinos añejos. Estoy seguro de que serán de su agrado.

Donald lo dudó, pero aceptó la propuesta.

El director se levantó, abrió la puerta de un pequeño armario existente detrás de su escritorio, y descubrió un mini bar camuflado. Tomó un par de copas pequeñas y sirvió en ellas el contenido de una botella sin etiquetar. Se volvió, ofreció una a Donald y se sentó a su lado. Ambos probaron, tras olerlo, su contenido.

—No está mal —dijo Donald, satisfecho a medias.

—Viniendo de una autoridad como usted, lo tomaré como un cumplido —replicó de Miguel. Conocía la fama de gruñón-intransigente-fanático-del-oporto de su invitado.

—¿Recibió usted mi correo?

De Miguel dejó la copa en una mesa baja de centro dispuesta a la altura de sus rodillas y se echó atrás en su butaca.

—Sí. Y he hecho las averiguaciones pertinentes con mi personal especializado.

Donald apuró la copa en dos sorbos y también la dejó en la mesa. Esperó a que de Miguel

continuara.

—La variedad albillo prieto es muy poco conocida. Su implantación en Canarias se remonta casi al momento de la conquista, hace más de quinientos años. Sin embargo, su baja productividad y la exigencia de un delicado tratamiento provocaron que la preferencia de los cultivadores se centrara en otras uvas más fáciles de cuidar y de mayor rendimiento.

—¿Significa eso que no existe? —Donald ya estaba pensando en lo que dirían sus abogados ante una condición testamentaria imposible.

—Nada de eso. Ha estado a punto de extinguirse pero todavía se cultiva, aunque de modo muy reducido.

Donald no sabía si sentirse aliviado o no.

—Entonces es posible conseguirla, ¿no?

—Por poder, se puede conseguir. Es cuestión de hablar con el propietario de la viña.

—Me imagino que no habrá problema con eso. A todo el mundo le gusta vender su vino. Y habrá varios cosecheros con quien hablar.

—En ese detalle existe una singularidad, por decirlo así.

Donald miró extrañado a de Miguel.

—¿Singularidad?

—Sí. Que sepamos, la albillo prieto se cultiva exclusivamente en una finca. Tendrá que hablar con un solo propietario.

El «detalle» no fue del agrado del inglés. Un solo propietario. Podía haber problemas.

—¿Conocerá al menos su identidad y dirección?

—Sí. No hay problema con eso. El viñedo está en La Palma, en concreto en Tijarafe, una localidad al noroeste de la isla.

—Le agradeceré mucho que me facilite esa información, señor de Miguel.

—Ya me he adelantado y me he permitido imprimirla. Aquí la tiene.

Donald tomó un papel que su anfitrión sacó del bolsillo de su chaqueta y le ofreció. Le echó un vistazo.

—Eulogio Brito. ¿Es portugués?

—El apellido es canario, aunque tiene origen portugués. Es muy común en estas islas.

—¿Conoce a ese señor? —insistió Donald.

De Miguel asintió.

—Lo conozco. Y he de advertirle de que tiene un temperamento algo especial. Tendrá usted que desplegar toda su diplomacia.

—¿Un tipo raro?

—Más que raro, especial. Ya lo comprobará.

—No hay nada que una buena suma no consiga — dijo Donald, sonriendo con malicia y levantándose—. Le agradezco la gestión y su tiempo. El vino está realmente bueno.

De Miguel estrechó la mano del inglés y lo acompañó a la puerta. Cuando el vinatero de Oporto salió al patio central adoquinado del recinto, se volvió a su despacho pensando que el confiado Donald Fitz-Stuart no sabía con quién iba a tener que vérselas. Nada menos que con Eulogio Brito.

Y también sonrió con malicia.

Funchal, Madeira.

Michael Fitz-Stuart, muy a su pesar, tuvo que soportar el calor del sol y la humedad de Funchal propias de una tarde de finales de verano. En aquella época del año jamás salía a esa hora de su casa, en Ponta da Oliveira, en el caserío de Caniço de Abajo, a unos kilómetros de la capital. Pero aquel día estaba citado a las cinco con Christopher Hewson, el enólogo jefe de Blandy's, la mayor empresa vinatera de Madeira, y no podía faltar a esa cita.

El estirado inglés, siempre de chaqueta y corbata, caminó por la amplia avenida Arriaga buscando la sombra de los árboles y evitó entrar en la sede de la empresa por la puerta de los turistas. Allí rezaba en letras grandes «Blandy's, establecido en 1811, Wine lodge», para que quedara bien claro el origen británico de la firma. Tres enormes toneles de vino en triángulo ascendente correspondientes a las variedades malvasía, bual y sercial saludaban al visitante en el fondo de un porche cuya sombra invitaba, al menos, a protegerse del sol. De resto había que pagar por todo.

Michael entró en el edificio a través de una puerta que solo los socios y los trabajadores de la empresa estaban autorizados a utilizar. Una de las secretarias lo reconoció al instante y le indicó que Hewson le estaba aguardando. Conocía el camino de su despacho y se dirigió a él con presteza, al menos allí había aire acondicionado.

Hewson le esperaba en su oficina aparentando estar muy ocupado en el ordenador. Tras su ventana podía contemplarse el inmenso racimo de casas blancas con tejados rojos sobre un fondo verde que ocupaba toda la suave ladera que, desde el mar a la cumbre, rodeaba la ciudad. Funchal parecía dormir una apacible y somnolienta siesta sobreponiéndose al calor húmedo que acechaba tras cada esquina.

—Bienvenido, señor Fitz-Stuart.

El enólogo jefe se levantó para saludar al recién llegado. Aunque fuera un socio minoritario siempre era conveniente tratarlo con correcta deferencia. Tenía voz en la asamblea y era bueno que se hablase bien de los empleados.

Michael se sentó enfrente de Hewson, al otro lado de la mesa. Era una visita de trabajo.

—Tengo los datos que me pidió —dijo el enólogo, que exhibió una hoja impresa que colocó sobre la mesa, entre ambos.

—¡Estupendo! ¿Me puede adelantar algo?

—La variedad albillo prieto es muy rara. No existe en todo Portugal, y mire que hay vino en

este país. He tenido que hacer unas cuantas llamadas telefónicas hasta averiguar que solo se da en un lugar de Canarias.

—Debe de ser rara entonces. Me lo imaginaba. Al menos existe.

—Sí, aunque su producción es limitadísima. Y además concentrada, casi de modo experimental, en un solo lugar.

Michael dudó de que aquel dato fuera bueno.

—¿Tiene más detalles?

—Los encontrará en el informe. Tendrá que buscar en la isla de La Palma a un tal Eulogio Brito, que no es portugués aunque su nombre parezca indicarlo.

—¿Sabe si comercializa ese vino?

—La respuesta es negativa. Todo lo que produce es para consumo propio. Según me dijeron, ese tipo de uva es muy pequeña, con lo que los demás cosecheros no la consideran rentable. Mantenerla es un puro capricho del propietario.

Michael suspiró y, sin darse cuenta, se encogió en la silla. Las posibilidades se reducían a una.

—Otro tema que puede interesarle es la fragilidad de la uva —añadió Hewson—. La vendimia debe realizarse en el momento justo, no puede pasarse de madura, y eso puede ocurrir en horas, no en días. Hay que tener experiencia y buen ojo para hacerlo de modo satisfactorio.

—Parece una uva difícil. ¿Cuándo es la época de recolección?

—Este año ha sido más soleado, por lo que, al igual que otras uvas similares, se espera que haya que vendimiar antes de quince días.

Los plazos se acortaban. Michael se estaba poniendo de mal humor.

—¿Algo más que deba saber?

El enólogo dudó un segundo antes de responder.

—Mi colega canario me comentó una particularidad que le llamó la atención.

Michael miró a su interlocutor con atención, esperando a que continuara.

—Me dijo que, en treinta años que lleva en el oficio, nadie le había preguntado por esa variedad, y que hoy se habían interesado por ellas dos personas. Una soy yo. La otra no lo sé.

Michael ató cabos rápidamente: Donald.

—No se preocupe, creo que yo sí sé quién es la otra.

Tras despedirse, Michael salió a la calle y a la tórrida humedad. Ya no se preocupó de ocultarse del sol. Tenía mil cosas en la mente. Sacó su móvil y marcó un número. Respondieron al tercer tono.

—¿Rogério? Voy a necesitarte hoy mismo. No te comprometas con nadie en los próximos siete días. Sí, conozco tus honorarios. No habrá problema con eso. Salimos para Canarias en el primer avión que despegue. Y trae contigo todo tu instrumental. Tal vez lo necesitemos.

Y colgó.

Tijarafe, La Palma.

El Honda Civic de Emelina descendía el serpenteante camino Aguatavar tras haber dejado atrás la carretera general. El sol iniciaba su inevitable caída hacia el mar, justo enfrente de ellos, y la sensación de calor disminuía gracias a una brisa proveniente de ese océano inmenso que les escoltaba en el camino.

—¿Estás segura de que tu padre está en la finca, Emelina? —preguntó Olegario.

—Me dijo mi madre que está —respondió la mujer.

—Me parece que no es bueno que un hombre mayor trabaje en un lugar aislado sin móvil. Si le ocurre algo, no puede avisar.

—Ya sabes lo cabezota que es, Ole. Tal vez algún día atienda a razones.

Olegario refunfuñó, frenando para tomar otra curva de noventa grados, esta vez a la derecha.

Había disfrutado de dos semanas de vacaciones en La Palma, junto a su novia Emelina, natural de la isla. Le quedaban apenas un par de días de descanso que había que apurar antes de volver al trabajo como chófer y ayudante personal de Luis Ariosto en Tenerife. Aunque su nombre real era Olegario, le gustaba que su jefe lo llamara Sebastián, denominación con que lo bautizó la difunta madre de este, doña Amparo, tan tradicional que consideraba que todos los chóferes de su casa debían llamarse Sebastián. Como le tomó mucho cariño a la anciana, y a pesar de las protestas de su hijo, Olegario solicitó como una cláusula más de su contrato de trabajo, que se le siguiera llamando Sebastián. «Cabezonerías propias de la edad», se decía a sí mismo.

Olegario era un tipo fornido, no muy alto, con aspecto de boxeador profesional retirado. Y es que en su juventud llegó a practicar el boxeo, aunque nunca de un modo serio, «solo para ganar algunas perrillas» como decía cuando le preguntaban. Lo cierto es que su porte provocaba respeto en quienes no le conocían. Tras ese corpachón era un tipo tranquilo y sencillo, amante de la buena mesa y de pequeños placeres cotidianos nada extravagantes.

Olegario había visto mundo, enrolado en diversos buques mercantes y posteriormente gracias a su trabajo como estibador y en otros oficios más difusos en diversos muelles del Mediterráneo europeo, lo que le permitía hablar diversos idiomas, incluyendo la lingua franca de los bajos fondos de los puertos del sur de Europa. En un momento dado decidió volver a Canarias y tuvo la fortuna de encontrar trabajo tras socorrer al que iba a ser su jefe en un percance automovilístico. Ahora, con un trabajo estable en un ambiente agradable, ya no pensaba en volver a dar tumbos por el mundo.

Emelina era peluquera en la Cruz del Señor, uno de los barrios populares de Santa Cruz de Tenerife. Compartía el negocio con una amiga de toda la vida, Yaiza, con la que se llevaba muy bien. Gracias a eso pudo tomar vacaciones y no dejar desatendidas a las muchas clientas que no les permitían cerrar el local, ni siquiera en verano. También se dedicaba, aunque no de un modo profesional, a leer manos. Desde pequeña había desarrollado una excepcional habilidad para ver más allá de las líneas y surcos de las palmas. Ella no le daba mayor importancia y prefería no investigar en búsqueda de otras posibilidades, como le habían aconsejado algunas conocidas del sector de lo esotérico. Aunque había participado en celebraciones paranormales, se quedaba con las manos. De cualquier modo, la curiosidad por lo extraño y lo oculto la llevaba en la sangre, y eso no podía evitarlo ni discutirlo. Olegario, a quien esas facultades extrasensoriales no le gustaban demasiado, prefería mantenerse en un discreto escepticismo, pero cuidando de que ningún evento extraordinario le hiciera cambiar de pensamiento. «Prefiero, para mi tranquilidad, que no me convenzas de nada», le repetía a Emelina.

Aquella tarde habían decidido visitar a don Eulogio, el padre de ella que, a pesar del calor, vigilaba todos los días el desarrollo de sus viñedos, ya próximos a la vendimia.

Tras la decimocuarta curva, llegaron a la finca. Emelina se bajó del coche y abrió una cancela metálica para permitir el paso del vehículo. Tras una recta de cemento de unos cien metros, flanqueada por viñedos llenos de hojas, llegaron a un espacio amplio donde se levantaba la casa de campo. Aparcaron al lado del todoterreno años setenta de Eulogio, que aprovechaba la sombra de un almendro para no achicharrarse demasiado, y se apearon.

—Debe de estar abajo —dijo Emelina. La finca, como todas en aquella parte de la isla, se extendía en un acusado declive en dirección al mar, cuya superficie, de un azul intenso, los llamaba desde unos trescientos metros más abajo.

Un perro pequeño acudió corriendo a dar la bienvenida. Rodeó a ambos con alegría y luego salió disparado en una dirección concreta.

—Creo que sé dónde está tu padre —indicó Olegario, señalando el rastro del can.

Emelina sonrió.

—Tus dotes adivinatorias son mejores que las mías.

—Cualquier día te hago la competencia —respondió Olegario, continuando la broma.

La pareja bajó por un sendero que se dibujaba entre líneas de viñedos sostenidos por un entramado metálico de perfiles y cables tensos. Los ladridos del perro les llevaron directamente a donde se encontraba Eulogio, rodeado de viñas.

—En menos de diez días habrá que vendimiar —dijo el hombre en voz alta para que los recién llegados le escucharan.

Eulogio Brito era un septuagenario que se mantenía fuerte y relativamente delgado. Cubría su calva con un sombrero negro que solo se quitaba dentro de las casas y en la iglesia. Solo su rostro, moreno y agrietado por el sol, delataba su edad. Como casi siempre, mantenía una cachimba apagada entre los dientes. La pipa le daba un aire de capitán pirata reconvertido en pequeño hacendado vinatero, y le otorgaba un perfil inconfundible y muy personal.

—Yo estaré aquí dos días más —respondió Olegario—. Si le puedo ayudar en algo, cuente conmigo.

Emelina se acercó a su padre y lo besó. Olegario le estrechó la mano. Ambos hombres se llevaban bien. A Eulogio le gustaba la fortaleza física y la tranquilidad mental del novio de su hija, y a Olegario el carácter recio y la determinación en sus convicciones del padre de su novia.

—¿Algún problema con las viñas? —preguntó Olegario.

—Salvo el calor, ninguno. Pero algunas uvas no vienen bien.

—¿A qué se refiere?

—Aquí tengo plantadas uvas tintas negramoll y almuñeco, y de blancas listán blanco y albillo prieto. Las tintas vienen bien, pero las blancas no. Me temo que no valdrá la pena hacer vino de cada una por separado.

—¿Y qué opciones tiene?

—Haremos una buena mezcla de ellas y saldrá un vinillo decente —aseguró don Eulogio, a medias resignado—. Es una pena. Este es el único año en que no voy a poder hacer unas cuantas botellas de albillo prieto. En fin, ¡qué le vamos a hacer!

La Laguna.

—¿Estás segura de que viste a alguien en la casa, Sandra?

—Vi algo moverse en una ventana. Sin ninguna duda.

Galán había quedado con ella en el Palmelita, una cafetería de inspiración alemana situada al lado de la iglesia de La Concepción. La periodista había llamado a su amigo policía y le había contado su experiencia visual de la tarde anterior. Dado que la casa estaba vacía, entendía que podía tratarse de un robo, o de un okupa, lo que no sabía qué era peor.

—La asistenta no me ha comentado nada. Los herederos no se harán cargo de la casa hasta que se cumplan las condiciones de la herencia, y no voy a molestar al notario que hace de albacea. Llamaré a Leocadia.

Galán buscó en su móvil el número de la criada que había memorizado en la entrevista del mediodía y la llamó.

—¿Doña Leocadia? Me ha llegado una información que dice que hay movimiento en la casa de don Juan. Si no le importa, me gustaría comprobar que nadie se ha colado en ella. ¿Sería tan amable de abrirme?

Galán colgó y Sandra le miró expectante.

—En quince minutos está en la mansión —informó el policía—. ¿Te apetece acompañarme?

Sandra no contestó al instante. Por un lado, recordaba la voz que le instó, de modo bastante convincente, a que saliera de la casa. Por otro lado, su olfato periodístico le decía que allí podía haber noticia. Pudo más su vertiente profesional.

—Voy contigo —respondió.

Del Palmelita a la casa del camino de San Diego no había más de cinco minutos a pie. Les dio tiempo a pagar con tranquilidad los cafés que se habían tomado. Luego, se dirigieron a la mansión.

—Te noto algo tensa, Sandra. ¿Estás segura de que quieres entrar?

—Antonio, sabes que soy aprensiva en todo lo referente a cosas raras. Y que sintiera la presencia de alguien en una casa donde se supone que no debía de haber nadie lo es.

El inspector sonrió. No recordaba cuántas veces había escuchado esa misma frase.

—Estoy seguro de que va a ser una falsa alarma.

Sandra lo miró de reojo, sin creérselo del todo.

Leocadia fue puntual y les abrió la puerta de la casona a los quince minutos exactos. Los tres entraron en ella. La asistenta subió los diferenciales de suministro de electricidad y los

interruptores obedecieron a partir de ese momento a las pulsaciones.

Galán examinó la casa desde de una óptica distinta a la del día en que acudió a ella por primera vez, dos días atrás. En aquella ocasión se dejó llevar por Leocadia hasta el salón donde habían encontrado el cadáver de don Juan. Ahora, en aquel momento, la casa le parecía distinta. Como si la muerte de su dueño hubiera provocado algún efecto extraño en el ambiente. Tal vez fuera porque las persianas de la casa permanecían bajadas y faltara luz. La sensación era mortecina, apagada, casi de luto.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Sandra—. No quiero quedarme sola.

Galán miró la expresión de la joven periodista y sonrió. Leocadia prefirió revisar la cocina y no les acompañó.

—Claro. Pero no grites salvo si es estrictamente necesario.

Sandra pasó por alto la broma y se pegó a la espalda de Galán, que escudriñó todas las habitaciones de la planta baja.

—Aquí no hay nadie ni huellas de que lo haya habido —dijo al cerrar la última de las puertas.

—Fue en una ventana del piso de arriba —replicó la periodista.

—Vamos entonces.

La pareja enfrentó la escalera de un solo tramo que les llevaba hasta el piso superior. Galán trató de quitarle misterio a los cuartos oscuros encendiendo todas las luces que encontró a su paso, pero Sandra seguía encontrando sombras en cada rincón, por lo que se mantuvo más cerca aún de la espalda de su amigo.

Tras comprobar las dos primeras estancias, un cuarto auxiliar, probablemente de plancha o de costura, y una habitación pequeña con una cama individual, Galán se volvió a la periodista.

—¿Cuál era la habitación en la que viste la sombra?

Sandra se hizo una composición de lugar.

—Si las habitaciones que dan a la fachada son estas —respondió, señalando el lado opuesto del desembarco de la escalera—, debe de ser la segunda o la tercera puerta.

Galán se dirigió con paso firme a las puertas indicadas y abrió la primera. Encendió la luz y contempló una habitación con dos camas separadas compuestas de modo impoluto. A pesar de que don Juan no tenía invitados frecuentes, las habitaciones para invitados estaban listas para usarse.

—Debe de ser la otra —apuntó Sandra.

Galán abrió la siguiente puerta y abatió el interruptor. La luz no se encendió.

—¡Vaya! No funciona la bombilla.

Sandra se asomó por encima del hombro del inspector. La luz del pasillo arrojaba la suficiente claridad para comprobar que se trataba del dormitorio principal. Una cama de matrimonio esperaba inútilmente la llegada de su usuario.

Galán buscó en su móvil la función de linterna y la encendió. Con precaución, entró en la habitación. Sandra seguía con la mirada el haz de luz del teléfono de Galán. Cuando el foco pasó por la butaca que enfrentaba la cama, le pareció ver una figura sentada en ella. Todos los pelos se le pusieron de punta.

—Enfoca la butaca, Antonio.

El policía así lo hizo. El asiento, el mismo donde murió don Juan, apareció vacío a la mirada

de ambos. Sandra estuvo a punto de confesarle a Galán que le parecía haber visto algo allí, pero se lo calló. La iba a tomar por loca. Entonces la escuchó. O volvió a escucharla. La misma voz que en la otra ocasión: «Vete». «Ahora».

Sandra se quedó paralizada y se aferró con los dedos de la mano derecha al hombro de Galán.

—Sandra, me estás haciendo daño —dijo el policía, que se volvió para desasirse.

—¿No has oído nada? —preguntó, con los ojos muy abiertos.

Galán la miró extrañado.

—A ti con lo de la butaca.

—Creo que escuché algo.

Entonces la volvió a escuchar: «Vete».

—¿Hemos terminado? —El nerviosismo de la chica aumentaba a cada segundo.

—Casi. Espérame abajo, si quieres.

Sandra se horrorizó con la idea de estar sola en algún lugar de aquella casa. Su miedo la estaba atenazando.

—Me quedo contigo.

Galán echó un último vistazo al dormitorio principal y de allí pasaron a un cuarto de baño y a otra estancia que hacía las veces de despacho particular. No encontraron rastro alguno que evidenciara presencia humana en la casa.

—No hay nadie —concluyó el policía—. Vámonos.

Sandra bajó la escalera delante de Galán a toda velocidad, pasó como una exhalación al lado de Leocadia y no se detuvo hasta que llegó a la acera de la calle. Una vez salió el policía de la casa, la asistenta cerró la puerta principal y luego la del jardín.

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó al ver a Sandra.

—Ahora sí —respondió.

La mujer examinó a la periodista con atención.

—Ha escuchado algo, ¿verdad?

Sandra asintió levemente, le daba vergüenza reconocerlo.

—Ocurre con determinadas personas —indicó Leocadia—. Es ella.

—¿Ella? —preguntó Sandra con voz temblorosa.

Galán intervino para que Sandra no aumentara su aprensión.

—Doña Leocadia también ha tenido sensaciones extrañas en la casa. Lo atribuye a una persona que vivió en ella hace más de ochenta años. Lo mejor es que dejemos ese tema aparcado. Debo irme ya. Vinimos a ver si había alguien en la casa y no lo hay.

Sandra entendió que aquel asunto terminaba allí.

—Gracias, Antonio, por hacerme caso. Me quedo más tranquila.

Galán se despidió de las mujeres, comprobó que cada una se marchaba por su lado, y fue a buscar su automóvil.

Cuando el policía entró en la plaza de la Junta Suprema, escuchó un susurro lejano, casi inaudible, inexplicable. Fue una sola palabra, que se repitió dos veces:

«Quédate». «Quédate».

Galán se detuvo. Miró a su alrededor buscando la fuente del sonido y no vio nada. Algo

amoscado, se dijo que estaba siendo víctima de la sugestión de Sandra, y sin pensarlo más siguió su camino.

La Laguna, al día siguiente.

—Señor Ariosto, como albacea de la herencia de don Juan Fitz-Stuart, tengo la obligación de velar por la integridad de todos los bienes que la componen.

—Pero, ¿acaso lo que solicito no tiene como finalidad cumplir la última voluntad de don Juan?

El notario hizo un ademán para que no le interrumpiese.

—Espere. No he terminado. Entiendo que si existe ese sótano en la casa, tal como usted cree haber demostrado, doña Enriqueta tiene derecho a que se le facilite la entrada para tener acceso a su legado.

Ariosto asintió y pidió con un gesto de la mano que continuara.

—Y entiendo que los gastos necesarios para que se cumpla la voluntad del testador deben cargarse sobre la masa hereditaria, o sea, sobre la herencia.

—Veo que me comprende. Se lo agradezco.

—Ahora bien. También entiendo que la verdadera interesada en abrir ese hueco para llegar al sótano es doña Enriqueta. No sé bien a ciencia cierta los problemas administrativos que esto puede causar. Como comprenderá, estoy bastante ocupado, por lo que he decidido apoderar a la heredera y a usted, que actúa en su representación, para que realicen las gestiones necesarias en mi nombre.

—No hay ningún problema —contestó Ariosto.

—Eso incluye el pago de las licencias y la contratación de los operarios que precisen. Necesitaré factura de todo. Con impuestos incluidos.

—De acuerdo. Me parece una solución brillante.

—Pues nada, vuelva usted en media hora y tendrá la escritura de poder. Y una última cosa: procure, si es tan amable, causar el menor estropicio posible. No quiero que el resto de herederos la tomen conmigo.

—Lo dejaremos como nuevo, no se inquiete.

Ariosto se despidió del notario y salió a la avenida de la Trinidad. Sacó su teléfono móvil, un iPhone nuevo que había sustituido a la antigualla que utilizaba antes —no había podido resistir la presión social de sus amistades para que se modernizara— y llamó a Marta. Respondió enseguida.

—Querida Marta, el notario me ha otorgado un poder para que podamos abrir el suelo de la casa. Me imagino que querrás estar presente.

—Por supuesto. No creo que encontremos nada realmente interesante, pero abrir cualquier espacio que lleve tantos años cerrado siempre tiene su atractivo.

—Voy a ir a ver de tu parte a Loli en el Ayuntamiento. Intentaré que acelere los trámites de la obra menor. Una pregunta, ¿conoces a alguien que pueda hacer este tipo de trabajo con garantías?

—Tengo a un grupo de colegas jóvenes que están ahora sin nada entre manos —respondió la arqueóloga—. Son buenos y son empresa, con lo que podrán darte factura legal. Y lo harán bien, estoy segura.

—Estupendo. Entonces habla con ellos y nos vemos en la casa en cuanto tenga el permiso.

Ariosto se despidió de Marta y se dispuso a buscar una parada de taxis. Con Sebastián de vacaciones, le parecía un engorro coger él mismo el Mercedes 300 de 1960, un coche demasiado grande para meterlo en los parkings de La Laguna, por lo que se desplazaba a golpe de taxi. Cuando llegó a la parada recibió una llamada telefónica. Sacó el aparato y vio en la pantalla que era su tía Adela. «Esto de ver quién llama no podía hacerlo con el otro móvil», pensó Ariosto. «Tal vez lo de la modernidad comunicativa no sea tan malo, después de todo».

—¡Querida Adela! ¡Qué agradable sorpresa!

—Buenos días Luis. Me he enterado de que vas a levantar el suelo de una casa con fantasma.

Ariosto se sorprendió.

—Veo que las noticias vuelan —acertó a responder, sin poder imaginar cómo había llegado aquel dato a su tía adoptiva.

—Esa casa tiene una historia complicada, con lo que necesitarás asesoramiento especializado. No sabemos qué nos vamos a encontrar allí abajo.

Ariosto vio venir a su tía desde que dijo «nos vamos a encontrar».

—Intuyo que vas a aconsejarme a alguien para tal fin.

—En efecto. La más indicada para el caso es nuestra querida Antoinette, pero como ahora está de gira por América, tendrás que conformarte con la segunda en importancia, que soy yo misma.

—¿Quieres estar presente cuando levantemos el suelo? —Ariosto ya conocía la respuesta.

—Es por tu bien, querido. Es muy posible que necesites algo de protección.

—¿Protección? ¿De qué?

—No te enteras, Luis. La mujer de la casa era una gran sacerdotisa Orishá, de un rito sincrético brasileño que tiene su origen en lo más profundo del África negra.

Ariosto dio un respingo. Aquello era nuevo.

—¿Y eso cambia algo? —preguntó, intrigado.

—Lo cambia todo. Esa mujer era mala, muy mala, y su poder puede que no haya desaparecido a pesar del transcurso de los años.

Ariosto estaba estupefacto.

—¿De verdad piensas que me voy a creer eso?

—¿Ves? ¡Y encima, descreído!, lo peor que puede ocurrir. Avísame del día y de la hora y no se hable más. ¡Hay que ver, Luis, cómo eres! Si es que no se te puede dejar solo.

Santa Cruz de Tenerife.

Donald recibió la llamada que esperaba cuando daba cuenta de su segundo oportuno de la mañana. Había insistido al camarero jefe del bar del hotel Mencey para que consiguiera una botella *Vintage* de su propia marca, con lo que se sentía más que satisfecho por esa pequeña conquista.

Quien llamaba era Agostinho, el mejor capataz de sus viñedos del Douro alto. Un hombre fiel que no olvidaba que Donald le dio una oportunidad al ofrecerle trabajo una vez salió de la cárcel. El vinatero se había informado de quién era aquel Agostinho Soares, un tipo duro que controlaba varias bandas callejeras y al que se le fue la mano un día, cuando trataba de dar un escarmiento a un componente de un grupo rival. Donald pensó que necesitaba a alguien así para evitar que sus trabajadores evitaran la tentación de asociarse en sindicato. Y Agostinho resolvió el problema.

—¿*Senhor*? Ya tenemos los billetes. Salimos para allá esta tarde.

—¿Has convencido a tus amigos?

—Sí, me acompañan Dinis y Dado. Son los más adecuados para lo que pueda surgir.

—Recuerda que debes traer todo el equipo.

—Lo llevamos, *senhor*. Las pistolas pueden ser un problema en el aeropuerto, así que llevaremos unas buenas facas de Guimarães.

—Haz lo que debas y procura que no haya problemas.

—Así lo haré. Nos vemos esta tarde. *Bom dia*.

* * *

La Laguna.

El subinspector Ramos interceptó a Galán cuando entró en la comisaría de La Laguna.

—Han llegado los resultados de la Científica —le informó.

Galán llegó a su despacho con Ramos pisándole los talones.

—Déjame verlos, por favor.

Ramos le tendió el informe. Galán se sentó y comenzó a leerlo.

—Huellas por todas partes, como era de esperar — comentó—. De las encontradas en la casa, se han identificado las mayoritarias como las del fallecido y de la criada. Y un grupo más.

—Al menos tres personas anduvieron por la casa los días anteriores a la muerte de don Juan —añadió Ramos.

—Y respecto a la botella, además del propietario y de la asistenta, también hay un tercer grupo de huellas pertenecientes a una persona distinta.

—¿El asesino?

Galán miró a su subordinado por encima del informe.

—Tal vez. Conviene prestar atención a esto, Ramos. Pero no nos adelantemos.

—Lea el final, jefe.

—No hay huellas en los vasos. Doña Leocadia es una fiera a la hora de lavar la vajilla. Queda el análisis del vino.

—Ahí está lo bueno.

—¡No hay restos de Rohipnol en la botella! Eso indica que lo disolvieron en el vaso.

—¿Y qué podemos deducir de eso?

—Que el fármaco solo pudo ser colocado en el vaso cuando el vino ya estaba escanciado. El asesino estaba con don Juan en el salón.

—¿Quién visitó a don Juan esa noche?

—Eso, Ramos, es lo que tenemos que averiguar. Las huellas que se hayan encontrado en el salón cobran especial relevancia.

—Lo sé, jefe. Solicité la comprobación de todas ellas con la base de datos de la Interpol.

—¿Y cuál ha sido el resultado?

—Negativo. No corresponden con nadie que haya sido fichado.

—No hace falta que lo digas, Ramos. Lo sé. Hay que joderse.

Aeropuerto de Los Rodeos, Tenerife.

Rogério Cabral Caldeira era un tipo singular. Había nacido y se había criado en una hacienda vinatera de Freixo de Espada, una encantadora población del alto Douro, donde se cultivan las uvas con las que se hace el vino de Porto, o de Oporto, que también es correcto.

Rogério poseía la extraordinaria facultad de adivinar el origen de un vino solo con probar un sorbo. Empezaron a tomárselo en serio en su adolescencia cuando venció en varios torneos de catadores, o degustadores, que también es correcto. Pronto los más selectos restaurantes y las grandes bodegas de Europa lo llamaron para trabajar para ellos.

Hasta ahí fue todo bien. Pero Rogério tenía un pequeño vicio y una pequeña virtud, que juntos se convertían en un problema.

Al vicio lo llaman cleptomanía. O «el arte de pedir prestado de modo tácito», como le gustaba decir a él. Y la virtud era la prestidigitación, o lo que es lo mismo, mover tan rápido los dedos y las manos que nadie podía seguirlos con la mirada. En todos los lugares que visitaba se producían misteriosas desapariciones de objetos de valor singular. Las sospechas recaían normalmente en los cuadros laborales de base. A nadie se le ocurriría desconfiar de uno de los catadores más importantes del mundo. Y así le fue bien durante unos cuantos años.

Pero una vez, en Milán, lo pescaron. La culpa fue de unas cámaras ocultas en las lámparas del salón del hotel donde se realizaba una cata internacional. El pendiente derecho que portaba la gran duquesa de Gerolstein, con un diamante engarzado, desapareció como por ensalmo durante el cóctel posterior al evento. Ni la señora ni sus acompañantes fueron capaces de explicárselo. Tuvo que intervenir el sagaz y paciente detective del hotel para visionar, a cámara lenta, todas y cada una las grabaciones de video realizadas por las cámaras de seguridad de aquella velada. Rogério tuvo que huir saltando los setos del hotel cuando la policía llegó de un modo indiscreto, con las sirenas aullando, y justo cuando los empleados del establecimiento trataban de retenerlo.

Desde entonces le entró el gusanillo de intentar golpes cada vez más descarados. El mejor fue cuando se hizo con un alfiler de corbata con rubí incorporado del mismísimo presidente de los Estados Unidos, un tipo que trataba de aparentar conocimientos profundos de vino, abstraído por completo en aquella ocasión por el efecto de los vapores del borgoña francés.

Rogério tuvo problemas en España, donde la gente, más suspicaz, era más difícil de engañar, por lo que decidió no volver por La Rioja. Sobre todo cuando descubrió que el presidente de la Comunidad Autónoma solo llevaba en su cartera un billete de diez euros y una tarjeta de débito

con trescientos euros de saldo, de los que dio cuenta, no obstante, en varias tiendas de Logroño, la capital.

La orden de búsqueda de la Interpol le persiguió hasta su Douro natal, donde se había refugiado, harto de tanto hostigamiento. Allí, por casualidad, conoció a Michael Fitz-Stuart, que tuvo la gentileza de untar con sabrosura al jefe de policía local, que firmó sin dudar un certificado de «no localizado», que remitió a la central en el quai Charles de Gaulle, en Lyon.

El *senhor* Michael resultó ser un señorito inglés que sabía apreciar sus dotes, todas ellas. Tras conocerse mutuamente llegaron a un arreglo. Cuando Michael era invitado a una fiesta de postín del mundo del vino, Rogério le acompañaba como asesor enológico, sin citar su nombre, lo que le daba un cierto caché de misterio. Rogério se desenvolvía en el ágape a su voluntad y Michael recibía a los pocos días algún «regalo» de Rogério, que era bien recibido. A fin de cuentas, ser socio minoritario de Blandy's tampoco daba para hacer grandes dispendios, y una ayudita siempre venía oportuna.

Rogério tomó muy temprano el vuelo de Lisboa a Funchal, y posteriormente el de esta ciudad a Gran Canaria que salía a mediodía, siempre que el viento lo permitiese, como ocurrió felizmente. En Gran Canaria permaneció un par de horas, lo que tardó en tomar otro vuelo a Tenerife, de esos que salen cada hora. Casi como un autobús, o guagua, que también es correcto.

En Tenerife Norte se aburrió hasta que fueron las siete y llegó Michael Fitz-Stuart. Como tenía facturado el equipaje desde Madeira no tuvo que volver a pasar por el mostrador de Binter.

—¿Todo bien, Rogério? —preguntó Michael tras pasar por el arco de seguridad, donde tuvo la fortuna de que no le tocara el registro «aleatorio», tan periódico y previsible.

—*Tudo bem, senhor.*

Cuando llamaron a la puerta de embarque, Michael intentó liberarse de una duda que le acompañaba varios días.

—Rogério: tienes fama de reconocer todos los vinos del mundo, lo que me hace presuponer que alguna vez los has probado.

—Así es. En un noventa y nueve por ciento.

—Pero como esta variedad a la que nos vamos a enfrentar, la albillo prieto, es tan poco conocida, no las tengo todas conmigo. ¿La has catado alguna vez?

—Nunca, *senhor*. Tengo cierta curiosidad.

—Entonces, si se da el caso de que tengamos que reconocerla entre otras variedades, ¿Cómo podremos estar seguros de que se trata de ella?

—Muy fácil, *senhor*. Por descarte. Será la única que no conozca.

Y se quedó tan fresco.

La Laguna, al día siguiente.

—No sé cómo has podido conseguir la licencia de obra menor en tan poco tiempo —dijo Marta.

—Me ha costado dos entradas más, pero vale la pena. Estoy intrigado con este asunto del sótano olvidado —respondió Ariosto.

Junto a ellos se encontraban en el distribuidor de la casa de Juan Fitz-Stuart la asistente Leocadia, Adela Cambreleng y cuatro jóvenes arqueólogos, Marcos, Rosa, Yeray y Sergio, armados con diversas herramientas, que se habían puesto a las órdenes de Marta.

Adela había encendido en las esquinas de la estancia varias velas de colores que expedían un aroma a vainilla, o a algo similar. Había dado varias vueltas al espacio donde se abría la escalera que ascendía al piso superior y desde donde se distribuía el acceso a los salones, cocina, alacena y solana de la casa recitando salmodias ininteligibles. Cuando terminó hizo una seña a los demás. Podían comenzar.

—Empecemos detrás de la escalera —indicó Marta a sus ayudantes, sin comentar nada sobre la parafernalia de Adela—. Si conseguimos acceso desde ahí nos evitaremos levantar la madera de la zona de paso.

Ante la mirada curiosa y expectante de Ariosto y de Adela, los jóvenes procedieron a desarmar los zócalos de la pared, buscando los cortes extremos de las tablas que conformaban el suelo de la casa.

—Con cuidado —advirtió la arqueóloga—. Un carpintero tendrá que volver a colocar los listones después en su sitio, así que hay que sacarlos enteros.

Varios tablones no tardaron en ser levantados. Estaban fijados a unos travesaños inferiores con clavos de un tamaño y grosor considerables. Una vez extraídos con martillos especiales, solo había que mover las tablas para que se despegaran de una costra de barnices añejos que las mantenían unidas. Debajo de las tablas apareció un suelo de cemento.

—Parece que por aquí no hay nada —indicó Marcos, el mayor del grupo de arqueólogos.

—Estamos cerca de la pared todavía —replicó Marta, que volvió a echar un vistazo a los planos de la casa—. Hay que desplazarse hacia la escalera.

Los jóvenes siguieron las instrucciones de la arqueóloga y sacaron varios listones y traviesas más. En quince minutos estaban cerca de los escalones.

—Aquí el cemento del suelo tiene una marca —indicó Rosa, la chica del grupo.

Marta examinó el detalle observado.

—Parece el borde de una losa —opinó—. Hay que abrir espacio para comprobarlo.

Adela se aferró al brazo de Ariosto, casi involuntariamente.

—Esto es muy excitante —le comentó.

—Sí que lo es —respondió, apretándole el brazo con el codo—. Esperemos que no nos defraude.

Las maderas fueron saliendo y apareció una esquina en la marca del suelo, y luego, a un metro, otra.

—Es una losa cuadrada de cemento, parece que con un borde metálico —indicó Marcos.

—Era lo usual en el primer tercio del siglo XX —añadió Marta—. Me recuerda a las que tapaban algunos aljibes.

El espacio en torno a las marcas terminó por despejarse. A sus pies aparecía una loseta de un metro cuadrado con una anilla en uno de sus lados.

—Limpiemos bien el piso antes de intentar levantar la losa —ordenó Marta.

Todas las maderas fueron retiradas a uno de los salones, para consternación de Leocadia, que se apresuró a pasar una escoba de modo continuo por donde transitaban los arqueólogos. Los restos de cemento acabaron en un cubo de plástico y el espacio quedó expedito.

—Probemos a levantar la anilla, a ver si aguanta —indicó la arqueóloga.

Adela comenzó de nuevo a rezar letanías en un idioma extraño en el momento en que Rosa pasó a través del aro de metal un cable de acero que conectaron a una polea acoplada a un pequeño motor. Ariosto se maravilló de que los jóvenes hubieran pensado en traerlo. Seguro que Marta, conocedora de su oficio, lo había indicado así.

El motor comenzó a vibrar y el cable se tensó.

—Tal vez el motor no tenga la suficiente fuerza —dijo Marcos.

—Espera un poco. Al principio cuesta desencajar la losa. Lleva muchos años ahí quieta.

La máquina parecía que esperaba que Marta profiriera esas palabras, a modo de reconocimiento de su esfuerzo, puesto que al instante la losa comenzó a moverse hacia arriba.

—¡Se mueve! —exclamó Adela.

No hizo falta comentario alguno. Todas las miradas se centraron en el recuadro de cemento bordeado de un cinturón de metal oscuro, posiblemente de hierro, muy oxidado, que se levantaba por uno de sus extremos. Debajo de él apareció un rectángulo de oscuridad. Uno de los jóvenes lo fotografiaba todo con una cámara digital de alta resolución que no necesitaba flash.

—Hay un hueco debajo —observó Ariosto.

—Los planos no mentían, Luis —contestó Marta, satisfecha del descubrimiento—. Ahí tienes tu sótano.

El motor continuó su trabajo hasta que la losa estuvo en posición vertical y suspendida a unos centímetros del suelo. En ese momento los arqueólogos empujaron la placa a un lado y la apoyaron sobre una de las paredes cercanas.

Marta se asomó a la oscura oquedad.

—No se ve nada —dijo Adela.

Marcos acercó una linterna led a Marta. Esta la encendió y apuntó el haz de luz a la cavidad.

El comienzo de una escalera de madera se hundía en las entrañas de la casa.

Marta miró a su ayudante.

—¿Qué? ¿Bajamos?

Todos se miraron entre sí, presa de nerviosismo y excitación.

—¡Vamos! —dijo Marcos—. Tú primero, Marta. Eres la directora de la intervención.

Marta sonrió por el cargo que le había endosado su joven colega y se dispuso a pisar el primer peldaño.

—¡Un momento! —Adela detuvo a la arqueóloga aferrándole el brazo—. Hay que hacer algo antes.

Y se puso a declamar un responso en latín que duró diez segundos y arrojó al hueco unas gotas de líquido de un pequeño frasco, ante la mirada atónita de los presentes.

—Es solo agua. Ahora ya puedes bajar —dijo, y la soltó.

Puerto de la cruz.

Galán esperaba en una sala de juntas revestida de madera a que apareciera Celso Viña, el gerente de la Fundación Hogar Santa Rita. Se encontraba en el edificio administrativo de la fundación, una construcción rectangular de aspecto prefabricado que llamaba la atención por su singularidad, plantada en medio de los pocos espacios libres que existían entre el conjunto de edificaciones que componían el recinto. El conjunto residencial se localizaba en la carretera de Las Dehesas, en un extremo del municipio de Puerto de la Cruz, a unos cuarenta kilómetros de la capital. Era como un pequeño pueblo cercado, con varias calles interiores en las que el conductor poco avisado podía llegar a perderse, al menos la primera vez que entraba en ellas. De hecho, Galán tuvo que preguntar a medio camino ante la sospecha de que se había extraviado.

Al llegar a la sede administrativa, una secretaria le confirmó que el señor Viña le esperaba y le rogó que aguardase un momento en el lugar en que ahora se encontraba.

Celso Viña apareció en menos de dos minutos. Su rostro afable se abrió en una sonrisa al estrechar la mano de Galán.

—Gracias por venir, inspector. Hoy es un día muy complicado para mí y no podía desplazarme a La Laguna.

—No se preocupe. Es un trayecto corto, y hoy el Teide se veía de maravilla en la autovía.

—Estamos con la vuelta al trabajo tras el verano y, como siempre, tratando de conseguir financiación para mantener todo este tinglado.

—Esto es enorme —apuntó Galán—. Estoy sorprendido. Deben de atender a muchas personas aquí.

—Así es. Y cuesta horas de trabajo, de sueño y dinero, mucho dinero. Todo sea por nuestros ancianos.

—Le felicito por su labor.

Viña se sentó al lado de Galán, de frente a una larga mesa de reuniones, prevista para diez o doce personas.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó el gerente.

—Sepa que tenemos conocimiento del contenido del testamento de don Juan Fitz-Stuart y estamos llevando a cabo una investigación que concierne a sus herederos.

Galán estudió la expresión de Viña por si la noticia le causaba sorpresa o no. Le causó una evidente sorpresa.

—¡Ah! ¿Sí? No tenía ni idea. Dígame en qué le puedo servir.

—Tenemos la sospecha de que don Juan tenía enemigos. Alguien que no lo quería bien. Pero no tenemos claro ni quién ni por qué.

—Pues yo tampoco. Don Juan Fitz-Stuart era un alma de Dios. Sobre todo para nosotros. Uno de nuestros socios protectores más antiguos. Me imagino que es posible que alguien anduviera tras su dinero.

—¿Desde cuándo conocía a don Juan?

Viña hizo memoria, o al menos un gesto expresándolo.

—Cuando yo comencé a trabajar aquí ya era conocido. La fundación la creó el Padre Antonio María Hernández, que en gloria esté, hace más de veinticinco años con la misión de ayudar a los ancianos desamparados. Don Juan fue uno de los socios fundadores, y siempre se ha mantenido fiel a nuestra empresa social, donando en muchas ocasiones más dinero que otros socios. Y respondiendo a su pregunta concreta, lo conocía desde hace quince años.

—¿Venía mucho por aquí? ¿La relación era estrecha?

—Al comienzo aparecía con asiduidad. Se llevaba bien con el fundador. Sin embargo, en los últimos años, la relación se limitó al correo ordinario y con posterioridad a los mensajes electrónicos. Me imagino que la edad le pasaba factura. Ahora, eso sí. No falló ni una sola vez en su donativo.

—¿Tiene usted alguna explicación de por qué el señor Fitz-Stuart les ha nombrado herederos subsidiarios?

Viña adoptó una expresión que revelaba una total ignorancia.

—La verdad es que no. Para nosotros ha sido una sorpresa, y no agradable, ya que si los herederos principales cumplen con las condiciones impuestas en el testamento, no veremos ni un euro. Y eso, hablando de veinticinco millones, es muy duro.

—Lo imagino —comentó Galán—. ¿Cree usted que hay trampa en todo esto? Los requisitos para acceder a la herencia, ¿cree que son factibles?

Viña cruzó los dedos de ambas manos.

—Aunque esté mal decirlo, rezo todos los días para que los sobrinos de don Juan sean incapaces de cumplir lo instituido en el testamento. Pero no lo tengo nada claro. Por lo que he oído, son gente del mundo del vino. Lo más probable es que consigan ese vino tan extraño. Lo que sí tiene que tener claro, inspector, es que por nuestra parte no haremos el menor movimiento para impedirlo. Va en contra de nuestros principios.

—Por descontado, señor Viña.

Viña se acercó algo más a Galán, con gesto cómplice.

—¿Quiere que le cuente algo, inspector? ¿Lo que hace que sigamos rezando?

—Estoy seguro de que tienen una fe muy profunda.

—No solo es eso —replicó—. Aquí se hospeda un hombre que fue cultivador de vides toda su vida. Salió el tema de esa variedad especial de uva, la albillo prieto, en una conversación de salón. ¿Y sabe lo que nos dijo?

Galán abrió los ojos, esperando la respuesta.

—Pues que esa uva necesita una maduración muy selectiva. Como no se realice la vendimia en

un momento muy concreto, se echará a perder. Rezamos para que a los sobrinos les salga el vino malo.

—¿Y si compran una botella de vino ya elaborado?

—En eso no hace falta que el Señor nos ayude. No la van a encontrar.

—¿Y cómo está tan seguro, señor Viña?

—Eso, señor inspector, es un secreto.

—¿Y no desea compartir ese secreto con la policía?

—Soy buena persona, pero no me pida que sea un santo.

La Laguna.

A pesar de la potencia de la linterna de Marta, la luz no llenaba todos los recovecos de aquel espacio. La arqueóloga había descendido por la crujiente escalera de madera y pisaba un húmedo pavimento de piedra. Olía de modo intenso a tierra mojada. El aire era rancio y denso, se notaba que no se había renovado en muchísimos años. Dirigió el foco a su alrededor en semicírculo.

—¿Qué ves? —oyó preguntar a Adela desde arriba.

Sonrió al pensar en la respuesta que dio a esa pregunta Howard Carter al abrir la tumba de Tutankhamon. No podía decir que estuviera viendo cosas maravillosas.

—Cosas interesantes —respondió en complicidad consigo misma.

Lo que veía era un conjunto de cajas de madera con los listones desvencijados por la humedad. Se encontraban apiladas a su alrededor en un espacio que no tendría más de cuatro por cinco metros, tal vez menos. Con la luz de la linterna no pudo adivinar su contenido. Habría que abrirlas una a una.

Marcos bajó los escalones y llegó a la altura de Marta.

—¡Vaya! Hay aquí unas cuantas cajas. ¿Crees que contendrán algo? —preguntó—. Serán objetos sin tocar desde hace más de ochenta años.

—Arqueología de comienzos del siglo XX. Hace poco era impensable hablar así. Hoy puede darse el caso. Te puede venir bien para redactar un artículo.

—Siempre que no quieras hacerlo tú.

—Te cedo el honor. Yo me limitaré al informe. Pero primero veamos qué hay aquí.

A partir del comienzo de la escalera, en la dirección de las agujas del reloj, contabilizaron cinco cajas de madera de diverso tamaño. En el tramo enfrentado a los escalones dos más, y a la derecha tres cajas pequeñas, una de ellas sobre las otras dos, y un baúl metálico de un metro y medio de largo por sesenta centímetros de ancho.

—¡Hay un arcón! —comunicó Marta, sabedora de que Ariosto buscaba un objeto de esas características.

—¡Qué bien! —escuchó desde arriba.

Marta se acercó a una de las cajas grandes.

—La ganzúa, Marcos.

El arqueólogo repitió la orden y uno de los compañeros se la proporcionó. Todos miraban desde arriba. El espacio dentro del sótano no era muy grande y Marta no había invitado a nadie

más a bajar.

La arqueóloga aplicó la punta de la ganzúa en el lugar adecuado y, tras dos intentos, logró separar unos milímetros la tapa de la caja. Continuó con el esfuerzo hasta que se convirtieron en centímetros. Marcos seguía la evolución de la actuación de Marta con plena atención.

Cuando los clavos se separaron de la madera, entre los dos empujaron la tapa hasta colocarla vertical. Y entonces miraron su contenido.

—¡Es madera! —exclamó Marcos—. ¡Listones de madera! ¡Decenas de ellos!

Un rumor de desencanto se escuchó en lo alto de la escalera.

Marta tomó una de las piezas de madera que abarrotaban la caja y la examinó a la luz de la linterna. Era una estaca de unos cincuenta centímetros de largo por unos diez de diámetro. Pesaba bastante.

—Creo que es madera de palo de rosa, o de Jacarandá, que es su nombre auténtico. Es un auténtico hallazgo.

—¿Por qué?

—Es una de las maderas más apreciadas de Brasil. Fue utilizada desde la época colonial para construir muebles de alta calidad e instrumentos musicales. La madera de esta especie es particularmente valiosa, ya que no sólo es extremadamente fuerte, sino también muy resistente al ataque de insectos. Hoy día es una especie protegida.

—Está en muy buen estado, eso es cierto.

—Si todas estas cajas contienen esta madera, debe valer una pequeña fortuna. Su precio en el mercado es bastante alto. La mano del cónsul Pirés, el primer propietario de la casa, se ve aquí. Lo curioso es que parece que el sótano se libró del incendio. Y estas cajas se quedaron aquí.

—Abramos otra.

Marta cruzó el espacio y eligió otra caja al azar. Repitió la operación con la ganzúa.

—¡Más madera! —anunció Marcos cuando se levantó la tapa.

Marta abrió una tercera caja, con el mismo resultado.

—A comienzos del siglo XX los principales productos de exportación de Brasil eran agrarios, sobre todo arroz, algodón y azúcar. Pero también comerciaban con maderas nobles, como esta, y con piedras preciosas.

—Pues ya podían haber aparecido las piedras —dijo Adela desde lo alto con un deje de fastidio.

—¿Puedes examinar el arcón, Marta? —La pregunta provino de Ariosto.

—Por supuesto —respondió la arqueóloga—. Baja, Luis, aquí abajo cabe uno más.

Ariosto no se lo pensó dos veces y descendió por los escalones ante la mirada algo envidiosa de los otros arqueólogos.

Una vez abajo, contempló las cajas de madera y el arcón, su principal curiosidad. Lo tocó con la mano. Estaba frío y duro.

—Parece de acero —aventuró.

—Es muy posible que así sea —contestó Marta—. Las cajas fuertes de aquella época se hacían con esa aleación metálica.

—Parece una caja fuerte tumbada, ya que lo dices.

—Me recuerda a una nevera antigua —terció Marcos.

—El sistema de apertura del arcón no es una tapa sobre la caja, sino una puerta. Por eso parece una caja fuerte.

—¿Y si la levantamos? —preguntó Ariosto.

—Inténtalo —invitó Marta.

Marcos y Ariosto trataron de desplazar el arca metálica. No la movieron ni un milímetro. Marta se rio.

—Debe pesar toneladas. Solo con una grúa se podrá mover.

—¿Y cómo la metieron aquí? —se preguntó Ariosto.

—Apuesto a que la caja se introdujo en el sótano antes de construir la casa. Eran previsores en esas cosas.

—¿Y si tratamos de abrirla? —invitó, señalando la superficie superior— Tiene un pomo.

Marta aferró el agarrador y tiró de él. No se movió. Probó a girarlo a un lado. Nada. Luego probó al otro. La gruesa manilla crujió y se movió levemente.

—Hace falta un hombre fuerte —dijo, y se separó.

Ariosto probó a girar el pomo. El primer intento se saldó con fracaso. Aplicó más fuerza en el segundo y el agarrador rotó despacio hasta llegar a los cuarenta y cinco grados de giro. Ariosto notó que había llegado a su tope y tiró del asidero hacia arriba. La puerta se movió un poco, pero no pudo con su peso.

—Si subimos la puerta los dos y Marta introduce la ganzúa podremos abrirla —indicó Marcos.

No discutieron e hicieron lo propuesto. La fuerza combinada de los hombres logró levantar la puerta y Marta acertó a introducir la punta del instrumento metálico en el espacio. Posteriormente lo utilizaron como palanca y la puerta se abrió por completo. Marta enfocó la linterna al interior y Ariosto miró por detrás de su hombro. Varias carpetas de color marrón desvaído permanecían en el fondo del arcón. Junto a ellas, unos cuantos libros encuadernados en piel y varias cajas de latón pequeñas y de mediano tamaño.

—Esto ya es arqueología —dijo Marta, sonriendo—. Bajad la cámara, por favor.

—Aparecieron los papeles, Adela —comentó en voz alta Ariosto.

—Ya era hora —contestó Adela—. Se está haciendo tarde para desayunar.

—¿Cogemos las carpetas? —preguntó Ariosto a Marta.

—Un momento —dijo la arqueóloga—. Hagamos las cosas bien. Tenemos que hacer un registro fotográfico y un inventario de las cosas que hay en el arcón. Todo bien documentado.

Ariosto suspiró, resignado. Aquello iba a tardar más de lo esperado. Por una vez, se acordó del subinspector Ramos y de la frase que solía utilizar en ocasiones como aquella.

La Palma.

Donald Fitz-Stuart revisaba con detenimiento la factura y el contrato de alquiler de la furgoneta que habían recogido en la terminal del aeropuerto de La Palma, un edificio enorme del que apenas se utilizaba la mitad. Al menos los palmeros eran optimistas en lo que se refería al futuro tráfico aéreo.

Revisaba los documentos porque el importe le parecía bastante crecido. Pero cuando comprobó que le habían aplicado los precios oficiales y no otros, se percató de que alquilar un furgón en España era casi un lujo. Pero Agostinho se había empeñado en que fuera un vehículo de esas características, y con los cristales tintados si era posible, y eso había disparado el desembolso que acababa de efectuar.

Su capataz manejaba el volante y sus dos compinches, Dinis y Dado, viajaban en el asiento trasero. Donald echó un vistazo a ambos tipos. Parecían sacados de un patio de cárcel. No le extrañaba que hubiera sido así y acabaran de salir de la penitenciaría el día anterior. Ambos vestían a lo motero, con botas y chaleco de tachuelas incluidos, y lucían unos rostros, delgados y mal afeitados, que asemejaban un letrero de neón en el que anunciaban sus malas intenciones.

—Luego se cambiarán —indicó Agostinho, que adivinó los pensamientos de su jefe.

—Así llaman mucho la atención —replicó Donald.

—No se preocupe.

Por lo menos el capataz iba vestido casi normal, aunque su expresión de depredador social era patente.

La furgoneta subió la cuesta desde la costa de Mazo, al naciente de la isla, donde se hallaba el aeropuerto, hasta la rotonda de San Pedro y siguió la señal que le indicaba la dirección de Los Llanos, la principal ciudad del lado oeste de La Palma. Condujeron durante media hora por una carretera con mil y una curvas hasta enfilarse un túnel que atravesaba la cordillera dorsal de lado a lado. Entraron dejando atrás un paisaje abrupto, cargado de nubes, atiborrado de laurisilva húmeda y compacta, y salieron, como por arte de magia, a otro de un inmenso pinar que descendía con suavidad por un amplio valle soleado.

Donald examinó el mapa que le habían facilitado en el rentacar.

—Debemos llegar a Los Llanos y luego seguir hacia el norte.

Agostinho asintió. Tenía el trayecto memorizado en una aplicación del móvil, aunque había que darle cuerda al jefe, para que se sintiera útil.

El automóvil serpenteó por otra carretera donde las curvas, sin desaparecer nunca, eran más amables. Los Llanos les pareció una ciudad pequeña o un pueblo demasiado grande, no se le podía definir claramente. Después de subir al Time, un espléndido mirador sobre el valle de Aridane, volvió el tormento de quiebros y más requiebros automovilísticos. Si alguno de los ocupantes de la furgoneta se hubiera empeñado en contar las curvas, habría perdido la cuenta.

El letrero que indicaba que se llegaba a la población de Tijarafe apareció cuando menos se esperaba, o todo lo contrario, cuando ya se habían perdido las esperanzas de verlo aparecer. Agostinho detuvo el automóvil, echó un vistazo al Google Maps de su móvil y estudió el lugar donde se encontraban en su pantalla.

—Es cerca de aquí. Sigamos por la carretera sin detenernos en el pueblo —indicó. Donald parecía satisfecho de la competencia de su empleado.

La furgoneta se desvió unos cientos de metros más adelante de la carretera general y se introdujo en el camino Aguatavar, donde el espacio de rodadura se limitaba a la anchura de un solo vehículo. Tras curvas amplias en zig-zag, el GPS les anunció que habían llegado a su destino. Agostinho detuvo el vehículo a un lado del camino y apagó el motor.

—Demos un paseo —indicó.

Los cuatro ocupantes de la furgoneta bajaron de ella. El sol se hallaba cerca de su cénit y el olor a uva madura impregnaba el ambiente. A ambos lados del camino se extendían decenas de viñedos cargados de hojas y frutos. A Donald le encantó el entorno. Era casi mejor que estar dentro de una bodega centenaria.

Uno de los hombres reclutados por Agostinho, Dinis, miró a su alrededor y sonrió.

—Hay miles de racimos. Cojamos los que nos interesan y larguémonos —dijo.

Agostinho lo miró con desdén.

—Ahí está el asunto. No todas las uvas que ves son iguales. Hay que localizar la variedad que nos interesa. Y no es esta.

Dinis se percató del problema y optó por mantenerse callado. No terminaba de comprender para qué lo habían traído hasta allí. Sentía algo de desasosiego. Lo suyo era agarrar a la gente por el cuello y obligarles a que hicieran lo que él quería. En aquella isla las personas hablaban distinto, los letreros no estaban en portugués, y los policías parecían mirarlos más tiempo de lo normal. Todo ello provocaba que no se sintiera cómodo. Confiaba en Agostinho, pero cuanto antes volvieran a Porto, mejor.

Los cuatro bajaron por el camino hasta llegar a la puerta metálica que daba acceso a la finca. El terreno estaba rodeado por una malla de alambre trenzado en diagonal. Dado, el cuarto hombre, sacó unos alicates y cortó con pericia el cable, dejando espacio para el paso de un hombre.

—*Senhor* Donald. Usted quédese aquí. Yo iré con Dado a echar un vistazo —dijo Agostinho.

—Recuerda no alarmar al propietario —respondió el interpelado—. Nuestra primera opción es la de llegar a un acuerdo negociado.

Agostinho y Dado se introdujeron por la abertura y desaparecieron en segundos detrás del bosque de parras. Donald y Dinis se pusieron a pasear por el camino, disimulando. Transcurrieron unos interminables diez minutos bajo el sol, sin que, por fortuna, apareciera nadie por el camino. Al cabo del lapso, volvieron los dos expedicionarios y salieron de la finca.

—Ya hemos localizado las viñas —informó Agostinho—. Están, como suponía, en un cuadrante de la finca. No son muchas, la verdad, y tal vez les falten unos días para madurar, pero ya sabemos dónde están.

—¡Magnífico! —Se congratuló Donald—. Ahora estamos en disposición de negociar con el *senhor* Brito. Llegará a un acuerdo con nosotros por las buenas o por las malas.

La Laguna.

Sandra hojeaba varios periódicos amarillentos cuyo papel crujía cada vez que los tocaba. Su tamaño era mayor que el de los actuales, el grosor del papel también y la tinta más negra. La funcionaria de la hemeroteca universitaria sita en el edificio de la biblioteca del campus de Guajara los servía dentro de una caja de cartón del mismo tamaño, cerrada con un lazo de cinta de tela roja.

Se trata de antiguos ejemplares de *El Diario de Tenerife*, uno de los periódicos que se editaban en la isla a comienzos del siglo XX. Sandra buscaba cualquier noticia referida a los Fitz-Stuart, padre o hijo, que fuera reseñable.

Había encontrado notas de sociedad: bautizos, bodas y entierros referidos a esa familia y a sus primos los Cambreleng. De estos últimos había una rama en Tenerife y otra en Gran Canaria que, a pesar de llevar el mismo apellido, no eran familia directa.

Aquello podía servir para hacerse una idea del árbol genealógico de aquellas parentelas, pero poco más.

Dejó a un lado la caja del segundo semestre de 1933 y tomó la del primero del año siguiente. Consultaba los diarios avanzando en el tiempo. El 8 de enero encontró algo interesante, justo detrás de las noticias relativas a la convocatoria de elecciones generales de noviembre, las primeras en las que las mujeres podrían votar, pero no de los Fitz-Stuart, sino de João Pirés. Se trataba del anuncio de un evento:

A partir de mañana se expondrá una colección de joyas con engarces de piedras preciosas procedentes de Brasil, pertenecientes al Ilustrísimo señor don Batista Duarte Dévora, embajador de dicho país en España, que está disfrutando de unos días de asueto en Tenerife, camino de la península.

Dichas joyas, muestra del buen hacer de los orfebres americanos, se exhibirán también en Madrid el próximo mes de febrero. El señor cónsul de Portugal será el comisario de la exposición. Se comunica al público en general que algunas de dichas joyas están a la venta.

En una foto adjunta, de bastante mala calidad como la mayoría de las impresas en aquella época, aparecían varias alhajas de las que se iban a exponer. Sandra anotó la noticia en su

cuaderno y continuó pasando páginas. El tema no hubiera tenido mayor trascendencia si no fuera porque en el periódico de tres días después se encontró con otra noticia, esta vez sorprendente:

El embajador de Brasil en España, de paso por Tenerife, ha denunciado a la guardia urbana la sustracción de varias joyas de gran valor que se encontraban en su equipaje. Se da la circunstancia de que esas piezas hurtadas no pertenecían a la colección que se está exponiendo en los salones de la Real Sociedad Económica de Amigos del País.

Sandra leyó el artículo con mucho interés. La policía en aquel momento no hizo comentario alguno, lo que significaba que no tenía pistas fiables, y el periodista terminaba lamentándose de que estas cosas ocurrieran en una isla como Tenerife, habitada por personas tan cabales y decentes.

Sandra volvió a anotar los datos y examinó los siguientes diarios. No encontró ninguna otra noticia referida al robo.

A la semana siguiente, se informaba de la partida del señor embajador en el vapor Santa Eulalia Mártir con destino a Cádiz. Se informaba de la despedida formal que se le hizo por parte de las autoridades locales, con banda de música incluida, que interpretó varias tonadas de singular belleza y, como corolario, los himnos de Brasil y de España.

Pero no se decía nada sobre si el embajador recuperó las joyas o si estas se quedaron en Tenerife. Sandra se preguntó si aquello podría tener alguna importancia.

La periodista tomó la caja del segundo semestre de 1934. Se acercaba la fecha del incendio y este detalle la alertó. El 6 de agosto saltó la noticia de la inesperada muerte del alcalde. No se expresaba claramente que se hubiera suicidado, tal vez la corrección social de la prensa del momento impedía que se aireasen esas cuestiones. Pero el hecho de que no fuera enterrado en el panteón familiar del cementerio de San Juan ofrecía alguna pista. La iglesia no permitía el sepelio cristiano para los suicidas. El asunto de cómo murió el alcalde pasó de tapadillo y fue absorbido por varias páginas de elogios hacia su persona y de realce de los logros de su mandato.

Hasta ese momento no había encontrado ninguna reseña sobre Pirés en los meses anteriores. Sí que la hubo, naturalmente, al día siguiente de la destrucción de la casa por el fuego, el 7 de agosto. La noticia era más escueta de lo que Sandra esperaba para ser un personaje importante en la sociedad tinerfeña. Era evidente que el cónsul había limitado mucho su vida social.

Los datos eran simples: sin que se supiera la causa que motivó el incendio, la casa había ardiendo por los cuatro costados y se había derrumbado sobre sí misma con el cónsul dentro. La aparición de su cadáver calcinado así lo demostró. Solo se había salvado en el sótano una bolsa de viaje con diversos objetos en su interior. Dos fotos pésimas acompañaban la noticia. En una de ellas se podía contemplar las ruinas quemadas de la casa que, en blanco y negro, parecían más chamuscadas todavía. En la otra foto se vislumbraba la referida bolsa sobre una mesa con algunos objetos de su contenido que habían sido sacados de ella.

Sandra abrió los ojos de la sorpresa. Miró la fotografía con todo el detenimiento que pudo, colocó una cinta de papel sobre la hoja en cuestión para no perderla y volvió con ansiedad a los diarios de fechas anteriores. Cuando encontró la foto que estaba buscando no tuvo ninguna duda.

Uno de los objetos de la bolsa de viaje que se salvó del incendio era una de las joyas que el embajador expuso en la Sociedad de Amigos del País.

Era la misma.

Sin duda.

Y no supo exactamente por qué, pero estaba segura de que aquello sí que tenía importancia.

Tijarafe, La Palma.

Eulogio Brito miraba con escepticismo la llegada de aquel inglés tan estirado que, a pesar del calor que hacía, iba vestido con traje de chaqueta y corbata. Los zapatos se le estaban llenando de polvo a medida que se acercaba por el camino hasta la casita de campo. Había recibido media hora antes una llamada de un vecino del pueblo al teléfono fijo de la casa, en la que le indicaba que un inglés quería verlo. Era por algo de viñas. Eulogio no esperaba visitas, pero tampoco era tan descortés como para rechazarlas de plano sin saber qué quería aquel hombre. A veces, solo a veces, era curioso, y esta era una de esas ocasiones. ¿Qué se le habría perdido a aquel tipo allí?

El extranjero llegó a su altura, en el porche de la vivienda, y esbozó una tímida sonrisa. O una mueca. Eulogio no lo tuvo claro.

—Buenos días. El señor Brito, supongo.

Eulogio estrechó la mano que se le ofreció.

—Buenos días. Supone usted bien.

—Michael Fitz-Stuart, para servirle. Puede llamarme Mickey.

—Mucho gusto. Quería usted verme, supongo.

Michael recogió el guante con elegancia.

—Tiene usted unas viñas magníficas. Le felicito.

—Gracias.

Michael se percató de que Eulogio no era hombre de muchas palabras. No hacía nada por trabar conversación. Se esforzó en parecer amable.

—Tengo entendido que cultiva aquí unas uvas únicas.

—Puede.

Eulogio se mantenía a la sombra del porche, un escalón por encima de Michael, que permanecía al sol, y comenzaba a tener calor.

—¿Le importa si me pongo a la sombra?

—No. —Y dio un paso a un lado para que el inglés se metiera bajo la protección de la casa.

—Gracias —dijo Michael, que sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y se lo pasó por la frente—. Estoy interesado en las variedades que usted cultiva. ¿Hace vino con ellas?

—Sí.

Michael se estiró el cuello de la camisa inadvertidamente. ¿Hacía demasiado calor o es que aquel tipo le estaba poniendo nervioso?

—Me gustaría comprar su vino. Me han dicho que es excelente.

—¿Quién?

Michael se dio cuenta de que si seguía por ahí le iban a pillar en un renuncio.

—Un enólogo de Tenerife —acertó a responder—. No me acuerdo de su nombre —advirtió rápidamente antes de que se lo preguntase—. Volviendo al tema del vino, ¿lo embotella para comercializarlo, señor Brito?

—No. Es para mí y mis amigos. En botellas sin etiqueta.

Eulogio giró la cabeza inadvertidamente en dirección a un botellero dentro de la casa en el que descansaban media docena de botellas de color verde cerradas con tapón de corcho. Michael siguió el movimiento del propietario de la finca y se fijó en ellas.

—Desearía comprar alguna de esas botellas.

—No puedo vendérselas —replicó Eulogio, con la misma cara de póquer.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Puede.

Michael tragó saliva obligándose a ser paciente. Con los nativos de las islas a veces había que enfrentarse a situaciones como aquella. En Madeira ocurría lo mismo.

—Ejem. ¿Por qué?

—No estoy dado de alta para venderle vino. No quiero problemas.

Michael suspiró. Pensaba que el impedimento era más serio.

—No se preocupe. Soy muy discreto y nadie se enterará.

—No puedo.

—Le puedo pagar en negro. No necesito factura.

—Señor. No le voy a vender vino. Creo que lo estoy dejando claro.

Un tipo duro, sí señor, se dijo Michael.

—Espere. Le compro todas las botellas y la cosecha venidera al completo. ¿Le parece bien diez mil euros?

Eulogio levantó una ceja de sorpresa. Nunca nadie le había hecho una oferta semejante. Algo raro se traía aquel tipo entre manos.

—No. Es mejor que se vaya, señor.

—De acuerdo. Lo dejamos en cien mil euros.

Michael hizo un cálculo rápido. No le importaba tal desembolso si a cambio recibía unos cuantos millones.

Eulogio frunció el ceño. Aunque aquel tipo no le gustaba nada, pero jugaría a su juego.

—Le vendo la finca entera por diez millones de euros. Esta misma semana. Para la próxima retiro la oferta.

«Con diez millones compro media isla», pensó Eulogio.

Michael se quedó sin respiración. Una rendija de aquella puerta tan cerrada se había entreabierto. Pero, de qué forma. No podía permitir que se le cerrara.

—¿Puedo darle la contestación mañana?

—Puede. Y ahora me disculparé, pero estoy ocupado.

Michael se despidió de Eulogio Brito hecho un mar de dudas. A medida que deshacía el

camino hasta la puerta metálica de entrada y sus zapatos atrapaban más y más polvo, sus pensamientos derivaron del desconcierto, de la indecisión, hacia la ira y la determinación. «Se cree este tipo que me va a estafar. Esta noche me llevo las botellas y el parral entero. ¡Habrás visto! ¡Diez millones de euros! ¿Está loco o qué?».

La Laguna.

Adela y Ariosto se tomaron unos cafés con leche y sendos cruasanes, aprovechando que el día estaba bueno, en las mesas de terraza de la cafetería San Agustín, justo donde la calle perdía ese nombre en favor de la plaza de la Junta Suprema.

—¡Vaya denominación! —dijo Adela, repuesta tras un par de bocados—. Suena demasiado rimbombante. Esa plaza no tenía nombre, como me decía mi abuela. O si acaso, la plaza de la fuente, que había una aquí hasta que la cambiaron por el jardín.

—La Junta Suprema se formó debido al vacío de poder en España. Estamos en el año 1808 después de Jesucristo. Toda España está ocupada por los franceses de Napoleón. ¿Toda? ¡No! Un archipiélago poblado por irreductibles guanches resistía todavía y siempre al invasor. También resistía Cádiz, todo hay que decirlo.

—Sí, los irreductibles guanches. Me parece que leíste muchas historietas en tu juventud, Luis.

Ariosto sonrió al comprobar que Adela había captado la broma al instante. La había sorprendido en varias ocasiones, muchos años atrás, leyendo los cómics de los célebres galos.

Ariosto recibió una llamada en su móvil. Todavía algo inexperto con el iPhone, tardó algo en abrir la pantalla y comprobar que era Marta. Acertó a pulsar el botón verde de recepción y contestó.

—Dígame, Marta.

—Ya hemos terminado con el inventario. Estoy segura de que querrás echarle un vistazo al contenido del arcón.

—Vamos de inmediato —contestó.

Ariosto penetró en el establecimiento para pagar las consumiciones y volvió en dos minutos. Retiró la silla para que su tía adoptiva se levantara, con evidente placer de Adela. Pocos hombres tenían hoy la delicadeza de ayudar a una señora a levantarse. Aunque en realidad no hiciera falta, lo importante era el detalle.

—Vamos a ver qué ha dejado el diablillo de Juanito a Enriqueta —dijo la mujer—. Eso de los papeles de música me parece una memez.

—Es toda una incógnita. Y el hecho de que no se pudiera acceder a ellos la acrecienta. La convierte casi en un misterio.

—Casi, Luis. Tal vez no tenga la importancia que tú le das.

—Comprobémoslo —indicó y tomó su brazo para comenzar a caminar en dirección a la casa

de los Fitz-Stuart.

Rehicieron el camino, apenas doscientos metros, y entraron en la casa. Los arqueólogos estaban recogiendo su equipo, signo de que su trabajo había terminado.

—¿Luis! —llamó Marta—. Acércate, por favor.

Ariosto observó con más detalle que el trabajo de los colegas de la arqueóloga había sido limpio y discreto. No había apenas suciedad. Marta leyó su mirada.

—Vamos a dejarlo por hoy —le informó—. Siempre hay que darle vueltas a las cosas antes de reponerlo todo como estaba. Período de reflexión lo llaman. Mañana, o mejor pasado, un carpintero contratado al efecto colocará el suelo de madera, y lo dejará en el mismo estado en que se encontraba. No se notará que hemos estado aquí.

—Me parece muy sensato, Marta, eso de reflexionar —respondió Ariosto, ratificando la buena opinión que tenía de la competencia profesional de Marta. Después de los hallazgos de la Casa Lercaro y del tesoro de Beatriz de Bobadilla en la costa del Sáhara, su caché como especialista había subido como la espuma—. ¿Qué opinión tienes de lo que ha aparecido?

Marta pensó la respuesta unos segundos.

—Nos hemos encontrado con un yacimiento, porque se puede llamar así, muy interesante. Podemos documentar muchos objetos de hace más de ochenta años encontrados in situ, tal como los dejaron. Y hay otros más recientes que también merecen atención.

—¿Te refieres a los papeles de música? —preguntó Adela.

Marta se dirigió a la señora.

—De música y de más cosas. Hay varios libros de contabilidad que parecen estar escritos por el dueño de la casa y que se remontan a los años treinta. También hay otros con letra distinta. En fin, que su lectura promete, Luis. Te los voy a confiar, junto con el resto de documentos. Pero tienes que hacer algo por mí.

—¿Hacer algo por ti? —preguntó Ariosto con aire de sorpresa— ¡Lo que quieras!

—Quiero que me redactes un resumen de su contenido. Nos interesa de cara a una posible publicación de esta intervención. No todos los días se puede acceder a un sótano cerrado tanto tiempo.

—Por supuesto, Marta. Será un placer.

Marta se echó a un lado y dejó ver tras ella, sobre la mesa de la cocina, el conjunto de carpetas, libros y cajas que se encontraban con anterioridad dentro del arcón.

Adela y Ariosto se acercaron con un cierto respeto. La mesa aparecía ante ellos llena de contenedores de documentos, cada uno de ellos más antiguo que el anterior.

—Todo esto habrá que llevarlo a casa de Enriqueta —comentó.

—Cierto —respondió Ariosto—. Tendré que hacerme con una maleta o bolsa de viaje amplia.

Ariosto tomó el primer libro de la columna que se alzaba en un ángulo de la mesa. Lo abrió casi por el final, al azar, y comprobó que era un diario manuscrito. Echó un vistazo a media página y leyó en voz alta.

—*Su hechizo me domina, y no puedo resistirme a su voluntad. Sus ojos tienen un poder que me convierte en un esclavo impotente. Mucho me temo que esta situación incontrolable acabe mal. Solo hay un camino para la liberación de mi alma. Solo hay una forma de acabar con esta*

maldición y purificar este lugar...

Ariosto levantó la vista y miró a Adela, que le había escuchado atentamente, e hizo el primer comentario que le vino a la mente.

—Ciertamente, como dijo Marta, estos documentos prometen.

Tijarafe, La Palma.

—¿Te puedes imaginar, Olegario? ¡Se quedó de piedra cuando le pedí diez millones de euros! Eulogio Brito no pudo contener la risa mientras contaba la anécdota. Como era contagiosa, tanto Emelina como el chófer de Ariosto acabaron riendo con él.

—Pero, papá, ¿cómo se te ocurrió pedir tanto dinero? —preguntó su hija.

—Aquel estirado inglés venía con muchas ínfulas. Había que pararle un poco los pies.

—Eulogio —intervino Olegario— ¿Y si aparece con los diez millones?

Eulogio volvió a reírse.

—¿Qué loco va a pagar diez millones por esta finca? Los cojo y les mando una postal a todas mis amistades desde Hawái. —Se detuvo un instante a meditar la frase que había dicho—. ¿Todavía se envían postales por correo? —se preguntó.

—¿Una postal? ¿Y eso qué es? —siguió la broma Emelina.

Eulogio le echó una mirada-reprimenda que duró medio segundo. Y se volvió a reír.

—Mandaré un email, aunque no sé muy bien cómo. No tengo ordenador.

Olegario esperó a que la hilaridad remitiese. Algo en aquella historia le escamaba.

—¿Ese hombre le hizo una oferta por toda la cosecha? Entonces son las uvas lo que le interesa, no la finca.

Eulogio pensó un poco antes de responder.

—Ahora que lo dices, sí. En realidad no habló nunca de comprar la finca. Fui yo quien se la ofreció.

—¿Y tienen algo de especial sus viñedos, Eulogio?

De nuevo caviló la réplica.

—Son uvas normales y corrientes. Salvo una, la albillo prieto, que la mantengo por pura cabezonería. Cada viña de albillo ocupa el mismo espacio que las de otras variedades, pero solo dan un cuarto de litro donde las otras lo dan entero. Ya nadie la mantiene en sus parrales. Pero a mí me gusta su sabor especial, tanto sola como mezclada con listán blanco. Apenas me da para una treintena de botellas. Fíjate que solo tengo un barril pequeño especial para ellas. Pero me gustan, y como estoy en una edad en la que, si puedo, hago lo que me da la gana, pues lo hago. No pretendo sacar dinero de mi viñedo.

A Olegario le gustaba la filosofía de aquel hombre. Un tipo sencillo, pero con las ideas claras.

A lo lejos, en el otro extremo de la finca, se escuchó el timbre de la entrada.

—¿Esperas a alguien, papá? —preguntó Emelina.

Eulogio adoptó una expresión de perplejidad.

—Pues no.

—Seguro que es el inglés con los diez millones — apuntó Olegario, sonriendo—. Abro yo.

El chófer se encaminó a la puerta de entrada de la propiedad. Llegó en apenas cuatro minutos, cuando el timbre sonaba de nuevo. Detrás de la verja metálica se encontraba un hombre casi calvo y con el rostro sonrosado, con expresión impaciente. «¿Será el inglés?», se cuestionó Olegario.

—Buenas tardes —saludó el extraño—. Quisiera hablar con Eulogio Brito, por favor.

El español de aquel sujeto era casi perfecto, pero algo en su acento lo delataba como «british» por al menos tres de los cuatro costados, y Olegario tenía el oído entrenado para ello. Pasó muchos años de su juventud en muelles y bajos fondos confraternizando con toda clase de nacionalidades.

—¿Viene usted por lo de la compra de la finca? —le preguntó.

—¡Ah! ¿Está en venta? —respondió, asombrado. Se sobrepuso rápidamente a su desconcierto—. En efecto, vengo a por eso.

Olegario fue ahora el sorprendido. Más de uno se había vuelto loco aquel día.

—Muy bien —dijo, y abrió la puerta—. Pase usted.

El inglés, porque seguro que era inglés, entró en la parcela, esperó a que Olegario cerrase la puerta tras él y a que le condujera al lugar donde estaba el propietario. El paseo duró unos cinco minutos.

Eulogio vio llegar a la pareja y se preguntó en voz baja.

—¿Y ese quién es?

—¿No es el de esta mañana? —preguntó Emelina.

—No. Esto huele raro.

Los dos hombres llegaron al umbral de la casa. El sol ya estaba detrás del tejado, por lo que todos se hallaban a la sombra.

—Eulogio —indicó Olegario, algo en broma—. Este señor viene a comprar la finca.

Las cejas del padre de Emelina sufrieron una expansión involuntaria. De inmediato las colocó en su lugar.

—Buenas tardes. Dígame usted —invitó al inglés.

—Buenas tardes. Me llamo Donald Fitz-Stuart, y tengo entendido que tiene la finca en venta.

—Depende de lo que ofrezca —respondió Eulogio, adoptando la flema palmera de expectación escéptica.

—Estoy seguro de que puedo superar cualquier oferta —dijo el inglés, seguro de sí mismo.

—¿Conoce usted lo que pretende comprar? ¿Está seguro? —preguntó Olegario al recién llegado.

—Ya sé lo que quiero saber, gracias —dijo, sin dejar de mirar a Eulogio.

—Pues es la misma cantidad que le dije al otro inglés.

La respuesta cogió a Donald con la guardia baja. No se esperaba que Michael, sin duda había sido él, se le hubiera adelantado de aquella manera.

—¿Y cuál era, si puede saberse?

—Once millones de euros —respondió Eulogio con total sangre fría.

«¡Santo Cielo!» Pensó Donald en su traducción inglesa. «¿Está loco mi primo? Esto solo puede significar que Michael pretende quedarse con todo. Lo más seguro es que también tenga planeado matarme». Tenía que pensar en un contraataque, y rápido. El inglés tragó saliva.

—¿Once millones me ha dicho?

—Así es —la expresión de Eulogio era de total convicción en lo que decía. Olegario admiró lo buen actor que era.

Donald le dio dos vueltas a la noticia. Si Michael era capaz de jugarse esa cantidad, él no. Su madre era escocesa y esa herencia le mediatizaba más de lo que reconocería nunca. Un escocés no derrochaba jamás el dinero a cambio de algo que podía coger con la mano. Y él podía. Y aquella misma noche.

—Lo siento. No puedo llegar a esa cantidad —simuló reconocer.

—Entonces no hay trato —sentenció Eulogio.

Como vio al extranjero compungido, surgió en su interior la hospitalidad isleña que había ocultado en un primer momento.

—No pasa nada, amigo. Tómese un vaso de vino con nosotros. Podemos aprovechar el final de la última botella abierta de mi vino más selecto.

Emelina se adelantó a su padre y sacó la botella en cuestión junto con cuatro vasos bajos. Sirvió el vino y en la última copa se vació el envase por completo. Todos bebieron un sorbo, mirándose mutuamente a modo de brindis.

—Muy bueno —aprobó Donald—. ¿Qué vino es?

—Es una uva especial, señor inglés. Con toda seguridad nunca habrá oído hablar de ella. Albillo prieto. ¿Le suena?

Donald, desesperado, se tomó de un trago lo que quedaba en el vaso.

Y se atragantó.

La Laguna.

Ariosto echó de menos a Sebastián cuando tuvo que subir por las escaleras de la casa de Enriqueta las dos bolsas grandes que contenían los libros y carpetas encontrados en el arcón metálico.

Su tía adoptiva le esperaba en lo alto de los escalones.

—¡Exagerado! ¡Podías haber dado dos viajes! ¡Te vas a herniar!

Ariosto hacía tiempo que no escuchaba esa expresión, más propia de otros tiempos, pero siguió subiendo y llegó hasta el final de la escalera.

—¿Dónde dejo esto?

—En el saloncito de té —respondió Enriqueta—. Y ten cuidado con las figuritas de porcelana.

Ariosto arrojó con valentía los metros que le faltaban para llegar a la estancia indicada. Soltó con cuidado, y con alivio, las bolsas en la alfombra y estiró los brazos para relajarlos.

—¿Todo esto son los papeles de la herencia? —preguntó la mujer.

—Todo esto es lo que había dentro del arcón —confirmó—. Libros y carpetas con documentos. Y no todos son de música.

Enriqueta abrió la primera bolsa y echó un vistazo. Cuatro carpetas de color rosa —debió ser rojo en otros tiempos—, anudadas con lazos marrones, se superponían a dos libros tamaño folio encuadernados con tapas duras de cuero. En la otra bolsa la proporción variaba. Siete volúmenes encuadernados y tres carpetas, una de ellas más voluminosa que las otras. Además, dos cajas pequeñas de madera completaban el espacio.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó a Ariosto.

—Separemos los libros de las carpetas —y comenzó a extraer el contenido de la primera bolsa.

—¡Un momento! ¡Que eso tiene mucho polvo! Despeja la mesa del comedor, que voy a buscar un mantel para protegerla.

Ariosto volvió a dejar la primera carpeta en la bolsa y obedeció la orden. Quitó un jarrón de cristal de Bohemia, dos ceniceros de alabastro, tres figuritas de Lladró y un mantelito bordado que lo soportaba todo y los colocó con cuidado en un abarrotado aparador vecino, ya de por sí atestado de adornos. Enriqueta llegó con un mantel de los que menos usaba y lo extendió sobre la mesa. A partir de ese momento Ariosto fue sacando los objetos de las bolsas y disponiéndolos en orden según su formato: las carpetas a la izquierda y los libros a la derecha.

—Empecemos por los libros —pidió Enriqueta.

Ariosto tomó y abrió el primero.

—Son partituras encuadernadas.

—Déjame ver —Enriqueta miró por encima del hombro de Ariosto. No quería tocar los libros—. Sí, las reconozco. Son las clases de piano de Juanito de jovencito, cuando yo era una niña. Luego las aproveché yo también. Hacía muchos años que no veía estos pentagramas.

La mujer dejó escapar un tenue suspiro después de usar las palabras «muchos años».

—Este segundo libro es distinto —dijo Ariosto al cogerlo. Lo abrió—. Es un libro de contabilidad. No veo el nombre de su autor. ¿Reconoces la letra?

Enriqueta examinó los caracteres.

—Me da que es del tío abuelo Eduardo, el padre de Juanito. ¡Fíjate, una fecha! 1926 dice aquí.

—Tienes razón —convino Ariosto—. La caligrafía es buena. Se entiende bien.

—En aquella época todo el mundo escribía bien, no como ahora.

Ariosto sonrió.

—Los que sabían leer y escribir, que no eran todos.

—También tienes razón —concedió Enriqueta con un gesto de leve contrariedad—. Coge otro libro.

El tercer y cuarto tomo contenían cursos de piano y de clarinete de comienzos del siglo XX, impresos en Francia y encuadernados posteriormente por su propietario. El quinto libro era algo más pequeño.

—Aquí el contenido es distinto. ¿Será un diario?

—No es un diario —indicó Enriqueta—. Si te fijas, las fechas no siguen una correlación diaria. Es un libro copiador de cartas.

—Cierto. Cuando se escribía una carta importante, se hacía una copia para recordar lo escrito cuando llegara la respuesta. Una especie de fotocopia a mano.

—Claro, no había fotocopadoras en aquella época, aunque ya existía el papel de carboncillo, pero no se usaban para cartas manuscritas.

—La letra es también la de tu tío abuelo Eduardo. Comienza en 1928. Parecen cartas de contenido comercial, algunas escritas en inglés.

—Era su trabajo, ¿recuerdas?

Ariosto asintió y dejó el libro sobre la mesa. Quedaban dos.

—Este sí que es un diario, y de letra distinta.

—¿Está escrito en portugués!

—¿Crees que podría ser el diario del cónsul Pirés? —preguntó Ariosto.

—No es que lo crea. Estoy segura.

Enriqueta señaló una frase, en la hoja abierta al azar, donde se leía con toda claridad «mi consulado».

—Déjame buscar fechas —dijo Ariosto—. Aquí hay una: 1933. Es el año anterior al incendio.

—Mira por dónde. Tal vez nos cuente algo de la truculenta historia de la mujer brasileña.

Ariosto cogió el último libro y lo abrió.

—En realidad, estos dos libros parecen más bien agendas comerciales. Hay muchas anotaciones de ventas y compras. Es igual que el otro, pero este me parece mucho más interesante.

—¿Por qué?

Ariosto pasó las páginas con rapidez y comprobó que las hojas quedaban en blanco antes de llegar al final.

—Porque este es de 1934. Y termina de modo repentino. Justo el día de su muerte.

La Laguna.

—Vamos a ver qué hay en las carpetas —indicó Enriqueta.

Ariosto tomó una de ellas, la más voluminosa, y abrió los lazos que la cerraban. Lo hizo con cuidado y acertó. Varios centenares de pequeños papeles estuvieron a punto de deslizarse fuera de la carpeta.

—¡Son facturas y recibos! —dijo Enriqueta nada más verlos—. Debe de haber varias décadas de transacciones económicas ahí dentro.

—Déjame ver alguna fecha —Ariosto examinó uno de los recibos y comprobó el año—. Este es de 1930. El abuelo Eduardo no tiraba nada.

—Ni él ni su padre Archibald, ni su hijo Juanito. Todos eran unos obsesos de guardar sus papeles. Esto que ves aquí es una parte ínfima de lo que yo me acuerdo de haber visto en la casa. Lo que no sé es por qué han acabado estas carpetas en el sótano.

—Un trastero es para trastos, ¿no?

Ariosto cerró la carpeta y abrió la siguiente.

—¡Periódicos! Una serie completa de un año. De 1925, concretamente —Ariosto miró a su tía — ¿También se entretenían en coleccionar los ejemplares de un periódico?

—Había gente a la que le gustaba hacerlo. Yo he conocido unas cuantas.

—Ahora que lo dices, recuerdo, hace un par de años, en una de las casas donde buscábamos al asesino del estilete, haber visto varios fajos de periódicos atados con cordeles.

—Hoy la gente colecciona cosas más raras. No veas la colección de platos de cerámica de suvenir de todas partes de España que tiene mi vecina colgados en los pasillos y habitaciones de la casa. ¡Un horror!

Ariosto lo imaginó y sufrió una visión pavorosa.

Les tocó el turno a las siguientes carpetas.

—Esta es de escrituras notariales —observó—. Deben de ser las sucesivas compraventas de la casa y otros inmuebles de la familia. Son todas del siglo XIX.

—Es difícil conservar estos papeles a lo largo de los años. Solo las familias de apellido lo hacen.

—¿Y esta lo era?

—A pesar de que eran de origen inglés, concertaron matrimonios con gente bien de aquí. Como tenían..., ¿cómo dice ahora la juventud? Como tenían pasta, interesaba a todos.

—Te veo muy puesta, Enriqueta.

—Una, que está al día.

La siguiente carpeta estaba llena de cartulinas negras, que se repetían por decenas.

—¿Esto qué es?

Enriqueta tomó uno de aquellos tarjetones con las letras en blanco sobre fondo oscuro y lo leyó.

—Son invitaciones. A una exposición de joyas. Mira esto: joyas con piedras preciosas de Brasil. De 1934, nuestro año.

Ariosto sacó las gafas de presbicia de un bolsillo de su chaqueta y examinó con detalle aquella letra impresa, algo pequeña para leerla a simple vista.

—¿El embajador brasileño estuvo en Tenerife? Hay que ver de lo que se entera uno. ¿Y expuso una colección de joyas?

—Pues eso dice. Creo que se pasaron imprimiendo invitaciones. Todas estas sobraron.

—Desde luego que no tiraban nada. ¿Para qué querrían conservar estos papeles?

—Vete a saber. Acaba con la última carpeta, Luisito.

Ariosto desató los lazos y abrió la tapa.

—Partituras sueltas. Aquí está la otra parte de tus papeles de música.

Enriqueta sacó los cuadernillos que habían conservado los pentagramas en perfecto estado. Ariosto contempló su semblante, lleno de emoción.

—Yo tocaba estas piezas de pequeña —confesó—. Toda esta música es parte de mi niñez y de mi juventud. Creí que se habían perdido para siempre.

—Tu primo Juan sabía que te harían ilusión. Lo que no entiendo es por qué no te las regaló antes.

Enriqueta siguió sacando cuadernillos de música, embelesada.

—El primo Juanito era un tacaño de tomo y lomo. Seguro que las conservaba por si, en algún momento, se veía apurado económicamente y tuviera que venderlas.

—¿Tú crees? Si tenía millones en Suiza.

—No lo conociste. Guardaba ese dinero para la vejez, como decía. Ya ves tú. Al final solo ha servido para gastarles una broma pesada a sus sobrinos.

—¿Se llevaba bien con Mickey y Donald?

Enriqueta sonrió.

—Te ha gustado lo de los nombres, ¿no?

Ariosto trató de disimular la risa. Enriqueta pasó a contestar la pregunta.

—Los odiaba. Y el sentimiento era mutuo.

—Entonces, ¿por qué los designó como herederos?

—Se lo prometió a sus hermanos mayores, que lo ayudaron en momentos difíciles. Pero Juanito, en aquellas cuestiones en las que se le obligaba a hacer algo, era más falso que Judas y fiarse de sus promesas era temerario, por no decir insensato.

—¿No tenía otra familia?

—Salvo sus primas, que somos Adela y yo, no tenía más que a ese par de canallas interesados. No vinieron a visitarlo en cincuenta años. ¿Te lo puedes creer? Canallas y me quedo corta.

Perdona el lenguaje, es lo que son. Pero, escucha esto, estoy segura de que ese testamento está envenenado.

—¿Envenenado? ¿En qué sentido lo dices?

—Es muy simple. A los primos ingleses les va a costar mucho acceder a la herencia. Ya verás. Te lo digo yo. El primo Juanito tenía una mente perversa. Ese regalo es una venganza, un escarmiento por lo poco que se interesaron por él en estos últimos años.

—Entonces, ¿crees que sus sobrinos van a ver pasar el dinero por delante de sus narices para que acabe en los ancianos de Santa Rita?

—Sí. O algo peor.

—¿Peor? ¿A qué te refieres?

—No conoces la falta de escrúpulos de mis sobrinos-primos ingleses. Si hace falta, matarán por conseguir lo que ambicionen.

—¿Y a quién van a matar?

—El uno al otro. Estoy convencida de que ese es el desquite final del diablo retorcido que llevaba dentro mi primo Juanito.

Tijarafe, La Palma.

El teléfono fijo de la casa de Eulogio Brito sonó a eso de las dos de la madrugada, despertándolo a él y a su esposa, Otilia. A esa hora no podían ser buenas noticias, con lo que se despezó de inmediato y lo descolgó. En medio segundo se tranquilizó al pensar que su hija Emelina se encontraba aquellos días con ellos en La Palma, con lo que la mala noticia no podía referirse a ella.

—¿Diga?

—Eulogio, soy Boanerges.

Boanerges era uno de los vecinos colindantes de la finca del camino Aguatavar.

—¿Qué pasa?

—Te llamo para avisarte de que hay dos coches aparcados en el camino, al lado de tu finca. Y que ni Alcides ni yo los conocemos. Y no son horas.

Eulogio estuvo de acuerdo. No eran horas de andar circulando por aquel camino casi privado y menos aparcar en él. La juventud era tan irresponsable que podía tratarse de una pareja en busca de intimidad, tal vez algunos de fuera que estaban pasando las vacaciones, los de la isla no lo harían en esa zona. Pero dos coches no.

—Tienes razón. Me voy a acercar —comentó.

—¿Quieres que llame a la Guardia Civil?

—No te preocupes, que yo me encargo. Gracias, Boanerges.

Eulogio se sentó en el borde de la cama buscando las zapatillas a tientas. Su esposa murmuró una pregunta ininteligible, seguramente sobre quién llamaba, a lo que respondió su marido con un gruñido en el tono exacto que indicaba que no se preocupase.

Eulogio se levantó y se vistió casi a oscuras con entrenada presteza. Como cazador que era, solía hacerlo de madrugada los jueves y domingos para salir a cazar con varios amigos durante la temporada. Al salir, abrió el armario del pasillo, el único que tenía llave, y sacó su mejor escopeta. Buscó una de las cajas nuevas de cartuchos y tomó una de ellas. No se olvidó de una chaqueta, la de camuflaje, que abrigaba bien y nunca se sabía el frío que podía hacer a esa hora de la noche.

Antes de salir de su cuarto acarició la cabeza de su perrillo, que le miraba curioso y despierto. Esta vez se quedaba allí. Salió y cerró la puerta tras él. Encendió la luz del pasillo y enfrente, en la habitación donde dormía su hija, se abrió la puerta y asomó la cabeza de Olegario.

—¿Le acompaño, Eulogio? Me apetece dar un paseo.

El dueño de la casa sonrió.

—Abrígate —fue su respuesta.

Cinco minutos más tarde se encontraban ambos en el Land Rover Santana saliendo del pueblo y tomando la carretera general.

—Me imagino que esto no suele ocurrir a menudo — comentó Olegario.

—En esta isla nos conocemos todos, o casi todos, porque cada vez viene más gente. Pero en lo que es la comarca de Tijarafe todavía sabemos quién es de fuera. Y si Boanerges me ha llamado, es que no es normal.

Olegario sonrió divertido al escuchar uno de tantos nombres palmeros que apenas se elegían en el resto del territorio nacional. Parecía que los padres de La Palma buscaban en el santoral los nombres más raros e inusuales para aplicárselos a sus hijos. Nunca había conocido a un Boanerges.

En menos de diez minutos llegaron al camino Aguatavar. Eulogio detuvo el vehículo en el lugar donde el asfalto se estrechaba y apagó el motor.

—Vamos a ver qué está pasando —dijo, y abrió la puerta del coche.

Olegario se bajó del vehículo y se dispuso a imitar los movimientos del padre de Emelina.

—Esto es como ir de caza —le comentó en un tono bajo—. Poco ruido y contra el viento.

Olegario asintió, sin atreverse a hablar. Los dos caminaron con cuidado por el borde del camino, pisando una línea de hierba baja que limitaba la gravilla del asfalto de peor calidad a ambos lados del camino. Una luna creciente permitía ver dónde ponían los pies sin necesidad de linterna, por lo que no las encendieron.

Bajaron unos doscientos metros por la ladera, con el sonido de los grillos acompañándoles de un modo más intenso, y se toparon con el primer vehículo. Eulogio introdujo dos cartuchos de postas en la escopeta, y le quitó el seguro. Todavía no la amartilló. Con precaución, a una distancia de tres metros, rodeó el vehículo, uno de esos de alquiler. Olegario se quedó detrás, a indicación de Eulogio. Dedujo que este sirvió en el ejército por cómo se movía y portaba el arma, apuntando al suelo en un ángulo de cuarenta y cinco grados, pero presto para levantarla.

Eulogio advirtió de un vistazo que el coche estaba vacío. Tanteó la cerradura del conductor y comprobó que estaba cerrada.

—Esta gente no es de aquí —musitó a Olegario—. Sigamos.

Reanudaron el paso con el mismo sigilo y, tras dos curvas encontradas, apareció una furgoneta oscura. Eulogio repitió la misma aproximación con idéntico resultado. El vehículo estaba desocupado. Olegario examinó la pegatina trasera. También era de alquiler.

La finca del padre de Emelina se encontraba unos cincuenta metros más abajo. Si el objetivo de los visitantes era colarse en ella, lo sabrían muy pronto.

Caminaron por la cuesta y llegaron a la valla de alambre enlazado en diagonal que limitaba la propiedad a lo largo del camino. En un momento dado, Eulogio gruñó por lo bajo un juramento. Olegario se acercó a él y comprobó que señalaba un agujero practicado en la valla.

—La han cortado y se han metido por aquí —afirmó en voz baja—. Deben de estar dentro.

—¿Tiene algo de valor en la finca, Eulogio? — preguntó.

—Solo las viñas y unos aperos. Y los cacharros de cocina en la casa, ya los has visto.

—¿Llamamos a la Guardia Civil?

Eulogio aferró con más fuerza, de manera inconsciente, la escopeta.

—Me basto solo para solucionar estas cosas.

Olegario no supo si admirar la valentía de aquel hombre o cuestionar su temeridad. Él habría llamado a las fuerzas policiales.

Eulogio se coló con asombrosa agilidad para su edad por el agujero de valla y Olegario, encomendándose a su santo favorito, lo siguió.

Tras dar dos pasos escuchó cómo Eulogio, muy despacio, amartillaba los dos percutores de su arma.

La Laguna.

Enriqueta notó que tenía calor con la bata puesta, así que se la quitó y se recostó de nuevo sobre la cama. Encendió la luz de la mesita de noche y abrió el tomo que llevaba leyendo toda la tarde por el marcador que había introducido entre sus páginas.

Las tapas encuadernadas en cuero le recordaban a su niñez, cuando todos los libros llevaban sus lomos con ese forro. Las estanterías de su casa y de las de algunos vecinos aparecían atestadas de colecciones homogéneas de tomos del mismo color, con un recuadro en rojo en su centro indicando el título de cada uno. Era todo un mundo ignoto y maravilloso que llamaba a los lectores empedernidos a perderse entre las historias contenidas en sus páginas. A otros, menos empedernidos, les parecía más un adorno elegante y adecuado al rango social de la casa. El hecho es que solía gustar a todos sus habitantes.

Enriqueta había sacudido con cuidado el polvo del libro antes de introducirlo en su dormitorio. Incluso había pasado un paño húmedo por la encuadernación hasta que desapareció una mancha, para ella inquietante, de origen desconocido.

La señora de la casa leía con afán, casi con ansiedad, buscando noticias de un hecho muy concreto. Llevaba toda la tarde en ello y se maravillaba de que no hubiera encontrado la más mínima referencia a lo que estaba esperando encontrar.

«No puede ser» —se decía—. «¿Cómo es posible que no hable nada de la pequeña?».

Portaba en sus manos el segundo diario de Pirés, el del año del incendio. A pesar de que estaba escrito en portugués, la letra clara y ligera del cónsul facilitaba su lectura. El diplomático se expresaba con fluidez, lo que denotaba una esmerada educación. El tal Pirés se descolgaba hasta con detalles literarios, muy del gusto de los años treinta.

Enriqueta se detuvo en un párrafo del 2 de febrero:

Esta tarde ha venido la hermana Mercedes a hablar con Rita. Han estado casi una hora en el cuarto de costura, con la puerta cerrada. Aunque estaba en la biblioteca trabajando, las he escuchado discutir. Luego, la monja ha salido de la casa sin despedirse. Me temo que algo no va bien con la niña.

Enriqueta releyó el párrafo. ¡La niña! ¡Ahí estaba! Leyó con avidez el resto de la página, pero no encontró otra cosa que un recordatorio de la gestión de diversas mercancías embarcadas con

destino a Brasil y procedentes de ese país en dirección a Gran Bretaña. Pirés dedicaba la mayor parte de su diario a anotar, de modo personal, su actividad profesional durante el día. Era casi más una agenda comercial que un diario.

En las páginas correspondientes al día siguiente, 3 de febrero, la mujer se detuvo de nuevo:

He recibido un recado de la madre Virtudes para vernos. Al mediodía me he acercado a las Catalinas para hablar con ella. La niña está desarrollando un carácter arisco y combativo, casi como su madre, eso está creando mal ambiente entre las demás internas. Les he ofrecido más dinero como en otras ocasiones, que creo que es en el fondo lo que querían. Lo han aceptado y las aguas han vuelto a su cauce. Me temo que este tema de la niña va a ser un problema creciente con el paso del tiempo.

¡Las Catalinas! Uno de los principales conventos de clausura de La Laguna. Un gigantesco edificio que ocupa una de las mayores manzanas del centro y que hoy día acoge a apenas una decena de religiosas, aunque en aquella época profesaban más de cincuenta, además de las niñas internas que allí eran acogidas. En su iglesia se conserva el cuerpo incorrupto de sor María de Jesús León y Delgado, la «siervita de Dios», un hecho calificado de milagroso, y que es expuesto al público curioso todos los 15 de febrero, uno de los días más fríos del año. La monja murió en olor de santidad y su proceso de beatificación sigue adelante.

El convento de Santa Catalina de Siena recibía a algunas hijas de la ciudad, sobre todo las de las familias pudientes, que se garantizaban así una educación discreta y eficaz de las niñas sumisas y devotas, y también la de alguna que otra jovencita díscola y rebelde. Casi todas acababan como novicias y luego monjas.

Enriqueta leyó las siguientes cinco páginas, sin encontrar más referencias al asunto. No pudo resistirlo más y se levantó de la cama. Tras dudar unos segundos, se decidió por fin. Su hermana Adela tenía que saberlo. Muchos años habían pasado comentando el misterio, que parecía estar a punto de desvelarse. Pero dudó, Enriqueta apenas usaba el teléfono. Tenía implantado en el cerebro el concepto de que la conexión era muy cara, y a pesar de que Luis le hablaba de algo abstracto como una tarifa plana, se resistía a «gastar» en llamadas. Pero aquello valía la pena. Se decidió por fin y tomó el aparato de baquelita negra con marcador circular retráctil e introdujo el dedo índice en cada una de las nueve cifras que, con su ruido característico de retroceso, juntas sumaron el número de teléfono de la casa de Adela.

Una voz somnolienta se escuchó al otro lado de la línea.

—¿Sí?

—Adela, soy Enriqueta. ¿Te acuerdas del misterio de Isabelita, la jovencita de la casa del primo Juanito? Pues he encontrado una pista. Y es buena.

Tijarafe, La Palma.

Olegario trataba de pisar en los mismos lugares en que lo había hecho Eulogio sin hacer ruido. Las pisadas de su acompañante eran suaves, pero firmes, propias de un cazador experimentado. El chófer no tenía claro qué es lo que se iba a cazar, y no le agradaba demasiado que el padre de su novia llevara un arma cargada en ristre, por lo que se sentía algo incómodo avanzando agachado entre las líneas de viñedos a la luz de la luna.

La ladera se acentuaba un poco seis hileras de viñas más abajo para terminar en un rellano amplio relativamente horizontal, la parte más cómoda para desplazarse de toda la finca. Eulogio llegó en segundos y descubrió unas pisadas confusas en la tierra.

—Están buscando algo —cuchicheó a Olegario señalando las huellas.

—Por aquí poco pueden buscar que no sean uvas —comentó el chófer en el mismo tono.

—Eso mismo es lo que están haciendo —sentenció el propietario del terreno.

La pareja siguió las marcas hundidas en la tierra blanda, que les llevaron poco a poco a otra zona de emparrado. Olegario observó que la disposición de las hojas y su tamaño eran distintas.

—Estas son de listán blanco —comentó Eulogio—. Han dejado atrás las de tinto. Parece que están buscando las parras de albillo.

Eulogio levantó el brazo en señal de detención. Unos metros más adelante escucharon unas voces bajas. Eulogio se llevó el dedo índice a los labios y Olegario se mantuvo en silencio. Los grillos se escuchaban más lejanos, señal de que los próximos ya no hacían ruido.

Eulogio se acercó al murmullo y, al enfilarse el espacio existente entre dos hileras de viñas engarzadas en alambres levantados, encendió la linterna.

—¡Quietos!

La luz sorprendió a tres hombres que se afanaban en cortar los últimos racimos que quedaban colgando en aquella zona del viñado con tijeras especiales e introducirlos en bolsas de plástico, donde estaban los demás. Olegario se indignó al comprobar que aquellos tipos habían arruinado la cosecha de albillo, pero se asombró aún más al ver la reacción de los intrusos: como si lo tuvieran entrenado, todos soltaron lo que llevaban entre manos y se dispersaron corriendo agachados cada uno por su lado. A Olegario le recordó a una manada de conejos ante la llegada de un galgo.

Eulogio, colérico, levantó la escopeta y disparó al aire uno de los cartuchos. El sonido del disparo atronó en la oscuridad y los grillos enmudecieron. Unos perros comenzaron a ladrar en las

fincas vecinas. Sin embargo, ninguno de los hombres se detuvo, sino que aumentaron su carrera. Para Olegario estaba claro que no era la primera vez que huían de alguien armado.

—Volvamos a la valla —dijo Eulogio, que abrió la escopeta, introdujo con rapidez otro cartucho en el cañón, y apagó la luz de la linterna.

No se lo pensó dos veces y comenzó a subir cuesta arriba en dirección al lugar por donde entraron. Olegario admiró la buena forma física de aquel hombre que le debía llevar unos veinte años, y que caminaba a un ritmo que le costaba seguir.

Eulogio atajó campo a través y llegó en un par de minutos al agujero en la cerca de alambre. Escucharon un motor arrancando y unas ruedas girando sobre el asfalto lleno de gravilla.

—Es el primer coche —dijo—. Los de la furgoneta siguen aquí dentro.

Olegario no quiso preguntarle cómo estaba tan seguro de aquella afirmación pero no dudó de su certeza ni un segundo.

En un instante apareció el primero de los hombres que huían por la finca. Habían llegado a la cerca metálica y la seguían por la ladera.

—Tenga cuidado —advirtió Olegario—. Pueden estar armados.

—Si tuvieran armas de fuego ya las habrían usado —contestó, seguro.

El chófer no veía todo tan claro y se preparó para el encuentro.

Eulogio encendió de nuevo la linterna y deslumbró al primero de los tres tipos que avanzaban hacia él. La sorpresa le hizo detenerse.

—¡Quieto o disparo! —anunció.

El segundo se apartó a un lado y atravesó las líneas de emparrado que tenía a su izquierda, haciendo temblar el cable con su cuerpo, pero sin llegar a romperlo. Olegario se percató del movimiento e hizo lo mismo, pero teniendo cuidado de no engancharse. Esperó a que la sombra se le acercara y, cuando estuvo a la distancia correcta, lanzó un derechazo que impactó sobre el rostro del hombre que se acercaba. Cayó de espaldas sin emitir más que un leve quejido. Una vez comprobado que el tipo había quedado inconsciente, sacudió la mano, que le quemaba, y volvió donde estaba Eulogio. Junto a la valla, contempló al dueño de la finca que apuntaba sin pestañear a dos hombres que se encontraban sentados en el polvo, de espaldas al alambre, con las manos en la cabeza.

Eulogio, sin volverse hacia donde llegaba Olegario, habló, esta vez en voz alta.

—Olegario, ahora puedes llamar a la Guardia Civil.

Mazo, aeropuerto de La Palma.

Michael Fitz-Stuart trataba de disimular su nerviosismo aferrando, tal vez con demasiada fuerza, el diario *El Heraldo de Tenerife* del día anterior, el de aquella jornada no había llegado todavía procedente de Tenerife. Se encontraba en la planta baja del aeropuerto, en una de las mesas de la cafetería. Había optado por un café descafeinado de sobre, no quería ponerse más nervioso de lo que estaba.

Rogério se había tomado dos cortados y, aunque aparentaba tranquilidad, el hecho de que hubiera ido tres veces al lavabo delataba lo contrario.

Michael miró su reloj una vez más. Lo hacía casi cada minuto, comprobando que no por mirarlo de continuo el tiempo corría más rápido. Más bien parecía lo contrario.

La hora de pasar el control de seguridad llegó por fin y ambos se dirigieron al arco detector de metales. Como siempre, hubo que colocar en una bandeja de plástico azul los objetos de los bolsillos y pasar por el escáner el equipaje de mano. «Al menos no te hacen quitarte los zapatos», pensó Michael, que había sufrido esa medida en otros lugares.

La noche anterior habían entrado en la finca de Eulogio Brito y se dirigieron directamente a la casa de campo. La cerradura no ofreció demasiadas dificultades para las habilidades de Rogério y en pocos segundos arramblaron con todas las botellas que reposaban en el botellero que había visto aquella tarde.

Las botellas se hallaban en aquel momento, envueltas con todo esmero, dentro de las maletas facturadas. Sabía que el equipaje que se transportaba en las bodegas de los aviones en vuelos interinsulares no se escaneaba.

Todavía se estremecía cuando recordaba el disparo en la noche. Justo cuando Rogério y él se estaban marchando de la finca aparecieron varios hombres que se colaron en el terreno, con toda probabilidad buscando lo mismo que ellos. Donald debía de estar detrás de aquello.

Y luego llegó el dueño de la propiedad con otro tipo, aunque por fortuna no advirtieron su presencia en el extremo alto de la finca. Michael y Rogério esperaron a que se dirigieran a la parte baja del emparrado para salir a toda prisa cargando las botellas en sus brazos.

Cuando ya estaban en la carretera escucharon la detonación. Tras unos segundos de desconcierto, se percataron de que no les estaban disparando a ellos, lo que no evitó que salieran corriendo hacia el automóvil. En cuanto arrancó, huyeron como alma que lleva el diablo en dirección al otro lado de la isla. Cuanto más lejos, mejor.

Tras una noche sin dormir tratando de pasar desapercibidos, compraron en cuanto se abrieron las instalaciones aeroportuarias dos asientos en el primer avión que salía de la isla, el de las ocho de la mañana.

Michael y Rogério superaron el control de equipaje de mano ante la mirada inquisitiva del personal de la empresa de seguridad en quien se había subcontratado ese servicio y la mucho menos concentrada de un Guardia Civil, más ocupado en responder los mensajes de WhatsApp que en supervisar la actividad de los vigilantes de uniforme.

Ambos se dirigieron al mostrador de la puerta número dos, la asignada a su vuelo, pero todavía no había ningún empleado de la compañía aérea preparando el embarque.

Tuvieron que sufrir otra espera de quince minutos dando vueltas por las tiendas libres de impuestos, pero no libres de los abusivos precios con que etiquetaban los productos a la venta. «¿De qué servía estar libre de impuestos si luego los precios superaban con creces las tasas impositivas?», se preguntó Michael, conocedor del valor de los licores en las tiendas de la calle.

Al fin llegó una señorita con un atuendo verde que anunció por el altavoz del mostrador que el embarque se iniciaba en aquel momento, y rogaba que las familias con niños embarcaran en primer lugar. Michael miró a su alrededor y comprobó que a esa hora no viajaban niños, con lo que la empleada se podía haber ahorrado el esfuerzo.

Rogério y Michael se colocaron en la fila que se formó de inmediato, detrás de unos diez pasajeros que habían sido más rápidos y listos que ellos y esperaron su turno.

Michael estaba a punto de entregar su tarjeta de embarque y su documento de identidad cuando escuchó una voz a su espalda.

—¿Señor Fitz-Stuart? Haga el favor de acompañarnos.

Michael, lívido, volvió la cabeza y comprobó que se acercaba una pareja de la Guardia Civil, unos tipos con semblante muy serio, uno de ellos con una mano en la culata de su pistola, todavía enfundada.

—¿Puedo preguntarles por qué?

Michael, en una décima de segundo, comprendió que aquella voz no había salido de su garganta. Era otra persona la que había respondido. Volvió por completo la cabeza y allí estaba su primo Donald, al final de la cola, encarándose con los agentes.

—Acompañenos —insistió el Guardia Civil más cercano—. Queda usted detenido.

Donald no se resistió cuando el segundo le tomó del brazo y, con suavidad, lo llevó fuera de la fila de pasajeros. Michael volvió la vista al frente y entregó su pasaje a la señorita, que le deseó feliz viaje.

«El más feliz de mi vida», se dijo mientras trataba de no correr por la pista en dirección al avión y rezando para que los empleados de cargar y descargar el equipaje no fueran bruscos con las maletas.

La Laguna.

Sandra se había acercado hasta la Comisaría de la calle del Agua, hoy Nava y Grimón, para ver a Galán. El inspector le había dicho que a las doce tendría unos minutos para atenderla y allí estaba.

Tras dejar el coche en el aparcamiento subterráneo de la plaza del Cristo, había caminado bajo un sol que se asomaba furioso y picante entre las nubes. El verano lagunero tenía esas cosas, calor o fresco, dependiendo de los caprichos meteorológicos.

Saludó al agente que controlaba el acceso a la comisaría, quien correspondió a la cortesía indicándole que el inspector se encontraba en su despacho.

Entró en el edificio, dejó a su izquierda un par de máquinas de café y refrescos y subió al primer piso por una escalera de granito aglomerado con un pasamanos de madera varias veces barnizado, todo muy años setenta, como en la mayoría de las comisarías.

La tercera puerta a la derecha era la del despacho de Galán. Se encontraba abierta, por lo que Sandra solo tuvo que asomarse.

—¿Se puede? —preguntó.

Galán se encontraba concentrado en la redacción de un informe en el ordenador. Su oficina, austera, como todas las de la policía, tenía dos toques de humanidad. Una planta, un *Ficus Danielle* en un rincón iluminado, y una foto del acto de entrega de la última medalla concedida al inspector, impuesta por el mismísimo rey don Felipe.

—Adelante, Sandra —invitó, y se levantó a saludarla.

Los besos de rigor cayeron uno tras otro y Galán volvió a su asiento en cuanto comprobó que su invitada se había sentado.

—¿Vienes por algo nuevo de la casa embrujada? —preguntó el policía con sorna.

—Sabes que voy a investigar este asunto. Ahí han pasado cosas muy raras y no me voy a quedar quieta.

—¿Quieta tú? Solo espero que si averiguas algo interesante me lo cuentes.

—A eso vengo.

Sandra relató a Galán su conversación con don Claudio sobre las extrañas muertes de Miguelito Méndez y del doctor Seguí, además del asunto de las joyas robadas, y puso sobre la mesa fotocopias de los periódicos consultados.

—Ambos casos nos llevan a la bolsa de lona que se encontró en el sótano —concluyó Sandra.

—Es bastante curiosa la casualidad —dijo Galán al examinar las fotografías de las joyas.

—¿Habrá alguna forma de investigar el destino de esa bolsa? ¿Dónde pudo haber ido a parar? Galán soltó un leve bufido, señal evidente de que no tenía nada claro el asunto.

—¿Después de ochenta años? —le preguntó con escepticismo—. ¿Dónde?

Sandra no se lo pensó dos veces.

—Pues aquí, en la policía. Tal vez se guardara como prueba.

—¿Después de ochenta años? —repitió Galán.

Sandra leyó en la expresión de Galán que la tarea era poco menos que imposible.

—¿No hay una especie de museo de la policía? ¿Algún lugar donde se almacenen cosas antiguas?

Galán negó con la cabeza.

—Hay un archivo donde se guardan expedientes antiguos —explicó el policía—. Pero las piezas de convicción se envían a los juzgados o se destruyen. No nos las quedamos nosotros. La más antigua que podríamos encontrar que se hubiera quedado aquí es de hace diez años, no más. Y el expediente más antiguo que conservamos es de hace cincuenta años, pero no ochenta.

—¿Y los anteriores? ¿Dónde han ido a parar?

—Hay un archivo central policial en Madrid. No sé si allí guardan papeles tan viejos. Y además, no hay constancia de que la policía abriera un caso con esto. Si acaso elaborarían un informe de lo acaecido, pero no hay delito a la vista. Estoy convencido de que no vas a encontrar nada por ese camino.

Sandra se estaba desinflando con los argumentos de Galán. En verdad, las opciones eran muy reducidas.

—Se daría algún destino a la joya que apareció en la bolsa —insistió la periodista—. Debía de tener un valor importante.

—Me imagino que se entregaría a los herederos del cónsul. A fin de cuentas, se encontró en los restos de su casa.

La idea dio vueltas en el cerebro de Sandra.

—¿Sabes quiénes eran los herederos?

—Sé quién puede saberlo.

—¡Estupendo! ¿Quién?

—Enriqueta Cambreleng. Creo que la conoces.

Sandra asintió.

—Desde luego, es la tía de Ariosto. Aunque me llevo más con Adela.

—Estoy seguro de que ella también sabe algo. Al fin y al cabo son hermanas.

—Gracias, Antonio, la llamaré.

Sandra se levantó y en dos segundos se despidió del policía, atónito ante la velocidad con que la joven periodista salió de su despacho.

Sandra bajó a la calle y sacó el móvil de su bolso. Buscó en la memoria el número de Adela. Lo marcó y esta respondió al segundo tono.

—¡Hola Sandrita! ¿Cómo estás? —la voz de Adela sonaba risueña, como siempre.

—Muy bien Adela. Estoy tras la pista de una bolsa de lona. Se salvó hace un montón de años

del incendio de la casa que existía antes de que se construyera la de tu primo Juan Fitz-Stuart. ¿Te suena de algo?

Adela tardó dos segundos en responder. Sandra lo atribuyó a que estaba haciendo memoria.

—Me suena. Y mucho. Sé quién puede saberlo.

—¿Sabes quién la tiene? ¿En serio? ¿Sabes algo de esa bolsa de la que estoy hablando?

—Y tanto que lo sé. Mi hermana Enriqueta conoce el lugar donde se guarda. Y muy bien guardada que está. Nadie la ha abierto en muchos años. Y creo que es mejor que siga cerrada.

—¿Y eso? ¿Por qué?

Adela volvió a tardar en responder.

—Porque quien la abre, muere. Y eso es un problema. De los grandes.

Santa Cruz de la Palma.

Instructor 79418

Atestado n° 2759

Secretario: 0

En Santa Cruz de La Palma, siendo las 06 horas y 22 minutos del día quince de septiembre del año en curso, ante el Instructor y Secretario arriba mencionados, ————— COMPARECE: En calidad de DENUNCIANTE, quien mediante DNI n° 09.556.897K, acredita ser EULOGIO BRITO BRITO, país de nacionalidad ESPAÑA, varón, nacido en TAZACORTE, el día 10/05/1944, hijo de JERÓNIMO SERGIO Y PETRA CONSUELO, con domicilio en CALLE BARRANCO DE LAS ANGUSTIAS N° 12, PISO 1, de TIJARAFE, teléfono 922053345, y ————— MANIFIESTA: Que denuncia los hechos que se detallan a continuación ocurridos a las 02.15 horas del día 15/09/ en FINCA PARTICULAR, CAMINO AGUATAVAR, SIN NÚMERO, de TIJARAFE.

—Que siendo las 01.45 horas recibió la llamada de un vecino, que dice llamarse BOANERGES DÍAZ DÍAZ, en que le avisaba de haber visto dos vehículos aparcados en el mencionado camino, junto a una finca de su propiedad sita en dicho paraje. Que la presencia de dichos vehículos es completamente anormal, ya que se trata de un camino vecinal utilizado únicamente por los usuarios de las fincas cercanas.

—Que personado junto con un amigo, OLEGARIO MORA TRUJILLO, en la mencionada finca, observaron que existía un corte en la valla de alambre que rodea la finca, con signos evidentes de que una o varias personas se habían introducido por la abertura en el interior de la misma.

—Que el dicente se introdujo por la misma abertura acompañado del citado OLEGARIO MORA TRUJILLO para averiguar quién había entrado en la finca de su propiedad, sorprendiendo en el interior a tres hombres que se encontraban cortando racimos de uvas en la parte inferior del terreno, procediendo a su retención y llamando al cuartel de la GUARDIA CIVIL, hasta que los agentes se personaron en el citado domicilio.

—Que no conoce de nada a las citadas tres personas que sorprendió en su finca, solo que por su habla parecen ser portugueses.

—Que no sabe cuál puede ser la motivación de esas personas por sus viñedos, lo que

considera incomprensible.

—Que cree que la presencia de esas personas de forma ilegal en la finca de su propiedad debe estar en relación con las visitas que recibió en el día de ayer.

—Que el día anterior había recibido la visita, por separado, de dos personas de nacionalidad inglesa que se habían interesado por las viñas que tiene plantadas en la finca, llegando una de ellas incluso a hacerle una oferta de compra por la propiedad.

—Preguntado por los nombres de dichas personas, contesta que se llaman MIKI y DONALD, según manifestaron.

—Que el dicente asegura que no pretende tomar el pelo al instructor, nada más lejos de su intención, y asevera que es el nombre que los referenciados dijeron al dicente.

—Que no tiene nada más que decir, firmando su declaración en prueba de conformidad en unión del Instructor. CONSTE Y CERTIFICO. _____

OFICIO

S/REF D.P 750

ASUNTO: ROBO EN PREDIO AGRÍCOLA.

DILIGENCIA DE TERMINACIÓN Y REMISIÓN: En este estado de las presentes, se remiten al Ilustrísimo Señor Magistrado Juez en funciones de Guardia, de los de esta ciudad, las diligencias practicadas, así como los cuatro detenidos, tres de nacionalidad portuguesa y uno británica, identificados en diligencia adjunta. Todos ellos se han negado a declarar ante esta instrucción, deseando hacerlo ante el señor Juez, según su derecho, del que fueron debidamente informados como se refleja en diligencia adjunta, significándose que se practican más gestiones para el esclarecimiento de los hechos denunciados, así como identificación y detención de otros posibles autores. De lo que, como Secretario, CERTIFICO. _____

La Laguna.

Ariosto rebuscaba entre los discos de vinilo que encontró guardados, o escondidos, en uno de los compartimentos inferiores de un armario estilo castellano años sesenta que se encontraba en el comedor de la casa de su tía Enriqueta. Se acordó de los años de su juventud, cuando escuchaba el sonido de la música clásica de modo permanente en la casa de sus tíos. En aquel tiempo el tocadiscos ocupaba un lugar preferente en el salón. Hoy había desaparecido. Y los discos habían terminado en uno de los lugares menos frecuentados por su dueña.

Agachado en cuclillas, pasaba los discos con los dedos índice y corazón a la misma velocidad con que lo hacía treinta y tantos años atrás, cuando se compraban discos de vinilo de gran formato en tiendas especializadas. La sensación de ir cabalgando con los dedos sobre los lomos de cartón plastificado le retrotrajo a otro tiempo, cuando para escuchar música había que prepararse a conciencia. El olor de los discos de vinilo protegidos por fundas de plástico que a su vez encajaban en las de cartón, rescataba de su cerebro las impresiones olvidadas que le evocaban aquellas portadas, estudiadas a fondo cientos de veces.

Le encantaban las óperas y las recopilaciones de conciertos, que venían en tapa dura y se abrían como una caja, un verdadero cofre del tesoro en su imaginación. Ariosto extrajo una versión de 1968 de *L'Elisir d'amore*, de Donizetti, una de sus óperas preferidas. Y nada menos que con Fausto Clewa, Renata Scotto y Alfredo Kraus, una de las primeras que escuchó y que le aficionaron al género.

—¿Qué hiciste con el tocadiscos? —preguntó en voz alta a su tía, que se encontraba en la cocina.

—¿El tocadiscos? Hace años que no escucho un disco. Por si no lo sabes, estoy suscrita a Spotify.

Ariosto enarcó una ceja. ¡Cómo habían cambiado las cosas! Su tía lo sorprendía muchas veces pero, en esta ocasión, lo desconcertó por completo.

—El tocadiscos creo que está en el desván —añadió Enriqueta—, a tu tío Epifanio no le gustaba tirar nada.

Ariosto guardó el disco en el armario y cerró la puerta con llave.

—¿Qué es lo que querías contarme? —preguntó al tiempo que se dirigía a la cocina.

—Ya está preparada la infusión. Para ti un té de salvia y para mí un Pu-Erh. El tuyo induce a la tranquilidad, estimula la buena memoria y cura los males estomacales y de la garganta. El mío es

un potente eliminador de grasa, con muy poca cafeína.

Ariosto intentó no sentirse aludido con su posible falta de memoria o de tranquilidad, los años no pasaban en balde, pero tampoco era para tanto. Lo que no entendió, observando la delgada silueta de su tía, era para qué quería eliminar grasa, o de dónde pensaba eliminarla. Apartando esos pensamientos de su mente, probó el brebaje con cautela, otras veces se había quemado la lengua.

—Está muy bueno, y ya siento cómo afloran en mi mente los recuerdos.

—No me tomes el pelo, Luisito. Te sentará bien, que es de lo que se trata —Enriqueta probó su té y, satisfecha, apoyó la espalda en el respaldo de la silla—. Te he llamado porque quiero contarte una historia que tiene que ver con el primo Juanito. O mejor dicho, con su padre, el tío abuelo Eduardo.

—Veo que esa madeja sigue teniendo hilo —comentó Ariosto, buscando una postura más cómoda también.

—Y tanto que lo tiene. Hasta una alfombra se puede hacer con tanta hebra. La señora brasileña daba para mucho. ¿Sabías que se llamaba Rita?

—Buen nombre para una mujer fatal.

—Déjate de bobadas, Luisito. Lo que te decía, cuando éramos pequeñas, Adela y yo pasábamos parte de los veranos en la casa del tío abuelo Eduardo. Era común entre los santacruceños decir que se «veraneaba» en La Laguna, fijate qué cosas. Tendríamos unos nueve o diez años cuando vino también a la casa una jovencita de unos veinte, año arriba, año abajo. Al parecer, y solo digo al parecer, el tío abuelo Eduardo la había contratado para hacer labores de la casa y echarnos un ojo a nosotras y a alguno de los primos ingleses, cuando venían.

—Eso no suena extraño.

—No me interrumpas. La chica en cuestión, que era bastante mona, tenía más o menos la misma edad que el primo Juanito, y no tardamos mucho en darnos cuenta de que la miraba más tiempo del que debiera.

—¿La miraba?

—En aquellos tiempos mirar ya era mucho. No como ahora, no me hagas hablar de lo licencioso de la vida social de nuestras juventudes de hoy.

Enriqueta tomó un sorbo de su infusión y se dispuso a continuar.

—El tío Eduardo también estaba embelesado con la niña. Pero no como estás barruntando, mal pensado. Era un cariño más profundo, como el de un padre hacia una hija. Estaba pendiente de ella y procuraba, dentro del papel que ella tenía asignado, que no le faltara nada.

—Sigue sin sonar extraño —dijo Ariosto.

—¿No puedes esperar? Como te decía, ni las miradas lánguidas de Juanito cuando pasaba cerca la chica, que por cierto se llamaba Isabel, ni las excesivas atenciones del tío abuelo Eduardo se nos pasaron por alto a Adela y a mí. Ahí había algo raro.

—Me imagino a las hermanas detectives investigando el misterio inexistente.

—Pues aunque no te lo creas, había misterio. Y más todavía cuando al final del verano el tío Eduardo decidió, de modo sorpresivo, que Isabelita se marchara de la casa.

—¿Y eso?

—Nunca lo supimos con claridad, el tío Eduardo y el primo Juanito eran tumbas cuando se lo proponían. Pero el hecho es que la muchacha desapareció de la casa y de nuestras vidas para siempre. Nunca la volvimos a ver.

—¿Y dónde está el misterio?

—Espera un poco. El tío abuelo Eduardo comenzó por aquellas fechas a estar siempre de mal humor, y castigó a Juanito a permanecer encerrado en su cuarto quince días. Algo gordo tuvo que pasar.

Ariosto sonrió.

—¡Ah! ¡Juventud, divino tesoro! El tío Juanito era un pillo, por lo que veo.

—Eres muy mal pensado, Luisito. Pero creo que en este caso aciertas. Juanito estaba colado por Isabelita, y eso no podía consentirlo su padre.

Ariosto se extrañó de la frase.

—¿Y por qué no?

—No seas ingenuo. Esta es una conclusión a la que llegamos Adela y yo anoche por teléfono, atando cabos a partir de lo que encontré en el diario del cónsul Pirés.

—¿Del cónsul Pirés? Pero, ¿de qué me estás hablando?

—Es tan grave que no te lo puedo contar, Luisito.

—¿Cómo? ¡No me irás a dejar con la intriga!

—De acuerdo, te lo cuento. Como sospechábamos mi hermana y yo, la presencia de aquella chica allí debía tener alguna razón. Había otras criadas en la casa y su ayuda no era necesaria. Aquella muchacha, como se deduce del contenido del diario, era hija de la mujer brasileña, Rita.

—¿Era la hija de Pirés y Rita? ¿Y el tío abuelo Eduardo se hizo cargo de ella? Eso es ser un buen amigo. La relación con Pirés debió ser muy estrecha.

—El tío Eduardo era buen amigo, pero más de Rita que del cónsul. Adela y yo estamos en que sus desvelos por la niña obedecían a otras razones.

—¿Otras razones? ¿Cuáles podrían ser?

—Muy fácil. El tío abuelo Eduardo era el padre de Isabelita. Esa era nuestra sospecha.

Ariosto se quedó con la boca abierta.

—Pero, ¿tienes alguna prueba de eso?

—La voy a tener de inmediato. Prepárate, que nos vamos.

—¿A dónde?

—A ver a la madre superiora de las Catalinas, por supuesto. ¿A dónde te creías que íbamos?

Y Ariosto, totalmente desconcertado, se rindió.

La Laguna.

—Jefe, me ha llegado una noticia curiosa.

Ramos se encontraba en el quicio de la puerta del despacho de Galán, desde donde siempre le gustaba comentar las novedades.

—Pasa y cierra la puerta, por favor —contestó el inspector, enfrascado en la lectura de un informe.

El subinspector obedeció y se sentó en una de las dos sillas que enfrentaban la mesa.

—Es de la Guardia Civil de La Palma. Entre anoche y esta mañana han detenido a varias personas. Una se apellida Fitz-Stuart.

Galán levantó la vista del papel que estaba leyendo y miró a Ramos, pidiéndole más.

—Donald Fitz-Stuart, para ser más concreto —añadió el subinspector—. Junto a otros tres tipos de nacionalidad portuguesa. Por lo visto, los pescaron de madrugada robando uvas en una finca de Tijarafe. Los portugueses manifestaron en el cuartelillo que trabajaban para Donald.

—¿Robando uvas?

—Así es. La gente está cada día más loca. Los han puesto a disposición judicial. Con toda seguridad los soltarán con los apercibimientos de costumbre hasta que se fije la fecha del juicio.

Galán trató de darle un par de vueltas a la noticia.

—Creo que los Fitz-Stuart tienen problemas para cumplir con la condición de la herencia. Si han tenido que robar uvas es que no es fácil obtener la botella de vino.

—Se han tropezado, según me han dicho, con un hueso duro de roer. Un agricultor cabezón que se niega a vender la cosecha.

Galán sonrió. De esos había muchos en Canarias.

—Y otro dato curioso, jefe —añadió Ramos—. Uno de los testigos es un tal Olegario Mora. Me parece que es el chófer de tu amigo Ariosto.

—Tiene una novia en La Palma, por lo que es muy posible que así sea. Se lo preguntaré a Ariosto. Gracias por darme la noticia, Ramos. Me parece que vamos a tener que vigilar a los sobrinos de don Juan Fitz-Stuart. Puede que empiecen a hacer tonterías.

—Me he tomado la libertad de contactar con un amigo mío en el aeropuerto. Ya sabes, de modo extraoficial. Se supone que las listas de pasajeros son confidenciales.

—Se supone —corroboró Galán.

—Pues el otro primo, Michael, también estuvo ayer en La Palma, fíjate qué casualidad. Y esta

mañana tomó el primer vuelo a Tenerife sin mayor problema. Y ahora —Ramos miró su reloj—, debe de estar subiendo al avión que le llevará a Madeira. Hoy hay vuelo directo.

—Tu fuente de información es muy buena. Algún día tendrás que presentármela.

—Información reservada, jefe. No existe y conviene que siga así.

Galán se tomó a broma la contestación de su subordinado.

—¿Algo sobre el caso de don Juan, ya que estamos con su familia?

Ramos se sentó mejor en la silla, se había encorvado hacia delante sin darse cuenta.

—Disponemos de dos datos nuevos. El primero: el Rohipnol es un hipnótico que necesita para su compra receta médica. Pero solo en este último mes se han despachado en las farmacias canarias dos mil trescientas cajas. Es imposible hacer un seguimiento por ahí.

—Entiendo. ¿Y el otro dato?

—He proseguido la investigación sobre las personas que tenían contacto con la víctima. A menos que recibiera una visita desconocida aquella tarde, muy pocas personas pudieron tratar con él.

—Eso ya nos lo habíamos imaginado.

—Sí. En realidad, la única persona que sepamos con seguridad que tuvo acceso a don Juan fue la asistenta, Leocadia. Los sobrinos ingleses estaban fuera de la isla, y las hermanas Cambreleng tienen coartada segura.

A Galán le hizo gracia que Ramos hubiera puesto en la lista de sospechosas a Adela y a Enriqueta, pero no dijo nada. Ramos era un buen profesional y era propio de él que no desdeñara ninguna vía de investigación.

—No hubo visitas de carteros, butaneros ni otros técnicos domésticos. Los vecinos de las casas adyacentes no vieron nada anormal en todo el día ni en el día anterior. De hecho, casi nunca observaban nada, el propietario de la casa apenas se dejaba ver. Solo Leocadia entró y salió de la casa en su horario acostumbrado.

—Con Leocadia tenemos el problema del móvil. No tenemos una razón plausible para sospechar de ella.

—En eso tienes razón, jefe. Sin embargo, he encontrado un detalle extraño.

Galán volvió a inquirir a Ramos con la mirada.

—Se trata de los apellidos de Leocadia. Hay algo que no concuerda.

—¿A qué te refieres?

—Los que aparecen en su documento nacional de identidad son Darías Padrón. Así ha sido desde que se lo sacó a los catorce años.

—¿Y?

—Pues que hace cinco años inició en el Registro Civil un expediente de cambio de apellidos que le fue denegado por el juez. No recurrió la disposición judicial.

—¿Y qué apellido quería cambiar?

—Ahí está lo bueno. Pretendía cambiar el Darías por Fitz-Stuart y el Padrón por Carvalho.

Galán dio un respingo en su asiento.

—¿Fitz-Stuart? ¿Carvalho? Eso es nuevo.

—Cierto, y además, Carvalho estaba escrito en portugués. No hay que confundirlo con los

Carballos canarios, que aquí hay muchos.

—Un detalle significativo, Ramos. Tal vez sea buena idea acercarnos a hablar con Leocadia.

Funchal, Madeira.

La tarde avanzaba perezosa a través del calor húmedo del verano madeirense. Los días sin viento, pocos al año, convertían el gran hemicírculo de montes que rodeaban la capital en un horno que absorbía con avidez los rayos del sol, para infortunio de sus habitantes.

Michael Fitz-Stuart y Rogério Cabral bajaron del avión de Binter, recogieron su equipaje y tomaron un taxi en dirección al laboratorio de Blandy's, sito en el centro de Funchal. El trayecto duró apenas quince minutos y los dos hombres se apearon rápidamente al llegar a su destino. Tras pasar por el control de un vigilante de seguridad, accedieron al laboratorio, un lugar fresco abarrotado de instrumental y maquinaria de acero inoxidable. Allí les esperaba Christopher Hewson, el enólogo jefe de la compañía.

Rogério sacó de las maletas las seis botellas y las exhibió al técnico de la firma de vinos. No había tenido tiempo de catarlas durante el viaje y no podía saber cuál de ellas era la de albillo prieto. Le irritaba sobremanera que Michael hubiera insistido en que las examinase en primer lugar el enólogo de Blandy's en vez de él.

Hewson las puso en línea bajo la luz de los focos.

—Parecen estar en buen estado —opinó—. ¿Qué quieren que haga?

—Necesitamos saber cuál de ellas es de la variedad de la que le hablé el otro día, la albillo prieto —solicitó Michael.

—Ya podríamos saber cuál es, pero Mr. Fitz-Stuart desea una segunda opinión —indicó Rogério, dejando clara su incomodidad por la obstinación de Michael en que su dictamen quedara en un segundo plano.

—Estoy seguro de que coincidiremos en nuestras apreciaciones —dijo Hewson.

Michael se estiró el cuello de la camisa, el calor del exterior no se le había ido del cuerpo.

—¿Cuánto tiempo tardará en darme la respuesta? —preguntó directamente.

El enólogo de Blandy's lo miró con displicencia. Las cosas allí no se hacían con prisa. Podría hacerlo aquella misma tarde, pero decidió demorarlo para contrarrestar tan odiosa premura.

—Mañana mismo la tendrá. A primera hora.

A Michael la contestación le pareció aceptable. Notó cómo la tensión de los últimos días se aflojaba. Concentrado en la respuesta del enólogo, no se percató de la mirada de rencor que le dirigió Rogério, herido en su soberbia.

—Cuanto antes tenga la información —dijo Michael—, antes recibirá los honorarios

convenidos, más una propina cuantiosa.

—No hace falta que insista. Sé lo importante que es este asunto para usted, Mr. Fitz-Stuart. Lo haré con mucho gusto. Y cobraré lo estipulado con más gusto aún.

Michael y Rogério se despidieron del enólogo, que colocó las botellas en un frigorífico especial, y salieron al calor de la avenida Arriaga.

—Ya podemos descansar, Rogério —anunció Michael—. Han sido un par de días muy intensos y nos merecemos un período de descanso. Pásate por mi casa mañana, cuando me devuelvan las botellas. Haremos tu cata y arreglaremos cuentas.

Rogério apenas pudo replicar. Michael tomó un taxi que pasaba a su lado y escapó rumbo al aire acondicionado de su casa, en las afueras de la ciudad.

«Arreglaremos cuentas», recordó. Las cuentas que tenía que arreglar con Michael Fitz-Stuart no se limitaban a la liquidación de sus honorarios por dos días de trabajo, su empleador le debía más, mucho más.

Aquella mañana, en el aeropuerto, aprovechando una ausencia de Michael durante una visita al aseo, Rogério decidió fisgar un poco en las pertenencias de su jefe. No podía evitarlo, llevaba la curiosidad en la sangre. Un vistazo a los papeles que guardaba en la cartera de mano le había informado de lo que se traía el estirado inglés entre manos. Nada menos que una herencia de veinticinco millones de euros. Y Michael y su primo Donald eran los únicos herederos. Solo tenían que cumplir con la estúpida condición de aportar en la notaría una botella de vino. Era un mandato que había resultado algo más difícil de lo que cabría suponer, pero Michael, gracias a Rogério Cabral, lo iba a lograr.

Una sorpresa añadida durante el registro de la documentación de Michael fue la aparición de las claves bancarias para acceder a sus cuentas, y lo que era más interesante aún: para poder disponer de sus fondos. «¡Aquel tonto inglés llevaba consigo las claves bancarias impresas en papel! Si es que la providencia bendecía a los imbéciles, otorgándoles herencias que no se merecían».

Rogério no tardó mucho en pergeñar un plan. Aprovecharía los días de asueto para viajar a un par de paraísos fiscales para abrir las correspondientes cuentas donde recibir los fondos provenientes de la herencia de Michael una vez que este la cobrara. Porque Michael, gracias a él, iba a cobrarla. Y porque Donald, gracias también a él, no viviría para disfrutar de ella. Sería toda una desgracia, pero era inevitable. «Disponer de veinticinco millones es mejor que de doce y medio, las matemáticas no engañan», se dijo.

Lo único malo para Michael es que también, gracias a él, tampoco gozaría de todo ese dinero en vida. Tal vez su alma le agradeciera el panteón que tenía planeado construirle después de que hubiera desaparecido en un infortunado accidente. Era lo menos que podía hacer por él. Un tipo como Michael se merecía ese tipo de homenaje.

La Laguna.

Ariosto y Enriqueta entraron en el recinto del convento de las monjas Catalinas a través de la puerta existente en el callejón Deán Palahí, un espacio de intenso sabor histórico de la Laguna que no había cambiado en trescientos años.

Como el convento era de clausura, la madre superiora accedió a entrevistarse con la pareja en la zona pública del recinto, el patio interior donde estaba el antiguo torno que recogía lo que hiciera falta para el mantenimiento de las religiosas, y no solo comida. Se decía que más de un recién nacido cuyas madres no podían mantenerlos habían sido depositados en el recipiente giratorio dejándolos a merced de la buena disposición de las monjas.

La madre Virtudes bajó las escaleras de piedra que separaban la zona de clausura con el patio y se dirigió a la tía y a su sobrino.

—¡Enriqueta! ¡Cuánto tiempo!

Ariosto dedujo que las mujeres se conocían, aunque su tía no le había dicho nada al respecto, solo que había concertado la cita con la superiora.

—Virtudes, estás igual que siempre —respondió Enriqueta, que obsequió a la religiosa con un par de besos.

Ariosto, a pesar de conocer bastante bien a su tía, no supo concluir si la frase era un halago o todo lo contrario.

—Me alegro mucho de verte tan bien —dijo la monja, esta vez con evidente sinceridad.

—Te presento a mi sobrino adoptivo, Luis —dijo Enriqueta, dándose media vuelta.

—Es un placer, madre —saludó Ariosto.

—Encantada, hijo —replicó la religiosa, que se volvió a Enriqueta—. ¿Este es el que tocaba el piano?

Ariosto comprendió que las mujeres no se veían al menos desde hacía más de treinta años, época a la que se remontaban sus clases musicales con Enriqueta.

—Sí, era un buen alumno, un poco rebelde, pero bueno —respondió la tía—. Hubiera llegado a algo si se hubiera tomado la música más en serio.

—Sigo adorando la música, querida —replicó Ariosto—. Y gracias a ti.

Enriqueta sonrió, ufana, y tomó la mano de la superiora.

—Virtudes, necesitamos que nos ayudes en una investigación que tenemos entre manos.

—¿Una investigación? ¿Y yo puedo ayudar?

—Creo que sí. Ya sé que una de las máximas de este convento es la discreción. No te voy a pedir nombres ni datos personales de ninguna de las personas que están o han estado alguna vez dentro de estos muros, es solo que nos indiques qué camino hemos de seguir.

La monja asintió, algo confusa.

—Me agrada que guardes ese respeto hacia nuestra humilde institución, Enriqueta. Quien decide entrar en este recinto lo hace para estar más cerca de Dios, sin interferencias de los que están fuera. Por eso su privacidad es tan sagrada como su devoción.

—Lo entiendo —dijo Enriqueta.

Las dos mujeres miraron a Ariosto, que se percató de que estaban esperando algo de él.

—Yo también lo entiendo —añadió.

—¿De qué se trata? —preguntó la madre Virtudes.

—Hace muchos años —dijo Enriqueta—, unos ochenta, poco más o menos, entre las internas del convento había una niña cuyos padres procuraron por su educación durante un periodo de tiempo bastante largo.

—Eso ocurrió muy a menudo, había por entonces muchas niñas que pasaban algunos años como novicias, o simplemente internas en busca de una educación más consistente, por decirlo así. Solían ser de buenas familias, aunque también entraban algunas como muestra de caridad por parte de la congregación.

—La que nos interesa era la hija de una mujer que era el ama de llaves del cónsul de Portugal, un señor llamado Pirés —dijo Enriqueta.

—La señora era brasileña —añadió Ariosto—. Tal vez por este detalle la pueda recordar, madre.

La madre superiora miró a Ariosto con expresión de sorpresa.

—¿Brasileña? Si es la persona de la que me hablaron cuando profesé mis primeros votos, algo ha quedado de su recuerdo.

Enriqueta y Ariosto sonrieron, complacidos. Estaba siendo más fácil de lo previsto.

—Nos gustaría saber qué fue de ella. ¿Se quedó en el convento?

La madre Virtudes se pellizcó la nariz, signo claro de que estaba pensando.

—Responder a esa pregunta no creo que vulnere ninguna ley. Por lo que sé de este asunto, que se ha comentado mucho en el convento, la muchacha salió un verano de aquí y volvió al llegar el otoño. Y volvió con un problema.

—¿Un problema? —preguntó Enriqueta—. ¿A qué llamas un problema?

—Pues eso, imagínate lo que puede ser un problema para una muchacha que reingresa en un convento. Un problemazo.

—Estaba embarazada —intervino Ariosto.

—Los designios del Señor son inescrutables —la madre Virtudes cerró los ojos y se santiguó. Luego prosiguió—. Era una situación muy delicada. Menos mal que el padre de la niña se hizo cargo y se la llevó a dar a luz a otro lugar. Imagínense el escándalo que podría haber provocado.

Ariosto intentó unir los lazos argumentales, pero algo se le escapaba.

—Un momento, madre. Dice usted que el padre de la muchacha la sacó del convento. Pero cuando eso ocurrió, sus padres, el cónsul Pirés y la señora Rita, habían muerto en un incendio.

¿Cómo pudo hacerlo su padre?

La madre Virtudes miró a Ariosto con curiosidad y casi con commiseración.

—¿Quién le ha dicho a usted que el padre era el cónsul? De eso nada. El padre, y esto que quede entre nosotros, era don Eduardo Fitz-Stuart, quien se hizo cargo de los gastos que la educación de la muchacha podía ocasionar.

Enriqueta se volvió hacia Ariosto y le pellizcó levemente en un brazo.

—¿Qué te había dicho, Luisito?

La Laguna.

Marta finalizó el informe de la intervención arqueológica en la casa de Juan Fitz-Stuart, lo guardó en su carpeta correspondiente del ordenador y cerró el programa de edición de textos. La luz de la media tarde se posaba sobre la fachada de la facultad de Psicología, al otro lado del patio central que daba acceso a los edificios departamentales del campus de Guajara. La arqueóloga se permitió unos segundos de mirada perdida sobre las cumbres del macizo de Anaga. Sus picos dentados parecían vigilar lo que sucedía a sus pies, a lo largo de la avenida de Los Menceyes, la vía antigua de comunicación entre La Laguna y Santa Cruz.

Una vez descansada la vista, volvió a la pantalla y abrió el navegador de Internet. Tecleó los nombres de Juan Fitz-Stuart y de João Pirés sucesivamente en la búsqueda. Del primero apareció de inmediato la necrológica de Sandra en su periódico y la noticia de su muerte en varias páginas diferentes. Del segundo no obtuvo ningún resultado.

«Si no está en Internet, no existe», se dijo, parodiando a alguien. La falta de noticias sobre estos dos personajes era exasperante, o más bien, indicativa de que su legado no había llegado a la era digital. Eran de otro tiempo, más reposado, de otra velocidad.

Satisfecha de haber agotado todas las fuentes de información posible, comenzó a apagar el ordenador. Recogió las llaves del coche y comprobó que tenía el monedero en el bolso y se levantó. Le dirigió un guiño a las dos calaveras guanches que la vigilaban detrás de una vitrina y salió al pasillo de los despachos de los profesores. Cerró la puerta con llave y se dirigió a la escalera central. Las clases todavía no habían empezado y el corredor se mantenía desierto. Llamó al ascensor y notó que el tiempo no había cambiado aún; seguía haciendo algo de calor, a pesar de que Guajara tenía fama de ser uno de los lugares más desapacibles, ventosos y húmedos de la isla de Tenerife.

Al llegar a la planta baja se dirigió al cuarto de casilleros, un lugar parecido a una estafeta de apartados postales, en los que cada profesor de la facultad tenía adjudicado un buzón. Cuando algún alumno tenía que entregar algún escrito, trabajo o comunicación a un profesor, utilizaba ese método de correspondencia a la antigua, pero efectivo. En realidad, la mayoría utilizaba los cauces de entrega telemáticos digitales, pero siempre había algún alumno que, contra corriente, realizaba sus deberes en papel.

Marta abrió su casillero con la perspectiva de encontrárselo vacío, y se percató de que estaba equivocada. Un sobre de tamaño cuartilla reposaba sobre la superficie metálica.

Lo sacó del buzón y comprobó que en el anverso aparecía escrito su apellido a mano: «*Sra. Herrero*».

«Más bien señorita», se dijo, riéndose interiormente. Todavía no se había casado con Antonio Galán. Tal vez en una fecha próxima. O tal vez más lejana.

Aquello era bastante inusual, las comunicaciones en el buzón no se hacían usando un sobre. Los folios llegaban sueltos o grapados, pero sin envoltura. Lo abrió forzando con el dedo el borde adhesivo. Dentro encontró una cuartilla y una fotocopia doblada en dos pliegues, reduciéndola al mismo tamaño. Ya nadie, salvo los médicos en sus consultas, utilizaba el papel en tamaño cuartilla. La extrajo y se enfrentó a un mensaje escrito a mano.

Sra. Herrero.

Es muy posible que sea de su interés la noticia que acompaño a esta nota. Se trata de un enigma que me ha acompañado desde mi niñez y que no he podido resolver. Tal vez usted lo consiga. Solo le transmito que me dijeron una vez: La respuesta está en lo más hondo de la mansión. Ni siquiera el presidente del Hogar Gomero sospechaba lo que se escondía bajo sus pies.

Ya sabe tanto como yo. Solo espero que su curiosidad pueda más que su escepticismo.

Marta recibía de vez en cuando mensajes insólitos de sus alumnos, pero este les sacaba una cabeza en la línea de meta. La misiva no tenía firma ni fecha ni más datos.

Desplegó la fotocopia y se encontró con la reproducción de una página interior de un periódico de los años veinte del siglo pasado, a juzgar por la tipografía y el estilo de columnas empleado. La copia se centraba en una noticia concreta que ocupaba menos de media página, y dejaba fuera de la imagen la cabecera del diario, que le habría dado una pista sobre el lugar y el año en que fue publicada. Leyó el titular:

Robado el tesoro de la tumba de Túpac Inca Yupanqui.

Marta enarcó una ceja. Con toda probabilidad, se trataba del tema más inesperado que podía haberse encontrado. Siguió leyendo:

En la madrugada del día de ayer unos desconocidos entraron en el museo municipal de esta ciudad burlando la vigilancia nocturna y hurtando los objetos provenientes de la tumba del prócer indígena Túpac Inca Yupanqui que se custodiaban en la planta primera del museo. Se trata de un tesoro de un valor incalculable, dado que contiene máscaras funerarias, brazaletes, collares y otros adornos de oro y piedras preciosas. La policía no ha ofrecido ningún dato, pero informaciones llegadas a este diario ilustran que las autoridades sospechan de ciertos feriantes brasileños que se encontraban de paso por la ciudad.

El resto de la noticia quedaba fuera de la fotocopia. Marta se sintió perpleja. ¿A qué venía aquello? ¿Qué pretendía el autor anónimo de la carta de ella? Y, ¿por qué en aquel momento? ¿Tendría algo que ver con la intervención en la casa de don Juan?

Marta dudó entre tirar la misiva a la papelera o darle una oportunidad. En un instante le vino a la mente una persona a la que le gustaría tirar del hilo de aquel acertijo. «¿Por qué no?», se preguntó. Sacó su teléfono y marcó un número. No tardaron en responder.

—¿Luis? ¿Te gustaría intentar resolver otro enigma antiguo?

La respuesta no tardó en llegar. Marta sonrió. Conocía perfectamente a Ariosto.

La Laguna.

—No te creas que hago esto todos los días, Sandra.

Adela Cambreleng se encontraba en la plaza de la Concepción, justo enfrente de la puerta de la casa de su hermana Enriqueta. Allí había citado a Sandra, que acababa de llegar.

—Alguien me ha dicho que no frecuentas mucho La Laguna, Adela.

Adela suspiró.

—No tengo nada en contra de la ciudad ni de su gente. Pero es que, como no tengo coche, subir se me hace muy cuesta arriba. Ya estoy mayor.

Sandra conocía mejores excusas que esa, pero no dijo nada al respecto.

—Y además —continuó Adela—, ya es la segunda vez que subo en una semana, todo un récord que te debo a ti y a Luis, siempre enredándome en asuntos misteriosos. —La señora sonrió—. Misteriosos y apasionantes, que todo hay que decirlo.

—¿Desde cuándo tiene Enriqueta esa bolsa de lona? ¿No debió quedar en manos de los herederos de Pirés?

—No te he dicho que la tenga ella, sino que sabe dónde está. El resto de detalles no los conozco en profundidad. Solo sé que a quien primero se la vi fue al tío abuelo Eduardo. La tenía bajo llave en un armario de su casa.

—¿Bajo llave?

Adela se ruborizó.

—Bueno, ya sabes lo curiosillas que pueden ser unas jovencitas como Enriqueta y yo. Un día que el tío Eduardo se dejó puesta la llave en la cerradura, no pudimos evitar echarle un vistazo. De eso hace muchísimos años.

—¿Y qué pasó?

—Mejor subamos y arriba te lo cuento, que estas cosas no deben hablarse en la calle.

Adela tocó el timbre del portero eléctrico. La puerta se abrió sin que nadie preguntase. Sandra siguió a la señora por la escalera que llevaba al primer piso. En el rellano superior esperaba Enriqueta.

—¡Dichosos los ojos! —exclamó—. ¡Pensé que nunca vería este día!

Adela llegó al último peldaño y se fundió en un abrazo largo y sentido con su hermana. Sandra se percató de que era un momento especial.

—Como no hay forma de que bajes a Santa Cruz, pues tengo yo que subir a verte —respondió

Adela de manera poco convincente.

—Lo bueno es que están juntas —apuntó Sandra, que llamó la atención sobre ella.

—Bienvenida, Sandra —dijo Enriqueta, y besó a la muchacha—. Vamos dentro. Tengo preparadas unas tisanas.

Sandra sabía que acudir a casa de Enriqueta conllevaba consumir algún tipo de infusión. Algo inevitable y un mal menor si avanzaban en la investigación. Las tres caminaron por el pasillo rumbo al salón que daba a la iglesia.

—Estás más gordita, Adela. Tienes que cuidar la línea.

La periodista comprobó que ambas hermanas no se veían desde hacía bastantes años.

—Tú por el contrario estás hecha una sílfide.

Sandra no había escuchado esa palabra desde que era una niña, pronunciada por su abuela. Era una palabra de otros tiempos, sin duda. Y en boca de Adela no sabía si era una alabanza o todo lo contrario.

El salón recibió a las mujeres cálidamente con toda su cohorte de adornos y figuritas de porcelana, muebles clásicos y mantelitos bordados. Las hermanas tomaron asiento juntas en un sofá y Sandra lo hizo en una butaca al otro lado de la mesa baja de centro.

—Sandra está interesada en conocer detalles de la bolsa del tío Eduardo, como te conté por teléfono.

Enriqueta asintió, seria y circunspecta. Miró a la periodista.

—¿Te ha contado Adela que es un asunto peligroso?

Sandra sintió algo de aprensión ante las palabras de la señora, pero su curiosidad profesional pudo más.

—Me gustaría saber por qué —respondió.

Enriqueta miró a Adela, como si no se atreviese a hablar del tema sin su consentimiento. Su hermana le tomó una mano.

—Cuéntaselo —le dijo—, tal vez sea bueno hacerlo.

—Lo que te voy a contar, Sandra, no lo sabe nadie salvo Adela y yo. ¿Has oído hablar de Miguelito Méndez y del doctor Seguí?

—Conozco sus extrañas muertes y la posible influencia de Rita, la mujer brasileña, en relación con ellas.

Enriqueta miró a la joven con admiración.

—Sabes bastante entonces. Mejor. Muchos pensaron que esa mujer les lanzó algún tipo de maldición que provocó sus muertes. Cuando murió en el incendio, si es que lo hizo, esos mismos creyeron que su poder maligno se iría con ella a la tumba. Pero no fue así.

Sandra reconoció que el modo de contar las cosas de Enriqueta era el de una maestra del suspense.

—¿Por qué no? —preguntó la periodista, algo aprensiva.

—Por culpa de la bolsa, y ahí llego a la cuestión que te trae aquí.

Sandra no se había fijado en que Adela había servido una especie de té humeante mientras su hermana hablaba. Se percató cuando esta le ofreció la taza. La tomó y la dejó en la mesa, delante de ella. No podía desconcentrarse mientras Enriqueta proseguía.

—Esa bolsa fue abierta por dos personas, que yo sepa —dijo la dueña de la casa—. En mala hora lo hicieron. Una fue Aurora, una de las asistentes del tío Eduardo. Era una mujer obsesiva con la limpieza. Un día en que el tío Eduardo se encontraba de viaje se cambiaron varios muebles de la mansión. Aurora, enemiga de todo lo que fueran trastos, consideró, desconociendo su origen, que la bolsa y su contenido polvoriento debían ir a la basura, y estaba a punto de hacerlo cuando cayó fulminada de un ataque. Murió delante de la escalera, con la bolsa en la mano, cuando se disponía a salir de la casa. Muerte natural, dijo el médico. Un síncope, como se decía entonces.

—Vaya historia —dijo Sandra—. Me está poniendo los pelos de punta.

—El asunto afectó de una manera muy profunda al tío Eduardo, que ocultó la bolsa en otro armario, esta vez bajo llave, y advirtió al resto de la servidumbre de que nadie nunca, bajo ningún concepto, la tocara.

—Te puedo asegurar que los criados siguieron la orden al pie de la letra —intervino Adela.

—No me extraña, dados los antecedentes —replicó la periodista—. ¿Y la segunda persona? Enriqueta detuvo su discurso para probar el té. Lo hizo y se dispuso a continuar.

—Eso fue mucho más terrible. El primo Juanito estaba estudiando fuera cuando ocurrió. En este caso hay que referirse a Teobaldo, el mayordomo, el que halló el cadáver.

—¿El cadáver de quién?

—Del propio tío abuelo Eduardo. Lo encontró muerto sobre la cama, con los objetos de la maldita bolsa desperdigados sobre la colcha, a su lado. El dictamen médico fue el mismo que el de Aurora. Los dos habían sufrido un tipo de ataque desconocido para la medicina de los años cincuenta, época en que murieron.

—¿Acaso Eduardo no conocía la maligna influencia de esos objetos?

—Vete tú a saber por qué cogió Eduardo la bolsa. El hecho es que lo hizo, y murió por ello. Sandra se sentía algo sobrecogida.

—¿Y no podrían haber sido causas naturales? ¿No sería pura sugestión pretender que los objetos de esa bolsa fueron los causantes directos de esas muertes?

Enriqueta se sintió algo incómoda con la pregunta.

—Es posible —respondió—. El asunto es que nadie se atrevió a tocar esa bolsa desde entonces.

—¿Nadie la ha tocado en sesenta años? ¿Y dónde está?

Adela y Enriqueta se miraron. La primera contestó.

—Está en un armario de una de las habitaciones de la casa del primo Juan. Uno con doble cerradura. Te puedo asegurar que nadie se aproxima a él.

Sandra notó algo de frío en su espalda aunque la temperatura del salón se mantenía estable.

—¿Y qué contenía la bolsa? ¿Se sabe?

Esta vez fue Enriqueta quien habló.

—Instrumentos y piezas diversas para realizar sortilegios. Solo un iniciado sabría para qué sirven.

—¿No se han preguntado si el contenido de la bolsa podría explicarnos esas muertes insólitas?

—Mil veces, pero, a veces, es mejor dejar las cosas como están.

Sandra miró a las mujeres con determinación. No estaba de acuerdo con la última afirmación.

—Pues yo creo que la mejor manera de acabar con los misterios es resolviéndolos. Quisiera ver la bolsa y su contenido. ¿Pueden hacer que me faciliten las llaves del armario?

Un silencio sepulcral se apoderó del salón, solo roto cuando a Adela se le volcó la taza de té sobre la bandeja.

—¿Estás segura de lo que pides, Sandra? —acertó a decir.

—Sí. Me acompañas, ¿verdad?

La Laguna.

—Necesitamos que nos aclare un par de cuestiones, Leo.

La asistenta de la mansión Fitz-Stuart asintió ante el requerimiento de Galán.

—Lo que usted diga, señor inspector —contestó.

Ramos, Galán y Leocadia se encontraban sentados en la cocina, con sendos cafés recién hechos ante ellos que había preparado la mujer en un par de minutos.

—Sepa que seguimos con la investigación de la muerte de don Juan.

Leocadia abrió ampliamente los ojos, indicando que el tema le interesaba. Galán prosiguió.

—En el curso de nuestras investigaciones, ha surgido un dato que desconocíamos. Se trata del Registro Civil. Hemos averiguado que usted inició un expediente de cambio de apellidos hace unos años. El expediente fue denegado.

—Es cierto —confesó la criada—. Fue una chiquillada por nuestra parte. Un intento de recuperar lo que pensábamos que era mío.

Galán intercambió una mirada rápida con Ramos.

—¿Nos puede explicar eso, por favor? —preguntó Galán.

La mujer suspiró y apuró el café ante la mirada asombrada de Ramos, que pensó: «Esta mujer tiene una garganta de acero. Debe de estar ardiendo».

—Ya sabía yo que este asunto del cambio de nombre me iba a traer problemas tarde o temprano. Mira que se lo dije a Isidoro, pero él dale que dale.

—¿Su esposo? —inquirió Galán.

—Siempre me ha estado empujando a reclamar lo que, según él, es mío.

Galán no seguía al completo el hilo del discurso de Leocadia.

—¿Y qué tiene que reclamar?

—Mis apellidos auténticos, señor inspector. Los apellidos Darías y Padrón me los puso mi familia adoptiva.

Galán miró a Ramos. Se les había escapado ese detalle. El subinspector se encogió de hombros.

—Cuénteme lo de la familia de adopción, haga el favor —dijo el inspector a la mujer.

—Tuve una infancia normal y corriente. O eso pensaba yo. Mis padres formaban una familia humilde pero honesta. Mi padre era empleado de una fábrica de pan y mi madre cosía en casa los arreglos del barrio. Al cumplir los dieciséis hubo un pequeño lío de papeleo a la hora de sacar el

carnet de identidad. El policía que me estaba atendiendo vio algo extraño en sus registros y me preguntó si mis apellidos eran correctos, ya que no concordaban algunos datos de mis progenitores.

—A veces ocurre —comentó Ramos.

—El hecho es que aquello me dejó perpleja. Se lo comenté a mis padres, quienes me confesaron en ese momento que yo no era hija natural suya. Eso no quita que yo para ellos fuera su hija, sin lugar a dudas, y que ellos para mí fueron y serán siempre mis padres. Por lo que me contaron, estaban en la lista de personas que esperaban un niño en adopción, y al morir mi madre natural cuando yo tenía apenas dos años, fui adoptada por ellos. Por lo que averigüé después, mi madre fallecida era soltera y el nombre de mi padre, en un primer momento, era desconocido.

—No es nada extraordinario en casos de adopción —dijo Galán—. ¿Qué pasó luego?

Leocadia tomó la taza y se percató de que estaba vacía. Cogió la cafetera y se sirvió otro café solo, hasta arriba.

—Mi padre adoptivo, fijese usted que hombre tan íntegro, me ayudó a revolver papeles en la oficina de menores, en el juzgado, y hasta acabamos en el convento de las Catalinas.

—¿Las Catalinas? —preguntó Ramos—. ¿Qué se le había perdido allí?

Galán le hizo una seña al subinspector para que permitiera seguir a Leocadia.

—La búsqueda de mi madre biológica dio fruto. Se llamaba Isabel Carvalho, escrito a la portuguesa, y había vivido gran parte de su vida interna con las monjas. Pero no por vocación religiosa. La había internado allí su familia.

—O sea, los abuelos de usted —aclaró Galán.

—Espere, que sigo. La madre superiora, tras muchos ruegos, nos enseñó los registros donde figuraba quién se habían hecho cargo de la educación de mi madre entre aquellas paredes: se trataba de don Eduardo Fitz-Stuart. Las monjas también nos contaron que mi madre, Isabel, murió joven. De una complicación pulmonar, dijeron. El hecho es que quedé huérfana de madre con dos años. En aquel momento nadie sabía quién era mi padre, y don Eduardo murió, lo que son las casualidades, una semana después de mi madre. Imagínense qué situación.

—Lo imaginamos —admitió el inspector—. Habla usted en plural al referirse a las averiguaciones que llevó a cabo.

—Me acompañó en todo momento Isidoro, mi esposo ahora, mi novio de entonces. Ha sido quien me ha sostenido en todos los momentos difíciles por los que he pasado, que han sido muchos.

—Comprendo. ¿Y la identidad del padre? ¿Cómo llegó hasta ella?

—Eso comenzó con una visita al juzgado. Conocíamos a un abogado que fue con nosotros a hablar con un juez. Este autorizó que se me entregara toda la información. En mi partida de nacimiento solo aparecía mi madre, Isabel Carvalho. Y, fijense lo que son las cosas, en la de ella, también figuraba como madre soltera la suya, Rita Carvalho. Me encontré en un callejón sin salida.

—¿Y entonces? —preguntó Ramos, completamente absorbido por la historia.

—Entonces llegó un día a mi casa don Juan Fitz-Stuart y me ofreció un empleo en su mansión.

—¿Cree usted que se sintió obligado a hacerlo?

—Isidoro está en que ese señor era mi padre. Los remordimientos pudieron con él y trató de compensarme de alguna manera. Las monjas nos dijeron que mi madre volvió embarazada tras una estancia veraniega en casa de los Fitz-Stuart.

—Eso no es una prueba —dijo Galán.

—Eso mismo pensé yo. Pero Isidoro siempre me ha presionado para que reclamara la paternidad. Pero eso es algo que nunca haré.

—Hoy día se puede hacer, hay métodos científicos para averiguarlo. ¿Por qué no lo intenta?
—preguntó de nuevo Ramos.

—Si él no me quería como hija, yo no lo quiero tampoco como padre. ¿Lo pueden entender?

Los Llanos, La Palma.

Donald Fitz-Stuart salió del juzgado pasadas las tres de la tarde. Tras un interrogatorio bastante exhaustivo por parte del juez, este ordenó su puesta en libertad, al igual que a sus tres hombres, con cargos.

Se le impuso la obligación de acudir a La Palma cuando fuera requerido para ello si la causa seguía adelante, lo que parecía que iba a ocurrir, ya que Eulogio Brito había reclamado daños y perjuicios por la pérdida de la cosecha de una variedad especial de uva, que iba a estropearse por cortarla antes de su maduración correcta.

El juez también le ordenó que no se acercase a menos de quinientos metros del denunciante ni de su finca, así que nada más tenía que hacer en La Palma. Un oficial de la Guardia Civil se ofreció a Donald y los tres portugueses para llevarlos al aeropuerto, donde no se despegó de ellos hasta que compraron los billetes rumbo a Tenerife y pasaron el control de equipaje de mano. Allí dentro el relevo vigilante pasó a los compañeros uniformados del recinto aeroportuario que los siguieron con la vista hasta que embarcaron. Donald salió de La Palma con la sensación de que todo el mundo lo vigilaba.

En el vuelo de Binter volvió a asombrarse de que las azafatas solo sirvieran agua y zumo de frutas, y ni siquiera ofreciendo pagar logró conseguir una mísera cerveza. No hubo forma de relajarse.

—*Senhor* —preguntó Agostinho, que estaba sentado a su lado en el avión—, ¿qué vamos a hacer ahora?

Donald le daba vueltas al siguiente paso a realizar. Se había quedado sin uvas, por lo que hacer vino resultaba imposible. Y las botellas se acabaron con el último brindis. Quedaba la carta de Michael. Por lo que le habían contado sus hombres, tenía claro que había entrado antes que él en la finca de Brito, y también había sido más listo a la hora de salir, había que reconocerlo. Lo que le afligía era la posibilidad de que si Michael ya tenía el vino, él dejaría de ser útil, y tal vez tratara de eliminarlo. Estaba seguro de que si las tornas hubieran cambiado, habría pensado lo mismo respecto a su primo.

¿Debía quedarse en Tenerife? ¿Cuánto tiempo? ¿Convenía deshacerse de esta escolta de maleantes? ¿Hasta qué punto podía fiarse de esos tipos? Tal vez Agostinho fuera de fiar, pero los otros dos no le gustaban nada.

—Vas a mandar a los chicos de vuelta a Porto —dijo, por fin—. Tú te quedas conmigo aquí

unos cuantos días, por si Michael aparece.

Se encontraba en una situación desventajosa. Si Michael no conseguía el vino, ninguno de los dos cobraría la herencia, y ese era el peor de los supuestos. Pero, ¿debía confesarle su fracaso? Su primo sabía que lo habían detenido, estaba en la cola del avión cuando llegaron los Guardias Civiles. Pero no conocía los detalles. Lo apropiado era que se mantuviera en esa ignorancia. Por ello, lo más oportuno era desaparecer durante un tiempo, pero estando cerca por si se presentaba en la notaría a reclamar la herencia.

—Agostinho, quiero que busques un buen hotel para pasar unos días de descanso. En el sur de la isla, donde haya sol con seguridad. Dos habitaciones. Y un coche de alquiler.

—Muy bien, *senhor*.

A Agostinho le gustaba la idea de tumbarse al sol en una piscina en vez de estar pendiente de las tonterías que se le ocurrían a su jefe. La de robar las uvas era la orden más estúpida que había recibido en muchos años. Menos mal que el loco palmero no le había disparado con su escopeta de caza. Pero tenía una cuenta pendiente con el otro tipo, el que le había noqueado con un directo a la mandíbula. Todavía le dolía. Cuando todo esto hubiera pasado, volvería a La Palma a ajustarle las cuentas.

El vuelo tomó tierra en el aeropuerto de Los Rodeos tras rendir el correspondiente tributo a las inevitables turbulencias previas al aterrizaje. Una vez en tierra, los compañeros de Agostinho se quedaron en el aeropuerto tras comprar dos billetes en el primer vuelo a Madrid y otros dos de conexión a Porto por la noche.

El taxista les llevó a una agencia de viajes de confianza, donde realizaron la reserva de un hotel del sur, que a Donald le pareció excesivamente caro, aunque lo pagó por pura cabezonería. No se iba a echar atrás delante de su empleado. Pero redujo la estancia prevista de siete a cuatro noches. Era el tiempo suficiente para comprobar si Michael había tenido éxito en su gestión.

—Agostinho, es importante la discreción en nuestro caso. Habla con el conserje del hotel y explícale que no es conveniente que facilite a nadie nuestro paradero. Prométele una buena propina.

—Muy bien *senhor*. ¿Algo más?

—Una sola cosa. Consigue que haya en el bar del hotel varias botellas de nuestro *Vintage*. Habla con quien sea necesario, pero consíguelo.

Santa Cruz de Tenerife.

Ariosto escuchó la llamada en su móvil, pero en ese momento no podía cogerlo. Estaba escuchando y viendo en su ordenador por un canal de YouTube al que estaba suscrito el final de la segunda sinfonía de Mahler, versión en video del director Gustavo Dudamel al frente de la orquesta de jóvenes Simón Bolívar, uno de los mejores logros de Venezuela, sin duda. La segunda era una de las sinfonías de Mahler más audibles para el público no especializado y su final era realmente apoteósico, en el que una gran orquesta acompañada de un coro enorme y hasta de un órgano, unían sus fuerzas en un crescendo grandioso que parecía no terminar nunca. Una espiral de belleza colosal que pocas veces se ha dado en la historia de la música.

Cuando terminó la obra y Ariosto pudo respirar tranquilo y satisfecho, entonces miró su móvil. Había sido Marta quien le había telefoneado. Pulsó el botón de responder a la llamada perdida.

—¿Marta? ¿Me has llamado? Me pillaste en un momento en que era imposible contestar — confesó con sinceridad.

—Luis, respecto a lo que te dije ayer, y como cuento con tu ayuda, vamos a seguirle la pista a un robo arqueológico sin esclarecer que ocurrió hace ochenta años.

Marta no necesitó ver el rostro de Ariosto para imaginárselo enarcando una ceja.

—Parece que todos los misterios de esta isla últimamente se remontan a ochenta años atrás — comentó—. Es curioso. Cuéntame.

Marta le dio detalles de la nota recibida y del contenido de la fotocopia que le acompañaba.

—He estado investigando en la bibliografía sobre Túpac Inca Yupanqui, un personaje histórico que vivió a finales del siglo XV, poco antes de que llegaran los conquistadores españoles a Perú. Fue un rey que amplió el imperio inca en continuas guerras con sus vecinos, lo que no evitó que fuera envenenado por su esposa y su cadáver profanado treinta años después de su muerte por los descendientes de los pueblos por él conquistados.

—Hay que ver con los incas —apuntó Ariosto.

—Lo importante es que el tesoro de su tumba fue puesto a buen recaudo por su hijo Huayna Cápac, que a su vez fue el padre de Huascar Inca y de Atahualpa, dos hermanos que se disputaron mortalmente el trono imperial justo antes de la llegada de los europeos.

—Vaya familia de angelitos. ¿Y dónde fue a parar el tesoro?

—Apareció doscientos años más tarde y estaba expuesto en el museo municipal de Lima hasta que fue robado en 1929. Las sospechas recayeron en unos feriantes brasileños.

—¿Y qué más?

—Pues hasta ahí he llegado, Luis. Por eso te llamo.

Ariosto sopesó la información que Marta le había suministrado.

—¿No será una broma de uno de tus alumnos, Marta?

—Me temo que no. Pero tampoco puedo asegurarte que sea algo serio. Tengo curiosidad por el tema, pero me he atascado. Tal vez conozcas a alguien que pueda ayudarnos.

Ariosto sonrió cuando Marta usó el plural, ya lo había metido en el equipo. Ella conocía perfectamente que poseía una agenda telefónica larga y variada. No hizo falta pensar mucho. Tenía una amistad que podía arrojar luz sobre aquel asunto.

—Déjame enviar unos correos y te digo — respondió—. Te llamo en cuanto sepa algo.

Se despidieron y Ariosto, que estaba sentado frente al ordenador en la sala de estudio de su caserón modernista del barrio de los Hoteles de Santa Cruz, cerca de la plaza de los Patos, abrió su correo electrónico. Buscó la dirección de Francisco Hirabayashi, un erudito peruano especialista en Historia Contemporánea, con quien había coincidido en Bolonia en sus estudios de doctorado, casi treinta años antes. Gracias a la aparición de Internet reanudaron el contacto y se escribían con cierta asiduidad.

Ariosto escribió el correo con rapidez y lo envió. En Perú debía de ser temprano por la mañana, por lo que no las tenía todas consigo para recibir respuesta con prontitud.

En apenas segundos el móvil volvió a sonar. Ariosto comprobó que era una llamada de WhatsApp de un número extranjero. Contestó.

—Amigo Luis, acá Hirabayashi, acabo de recibir tu correo y me dije, ¿por qué no llamar al viejo Ariosto, ahora que es gratis?

—Me das una gran alegría, Francisco. ¿Qué tal estás? ¿Y tu familia?

Ariosto recordaba que el peruano de origen japonés tenía cinco o seis hijos.

—Todos bien, gracias a la Providencia.

Ariosto también recordó que era budista.

—Fíjate qué casualidad —prosiguió—, estoy escribiendo un libro sobre los enterramientos incas y hace poco que le seguí la pista al robo del tesoro de Túpac Inca Yupanqui.

—Ciertamente es una casualidad. ¿Y puedes contarme algo?

—Lo que hay es poco, la verdad. La policía, tal como me decías en tu correo, siguió la pista de los feriantes, que no les llevó a ningún lado.

—¿Y eso?

—Ocurrió algo muy extraño. El grupo brasileño había partido de Lima la noche anterior. Se desplazaban en carromatos tirados por mulas, por lo que no tuvieron tiempo de llegar muy lejos. Cuando los agentes dieron con el campamento se encontraron con una tremenda sorpresa.

Hirabayashi dejó transcurrir dos segundos antes de proseguir. Ariosto recordó también que le gustaba ser algo teatral.

—La policía halló a todos los feriantes muertos en sus carros. Aparentemente sin rastro de violencia en los cadáveres. Como si una plaga bíblica hubiera descendido sobre ellos y les hubiera arrebatado la vida con tranquilidad, plácidamente.

—Y me imagino que, del tesoro, nada de nada.

—En efecto, el tesoro no estaba allí. Solo se encontraron entre los cadáveres unos collares muy significativos.

—¿Significativos?

—Hubo alguno entre los policías que los identificó como de Candomblé. En las conclusiones finales se dejó la puerta abierta a que los feriantes hubieran sido víctimas de una Macumba.

—Me imagino que te refieres a rituales de religión sincrética de Brasil, que algunos confunden con magia blanca y negra.

—Al asunto se le dio el carpetazo con un simple rótulo, y se olvidaron de él.

—¿Cuál era ese rótulo, Francisco?

—Brujería.

La Laguna.

Sandra notó cómo su arrebato de valentía iba disminuyendo a medida que ascendía cada uno de los escalones del acceso a la mansión de los Fitz-Stuart. El ímpetu con que había arrastrado a Adela hasta aquella casa se veía contrarrestado por la imaginaria y ominosa presencia que la periodista esperaba que se les enfrentara dentro de ella.

Leocadia les abrió la puerta. Había recibido en el hogar de don Juan a más gente en los últimos días que en los cinco años anteriores.

—Buenas tardes, Leo —dijo Adela, con familiaridad. Al contrario que su hermana Enriqueta, fría y distante, Adela era una fuente de calor humano, cercana y abierta.

—Doña Adela, me alegro mucho de verla. ¡Está más guapa que nunca!

Adela estaba acostumbrada a las lisonjas, sobre todo porque, según ella, se las merecía.

—Es que estoy siguiendo una terapia de un gurú nepalí de purificación del alma y del cuerpo —explicó.

—Cuenta, cuenta —dijo la asistenta.

—Perdonen, señoras —cortó Sandra—, pero venimos a hacer algo muy importante.

Adela miró a Sandra casi pidiendo perdón. Sabía que se enfrentaban a un asunto muy serio, pero cuando le tiraban de la lengua pasaba lo que pasaba.

—Leo, venimos a echarle un vistazo a la bolsa del armario —anunció.

Un silencio de varios segundos se hizo en el recibidor. Los ojos de espanto de la criada pusieron los pelos de punta a Sandra.

—¿Está segura, doña Adela? Ya sabe lo que se cuenta.

Adela aparentó una fortaleza que Sandra dudaba que poseyera en su interior.

—Venimos preparadas —y levantó un bolso voluminoso que estaba más lleno de lo que su diseñador previó antes de su fabricación—. Necesitamos la llave del armario, Leo.

La criada asintió.

—Creo que el señor Juan la tenía en su secreter — musitó.

Sandra y Adela siguieron los pasos de Leocadia por el distribuidor y luego por las escaleras que subían al piso superior. La periodista intentaba concentrarse en las sensaciones de sus cinco sentidos, tratando de no escuchar más allá del sonido de los pasos sobre la alfombra estrecha y larga de la escalera. Hasta ese momento no había oído nada extraño.

—No noto nada —le comentó Adela, como si hubiera leído su pensamiento.

—Mejor así —respondió Sandra.

Leocadia escuchó la conversación de las mujeres que le seguían en la ascensión.

—Hace días que está tranquila —dijo, con toda naturalidad.

Adela miró a Sandra. No hacía falta preguntar a quién se refería.

—Pues no es clarividente, sabiendo lo que nos proponemos —terció Sandra.

Las tres mujeres llegaron al piso superior. Leocadia entró en el despacho de don Juan y sus acompañantes la esperaron en el distribuidor, ocupadas en encender todas las luces disponibles.

Leocadia volvió con unas llaves en la mano.

—Vamos por aquí —indicó, señalando una de las habitaciones del fondo.

Abrió la puerta y entraron en un cuarto relativamente pequeño con una cama individual y un armario que ocupaba demasiado espacio en relación al tamaño del habitáculo.

—En esta habitación no ha dormido nadie desde que yo trabajo aquí, y de eso hace bastantes años. Solo entro yo a hacer la limpieza.

Sandra se abstuvo de decir lo que pensaba: «con lo que se cuenta, no me extraña».

—Si no les importa —dijo Leocadia, entregando la llave a Adela—, tengo cosas que hacer abajo. Espero que les vaya bien.

Sandra sintió un cierto sobrecogimiento ante la huida descarada de la asistente, que salió con presteza del cuarto. Estuvo en un tris de correr tras ella.

Adela colocó su bolso encima de la cama y comenzó a sacar lo que llevaba dentro. Una serie de collares, crucifijos, escapularios e hisopos se desperdigó sobre la colcha. Escogió varios de ellos con sumo cuidado.

—Ponte esto —indicó a Sandra, casi como una orden. La periodista, que no las tenía todas consigo, se puso cuatro collares con diferentes colgantes, desde un crucifijo hasta una imagen de un dios hindú, de nombre irrecordable.

—Esto es como en la película de *El Exorcista*.

Adela la miró muy seria.

—Esto es mucho peor —dijo, convencida.

Sandra tragó saliva y se colocó detrás de Adela, que se había ataviado con unas protecciones al cuello muy similares. La señora abrió el armario con lentitud, demasiada para la joven.

La luz descubrió el interior del mueble. Entre un conjunto de mantas y sábanas viejas en desuso, aparecía, en su rincón izquierdo, una bolsa de tela amarillenta, plegada y ajada por el peso de los años.

—¿Es esta? —preguntó Sandra.

—Sí. Está igual que hace cuarenta años, cuando nosotras la vimos. Espera un momento, hija.

Adela comenzó a murmurar unas letanías ininteligibles para Sandra. Algunas frases le sonaban a latín, pero otras debían de pertenecer a algún idioma muerto hace milenios. Atenta a cualquier signo de actividad extraordinaria, Sandra no notó nada especial. Tal vez los rezos de Adela fueran eficaces después de todo.

—Ahora la podemos coger —anunció.

Sandra tomó fuerzas de su propio miedo y se adelantó a Adela.

—Mejor si lo hace un espíritu puro, ¿no?

Adela admiró la valentía de la chica cuando la vio coger la bolsa con aparente naturalidad y llevarla a la cama. La colocó al lado de su instrumental.

—No me ha pasado nada —dijo Sandra, con una sonrisa forzada.

Adela tomó el hisopo de agua bendita y esparció su contenido sobre la bolsa y la cama, dejándolo todo con un cierto grado de humedad.

—Déjame a mí, querida —pidió Adela con suavidad—. Yo también tengo el espíritu puro —y sonrió.

Deshizo el nudo de una cuerda que cerraba la bolsa y la abrió. La sombra interior no permitió vislumbrar su contenido. Adela metió la mano dentro y comenzó a sacar objetos. Ante los ojos de Sandra desfilaron sartas de cuentas; abalorios varios; sortijas y brazaletes de piedras brillantes; una especie de cetro multicolor, unas vasijas de barro pintado y algunos cirios a medio usar. Tras estos objetos apareció el collar de piedras preciosas que había visto en la fotografía en blanco y negro del periódico de hace ochenta años. Refulgía bajo la bombilla como si tuviera luz propia.

—Está todo muy bien conservado —dijo la periodista— Parece como si lo hubieran dejado ahí ayer mismo.

—Igual dijeron de la tumba de Tutankhamon, y llevaba casi cuatro mil años cerrada.

Adela terminó de sacar los últimos objetos, un cáliz que podría ser de plata y una medalla con un pentagrama de cinco puntas invertido.

—Es un amuleto de Bafomet —explicó Adela—. Un diablo de andar por casa.

—Mucho gusto —replicó Sandra, evitando acercarse mucho.

—Esto es todo.

—No parece demasiado impresionante —dijo Sandra, algo más tranquila.

—Lo es, aunque no te lo parezca —dijo Adela.

Y entonces Sandra escuchó algo. Era un susurro, como una melodía entonada con la boca cerrada por un coro lejano. La periodista se quedó quieta, con todos los sentidos a flor de piel.

—¿Qué pasa? —preguntó Adela, que notó el cambio en la chica.

—¿No oyes una música?

Adela aguzó el oído, pero no alcanzó a escuchar nada.

Sandra notó que el sonsonete aumentaba de volumen, como si se fuera acercando. De pronto, cesó.

—Se ha detenido.

—No oigo nada —dijo Adela.

—Es que ahora no se oye nada —aclaró Sandra.

Adela no consideró la conversación graciosa; al revés, comenzó a rezar otra de sus letanías.

La puerta del armario se movió levemente y se escuchó el crujido de sus bisagras. Sandra, de repente, sintió el deseo irrefrenable de coger el cetro que estaba depositado en la cama. Dio dos pasos y lo asió.

—¿Qué haces, Sandra? —preguntó Adela, alarmada.

—Es la forma de comunicarse —respondió Sandra.

Y antes de que Adela pudiera comenzar a farfullar otra retahíla de invocaciones, Sandra escuchó muy claramente una voz femenina en su cerebro:

«Has vuelto». «Mal hecho».

Santa Cruz de Tenerife.

Después de despedirse de Hirabayashi, Ariosto dejó de lado los correos electrónicos y no dudó en llamar a otro amigo, Aldo Soares, en Brasil. En ese país el día estaría más avanzado que en Perú, un par de horas como mínimo.

Soares era profesor de Simbología Religiosa en la Universidad Federal de Rio de Janeiro. Explicaba una curiosa asignatura inexistente en los programas europeos, pero que en ese país americano tenía su razón de existir dada la variedad de sincretismos religiosos desperdigados por toda su geografía.

—Buenos días, Aldo —dijo Ariosto cuando contestaron—, Luis Ariosto al habla.

—¡Querido doctor! ¡Qué alegría!

Soares recordaba que ambos habían coincidido en unos cursos de post doctorado en la Universidad de la Sorbona durante un verano espléndido en París, cuando estaban a punto de cumplir los treinta años. El tratamiento era importante en Brasil, un detalle que encantaba a Ariosto.

—Es un placer hablar contigo, Aldo. *¿Tudo bem?*

—*Tudo bem*, amigo. ¿Cuándo vas a venir a Brasil?

—Espero que pronto. Ya te avisaré.

—Eso espero. Vas a probar las mejores *caipirinhas* del mundo.

—Estoy seguro de que así será. Te llamo por una cuestión que me ha surgido en el transcurso de una investigación que llevo aquí, en Tenerife.

Soares esperó a que Ariosto continuara.

—En 1929 robaron un tesoro en el museo municipal de Lima, en Perú. Se trata del ajuar funerario del Túpac Inca Yupanqui, un emperador anterior a la llegada de los españoles.

—Me suena. Tenía una familia un tanto especial, ¿no?

—En efecto, muy entrañable. Tengo la sospecha de que ese tesoro pudo llegar a Brasil con el cambio de siglo. ¿Podrías averiguar si hay alguna pista al respecto? Ya sé que ha pasado mucho tiempo, pero cualquier cosa que puedas encontrar será bienvenida.

—Déjame pensar —pidió Soares—. Creo que conozco a la persona más entendida en curiosidades históricas de ese tipo. Te llamo durante la mañana, Luis, en cuanto lo localice.

—Muchas gracias, Aldo. Esperaré tu llamada.

Ariosto colgó y acto seguido recibió una llamada entrante. Era Marta.

—¡Luis! —escuchó nada más descolgar—. ¿Sabías que el Hogar Gomero pertenece hoy día a la Universidad?

—Algo había oído, aunque no tenía la seguridad. El edificio, de un estilo ecléctico similar al de la casa de los Fitz-Stuart, está muy abandonado.

—Así es. La Universidad lo está rehabilitando, lo que es una buena noticia. Pero es mejor noticia que al frente de la obra está un buen amigo mío, Alejo Gutiérrez.

—Me alegro mucho. Me imagino que ya estarás preparando una visita a la casa.

—Más que eso. Dado que ya hay maquinaria en el entorno, Alejo me ha dicho que podríamos usarla si es necesario en el sótano. Porque hay sótano, ¿lo sabías?

—Si estás tú cerca, seguro que hay algún subterráneo.

—Muy gracioso —Marta recordó más de una aventura bajo tierra en las que no lo pasó demasiado bien, de ahí la ironía de Ariosto—. Podemos ir hoy mismo. ¿Me acompañas?

Ariosto no necesitó pensárselo mucho.

—Por supuesto.

—En una hora te veo allí.

Ariosto colgó y le entró otra llamada. «El móvil echa humo hoy», pensó, y pulsó el botón de establecer la comunicación.

—Luis, aquí Aldo. Tengo algo para ti.

Ariosto se sorprendió de la rapidez de su amigo brasileño. Allí los ritmos de todo, y no solo los musicales, solían ser más pausados.

—Dime, Aldo.

—En 1930 aparecieron en el mercado negro de Río una serie de objetos de oro con incrustaciones de piedras preciosas que solo podían pertenecer a una tumba inca. Los objetos que intervino la policía no dieron pistas claras sobre el lugar de procedencia. Se sabía que eran peruanos, pero poco más.

—¿Llegó a saberse quién introdujo esos objetos en Brasil?

—Sobre eso hay pocas noticias, difusas y contradictorias. Unas fuentes señalaban a una red de contrabandistas muy conocidos, pero no quedó clara su participación. Sus integrantes siempre lo negaron. Otra hipótesis de trabajo se basaba en un diplomático argentino que utilizaba la valija del consulado para traficar con antigüedades. Dada la imposibilidad de registrar los envíos, la cosa quedó en nada. Y una tercera vía, la menos creíble, se refería a una mujer de mala fama, algo así como una hechicera, que vendía los enseres funerarios a cuentagotas. Esta última vía de investigación se descartó, ya que esa mujer se esfumó de un día para otro. Desapareció de la faz de la tierra. Tengo su nombre, por si te interesa.

—Rita Carvalho —respondió Ariosto.

—¡Vaya! ¡Pues sí! Ese es el nombre. ¿Cómo sabías tú eso?

—La señora Rita desapareció de Brasil para venir a Tenerife. Aquí dejó también recuerdo de su existencia.

—Parece que atas cabos, me alegro de haberte sido útil. Pero tengo que decirte una última cosa. El amigo que consulté me comentó que esa mujer era conocida como sacerdotisa Orishá.

—¿Y qué ocurre con eso, Aldo?

—Pues que es Macumba de la mala. De la peor. Y aquí en Brasil se considera dañina, nociva y perniciosa, en ese orden. Ten cuidado, amigo.

La Laguna.

Sandra miró a Adela con inquietud tras soltar el cetro sobre la colcha.

—¿No has oído eso?

La tía de Ariosto se encogió de hombros.

—Nada de nada.

—Me ha hablado. Ella. La mujer brasileña. Me ha dicho que no debía haber vuelto.

Adela sopesó la información. Se sentía preocupada por la joven periodista. Tal vez fuera demasiado inexperta para enfrentarse a una experiencia así.

—A veces ocurre que algunas personas tienen más receptividad que otras en cuestiones paranormales. Yo soy de las «sordas y ciegas», apenas veo ni oigo nada. Y no porque no quiera, que me encantaría. Mala suerte que tiene una.

—Pues yo debo de ser de las hiper receptivas. Acuérdate de lo que te conté que me pasó en la sesión de la casa Lercaro.

—Mala suerte que tienen otras —respondió, y sonrió.

Sandra volvió a mirar los objetos depositados encima de la cama.

—No veo cómo avanzar con el contenido de la bolsa.

—Viendo estas cosas así, sobre una colcha, no dan mucho miedo. Tal vez algo de curiosidad.

—No me pidas que las toque, que bastante tengo ya.

—Ya las toqué yo y, de momento, sigo tan campante. Aunque no te lo creas, las protecciones están funcionando.

Sandra iba a responder con un comentario ocurrente sobre lo que le parecían aquellas «protecciones» cuando, de nuevo, escuchó la voz.

«¿Qué buscas?». «Aquí no hay nada». «Vete».

—Adela —dijo Sandra, con la voz trémula—. No me digas que no has escuchado eso.

La mujer se sintió impotente.

—Nada, Sandrita. No sabes cuánto lo siento. ¿Qué te ha dicho ahora?

—Es raro. Me ha preguntado si busco algo aquí, en la casa.

—¿Se referirá a las joyas?

Sandra ya había pensado en ello, y Adela había reafirmado su sospecha.

—¿Crees que si le hablo en voz alta me escuchará?

Adela la miró con una mezcla de espanto y admiración.

—¿Te refieres a... ella? —preguntó en voz baja.

Sandra se plantó de pie en medio del cuarto, y cerró los ojos antes de hablar.

—No quiero nada de lo que puedas esconder en esta casa —dijo, con más aplomo del que ella misma esperaba—. Solo deseo saber el porqué de esa ira y qué podemos hacer para calmarla.

Adela se llevó la mano a la boca. No estaba indicado en los manuales que una neófita se dirigiera de esa manera hacia un espíritu, o lo que fuera.

Sandra volvió a escuchar la voz en lo más profundo de su cerebro:

«No te importa». «¡Vete!». «¡Ahora!».

—Que me vaya, dice. Ahora —informó Sandra a Adela.

—Si quiere que te vayas de esa forma es porque estás cerca de algo —contestó la mujer mayor.

—Sí. Pero no atiende a razones.

Nada más decir esa frase, Sandra comenzó a notar un dolor en uno de los lados de su cabeza.

—Me duele encima del ojo —dijo—. Va a más.

La periodista sentía como si algo le estuviera oprimiendo el cerebro. El malestar comenzaba a generalizarse en todo el cuerpo. Se sentó en la cama, pálida, ante la mirada estupefacta de Adela.

—Será mejor que salgas de aquí —dijo, alarmada.

—¡Basta! —gritó Leocadia, que acababa de entrar en la habitación—. ¡Déjala tranquila!

Las dos mujeres se volvieron hacia la recién llegada, que parecía demudada por una cólera exasperada.

—¡Se acabó! —ordenó de nuevo la asistente con voz en grito—. ¡Vete!

El dolor desapareció de inmediato, para alivio y desahogo de Sandra. Adela miró a Leocadia, pidiendo una explicación.

—Ya le dije a la policía que yo la escuchaba —dijo esta—. Y el señor Juan también.

—Es evidente que no solo la escuchas tú, sino que la comunicación funciona en ambos sentidos.

—Ella es mi abuela. Ambas lo sabemos. Me respeta por ello, y creo que me aprecia, a pesar de tener su alma llena de maldad.

—¿Qué importancia pueden tener unas joyas para un espíritu? —preguntó Sandra, ya repuesta—. ¿No es algo demasiado terrenal?

Leocadia miró a la periodista con ojos de comprensión.

—No son las joyas. Hay algo más. Siento que es algo que va más allá de las piedras. Es el poder que hay en ellas.

—Entonces, ¿están en la casa?

Leocadia ya había recuperado la compostura. Volvía a ser la mujer sosegada y tranquila que conocían.

—La verdad, nunca me he parado a pensarlo. Es posible; por eso no quiere que nadie se acerque para arrebatarlas.

—¿Y dónde pueden estar? Marta ya examinó el sótano.

—Eso, querida, no lo sé. Tal vez tengamos que preguntárselo a ella.

—¿A Rita? —preguntó Adela.

Leocadia volvió a encogerse de hombros.

—Nadie más lo sabe. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

Los Rodeos, La Laguna.

Rogério Cabral tomó el vuelo del mediodía de Funchal con destino a Tenerife. Aquella mañana se había reunido con Michael Fitz-Stuart en su casa. El laboratorio había enviado los resultados del análisis del vino, junto con las botellas, a primera hora, como habían prometido. A pesar del enojo que sentía respecto a Michael por ser considerado un segundo plato a la hora de catar los vinos, aquella mañana Rogério se tragó su orgullo durante una hora y procedió a probar las diferentes botellas que se habían traído «prestadas» de La Palma.

El desagradecido de Michael se guardó los resultados analíticos hasta que Rogério finalizó la prueba. De las seis botellas distraídas a Eulogio, el catador logró determinar con total seguridad la variedad de cinco de ellas. La sexta era un vino que no había probado nunca, por lo que dedujo que era la de albillo prieto. Era una deducción simple por descarte. Su dictamen coincidió con el del enólogo de Blandy's. La botella de albillo prieto era la cuarta, dado que las demás obtuvieron una identificación positiva.

Michael, satisfecho de la doble coincidencia, despidió amablemente a Rogério, prometiéndole la transferencia acordada ese mismo día.

No obstante, el experto en vinos no salió nada contento de la reunión. Los planes pergeñados el día anterior se convirtieron en una necesidad acuciante. Debía resolver los problemas previos al acceso de Michael a la totalidad de la herencia de modo inmediato.

Se dirigió al aeropuerto Cristiano Ronaldo de la isla y compró un billete rumbo a Tenerife. Ese día había vuelo directo y no tendría que viajar vía Las Palmas.

Rastrear el paradero de Donald Fitz-Stuart no parecía cosa fácil a priori. Rogério llegó al aeropuerto Tenerife Norte a primera hora de la tarde con varias ideas en la cabeza, pero con la primera dio en el clavo. Llamó con el móvil a la bodega de Donald en Oporto para preguntar quién era el representante de sus vinos generosos en Canarias, con especial énfasis en Tenerife. La excusa era hacerles un pedido importante. Resultó ser una empresa local de distribución de productos de delicatessen, Francisco Valdivia e hijo.

La siguiente llamada fue a la sede de la distribuidora.

—Mi nombre es Martín Fierro —dijo Rogério a la telefonista cuando respondió a la llamada —, representante de varios mayoristas de viajes de Alemania y estamos planteándonos hacer un gran pedido de marcas exclusivas de bebidas.

Rogério sabía que esa carta de presentación siempre funcionaba en Madeira, y en Tenerife no

iba a ser distinto.

—Dígame, señor —la voz de la señorita indicó que le iba a prestar toda su atención.

—Tengo en Tenerife a dos ejecutivos importantes de Munich que han preguntado por un oporto de una marca especial, Aldeman. Creo que ustedes son los distribuidores en la isla.

—En efecto, así es.

La muchacha lo sabía porque había revisado la lista de marcas la última semana, no porque recibiera muchos pedidos de botellas con esa etiqueta.

—¡Estupendo! Quisiera llevarlos a un establecimiento donde lo sirvan. ¿Sabe si han recibido algún pedido reciente en los últimos días? ¿Ayer u hoy? Es que ese vino despliega todos sus matices cuando la botella está recién abierta. Si les gusta van a hacer un encargo importante.

—Déjeme mirar en el ordenador, por favor.

Rogério se imaginaba a la joven afanándose en la revisión de los últimos pedidos.

—Pues sí —respondió al cabo de diez segundos—. Esta misma mañana servimos una caja a un hotel del sur.

Rogério sonrió. Donald era tan previsible. «Así que en un hotel del sur de la isla», pensó.

—¿Puede decirme cuál es?

—Claro, señor Fierro. Es el Pelinor Suites & Resort. Un cinco estrellas. ¿Lo conoce?

—Por supuesto, señorita. Se lo agradezco mucho.

—No hay de qué. Esperaremos noticias tuyas.

Rogério se despidió no sin antes preguntarse si la muchacha conocería algo de literatura argentina. Difícil veía que hubiera escuchado alguna vez el poema del gaucho. Lo dejó estar.

Buscó en su móvil la dirección del hotel. Se acercó a la parada de taxis del aeropuerto y preguntó cuánto le costaría la carrera hasta Adeje, la zona del sur de Tenerife donde se enclavaba el hotel. Al recibir la respuesta, trató de disimular el escándalo que le producía el precio y quiso saber dónde se tomaba el autobús de línea.

Rogério tomó dos guaguas. Una hasta la terminal de Santa Cruz y otra desde allí en dirección al sur de la isla. Tras un número indeterminado de paradas —Rogério perdió la cuenta—, el autobús le dejó en la zona turística de Costa Adeje.

Al portugués le pareció que había desembarcado en otro país. El sol de la caída de la tarde tras la silueta de la vecina isla de La Gomera arrojaba una luz cálida sobre decenas de hoteles y edificios de apartamentos. Todo un mundo dedicado al turismo de masas, con letreros en multitud de idiomas, se aglomeraba en unos veinte kilómetros de costa, justo en el lugar donde casi siempre lucía el sol, y por ello los turistas llegados de climas más fríos podían presumir a su vuelta de un bronceado, o más bien una quemadura de primer grado, envidiables.

Rogério utilizó la aplicación Google Maps y una voz robótica femenina le indicó que su destino se encontraba a siete minutos a pie desde la parada del autobús. Caminó a ritmo de visitante vacacional despreocupado y llegó en doce. Un edificio de un ancho enorme, fruto con toda probabilidad del desquite de su arquitecto de todas sus frustraciones megalómanas, con un cierto aire a kasbah marroquí, se levantaba frente a él.

Rogério entró en el gigantesco lobby con techo altísimo de madera importada y muebles de diseño más que vanguardista y buscó la recepción, empedregada ante aquel dislate de espacios

amplios.

—Buenos días —dijo al sonriente recepcionista—. Deseo hablar con el señor Fitz-Stuart. Donald Fitz-Stuart.

La sonrisa se relajó unos centímetros.

—¿Y usted es? —preguntó el empleado del hotel.

—Borges, Jorge Luis. Soy su abogado y he de comunicarle el fallecimiento de un familiar próximo. No ha habido forma de comunicar con él. Me imagino que tiene apagado su teléfono.

El conserje adoptó una expresión de desolación.

—Lo sentimos mucho, pero las normas del hotel son las de no molestar a nuestros clientes si ellos no han avisado antes. La discreción y la tranquilidad son nuestras máximas.

Rogério esperaba la contestación.

—Lo entiendo. Estaré un rato por aquí, por si se le ocurre aparecer.

El portugués se sentó en uno de los sillones que se encontraban desperdigados por el lobby y se dispuso a esperar. Desde allí podía observar perfectamente el trabajo de los recepcionistas. No tuvo que aguardar mucho tiempo. Un grupo de unos cincuenta turistas recién llegados del aeropuerto del Sur bajó de un autobús y se dirigió en tropel a la recepción con evidentes ansias de obtener la llave de su habitación lo más rápido posible. Cuando Rogério observó que los recepcionistas estaban más que agobiados, se acercó a quien le atendió media hora antes, enfrascado en una discusión con una señora rusa que exigía fumar en su habitación.

—Por favor, tengo que irme. ¿Le puede dejar mi tarjeta al señor Fitz-Stuart? Es importante.

El recepcionista desvió la mirada un instante y tomó la tarjeta sin mirarla. No advirtió que correspondía a una agencia de viajes del aeropuerto. Bajo la lluvia de los improperios ininteligibles que le estaba dedicando en ruso la cliente, el recepcionista buscó quitarse rápidamente la tarjeta de la mano, dio media vuelta y la colocó en un casillero para mensajes destinados a los huéspedes —ya las llaves de metal habían pasado a la historia— que estaba numerado. El conserje volvió a su rusa y se olvidó de la tarjeta.

Rogério no necesitó aguzar demasiado la vista.

«Habitación 426» —se dijo—. «Ya te tengo».

La Laguna.

Ariosto se sintió transportado a otro tiempo en cuanto puso los pies en el caserón que fue el Hogar Gomero durante muchos años. Un edificio inclasificable, con nueve tejados a diferentes alturas y distintos retranqueos, de cierto aire centroeuropeo, se erguía junto a otros más modernos de la Universidad de muy reciente construcción. Era la casa de los Rodríguez López, como se la llamaba popularmente, levantada por el capricho de unos empresarios de éxito en los años treinta del siglo pasado en medio de campos de labranza, hoy devorados por el crecimiento ciudadano. Su aspecto de mansión a la antigua usanza provocaba un respeto reverencial inconsciente en el visitante que se detuviera antes de entrar. Se captaba de modo involuntario su grandeza señorial, ya no se hacían edificios de aquel tipo.

A Ariosto el conjunto de volúmenes de aquel sueño arquitectónico le recordó la mansión hollywoodense de Gloria Swanson en *El crepúsculo de los dioses*, con piscina incluida. Aquel edificio tuvo que ser magnífico ochenta años atrás. Ahora, yacía en una decadencia decrepita, esperando que le llegara el turno de la rehabilitación o del derribo, disyuntiva a decidir por la Administración universitaria, que parecía decantarse por la primera solución, pero al que una falta sobrevenida de presupuesto podría condenar a la piqueta.

Esa grandeza tenía su reverso: las paredes estaban desconchadas en muchos lugares; los cristales de las ventanas habían desaparecido bastante tiempo atrás; y una serie de lustrosas pintadas de pésimo gusto terminaban por ofrecer una imagen lastimosa de abandono y desidia general.

—Las casas saben cuándo ya no viven personas en ellas. Entonces se dejan morir —dijo Ariosto en voz alta, más para sí que para Marta.

—Estás filosófico hoy, Luis —apuntó la arqueóloga.

—Es solo un suspiro, Marta. Un lamento ante la belleza abandonada.

—Entremos antes de que te pongas a llorar.

Ariosto ignoró la broma y la siguió dentro del edificio, sorteando carteles de aviso de obras, tablones y plásticos varios.

Marta se dirigió a Alejo Gutiérrez, el director de obra, distinguible porque era el único que vestía de calle y no con mono azul de trabajo. De lo que no se libraba era de llevar puesto un casco blanco de obra.

—¡Marta! —exclamó en cuanto la vio entrar—. ¡Bienvenida!

La arqueóloga saludó a su amigo y le presentó a Ariosto. A un gesto del arquitecto, un operario les facilitó sendos cascos a cada uno.

Se encontraban en lo que fue el salón de la planta baja del caserón. Todavía pendían en su sitio unas enormes lámparas de araña, oscuras y deslucidas por el paso del tiempo. Una escalera de madera adosada a una de las paredes ascendía al piso superior sobre una chimenea mustia y tristonera. La extraña arquitectura interior evocó a Ariosto algunas posadas del Tirol, aunque esa impresión no soportaba una revisión, dado el ruinoso estado del edificio.

—Me dijiste que estabas interesada en el sótano de la casa —comentó Alejo.

—Lo más profundo —contestó Marta, rememorando el mensaje recibido.

—¿Buscas algo en concreto?

—Queremos examinar los espacios subterráneos. Comprobar lo que hay a la vista y lo que puede estar escondido tras alguna pared.

—Disponemos de un GPR, por si quieres usarlo.

—¿Un GPR? ¡Vaya lujo! Esta vez hay dinero en la obra.

—Lo hemos utilizado en la construcción de los otros edificios, los nuevos. Y se ha quedado por aquí.

—Perdonen —interrumpió Ariosto— pero, ¿qué es un GPR?

Marta dejó que Alejo respondiera.

—Es un radar de penetración terrestre. También llamado georradar, se utiliza para detectar objetos y estructuras por debajo del nivel del suelo.

—Se trata de un método no invasivo de análisis de materiales basado en la transmisión de ondas electromagnéticas de banda ultra ancha en los materiales —añadió Marta—. Una parte de la onda electromagnética se refleja cuando se alcanza un límite entre dos materiales con diferentes propiedades eléctricas.

—Suenan bien —comentó Ariosto—. O sea, un buscador de cavidades y agujeros.

—Exacto —convino Alejo—. No podría haberlo definido mejor.

Ariosto asintió con la cabeza a modo de respuesta al aplauso.

—Bajemos entonces —invitó el arquitecto.

Los tres se dirigieron a su derecha y traspasaron una puerta que les llevó a una escalera que descendía a un piso inferior. Los dos tramos desembocaron en otra puerta, tras la que se abría un amplio sótano diáfano, cuyas paredes habían servido de campo de experimentación de decenas de grafiteros. Unas cajas rotas y vacías y montoncillos de basura alrededor de las columnas era todo lo que contenía aquel espacio.

—Recoge tu alma, que se te ha caído al suelo —le dijo Marta a Ariosto.

—Deberían poner un cartel en la entrada avisando de que estas imágenes pueden herir la sensibilidad del visitante —respondió.

—Son muchos años de abandono. Suele ocurrir —concluyó Alejo—. Anímese, señor Ariosto, vamos a dejar la casa como nueva.

—Ya estoy animado. Y aquí no hay nada que ver a simple vista.

—Usaremos el aparato entonces —dijo Marta.

Alejo marchó en busca del instrumental y volvió acompañado de dos peones, que portaban

entre ellos un artilugio con ruedas. A Ariosto le pareció en un primer momento una mezcla entre un cochecito de niño y un aparato de gimnasio. Encajada en una plataforma de cuatro ruedas, una caja de plástico cuadrada de color amarillo quedaba paralela al suelo. De ella partían unos cables que se conectaban a un módulo de control apoyado en un soporte de un metro de longitud, a la altura de las manos de una persona de pie. El aparato era móvil y se desplazaba rodando simplemente con un ligero empujón.

—Me esperaba algo más complejo —dijo Ariosto a Marta, en voz baja—. Esto parece el Viking 1 en la primera misión en Marte.

—Es un explorador a fin de cuentas —replicó Alejo.

Ariosto se dejó convencer, o no quiso discutir, que venía a ser lo mismo.

El arquitecto manejó el aparato con precisión. Se notaba que no era la primera vez que utilizaba sus mandos. Con la misma uniformidad que el cortacésped de un estadio, Alejo pasó y repasó el artilugio por encima de líneas imaginarias paralelas que iban examinando poco a poco todo el subsuelo de aquel sótano.

—Hay que esperar a que termine para comprobar los resultados —comentó Marta a Ariosto.

—Es todo un alarde de paciencia —afirmó al ver el trabajo del amigo de la arqueóloga—. Una pregunta. ¿Qué pasa con las paredes?

—Ya lo verás —contestó Marta con una sonrisa enigmática.

Cuando Alejo consideró que todo el suelo había sido digitalizado por la máquina, tocó varios botones del mando de la máquina y la caja escáner amarilla se levantó sobre sí misma noventa grados, quedando en posición vertical. Entonces empujó el georradar junto a las paredes del fondo, de modo que pudiera realizar la misma función que previamente había hecho con el suelo.

—Muy ingenioso —admitió Ariosto.

El arquitecto terminó el segundo examen en pocos minutos. Marta se acercó a él para conocer los resultados. Estuvieron un rato comentando en voz baja unas imágenes que a Ariosto le ofrecían menos nitidez que la ecografía de un embrión humano en su cuarta semana de gestación.

—El resultado de radar sobre el suelo es negativo— dijo Alejo—. No hay ningún agujero debajo de este pavimento.

—Un problema menos para ti, Marta —bromeó Ariosto, conocedor de las dificultades con que se encontraba la arqueóloga cada vez que se introducía en un subterráneo desconocido.

—Sin embargo —continuó el arquitecto—, hay una anomalía en una de las paredes. Los resultados han detectado la existencia de una oquedad en la pared sur.

Las miradas de todos se dirigieron hacia el lugar. Un muro corrido bajo la parte posterior de la casa no revelaba que hubiera nada detrás de él.

—¿Una especie de zulo? ¿De cámara secreta? —preguntó Ariosto.

—No sé si secreta o no, pero hay una cámara ahí —respondió Marta.

—Esto se pone bien. Me imagino que habrá que pedir algún tipo de permiso municipal para abrir un hueco en la pared.

—Eso sería en condiciones normales —replicó Alejo—. Pero tenemos una licencia de obra, amigo Ariosto. Así que, ¡Conrado! Haz el favor de traer el martillo neumático.

Uno de los operarios salió raudo en busca del aparato.

—¿Así? ¿Sobre la marcha? —repreguntó Ariosto.

—Claro —contestó el arquitecto—. ¿Quiere unos tapones de cera?

La Laguna.

Galán había propuesto a Ramos que se tomaran un café a la salida de la mansión de los Fitz-Stuart. El subinspector sabía que en realidad era una invitación a que debatieran sus respectivas conclusiones.

Optaron por dirigirse a la plaza de la Concepción, el lugar más animado de la ciudad desde que se peatonalizó el centro histórico. El cambio que había sufrido aquella zona tras el cese del tráfico rodado era espectacular, a mejor, por supuesto. Una vez visto el resultado, los laguneros se preguntaban por qué a nadie se le había ocurrido hacerlo antes. A todas horas del día y a primeras de la noche, las vías laterales y el fondo exterior este de la iglesia se veían llenos de gente ocupando las terrazas de las cafeterías de la zona, tanto las veteranas como las nuevas que habían ido surgiendo. La animación era la tónica del lugar, donde era difícil conseguir una mesa para tomarse algo en condiciones normales, e imposible si el día estaba bueno.

El ojo entrenado de Ramos observó a una pareja pagando la cuenta en una de las mesas del Benidorm, por lo que indicó a Galán que se aproximaran para ocuparla en cuanto los clientes se marcharan. Así lo hicieron y, una vez sentados, ordenaron los cafés al camarero que se les acercó.

—No veo a Leocadia asesinando a don Juan Fitz-Stuart. —dijo Galán, iniciando el cambio de impresiones.

—Tiene un móvil —replicó el subinspector—. Podría estar despechada por la negativa del señor a admitir el parentesco entre ambos. Tal vez preveía que fuera a quedarse fuera de la herencia. Y son veinticinco millones de pavos.

—Eso no explica nada, Ramos. Al fin y al cabo se ha quedado fuera. Lo que no me cuadra es el carácter de la mujer. Es incapaz de matar ni a una mosca.

—He conocido muchos casos de teatro delictivo en mi vida, y concuerdo contigo en que, o es la mejor actriz del mundo, o ella no ha podido hacerlo.

—Alguien lo ha hecho, Ramos. Tendremos que buscar otra persona que se pudiera haber acercado a Juan Fitz-Stuart.

—La cuestión es que ninguno de los vecinos vio nada extraño.

Galán reflexionó unos segundos sobre la frase de Ramos.

—Entonces tendremos que ceñirnos a lo que los vecinos consideraban normal, es decir, no extraño.

Ramos miró a su jefe. Su afirmación conllevaba una segunda lectura, lo conocía bien.

—¿A qué te refieres?

—Leocadia no vive en La Laguna, sino en La Victoria, en el norte de la isla.

—Son unos veinte kilómetros, más o menos.

—Se tiene que trasladar para trabajar. ¿Cómo lo hace?

—Por lo que sabemos, la trae y la lleva su marido, Isidoro, en el automóvil familiar.

—¿Sigues teniendo el teléfono de alguno de los vecinos?

—Claro —respondió el subinspector.

—¿Por qué no les llamas y les preguntas qué ocurría todos los días normalmente? ¿Cuál era la rutina de Leocadia para los vecinos?

Ramos sacó el móvil y buscó en la memoria. Encontró el número que buscaba y lo marcó. Galán aprovechó para levantarse y dirigirse a la barra del interior del establecimiento para pagar los cafés.

A su vuelta, Ramos acababa de colgar.

—¿Qué? —preguntó el inspector.

—Todos los días Isidoro aparcaba su coche delante del vado de la casa y esperaba en él a que saliera su esposa. Incluso a veces entraba en la casa a buscarla.

—¿Y qué más?

Ramos hizo un ademán de rendición ante la presión de Galán.

—Pues que la tarde del crimen, el coche estuvo aparcado en el mismo sitio en que lo hacía todos los días.

La Laguna.

Sandra, Adela y Leocadia habían bajado a la cocina y la asistente estaba preparando una tila para tres. La periodista observaba el collar de piedras preciosas, que brillaban a la luz de la tarde sobre el mantel blanco. No sabía mucho de gemología, pero estaba segura de que, insertas en esa joya, había alguna esmeralda, un par de turquesas, otro dúo de obsidianas, y tal vez un rubí, amén de otros dos pedruscos que no supo identificar.

—Este collar debe de valer una fortuna hoy día —dijo Sandra—. Y no solo por su valor artístico e histórico, sino por las piedras que lleva. Leocadia, ¿lo había visto usted antes?

—Pues no —respondió la criada—. Es la primera vez que lo veo.

—Una pregunta: cuando se comunica con el espíritu de Rita, ¿no le hace preguntas?

Leocadia dedicó unos segundos de más a poner a punto la infusión, señal inequívoca de que le costaba hablar del tema, pero al cabo de medio minuto, las miradas de las dos mujeres sobre ella la forzaron a contestar.

—Los mensajes que me envía son muy simples. Siempre son órdenes de hacer esto o aquello, y muchas veces se limitan a pedir que alguien se vaya de la casa. Nunca es una conversación fluida. Es como si ella, que da miedo, lo tuviera de cualquier extraño que entre en la mansión, sobre todo si es mujer.

—No me lo diga a mí —apostilló Sandra.

—Sin embargo, esa comunicación no llega a todos por igual —intervino Adela—. A mí no me afecta para nada. Yo les creo porque quiero creer, pero no tengo ninguna evidencia.

El timbre de la puerta de la casa sonó en esos momentos.

—¿Esperas visita, Leo? —preguntó Adela.

—No tengo ni idea de quién puede ser —respondió la asistente, que colocó la tetera sobre la mesa, al lado de las tazas que ya estaban dispuestas—. Voy a ver quién es.

Sandra y Adela probaron con cautela la tila y comprobaron que estaba tan caliente como preveían, por lo que optaron por dejar que reposara. Escucharon el sonido del cierre de la puerta de la mansión y la llegada de Leocadia con otra persona. La delgada silueta vestida de negro de Enriqueta apareció por el pasillo con un libro bajo el brazo.

—Aunque no me gustan estas cosas, no voy a dejar que estéis solas en este caserón —dijo, a modo de presentación.

—Gracias por venir, Enriqueta —respondió Sandra cuando se repuso de la sorpresa—.

Siéntese, por favor.

La recién llegada se sentó en uno de los extremos y examinó la tetera.

—¿Eso es tita? ¿Necesitáis calmar los nervios? ¿Ha pasado algo?

Adela le hizo un resumen de lo ocurrido tras sacar los objetos de la bolsa del armario. Enriqueta escuchó con cierto aire de incomodidad. Nunca había creído en temas paranormales.

—Creo que es conveniente en este momento que nos remontemos a lo que pasó aquí hace ochenta años —indicó, y tocó el libro que había traído consigo—. Anoche terminé el diario de Pirés. Las últimas anotaciones son las más reveladoras. Tal vez ayuden algo a entender todo este embrollo. ¿Me puedes preparar un té decente, Leo, por favor?

En lo que Leocadia se dispuso a preparar la infusión, Enriqueta abrió el libro por el lugar donde había colocado un primer separador de cartulina, buscó el párrafo seleccionado y comenzó a leer, captando la atención de las otras tres mujeres.

—Esta anotación es de febrero de 1934 —anunció—. Está en portugués, pero traduzco sobre la marcha: *Rita se ha mostrado muy nerviosa cuando se ha enterado de que viene a Tenerife el embajador de Brasil. Creo que lo conoce de algo, aunque no me lo ha reconocido. En el momento en que le he comentado que su intención es la de organizar una exposición de joyas americanas, se ha puesto de muy mal humor sin causa que lo explique. Yo prefiero dejarlo así. Se pone muy desagradable cuando algo la enoja.*

—Ya tenía carácter en aquel tiempo —dijo Adela.

—Lo tuvo siempre —añadió Leocadia.

—Sigo leyendo. Pero me voy a unos días después: *Rita estuvo la tarde de ayer fuera de la casa. Dando un paseo, me dijo. Pero su carácter ha cambiado por completo. Ha estado estos días de la presencia del embajador Duarte Devora en La Laguna muy huraña, sin querer salir de la casa para nada, como si no deseara tener ninguna noticia de ese señor. Me hace sospechar que lo conoce de Brasil. Y al anochecer, de repente, a su vuelta de la caminata, ha exhibido una sonrisa de satisfacción y unas maneras amables que me han sorprendido. Solo me ha dicho que ha podido recuperar unos recuerdos muy agradables de su pasado. Como muchas veces es algo críptica en lo que dice, sin sentido aparente, lo he atribuido a que algo le ha hecho rememorar un momento placentero de su vida.*

—Seguro que fue a ver al embajador —apuntó Adela—. Tal vez fuera un antiguo amante. ¿No dicen que era tan bella?

—Tú siempre con las novelas rosas, Adela —replicó Enriqueta.

—Siga leyendo, Enriqueta, por favor —pidió Sandra, cortando la discusión inútil que se avecinaba. Ya iba conociendo a las hermanas Cambreleng. Enriqueta buscó el siguiente separador del libro y leyó:

—*Hoy he comentado con Rita el asunto de las joyas robadas en su hotel al embajador, una vergüenza para la isla. Han pasado los días y la policía ha sido incapaz de dar con el autor del crimen. Rita se ha reído de una manera extraña y ha dicho que el señor Duarte se marchará tranquilamente y no volverá nunca más. Que sabe a quién pertenecen esas piedras y que es mejor que no las lleve consigo en su viaje. No he terminado de entenderla, como ocurre otras veces. Hay ocasiones en que lo que dice no tiene demasiado sentido o no es clara en sus*

afirmaciones.

—Creo que Rita fue quien robó las joyas del embajador —dijo Sandra.

—Tiene toda la pinta —añadió Adela—. Pero nos quedamos sin saber cuál era la relación entre estos dos personajes brasileños.

Enriqueta hizo un ademán de llamada de atención con la mano y sonrió.

—Espera, que no he terminado. Ahora viene lo mejor.

Costa Adeje, Tenerife.

Agostinho Soares le había cogido gusto a pedir una cerveza tras otra desde su tumbona a los camareros que pululaban en torno a la piscina. El único requisito que se le solicitaba era el de firmar el consumo con cargo a la habitación de su jefe, y lo hacía sin ningún rubor.

El sol estaba lo suficientemente fuerte como para necesitar un parasol. Por fortuna, a partir de las cuatro de la tarde muchos clientes, la mayoría ingleses y alemanes, comenzaban a dejar la piscina para prepararse para la cena a las seis, empeñados en perpetuar sus costumbres alimentarias fuera de sus países de origen.

Agostinho se hizo con una sombrilla eficiente y evitó así quemarse demasiado en su primer día al sol. No obstante, su piel había absorbido ya el suficiente calor como para aconsejarle que se diera un baño. Agostinho era de tierra adentro, con lo que evitaba siempre las aguas profundas, fuera en el mar, en el río, o en una simple piscina. Decidió entrar por la zona destinada a los niños. Como su costumbre era la de hacerlo así, no sintió ningún reparo. El agua estaba lo suficientemente fresca para bajar de golpe su temperatura corporal. En otros establecimientos hoteleros el líquido estaba tan caliente que no refrescaba en absoluto, y a sus usuarios era difícil quitarles de la mente la sensación de formar parte de una sopa colectiva y sofocante.

Agostinho volvió a su hamaca y se encontró a un hombre sentado en una silla de jardín junto a ella. Demasiado cerca para su opinión. «¿Es que no había otro lugar donde sentarse?», se preguntó.

El tipo sentado levantó la vista cuando Agostinho se aproximó.

—Buenos días, *senhor* Soares —le dijo en portugués—. Veo que está disfrutando de un merecido momento de relax.

—¿Le conozco?

El hombre se levantó y le ofreció la mano.

—Soy Rogério Cabral, para servirle.

Agostinho se la estrechó.

—Gusto en saludarle. ¿Me conoce de algo?

Rogério no confesó que le costó localizarlo. Conociendo el número de la habitación de Donald, apostó por que la de su escolta fuese la anterior o la posterior. Comenzó con la 424 y acertó. Llamó desde un teléfono del bar del lobby y habló muy rápido en portugués, pero dejando clara una urgencia vital de hablar con el cliente de esa habitación. «Cuestión de vida o muerte»,

repitió varias veces en portugués. La telefonista, apurada por la situación, miró el número de la habitación y comprobó que su ocupante tenía apellidos y nombre portugués, por lo que dio la llamada por verosímil. Conectó con recepción y allí le dijeron que habían visto al cliente en la piscina, consumiendo sin freno bebidas alcohólicas con cargo a la habitación del jefe, la 426. La joven que estaba al habla se sintió bien al informar a quien lo necesitaba de aquella manera el lugar donde se encontraba el cliente buscado. Seguro que era para bien. Rogério le había dado las gracias de un modo efusivo, y con total sinceridad.

—Tenemos muchas cosas en común —respondió Rogério—. Me imagino que el apellido Fitz-Stuart le dice algo.

—Mi jefe tiene ese nombre.

—El mío también. ¿Sabe en qué andan metidos últimamente?

—Un tema problemático de vinos canarios. Algo importante, aunque no sé los detalles.

—*Senhor* Soares. ¿Le gustaría ganar mucho dinero?

—Vaya pregunta. ¿Cuánto es mucho para usted?

—¿Qué le parecen diez millones de euros?

Agostinho dio un respingo. Le bailaron algo las piernas.

—¿Nos sentamos? ¿Le pido algo?

—Una *cervejinha*, por favor.

Agostinho hizo una seña al camarero indicando que en esta ocasión eran dos las bebidas que solicitaba. El empleado del hotel asintió sin necesidad de acercarse.

—Sé que usted es un hombre práctico. Un tipo de recursos variados. Creo que nos convendría unir nuestros intereses.

—Por ese dinero, me alío con el diablo.

—Lo tomaré como un cumplido, *senhor* Soares. La cuestión que le voy a plantear es simple. ¿Sería capaz de hacer desaparecer a una persona haciendo que parezca un accidente?

Agostinho no se esperaba la frase. Se sintió transportado a unos quince años atrás, cuando ese tipo de propuestas era el pan nuestro de cada día en su vida.

—¿Y quién sería esa persona?

Rogério miró fijamente a Agostinho y mantuvo una sonrisa forzada que se fue convirtiendo en una mueca cruel.

—Diez millones de euros —repitió Rogério.

—Entiendo —dijo, por fin—. En verdad que es usted el diablo. Pero una cosa le digo: espero que no se le ocurra traicionarme. Si no cumple con su parte, le presentaré a Graça.

—¿Graça?

Agostinho sacó de su bolsa de playa una navaja enorme y apretó con el pulgar el botón de apertura. Con un chasquido, una hoja metálica reluciente salió de su vaina, dura, fría, y amenazante.

La Laguna.

Los tapones de cera le vinieron muy bien a Ariosto, porque el sonido del martillo picando la pared era ensordecedor en aquel sótano. El polvo que levantó abrir un simple hueco en la pared obligó a Marta, Ariosto y al propio Alejo a salir de aquel espacio subterráneo hasta que se aposentase, y no se libraron de llevarse consigo una capa blanquecina adosada a la ropa.

Unos diez minutos después el operario del martillo neumático avisó de que el agujero practicado en la pared ya era lo suficientemente grande para que entrara por él una persona.

El polvo no se había sustentado del todo cuando bajaron al sótano pero al menos se podía respirar sin dificultad, y la curiosidad podía con ellos. El trío, acompañado por dos operarios más, se acercó a un boquete rectangular en la pared de un metro de alto por medio de ancho. A los pies de la abertura descansaban los escombros de la operación, que un peón estaba retirando a un lado. Ariosto se asombró de que de un orificio tan estrecho pudieran salir tantos cascotes.

A pesar de que dos reflectores portátiles desplegaron un caluroso haz de luz sobre la zona de trabajo, el interior de la cámara permanecía oscuro desde fuera. Marta y Alejo empuñaron dos potentes linternas y se acercaron al agujero.

—Tú primero —dijo Alejo—. Eres la arqueóloga.

Marta no discutió e introdujo la cabeza y el brazo. La luz combinada de la linterna y de los focos le permitió ver el contenido de aquel habitáculo. No era muy grande, en torno a unos veinte metros cuadrados; cinco metros de largo por cuatro de ancho, y estaba casi vacío.

Una capa de tierra fina ocupaba el suelo, que no parecía uniforme, tal vez de cemento sin pulir. Al fondo aparecían varias cajas de madera, de un estilo similar a las que encontraron en el sótano de la casa de los Fitz-Stuart, pero algo le decía a Marta que eran más modernas. Tras comprobar que no había obstáculos, la arqueóloga metió con agilidad su cuerpo por la abertura, con una pierna por delante. Alejo la imitó segundos después.

—Ven tú también, Luis —pidió Marta—. No hay peligro.

A Ariosto no hizo falta decírselo dos veces. Los tres se encontraron dentro de la cámara en pocos segundos.

—Por aquí no ha pasado nadie en muchos años —comentó Marta al no descubrir huellas en el suelo, en comparación con las improntas de las suelas que los intrusos estaban dejando a su paso.

—Huele a tierra húmeda —añadió Ariosto—, y a algo más.

—Debe de ser la madera de las cajas —intervino Alejo—. Con esta humedad estará podrida.

Los tres avanzaron por la cámara vacía hasta llegar al fondo, donde contaron seis cajas de madera de diverso tamaño.

—Es el empaquetado típico de importación y exportación de los años treinta del siglo XX. —dijo Marta—. Justo de la época en que se construyó la casa.

—Se quedaron aquí cuando se levantó el muro de cerramiento. O bien no valía la pena el esfuerzo de sacarlas, o bien todo lo contrario, las dejaron aquí a propósito —apuntó Alejo.

Marta comprobó la apertura de las cajas. Estaban abiertas. Levantó con cuidado una de las tapas e introdujo el haz de la linterna dentro. La encontró vacía.

—Aquí no hay nada —informó a sus amigos.

—¡Vaya! —exclamó Ariosto—. El tesoro inca se esfuma.

—Espera un poco. Veamos las demás.

Marta y Alejo abrieron las otras cinco cajas. Todas estaban vacías, salvo una, que contenía otras cajas más pequeñas en su interior, llenas de azulejos que habían sobrado de la obra de construcción del edificio.

—¡Vaya decepción! —dijo Ariosto al final del examen. Sus compañeros se habían mantenido silenciosos.

—Es evidente que en algo nos hemos equivocado —admitió Marta—. Salgamos de aquí.

Los tres pasaron de la cámara al sótano, Alejo se quedó dando instrucciones a los obreros y Marta y Ariosto, tras despedirse amablemente de él, salieron al exterior.

Inhalaron varias bocanadas de aire limpio y se sintieron mejor de inmediato.

—Marta, revisemos el texto de la carta que te enviaron —pidió Ariosto.

La arqueóloga sacó de uno de sus bolsillos una fotocopia del mensaje y leyó la parte importante que les había llevado allí:

—Dice así: *La respuesta está en lo más hondo de mansión. Ni siquiera el presidente del Hogar Gomero sospechaba lo que se escondía bajo sus pies.* De su primera lectura, dedujimos que la mansión de la que habla el texto se refería a esta donde estamos, y donde tuvo su sede el Hogar Gomero.

—Hagamos una segunda lectura, Marta —indicó Ariosto—. ¿Qué te sugiere?

—Tal vez pueda referirse a otra mansión. El presidente del Hogar Gomero pudo vivir en otro lugar, una casa grande a la que pudiera dársele ese nombre.

—En efecto —convino Ariosto—. Siguiendo por ese camino, el paso que debemos dar a continuación es el de saber quiénes fueron los primeros presidentes del Hogar Gomero. Conozco a alguien que puede saberlo.

Marta le indicó que procediera. Ariosto sacó del bolsillo de su chaqueta su móvil y comenzó a buscar en la memoria un número.

—Pensé que ibas a sacar tu famosa agenda, Luis —dijo Marta en tono de broma.

Ariosto sonrió.

—Más de uno daría cualquier cosa por hacerse con ella —bromeó. Y era verdad. Aquella agenda había sacado a Ariosto y a sus amigos de más de un apuro en sus aventuras anteriores—, pero en este caso no va a ser necesario, creo.

Ariosto encontró el número que buscaba y pulsó el botón verde de establecimiento de llamada.

—Buenos días, lamento importunarle en un día en que no trabaja, pero necesito que me conteste, si es posible, a una pregunta.

Marta no pudo escuchar la contestación del interlocutor, de la obra surgían infinidad de ruidos que se lo impedían.

—No sé si es difícil. ¿Sabría decirme el nombre de los primeros presidentes del Hogar Gomero?

Ariosto esperó la respuesta, que no tardó mucho. Alzó las cejas en señal de cierta sorpresa, aunque no demasiada.

—Muchas gracias, nos vemos mañana —y colgó.

Marta miró expectante a Ariosto. Parecía haber resuelto un misterio de gran dificultad de un solo plumazo.

—El primer presidente del Hogar Gomero se mantuvo en el cargo más de veinte años. Al oír su nombre no he necesitado que me dijera quién fue el segundo.

—¿Y quién fue?

—Don Juan Fitz-Stuart, ¿te suena?

A Marta se le abrió la boca de la sorpresa. La cerró en dos segundos.

—Entonces el mensaje se refiere a su mansión, la del camino de San Diego.

—Eso parece. Tal vez nuestro amigo Alejo sea tan amable de prestarnos ese cacharro con ruedas que se ha revelado tan útil.

—Se lo preguntaré. Pero, dime una cosa, Luis: ¿quién le ha facilitado esa información? ¿Algún profesor universitario? ¿Un erudito local?

—¡Oh! Alguien más interesante. Nuestro querido amigo común Sebastián. O mejor dicho Olegario, como lo llama usted. Su padre fue el conserje-vigilante del Hogar Gomero durante gran parte de su vida. ¿Le había comentado alguna vez que Sebastián es natural de La Gomera?

La Laguna.

Enriqueta fue pasando las hojas del libro hasta que llegó a otro separador.

—Aquí está. Sigo leyendo: *Hoy he estado en el puerto de Santa Cruz despidiendo al Sr. embajador Duarte. Ha sido memorable. Las autoridades locales se han volcado en afectividad, banda de música incluida, hacia el representante de Brasil y me he sentido orgulloso de este pueblo tinerfeño. En un momento en que he podido hablar con él de modo reservado, le he preguntado si quería que hiciese alguna gestión con la cuestión de las joyas robadas. Me ha respondido que no me preocupase para nada. El valor de esa bisutería era ínfimo y no valía la pena movilizar a nadie por ello. Me ha dado las gracias y me ha despedido con una frase extraña: «Cúidese, amigo Pirés, porque lo va a necesitar. A veces no nos damos cuenta de cuándo tenemos el diablo en casa». Le he dado vueltas a esa afirmación y no le encuentro sentido.*

—Ese Pirés era un memo —opinó Adela—. El mensaje del embajador no podía ser más claro.

—Sigue sin esclarecerse la relación entre Duarte y Rita —insistió Sandra.

—Un momento, ahora viene —dijo Enriqueta, que volvió a pasar más páginas—. *He descubierto en una de las cómodas, envueltos entre sábanas, varios collares con piedras brillantes y otros objetos extraños que no había visto nunca. Le he preguntado a Rita y me ha dicho que son recuerdos de su país. Le he preguntado si esos collares tenían algo que ver con el embajador y me ha contestado que ella se los vendió hace mucho tiempo y que él ha tenido a bien devolvérselos. Creo que Rita ha tenido algo que ver con el robo de esas joyas, por mucho que Duarte no quiera darle importancia tema. He dudado sobre dar cuenta del asunto o no a las autoridades. Cada vez que le doy vueltas a la idea siento que me pongo enfermo. Me duele la cabeza y tengo náuseas. Creo que al final no voy a hacer nada. Solo serían problemas para la niña. Me siento avergonzado.*

—¿Que el embajador devolvió las joyas voluntariamente? —dijo Adela—. ¡Y un pimiento!

—Lo interesante, y eso me lo creo, es que Rita vendiera alguna de esas joyas al embajador. Tuvo que ser durante su estancia en Río, tras volver de Perú.

—¿Sigo con el folletín? —preguntó Enriqueta.

—Síiiii —contestaron las tres al unísono.

Enriqueta pasó más páginas.

—Sigo: *El alcalde ha venido hoy por casa, pretextando una excusa ridícula sobre las obras*

de pavimentación de la calle que llevamos pidiendo los vecinos, que cuando llueve se embarra de manera excesiva. Lo veo preocupado y con el mismo rostro de cansancio que llevo yo desde hace semanas. Ha tardado en irse y luego ha estado merodeando por el vecindario. Me ha parecido una conducta de lo más extraña.

—¡Y tanto! —dijo Adela—. El alcalde estaba detrás de la mulata.

—Un respeto, por favor, que era mi abuela —pidió Leocadia.

—Perdón. Me he dejado llevar por la pasión.

—Me llama la atención las referencias al cansancio y al malestar físico —comentó Sandra—. El alcalde también estaba afectado.

—Está claro —insistió Adela—. Era un hechizo. Y no me extrañaría que el señor Fitz-Stuart también estuviera bajo ese influjo.

—Pues en eso tienes razón —añadió Enriqueta—. Escucha esto: *He enviado recado a Eduardo para ir a visitarlo. Se ha disculpado diciendo que estaba enfermo en cama, que cuando se mejore vendrá él en persona a verme.*

—La situación iba empeorando —dijo Sandra—. ¿En qué mes estábamos?

—Ya estamos en julio de 1934 —respondió Enriqueta.

—Déjame leer un par de párrafos más que tengo señalados: *Rita se comporta de una manera insoportable. Apenas la veo en la casa. Siempre se encuentra en el sótano entonando cánticos en un idioma incomprensible. No es portugués. Esto no puede seguir así. Voy a tener que tomar una determinación.*

—No me extraña —intervino Adela—. Al final Pirés era un bendito.

—La situación personal del cónsul estaba llegando a un punto insufrible —dijo Sandra—. No debían de ser fáciles esos días para él.

—Acabo con la última entrada. La del día del incendio. Escuchad: *Su hechizo me domina, y no puedo resistirme a su voluntad. Sus ojos tienen un poder que me convierte en un esclavo impotente. Mucho me temo que esta situación incontrolable acabe mal. Solo hay un camino para la liberación de alma. Solo hay una forma de acabar con esta maldición y purificar este lugar...*

—Pues fíjate cómo acabó la cosa —dijo Adela—. No me extrañaría que Pirés tratara de liquidar a Rita dentro de la casa y luego suicidarse.

—Sí, pero el cadáver de la mujer no apareció nunca —replicó Leocadia—. No sabemos qué ocurrió con ella.

—Deberíamos preguntárselo —indicó Leocadia.

—¿Preguntárselo? ¿A quién? —inquirió Sandra.

—A ella, a Rita, por supuesto. Ya lo propuse antes. ¿A quién si no?

Santiago del Teide, Tenerife.

—No entiendo tanta insistencia en que hagamos una visita turística ahora, por la tarde, Agostinho.

Donald se sentía extraordinariamente bien. El hecho de que se hubiera pimplado una botella de *Vintage* él solo podía tener mucho que ver. Ya se estaba amodorrando en su cama, es posible que demasiado temprano, y el hecho de que Agostinho decidiera por él que convenía salir a despejarse un poco podía ser hasta plausible.

«Al menos el paisaje es espectacular», pensó Donald. Agostinho había aparecido con el coche alquilado y lo había montado en él. En pocos minutos salieron del conglomerado urbanístico turístico y comenzaron a ascender por carreteras secundarias en un paisaje de cultivos que fue dando paso a pinos sueltos y monte bajo sobre suelo volcánico.

—Le he traído una botellita, *senhor* —Agostinho detuvo el automóvil para sacar el oporto de la guantera y ofrecérselo a Donald.

—Lo que me gusta de ti es que siempre estás pendiente de mi bienestar. Cuando esto acabe, te subiré el sueldo.

—Cuento con ello, jefe. Cuando esto acabe.

Donald destapó la botella y, como no tenía vaso, bebió un trago directamente de ella.

Agostinho sonrió y arrancó de nuevo el automóvil. La tarde comenzaba a caer y el sol se dirigía a su cita diaria con el horizonte marino. Dirigió el vehículo hacia la población de Santiago del Teide. Una vez allí tomó la desviación hacia el caserío de Masca, un grupo de casas que, de modo prodigioso, se estableció en los cerros que dominaban unos profundos barrancos, en las que vivir debió ser toda una aventura en tiempos pasados. Las vueltas y revueltas de la carretera adormecieron a Donald, que dejó caer la botella al suelo y la cabeza sobre el respaldo y la ventanilla. Agostinho redujo la velocidad para conseguir que su jefe conciliara un sueño profundo.

Desde Masca llegó al pueblo de El Palmar. Allí partía una nueva desviación hacia otro caserío, Teno Alto, que el portugués tomó sin dudar. Agostinho había estudiado bien la orografía de la isla en la aplicación Google Maps y encontró lo que buscaba cerca de esa localidad.

El paisaje varió y se convirtió en una serie de colinas cubiertas de hierba fresca que recordaba los verdes campos de Irlanda. Tras unos kilómetros de curvas suaves a través de una carretera estrecha de un solo carril, Agostinho llegó al lugar que estaba buscando.

La carretera se bifurcaba y el camino a la derecha se convertía en pista de tierra, que tomó tras

consultar el mapa de su móvil. La tarde estaba avanzada y no se cruzó con ningún otro vehículo, lo que le animó.

Agostinho llevó el automóvil hasta un lugar concreto de la senda, donde lo detuvo y comprobó que Donald seguía roncando a pierna suelta. Descendió y caminó unos pasos hasta llegar al borde de un precipicio gigantesco que se abría a sus pies: el barranco de las Calabaceras se abría en una caída muy pronunciada de más de quinientos metros de altura hasta llegar al mar. Agostinho tuvo que retirarse porque el abismo que existía a apenas cuatro metros de la pista de tierra le provocó vértigo.

Volvió al coche y, no sin dificultad, logró colocar el cuerpo dormido de Donald al volante. El inglés solo emitió un par de gruñidos al notar el cambio de postura, pero sin llegar a despertarse.

El portugués miró alrededor y comprobó que no había nadie a la vista. Encendió el motor, colocó la palanca de cambios en punto muerto, bajó el freno de mano y cerró la puerta del conductor. Se dirigió a la parte trasera del vehículo y aplicó toda la fuerza que tenía en empujarlo hacia el precipicio.

Le costó mucho vencer la falta de inercia del automóvil, pero al final logró que este se fuera moviendo, despacio al principio y con mayor velocidad poco después. A los treinta segundos de esfuerzo notó cómo las ruedas delanteras perdían su apoyo en el suelo y el coche se tambaleaba hacia adelante. Se esforzó en un último empujón y quitó las manos del portaequipajes trasero. El coche se detuvo una fracción de segundo en el aire y se levantó sobre sí mismo en vertical. Agostinho pudo ver con claridad los bajos del tubo de escape, y acto seguido desapareció de su vista.

No necesitó asomarse al barranco. El ruido del vehículo al chocar varias veces dando vueltas de campana contra las paredes rocosas del profundo despeñadero le indicó que el destrozo era total. El último impacto, esta vez contra el agua, sonó distinto. Luego, el viento suave del norte volvió a enseñorearse de los sonidos del descampado.

Agostinho miró al sol que comenzaba a zambullirse en el océano y se giró, caminando hacia la carretera por donde había venido.

Iba a ser un largo paseo de vuelta.

* * *

El conserje de tarde del Pelinor Suites & Resort no daba crédito a sus oídos. De nuevo el cliente de la 424, un tal Agostinho Soares, pedía otra cerveza para que se la sirvieran en su habitación. Y así llevaba toda la tarde. Cada veinte minutos llamaba con esa petición. Ya debía de estar como una cuba. El recepcionista atendió una vez más la llamada y la cursó a la cocina del hotel. Con absoluta profesionalidad, miró su reloj y anotó la hora exacta en la lista de pedidos de su terminal. Otra cerveza más a la habitación, al igual que había hecho en las ocasiones anteriores.

No entendía cómo alguien de vacaciones en Tenerife, con tantas cosas que ver, empleaba toda una tarde en emborracharse en su habitación a base de cervezas.

La Laguna, al día siguiente.

—Buenos días, señorita Marta. Buenos días don Luis.

La pareja la saludó y Leocadia se hizo un lado para dejarles entrar en la casa.

—Disculpe usted que la hayamos hecho venir tan temprano —dijo Ariosto.

—No se preocupe. El señor notario me llamó ayer y me comentó que quiere que siga en mi puesto de trabajo, aunque nadie viva en la casa, para evitar que se deteriore. Paga la herencia. Así que sigo viniendo a las ocho de la mañana, como siempre.

—Me alegro de que se mantenga ocupada. Por nuestra parte, desearíamos hacer otra visita al sótano, si no es molestia.

—Molestia ninguna. Pues menos mal que no taparon el agujero por completo.

—Un acierto atribuible a nuestra amiga Marta — concluyó Ariosto.

—¿Podemos entrar? —preguntó Marta.

—Por supuesto, ya conocen el camino. ¿Necesitan que les acompañe?

—No se moleste, ya vamos nosotros solos.

Marta y Ariosto caminaron por el distribuidor central y rodearon la escalera. La losa se mantenía en su lugar, tal como la dejaron unos días antes.

—Hoy no tenemos grúa —dijo Marta.

—Tratemos de moverla por nuestros propios medios —indicó Ariosto.

La arqueóloga pasó una cuerda por la anilla y le hizo un nudo marinero.

—No creo que podamos con ella. ¿Quieres que probemos? —preguntó a Ariosto.

—No. Esperemos cinco minutos, o menos.

—¿Esperar? ¿A qué?

En ese momento sonó el timbre de la puerta principal.

—Yo voy —se adelantó Ariosto a Leocadia, y se dirigió a la salida. Abrió la puerta y al otro lado encontró a quien esperaba.

—¡Sebastián! ¡Qué alegría verlo!

—Buenos días, señor —dijo Olegario—. Aquí estoy, dispuesto a reintegrarme al trabajo.

—Me viene que ni pintado, pase, pase.

Ariosto presentó a Olegario a Leocadia y pasaron al interior.

—¿Ya se acabaron las vacaciones? —preguntó Marta al saludar al recién llegado.

—Ya tenía ganas de volver. Los palmeros tratan muy bien a los huéspedes y corría el riesgo de

engordar demasiado.

—Emelina es mucha Emelina —bromeó Marta, refiriéndose a la pareja del chófer.

—Sebastián, espero que haya ejercitado los músculos durante su etapa vacacional. Tenemos que levantar esta losa que ve usted ahí.

Olegario echó un vistazo a la losa y a la cuerda atada a la anilla. Tomó la soga y tiró de ella para comprobar la firmeza del nudo.

—Vamos a intentarlo —dijo.

—Espere, que le ayudo —pidió Ariosto.

—Déjeme a mí solo un momento, por favor.

Olegario agarró la cuerda con ambas manos se giró de forma que esta se apoyase en sus hombros y se inclinó. Consiguió dar un paso con la soga completamente tensa, y luego otro.

—¡Se está levantando! —exclamó Marta—. ¡Pronto, Luis! Pongamos algo en la abertura.

Ariosto introdujo una barra de hierro debajo de la losa mientras Olegario continuaba intentando avanzar. El cuadrado de cemento se había levantado unos treinta centímetros sobre su base.

—¡Empujemos de lado! —indicó Ariosto.

La fuerza combinada de Ariosto y Marta se unió a la de Olegario y la losa acabó por salir de su encaje. La rodaron un metro arrastrándola y los tres descansaron del esfuerzo.

—No sé si pedirme un par de días más de vacaciones —dijo Olegario, sonriendo.

—No me los pida, que tendré que dárselos —respondió a la broma Ariosto.

—Muchas gracias, Olegario —dijo Marta—. Nos has hecho ganar bastante tiempo. Hubiéramos tenido que ir a buscar la mini grúa que usamos el otro día.

—Me han llamado de todo menos eso —se rio Olegario—. Me lo tomaré como un cumplido.

Marta se aproximó al agujero y echó un vistazo a la negrura del interior.

—Lo que sí tenemos son las linternas —comentó Marta—. Bajemos.

Cada uno tomó una de las linternas que se habían quedado allí y bajaron por la escalera de madera, que volvió a crujir con el peso de cada uno.

—Todo está igual, como era de esperar —dijo Ariosto.

—Menos mal. Si no fuera así ya estaría fuera de la casa —respondió Marta.

—¿Pasa algo con esta casa? —preguntó Olegario.

—Pasan cosas, Sebastián —contestó Ariosto—. O eso dicen.

—Pues entonces le encantaría a Emelina.

—¿Ha venido con usted?

—Sí, las vacaciones se terminaron para los dos.

—Tal vez le interese eso a Adela. Anoche me telefoneó diciendo que pretendían realizar no sé qué ceremonia aquí hoy.

—Como quiera. Usted tiene su número.

Mientras los hombres hablaban, Marta terminó de inspeccionar el habitáculo subterráneo.

—Luis, acércate —invitó la arqueóloga, señalando el suelo, debajo del arcón metálico—.

¿Qué ves aquí?

Ariosto y Olegario se aproximaron junto a la caja de acero.

—Parece una ranura —aventuró.

—Es una ranura —afirmó Marta con seguridad—. Y sigue hasta que forma un ángulo recto, continuando hacia la derecha.

—¡No me digas que nos hemos topado con otra losa!

Marta se volvió y sonrió.

—Me lo has quitado de la boca. ¡Otra losa! Justo bajo este cajón de hierro.

Olegario miró el arcón y se rascó la cabeza.

—Esta caja debe de pesar lo suyo. Lo que haya debajo no ha visto la luz desde que colocaron este artilugio metálico encima.

—Eso mismo pienso yo —opinó Marta—. Si la casa fue construida en 1930, es muy posible que la losa esté intacta desde esa fecha.

—Y el contenido de lo que oculta también —remató Ariosto.

—La cuestión es, ¿cómo vamos a levantar este peso? —se preguntó la arqueóloga.

Olegario rodeó el arcón antes de emitir su veredicto.

—Todo tiene solución en esta vida. Tenga fe.

Funchal, Maderia.

—Buenos días, Mr. Fitz-Stuart.

Michael estaba aún somnoliento. Apenas le había dado tiempo a ponerse el batín sobre el pijama para abrir la puerta de la calle. Iba a protestar a quien fuera que estuviera tocando el timbre tan temprano cuando pasó por delante de uno de los relojes de pared que adornaban su casa. Le informó de que eran las once pasadas. «No es tan temprano», se dijo. «Estos viajes me dejan agotado».

Abrió la puerta y reconoció al otro lado al teniente Perestelo, de la Policía de Segurança Pública, la PSP. Tras la sorpresa inicial, un súbito temor se apoderó de él. «¿Habrían averiguado de alguna manera el robo de las botellas?». No podía imaginarse unos detectives tan competentes. Trató de componer su figura antes de dirigirse al agente.

—Buenos días, teniente. Gusto en verlo. ¿Le puedo ayudar en algo?

—Buenos días. ¿Puedo pasar? Es un tema delicado.

Michael hizo un gesto con el brazo que los taurinos habrían tildado de «natural» perfecto y el policía entendió que le invitaba a pasar.

Se sentaron en el salón en sendas butacas de cuero envejecido. Perestelo trató de que el desorden de libros, botellas y piezas de ropa no le afectara. Se notaba que Michael era soltero y vivía solo. Su imagen impecable se circunscribía exclusivamente a cuando salía de casa.

—¿Quiere tomar algo? —preguntó con pocas ganas el dueño de la casa.

—No, gracias. Tengo que comunicarle una triste noticia.

Michael respiró, no se trataba de las botellas. Se mantuvo en silencio para que Perestelo hablara.

—He recibido a primera hora una llamada desde Tenerife. La policía canaria me ha informado de que su primo Donald ha fallecido.

Michael dio un respingo.

—¿Donald? ¿Cómo puede ser? ¡Si estaba bien de salud! Bebía un poco, pero nada importante.

—Ha sido un accidente. El coche con el que circulaba se despeñó ayer por la tarde por un barranco. Si le sirve de algo, murió en el acto.

Michael trató de procesar la información que le estaba suministrando el agente del orden. Donald casi nunca conducía, siempre lo hacía un empleado por él.

—No me lo puedo creer —dijo, sincero—. ¿Entonces ha sido un percance de tráfico?

—Eso me han dicho. La zona era montañosa y la caída fue muy fuerte. Era imposible que sobreviviera.

—Mi primo odiaba las curvas. No lo puedo entender.

—Hay un detalle que clarifica algo las cosas —dijo Perestelo en voz más baja—. Es un tema sensible.

—¿Sensible?

—El alcohol en sangre quintuplicaba lo permitido.

—Entiendo. ¿Tengo que hacer algo?

—Ya lo han identificado y su seguro se encargará de la repatriación del cadáver. Solo he querido comunicárselo porque sé que era familia suya.

—Se lo agradezco mucho, teniente.

Michael acompañó al policía a la salida y cuando cerró la puerta estuvo a punto de desmoronarse.

«¡Donald muerto!», se trataba de una circunstancia totalmente inesperada. Lo sentía por su primo, pero «¡le tocaban los veinticinco millones! ¡A él solo!». Un raptó de felicidad le insufló adrenalina en las venas «¡Qué casualidad más oportuna! ¡Justo cuando tenía en su poder la botella que exigía el testamento del tío John!»

A la alegría siguió la suspicacia. «¿Y si lo han asesinado?». «¿Quién lo habrá hecho?». «¿Y por qué, si todavía no tenía el dinero?». «¿Seré yo el siguiente en la lista del asesino?». «Si aún no he cobrado». «Pero lo voy a hacer muy pronto, puedo ser un objetivo».

Michael decidió apagar el fuego de los interrogantes con un vasito de madeira. Tal vez era un poco temprano, pero lo necesitaba. Se sirvió y se sentó en uno de los sillones. Tras ingerir el líquido color oro oscuro trató de poner en orden sus ideas.

Con independencia de la causa de la muerte de Donald, la nueva situación le venía muy bien. Lo que había que hacer era actuar rápido, de modo que nadie pudiera prever sus movimientos. Viajaría a Tenerife ese mismo día, todavía estaba a tiempo de tomar el avión del mediodía. A este paso, Binter le nombraría viajero del año.

Michael se levantó y se dispuso a rehacer la maleta. Un destello en su cerebro le indicó que debía velar por su seguridad. Era verdad, no podía aventurarse solo en su viaje.

Nadie mejor para protegerle durante su estancia en la isla canaria que Rogério. Lo llamaría de inmediato.

La Laguna.

—Isidoro, el esposo de Leocadia, trabaja en esa oficina —indicó el subinspector Ramos, revisando sus notas.

—Una gestoría —añadió Galán.

Ambos se encontraban en la avenida Trinidad dentro un coche policial camuflado, aparcado en uno de los espacios reservados a la Policía Local. Galán confiaba en la comprensión de sus colegas municipales.

—Antes de visitarlo, repasemos lo que tenemos —dijo el inspector—. Hay testigos que afirman que su coche estaba estacionado delante de la casa de Juan Fitz-Stuart cuando este murió. Me imagino que dirá que estaba, como en otras ocasiones, esperando a que saliera Leocadia. Es algo, pero es poco si no hay una confesión.

—Tenemos las terceras huellas de la botella —terció Ramos.

—Pero no sabemos si coinciden con las de Isidoro.

—Pues lo detenemos, lo fichamos, le tomamos las huellas y las comparamos.

—Ramos, estamos en un Estado de Derecho. No se puede detener a la gente por una mera sospecha. Debemos tener una razón de peso. Y no podemos forzar a Isidoro a que preste sus huellas.

—Habrà que presionarlo un poco entonces.

—Un poco nada más, Ramos ¿vale?

Los policías salieron del coche, dejando previamente sobre el salpicadero la acreditación policial. Ramos nunca se fiaba de los guindillas.

Tocaron en la puerta de la asesoría, que fue abierta por una secretaria. Preguntaron por Isidoro sin identificarse como policías, y entraron en la sala de espera. El marido de Leocadia apareció procedente de uno de los despachos, y Galán notó cómo su expresión se demudaba.

—Buenos días, ¿ha pasado algo? —preguntó nervioso.

—Buenos días, Isidoro —contestó Galán—. Nada malo, no se preocupe. Solo queríamos hablar con usted.

—¡Ah! ¡De acuerdo! ¿Quiéren pasar a mi despacho?

Los tres entraron en una oficina individual atestada de papeles en varios montones en mesas auxiliares y en la principal de trabajo del usuario de la misma.

—Estamos cerca de las fechas de declaraciones a Hacienda, ya saben —se excusó por el

desorden.

Isidoro ocupó su mesa y los policías se sentaron en dos sillas dispuestas frente a él.

—Ustedes dirán —dijo, apartando un fajo de documentos que se interponía en el cruce de miradas.

Galán tomó la palabra.

—Isidoro, seguimos investigando la muerte de don Juan Fitz-Stuart. Hay algunos detalles que debemos comprobar. Es pura rutina.

A Isidoro no le gustó nada lo de la rutina, pero asintió, invitando al inspector a seguir hablando.

—Tenemos testigos que lo vieron el día de su fallecimiento en casa de don Juan, a la hora en que murió —intervino Ramos.

Galán lo fulminó con la mirada. Su estrategia era llegar a ese lugar dando un rodeo. Ramos se encogió levemente de hombros. Estaría callado en adelante.

Isidoro tragó saliva antes de contestar. Se le veía algo nervioso.

—Es verdad —declaró—. Todos los días voy a buscar a Leo a su trabajo, y casi siempre entro a ayudarla con los últimos detalles antes de salir.

—¿Qué últimos detalles? —preguntó Galán.

—Básicamente, comprobar el cierre de las ventanas de la planta baja y sacar la basura. El señor Juan estaba al tanto.

—¿Vio usted al dueño de la casa aquel día?

—Sí. Lo noté un tanto abatido.

—¿Cuál cree que pudiera ser la causa de ese decaimiento?

—No lo sé con seguridad. Tengo la sensación de que estaba enfermo.

—¿Está seguro?

—En los últimos meses había viajado varias veces a Suiza. Sabemos que allí tiene una casa, pero sus desplazamientos tenían como objetivo una clínica especializada. La Clinique de Genolier.

—¿Especializada en qué?

—En cáncer.

—¿Cómo sabe eso?

—Leocadia recogía la correspondencia. El señor Juan recibió varias cartas con el membrete de esa clínica. La busqué en Internet y averigüé ese detalle. La página es muy clarificadora.

—Pero, ¿vieron usted o Leocadia el contenido de esas cartas?

—No, eso no. Solo lo hemos deducido. Pero ya le digo yo que el señor no se encontraba bien. Había adelgazado ostensiblemente y su semblante aparecía muy pálido.

—¿De qué hablaron ese día?

—Me preguntó por el trabajo, me comentó que Leocadia estaba demasiado activa aquellos días y que el mobiliario estaba excesivamente limpio, bromeó diciendo que necesitaba algo de polvo en su vida. Luego me invitó a tomar un vaso de vino.

—¿Un vaso de vino? —saltó Ramos.

Otra mirada de Galán fue suficiente para que apoyara de nuevo la espalda en el respaldo de la

silla.

—Sí. Fue algo extraño, porque no solía hacerme ese tipo de invitaciones, pero no podía rechazarla. Me imagino que lo comprenderán.

—Bebió usted el mismo vino que don Juan.

—Así es. De la misma botella. Lo único que noté es que su vaso estaba semivacío y se lo rellené después de haberme servido él a mí.

—¿Le sirvió usted de la botella?

—Sí, me pareció que era correcto corresponderle de esa manera.

Galán notó cómo Ramos resoplaba. Isidoro estaba reconociendo que cogió la botella. La presión que pretendía aplicarle por sus huellas en el cristal perdía mucho peso.

—¿No notó nada extraño cuando don Juan bebió de su vaso?

—Pues no. Actuó de lo más natural. Solo que apreció la bebida, dijo que era la última botella de un vino muy especial. La verdad es que estaba bueno, tal vez un poco afrutado para mi gusto.

—¿Sabía que tenía billete para viajar a Suiza al día siguiente?

—No. No me dijo nada. Nos tomamos el vino y luego yo me despedí. Sabía que Leo había terminado su jornada de trabajo y estaba cansada.

Galán sopesó las respuestas de Isidoro. Lejos de implicarse en un crimen, su actuación aparecía lógica y esperable. Había que comprobar algunas cosas antes de volver a hablar con aquel hombre, si es que procedía.

—Si le sirve de algo, me ofrezco para lo que crean oportuno, inspector. Pueden tomar mis huellas si quieren. Creo que lo hicieron con Leo el otro día. Le aseguro que ni yo ni mi esposa tuvimos nada que ver con la muerte del señor Juan.

Galán asintió, necesitaba reflexionar sobre las respuestas dadas por aquel hombre. La entrevista había terminado. El inspector se levantó.

—Muchas gracias por su tiempo, Isidoro.

Los policías se despidieron y salieron a la calle.

—¿Cómo lo ve, jefe?

—Sigue siendo sospechoso, pero tenemos que confirmar algunos extremos, Ramos. Hay que trabajar más.

Ramos asintió, aunque Galán sabía que no se sentía satisfecho. Él tampoco lo estaba. Aquel caso no era fácil. Si no fue Isidoro, ¿quién pudo asesinar a Juan Fitz-Stuart?

La Laguna.

—Bienvenidas, señoras —dijo Leocadia—. ¡Qué alegría tener tanta gente en la casa!

—¿Quién más está? —preguntó Adela.

—El señor Luis, el señor Sebastián y la señorita Marta, que han salido un momento a buscar un aparato o algo así, por lo que he entendido.

—Estupendo, prefiero que estemos todos.

Adela encabezó la fila de mujeres que entraron en la casa tras ella: Enriqueta, Sandra y Emelina.

—Leo, te presento a Emelina. Es la pareja de Olegario, o Sebastián, como quieras.

La asistenta saludó a la mujer y todas pasaron al comedor principal.

—La mesa grande será el mejor lugar para colocarnos.

Leocadia se apresuró a correr los cortinajes de la sala y abrir una ventana. La luz de la mañana se introdujo en un espacio donde dos aparadores de madera tallada y oscura, llenos de mantelería y cubertería, se enfrentaban en sus extremos. Una mesa larga para diez o doce comensales se interponía entre ellas, ocupando con sus sillas la mayor parte de la estancia.

—¿Cómo nos sentamos, Emelina? —preguntó Adela.

—Da igual, pero debemos estar juntas. Mejor en un extremo de la mesa.

—¿Una infusión antes de empezar? —preguntó Leocadia—. Ya la tengo preparada.

Sandra se sentó junto a Adela y enfrente lo hizo Enriqueta, reservando el asiento de al lado para Leocadia. El cabecero lo presidió Emelina.

La asistenta trajo en una bandeja grande una tetera y tazas para todos. Acompañaban a la mezcla de tila y poleo menta unas galletas inglesas de mantequilla.

—¡Ay! ¡Qué peligro eres, Leo! ¿Cómo traes esas galletas? Son mi perdición. Ya sabes que estoy a régimen —protestó Adela.

—Siempre estás a régimen —replicó Enriqueta—. No las comas y ya está.

Adela evitó la discusión, pero no pudo evitar coger una del plato. Se la comió con discreción. Las demás hicieron lo mismo. En diez minutos Leocadia recogió las tazas y retiró el menaje utilizado. Todas esperaron a que volviera y se sentara.

—Vamos a empezar —dijo Emelina—. Doña Adela me ha pedido que haga de oficiante. Les aviso que no soy una especialista en esto, pero ella ha insistido.

—Por favor —dijo la aludida.

—Las velas —indicó Emelina.

Adela sacó tres velas blancas, bajas y anchas y las colocó sobre la mesa. Leocadia se levantó y le trajo tres platos y una caja de cerillas, no quería que el mantel pudiera estropearse. Adela encendió las velas.

—Vamos a realizar una ceremonia mixta de invocación y de evocación —anunció Emelina.

—¿No es invocación solo? —preguntó Adela.

—Invocación es cuando se pide algo. Evocación es cuando se ordena. Un ejemplo de invocación simple es el Padrenuestro cristiano. Aquí no vamos solo a pedir, vamos también a ordenar.

—Y deja de preguntar, que no vamos a empezar nunca —indicó Enriqueta a Adela.

—De acuerdo, entonces. Voy a pedir la ayuda de los ángeles custodios, y cuando la tengamos, ordenaremos al espíritu de la mujer que conteste a nuestras preguntas.

Sandra tragó saliva. Aunque no había notado nada desde que entraron en la casa, comenzaba a sentirse nerviosa. Emelina comenzó a recitar una oración.

—Alabados seáis, espíritus puros del Señor. Yo, humilde criatura, elevo a vosotros mi pensamiento y mi corazón para rogaros que me orientéis por la senda de la verdad y me iluminéis siempre en los divinos preceptos, para no faltar a ellos.

Sandra miró a Adela, que permanecía muy concentrada, al igual que Leocadia. Enriqueta se mantenía algo distante, observando las reacciones de Emelina, que continuó su letanía.

—Espíritus muy amados, ángeles guardianes, vosotros a quienes Dios en su infinita misericordia permite velar sobre los hombres, sed nuestros protectores en las pruebas de nuestra vida terrestre. Dadnos fuerza, valor y resignación, inspiradnos todo lo bueno, detenednos en la pendiente del mal y que vuestra dulce influencia penetre en nuestra alma.

Sandra notó que las llamas de las velas se movieron y no supo si atribuirlo a una corriente de aire. En verdad no había movimiento de aire alguno en el exterior.

—Ya estamos protegidos —dijo Emelina.

—Gracias a Dios —contestó Adela, que no había sentido nada.

—Espíritu de la persona que responde al nombre de Rita Carvalho, te conjuramos para que respondas a nuestras preguntas.

El silencio se hizo eterno en la mesa. Emelina volvió a repetir la orden. Nada ocurrió.

—Tal vez no se haya levantado aún —dijo Adela—. Es temprano todavía.

—¿Duermen los espíritus, Adela? —preguntó Enriqueta.

—Silencio, por favor —pidió Emelina.

Repitió el exhorto por tercera vez.

—Noto algo —dijo Leocadia—. Haga la pregunta, Emelina.

La novia de Olegario asintió.

—¿Por qué no te has marchado al otro mundo?

Sandra tenía un respeto enorme por aquellas prácticas, pero la pregunta le sonó algo extraña, como de otra época.

—Ha respondido —dijo Leocadia—. ¿Lo han escuchado?

Todas negaron.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Emelina.

—Responde con palabras sueltas. Ha dicho «sufrimiento», y luego «castigo».

A Sandra se le erizó el escaso vello de los brazos, y todavía no había escuchado nada.

—Queremos que te vayas en paz —prosiguió Emelina—. ¿Qué podemos hacer para conseguirlo?

Las mujeres se miraron en silencio. Emelina hizo una afirmación con la cabeza.

—Ahora la he oído yo. Ha dicho «enterramiento», y luego «apropiado».

—Yo no he escuchado nada —dijo Leocadia.

—Yo tampoco —añadió Sandra.

—¿Dónde está ese enterramiento? —preguntó Emelina en voz alta.

Entonces Sandra escuchó claramente la voz que temía oír. La misma que le había ordenado en varias ocasiones que se fuera de la casa.

—«No está», ha dicho «no está», lo acabo de escuchar —informó Sandra.

Emelina le dirigió una leve sonrisa tranquilizadora y volvió a preguntar.

—¿Debe estar? ¿Hay que hacer un enterramiento apropiado?

La luz de las velas volvió a moverse. Emelina decidió darle la vuelta a la pregunta.

—¿Dónde está lo que hay que enterrar de modo apropiado?

Y las tres mujeres, Sandra, Leocadia y Emelina, escucharon al unísono la respuesta, que les llegó en forma de suspiro desgarrador, apenas audible.

«Abajo». «En lo más profundo».

—Abajo, en lo más profundo —repitió Sandra, alelada.

Y las llamas de las velas se apagaron de golpe, como si un soplo se hubiera centrado en ellas.

—Creo que hemos terminado —dijo Emelina—. Se ha ido.

—No me he enterado de nada —dijo Enriqueta.

—Yo tampoco —confesó Adela—. Pero me lo creo a pies juntillas.

—Ahora hay que dilucidar dónde está eso que llama «lo más profundo» —sentenció Enriqueta—. ¿Alguien tiene alguna idea?

La Laguna.

—Lo que no esperaba era tener tanto público —dijo Marta a Ariosto.

Tras ella, las cinco mujeres que habían intervenido en la sesión paranormal contemplaban con curiosidad los preparativos de Olegario.

El chófer había sacado del Mercedes 300 del sesenta de Ariosto tres cilindros metálicos de color amarillo, todos idénticos, de los que sobresalía un bastón plateado.

—Son gatos hidráulicos de cuerpo giratorio —explicó Olegario a las señoras—. Sirven para levantar pesos de hasta cinco toneladas cada uno. Con la palanca de accionamiento se eleva la cuña, que se coloca bajo el objeto que se pretenda levantar. La velocidad de descenso está regulada por una válvula y llevan protección contra sobrecarga.

Todas adoptaron una expresión de grata sorpresa.

—Es que los tiempos adelantan que es una barbaridad —comentó Adela.

Olegario bajó los artilugios al sótano y los dispuso alrededor del arcón de acero. Uno en la cabecera y dos en los lados.

—Con tres bastará —comentó a Marta, que se encontraba a su lado. Ariosto también estaba abajo, un par de pasos alejado, para no molestar. El resto de los congregados tuvo que conformarse con ver el espectáculo desde arriba.

Marta se había traído un par de focos halógenos con batería incorporada y la cámara de fotos para registrar lo que se encontrase. Había llamado a sus colaboradores de la anterior apertura del sótano, pero estaban todos ocupados. Ariosto y Olegario se habían ofrecido como ayudantes arqueólogos a sus órdenes.

La luz de la lámpara anegaba todo el habitáculo y proyectaba densas sombras sobre las paredes del fondo. La luz del reflector comenzaba a aportar calor en aquel lugar tan estrecho.

—¿Empiezo ya, profesora? —preguntó Olegario.

—Adelante, cuando quieras —animó la arqueóloga.

Olegario logró introducir el comienzo de las finas cuñas en los bordes de la caja metálica donde encontraron los libros. Subió alternativamente cada gato unos milímetros hasta que pudo encajar las calzas por completo debajo del pesado armatoste. Entonces fue subiendo cada una un par de milímetros de modo secuencial, de forma que el arcón mantuviera su estabilidad apoyado en los gatos.

Ante los ojos asombrados de los asistentes, aquel cofre grande fue separándose del suelo poco

a poco, hasta que el paciente trabajo de Olegario, ayudado por Marta y Ariosto, cada uno accionando un gato, lo elevó a la altura de un metro, lo máximo que permitían los elevadores.

—Ahora hay que levantar la otra losa —indicó Marta.

Olegario sacó de una bolsa un carrete de nailon grueso, varias poleas pequeñas de acero y otros dos artilugios metálicos. Se entretuvo unos minutos enrollando dos hilos alrededor de unas anillas que incrustó en las paredes cercanas.

—Cuando quiera, señor, ya hemos hecho esto —dijo, en cuanto hubo acabado los preparativos.

—¿Por dónde tiro yo? —preguntó Ariosto, quitándose la chaqueta

—Por aquel extremo y a su izquierda —indicó el chófer—. Yo impulsaré en sentido contrario. La fuerza combinada debe de ser capaz de levantar la losa.

Sandra y las demás mujeres miraban a los dos hombres sorprendidas. El montaje de poleas que había hecho Olegario en un santiamén era un galimatías de hilos sin sentido para ellas. No obstante, cuando ambos comenzaron a tirar de los extremos, el hilo se tensó y la losa comenzó a moverse a los pocos segundos, para asombro de las espectadoras.

—Esto ya lo he vivido yo —dijo Sandra—. Cuando levantamos la tumba de la familia de Amaro Pargo en la iglesia de Santo Domingo.

—Buena memoria, señorita —dijo Olegario, con la respiración algo fatigada del esfuerzo de mover las poleas.

Cuando la tapa se levantó lo suficiente, Marta se arrodilló y encendió a su vez una de las linternas led de alta potencia. La sombra de la losa no dejaba ver el interior del hueco que existía debajo de la lápida.

—Espere un momento a que asegure los cables —indicó Olegario, que realizó la operación prometida.

—Ahora ya puede mirar, profesora.

Marta reptó al lado del extremo de la losa levantada y se asomó al hueco.

Desde arriba, Adela le preguntó.

—¿Qué ves, Marta?

Y la arqueóloga, esta vez, no pudo reprimir la contestación a lo Howard Carter:

—Cosas maravillosas... y terribles.

La Laguna.

—Le agradezco que me haya recibido tan pronto, señor notario —dijo Michael.

—Dada la premura que se evidenciaba en su llamada, no podía hacer menos que atenderlo de inmediato —contestó Alfonso Urdiales, el notario—. Permítame darle el pésame por la muerte de su primo Donald.

—Muchas gracias. El tiempo, en este caso, es primordial.

Michael acababa de llegar a La Laguna procedente del aeropuerto. Allí le esperaba Rogério, que había prometido llegar antes que él a la isla y lo había cumplido. Desde Los Rodeos tomaron un taxi directo a la notaría de la avenida Trinidad. Era mediodía, y aunque Michael solo había probado en toda la mañana el sándwich de sabor indefinido que le habían ofrecido en el avión de Binter, no tenía hambre. Se sentía más ansioso que otra cosa.

—El motivo de mi llamada —añadió Michael— es comunicarle que ya he cumplido con la condición impuesta por mi querido tío Juan en su testamento.

—¿Ya? —El notario estaba sorprendido.

Michael, con algo de teatralidad, sacó de una maleta especial que portaba una botella de vidrio verde sin etiqueta.

—Aquí está —dijo, extasiado—. Una botella de albillo prieto. La única que existe.

El notario observó el envase con curiosidad y cautela. Detrás de esa botella se encontraban veinticinco millones de euros, además de otras propiedades.

—Permítame releer el testamento, si es tan amable — solicitó el notario.

—Proceda —respondió Michael, satisfecho de cómo iban rodando las cosas.

El notario se levantó y salió de la sala de firmas a buscar el documento. Volvió al cabo de un par de minutos con unos folios en la mano y se sentó.

—Le leo, señor Fitz-Stuart: *Concedo a legatarios principales un plazo de seis meses para conseguir al menos una botella de vino realizado de modo exclusivo con la variedad albillo prieto... Deberán presentar ante este mismo notario o a quien le suceda dicha botella, cuya autenticidad y buen estado deberá ser verificada por dos técnicos enólogos independientes elegidos por él.*

—Aquí le traigo certificados de dos de los principales enólogos de Madeira que acreditan que el contenido de esta botella cumple con los requisitos del testamento —añadió Michael, que extrajo dos sobres de su cartera y los depositó en la mesa del notario.

—Muy diligente de su parte, señor, pero los técnicos deben ser elegidos por mí —contestó el notario.

—¿No podemos abreviar ese paso? Ya tiene los informes.

—Me temo que no es así como debo proceder. Mi actuación debe ser clara y transparente. Existe un heredero subsidiario que puede y debe comprobar que todo lo que yo hago es legal y conforme a la voluntad del testador. No lo tome a mal, no es nada personal, es mi trabajo.

—Lo imagino —respondió Michael nada contento—, ¿puede usted encargarse de que se elaboren esos informes?

—Por supuesto, con mucho gusto. Para evitar todo tipo de suspicacias, solicitaré al director de la Casa del Vino que me indique el nombre de los dos mejores enólogos de la isla, sin especificarle para qué.

—Muy bien. ¿Puede ser de inmediato?

—¿Esta misma tarde? No sé si esas personas estarán disponibles.

—Tienen que estarlo, señor notario. Pagaré a cada uno de los enólogos cien mil euros si tenemos esos informes esta noche.

—Es un buen incentivo, sin duda —se admiró el notario—. Concédame unos minutos para hacer la llamada.

Michael esperó a que el fedatario público saliese de la sala de firmas hacia su despacho para llamar por teléfono. Intentó ocupar su tiempo hojeando un par de revistas de una mesa auxiliar pero tuvo que desistir, trataban sobre temas notariales e inmobiliarios.

El notario apareció a los cinco minutos con una sonrisa en el rostro.

—He conseguido a los dos enólogos —dijo—. Están recomendados por una de las mayores autoridades en vino de la isla. Esta noche a las diez tendrá los resultados. Le esperaré aquí, haciendo horas extras —el notario sonrió—, que le cobraré oportunamente, claro. Comprendo su prisa, y usted debe comprender el pequeño sobrecoste que ello supone.

—No hay problema. ¿Nos vemos aquí a las diez entonces?

—Así lo haremos. Tengo que quedarme la botella, como comprenderá.

—Claro. Confío en su profesionalidad.

—Por descontado, señor Fitz-Stuart, quiero que siga usted siendo mi cliente durante muchos años más.

Michael, a su pesar, entendió que lo que planteaba el notario entraba dentro de la lógica. Tocaba esperar.

Se despidió del notario y salió a la sala de espera, donde le aguardaba Rogério.

—¿Cómo ha ido la cosa, jefe? ¿Arreglado?

Michael miró a Rogério con fastidio.

—Todavía no, por desgracia. El testamento exigía la comprobación del vino por dos enólogos. No valen los de Madeira. Tendremos los resultados esta noche.

Rogério no se esperaba aquella dilación, pero se resignó. Caminó detrás de su jefe cuando este se dispuso a salir de la notaría. Al pasar por una de las ventanas no pudo evitar mirar al exterior y descubrir, agazapada a medias tras una esquina, la figura delgada de Agostinho, que no perdía detalle de lo que ocurría en la puerta del edificio. No le gustaba ese tipo, pero a veces

había aliarse con el diablo si hacía falta.

Rogério intentó tranquilizarse diciéndose que, realidad, el diablo era él. ¿O no?

La Laguna.

—Hoy parece un día de fiesta, inspector.

Galán se mostró asombrado ante la frase de Leocadia.

—¿Por qué lo dice?

—Porque ha venido más gente a esta casa en un solo día que en los últimos diez años.

Galán y Ramos entraron en la mansión y se toparon con un grupo de personas arremolinadas en torno a la escalera del distribuidor central de la casa. El policía observó mejor y se dio cuenta de que la atención del grupo se centraba en algo que había detrás de los escalones. Reconoció a Sandra y a las hermanas Cambreleng, que no se perdían una.

—La señorita Marta y el señor Ariosto han descubierto otro sótano dentro del sótano. No sabemos lo que van a encontrar.

Galán alzó una ceja, sorprendido. Marta le había comentado la noche anterior que tenía ciertas sospechas, pero de ahí a que estuviera en un subterráneo, con lo poco que le gustaban a ella, era otra historia.

—No queremos molestar, Leocadia —dijo el policía—. ¿Podría facilitarnos la correspondencia de don Juan? Las últimas cartas que recibió son las que nos interesan.

—Por supuesto. El señor era muy ordenado en esas cosas. Guardaba las cartas importantes en una carpeta en su despacho. Síganme, por favor.

Ramos echó un vistazo al conjunto de mujeres que contemplaban lo que estaba ocurriendo en el piso inferior. Parecían extasiadas y, por un momento, deseó más curiosear con ellas en lo que estuviesen mirando que dedicarse a hurgar en la correspondencia de un difunto. Sin embargo, por descontento, siguió a Galán y a Leocadia en su ascenso por la escalera hacia el piso superior.

La asistenta les guio por un camino que ya conocían hasta llegar al cuarto donde el propietario de la casa se dedicaba a llevar sus asuntos personales. Leocadia abrió el cajón inferior de un mueble biblioteca atestado de libros que Galán reconoció a primera vista como novelas de misterio. Una carpeta de cartón azul con cierre de gomas en las esquinas apareció en las manos de la mujer.

—Aquí están todas las cartas que recibió este año. Archivaba cada anualidad por separado.

Galán se dijo que aquello ya deberían haberlo hecho antes. El error de donde seguían todos los fallos provenía de la primera consideración de la muerte de Juan Fitz-Stuart como natural.

—Puede usted marcharse, Leo. Le agradezco la colaboración. Marta y Ariosto le esperan

abajo.

—Ya ve usted. Tantos años trabajando aquí y yo sin saber lo que había debajo de la casa.

Leocadia salió de la habitación poco menos que corriendo y dejó solos a los policías.

—Lo siento por ti, jefe, pero Marta es la reina de la fiesta hoy —dijo Ramos.

—No hay problema. Nosotros a lo nuestro.

Galán colocó la carpeta sobre la mesa de trabajo y la abrió. Un montón de papeles de distintos tamaños aparecieron unos sobre otros, guardando un cierto orden, ante sus ojos. El policía, sintiendo la mirada de Ramos a su espalda, no necesitó más que unos segundos para advertir que los papeles estaban ordenados de lo más reciente a lo más antiguo.

—Facturas de la luz y del agua. Esto es lo primero.

—De eso no nos libramos ninguno —comentó Ramos.

Galán fue separando los documentos y colocándolos a un lado del revés, de forma que mantuvieran el orden establecido.

El cuarto documento era una carta de la Clinique de Genolier, el hospital suizo que indicó Isidoro, fechada cinco días antes de la muerte de don Juan. El texto estaba en francés, pero era bastante entendible:

Los resultados de los últimos análisis confirman el diagnóstico inicial. Si no se somete tratamiento recomendado, su esperanza de vida no será superior a tres meses. Conocemos su reticencia ante los fármacos que entendemos deben administrársele, pero comprenda que para luchar contra la enfermedad debe ser usted el primero en colaborar.

—¿Lo has entendido, Ramos?

—*Bien sûr, monsieur.*

Galán miró al subinspector. No se esperaba la respuesta.

—Eres un saco de sorpresas.

—*Merci beaucoup.*

—Don Juan estaba bastante mal, por lo que se dice aquí. Me extraña que no hubiera referencias a su enfermedad en la autopsia.

—Los médicos forenses buscan causas de muerte, no otras cosas. Sin embargo, el hecho de que hubiese comprado un billete para viajar a Suiza indica que no lo tenía claro del todo en cuanto a lo de someterse al tratamiento.

—Eso nunca lo sabremos, Ramos. Habría que comprobar la fecha de compra del vuelo. Es posible que la hiciera con mucha antelación. De cualquier manera, es un indicio.

Galán revisó dos documentos más. Un extracto bancario de una cuenta con un saldo medio de tres mil euros y una carta de otro banco nacional en que le informaban de los resultados económicos del primer semestre del año. Positivos, por supuesto.

El tercero y el cuarto eran dos recetas médicas sin fecha, idénticas, firmadas por un doctor particular, de forma que don Juan pudiera utilizarlas cuando quisiera. Ramos tomó nota del nombre. La medicina recetada era Rohipnol.

—Ya sabemos de dónde vino el fármaco —dijo Ramos.

—Esto está derivando de una manera distinta a como teníamos pensado —dijo Galán, tanto para el subinspector como para sí mismo.

Debajo de las recetas Galán encontró un sobre pequeño, tamaño octavilla, cerrado y con un remite claro: *Sres. de la policía.*

El inspector lo abrió y extrajo una nota breve en un papel del mismo tamaño. Estaba escrita a mano y Galán no tuvo dudas sobre su autoría.

Estimado agente:

Si ha llegado hasta aquí, es porque mi muerte puede haber provocado alguna duda sobre su causa. No busque más. La sobredosis del fármaco, mezclada con uno de los mejores vinos del mundo, es idea mía y la he llevado a cabo personalmente sin ayuda de nadie. Me queda muy poco tiempo y prefiero abandonar este mundo cuándo y cómo yo lo decida, dejando todo atado y con la previsión del desarrollo de un plan, que me llena de gozo, sobre cómo mis herederos van a intentar gestionar su futura herencia, si es que la consiguen. Convendría por su parte comprobar sus pasos, no me extrañaría que trataran de hacerse trampas.

Cuando aparezca la botella, no duden en brindar por mi memoria.

Sin otro particular, me despido de usted y espero verle, más tarde que pronto, en el otro barrio.

Juan Fitz-Stuart.

—Hay que joderse con el viejo —dijo Ramos en cuanto terminó de leer—. Nos ha tomado el pelo a todos.

Galán asintió, algo divertido.

—¿Sabes qué, Ramos? En el fondo lo prefiero así. Leocadia e Isidoro me caían simpáticos.

—Siempre has sido un blando, jefe. No cambiarás nunca.

La Laguna.

—¿Puedes ser un poco más explícita, Marta? — preguntó Enriqueta desde lo alto.

—La verdad es que es difícil —respondió la arqueóloga.

Ante sus ojos aparecía una oquedad relativamente pequeña, de unos dos metros de largo por uno de ancho y un metro de profundidad. Contemplaba una especie de nicho, un sarcófago grande, repleto de objetos brillantes. El color dorado de muchos de ellos le indicó el metal con que estaban labrados. Enseguida reconoció el estilo inca, inconfundible, en varias máscaras rituales, pectorales, collares, brazaletes, sortijas variadas y otros objetos de ajuar doméstico. Confundido entre ellos, Marta descubrió la presencia de huesos.

Era un esqueleto, sin duda.

No tardó en encontrar el cráneo. Mechones de pelo negro rizado todavía se encontraban adheridos al hueso, aunque sabía que se desharían al tocarlos.

—Creo que hemos encontrado el ajuar funerario del Inca Yupanqui —comentó.

—¿Entonces es cierta toda esa historia? —preguntó Sandra desde el plano superior.

—Yo diría que sí. Este es el lugar donde Rita escondió el tesoro tras traerlo de Brasil. Habrá aquí más de cincuenta piezas, la mayoría de oro y muchas de ellas con piedras preciosas.

Marta procedió a fotografiar el contenido de la cavidad antes de echar de nuevo otro vistazo y dejar su sitio a Ariosto.

—Con cuidado, por favor.

—Por supuesto —respondió Ariosto.

Marta se irguió y miró a las mujeres que la observaban expectantes en lo alto de la escalera.

—Hay algo más, ¿verdad? —preguntó Emelina.

Marta asintió. O aquella mujer sabía más de lo que aparentaba, o su mente de arqueóloga era transparente.

—Sí. Hay un esqueleto.

—Es ella —dijo Leocadia, que se había incorporado justo cuando Marta examinó el interior del nicho.

—A simple vista no podemos saber de quién se trata. El hecho es que los restos de un cadáver se confunden con las joyas y demás piezas del enterramiento inca.

—El cuerpo de Rita Carvalho nunca fue encontrado —dijo Enriqueta—. Y esta era la razón. No buscaron en el sótano de la casa chamuscada.

—¿Tú qué crees, Enriqueta? —preguntó Adela— ¿Sorprendió a Rita el incendio y no tuvo tiempo de marcharse?

—Me temo que la respuesta puede ser más macabra —respondió su hermana—. Yo creo que Pirés prendió fuego a la casa y encerró a Rita en el sótano y luego echó encima la losa y el arcón de acero. Tal vez la dejara sin sentido o la matara, eso puede que algún examen nos lo diga, pero que esto es obra del cónsul, no me cabe la menor duda.

Todas guardaron silencio ante la hipótesis de Enriqueta.

—El cráneo tiene un golpe claro en su parte posterior —dijo Ariosto abajo, observando el interior de la oquedad—. Rita no se quedó en este agujero por su propia voluntad, eso seguro.

—¿Creéis que Pirés se inmoló tras asesinar a Rita, como una manera de acabar con el hechizo que él pensaba que lo poseía? —preguntó Adela a las demás.

—Me da que el fuego se le fue de las manos —dijo Olegario, que había permanecido callado hasta entonces—. En las casas viejas de madera corre muy rápido y de una manera imprevisible. Lo que no sé es cómo fue capaz de mover este arcón para colocarlo encima del nicho. Debe pesar media tonelada.

Ariosto se levantó y, junto con Marta, examinaron la pesada arca metálica.

—La única explicación es que este armario de acero estuviera en vertical y Pirés lo empujara para que cayera en horizontal sobre la losa. Incluso así tuvo que aplicar una fuerza extraordinaria.

—Quedémonos con esa explicación, señor —dijo Olegario—. Muchas veces la primera idea es la buena. Y no le demos más vueltas. Lo digo por nuestra tranquilidad mental, y espiritual.

—Estoy con Sebastián —dijo Adela—. Otras explicaciones pueden resultar poco ortodoxas. ¿Quién sabe si Pirés también estaba metido en ese mundo de lo esotérico?

—Baja al suelo, guapa —cortó Enriqueta—. Aquí las únicas evidencias que tenemos es que a esa mujer la golpearon y la encerraron en ese nicho mientras la casa estaba ardiendo. Y quien tiene todas las papeletas de ser el autor es el cónsul Pirés. Suena horrible, pero creo que es la mejor explicación que nos podemos plantear.

—En cualquier caso —intervino Emelina, solemne—, nos corresponde a nosotros dar buen fin a todo este asunto.

Adela y Leocadia asintieron.

—Hay que enterrar apropiadamente los huesos —dijo la asistenta—. Y cuanto antes mejor.

—Ahora mismo —añadió Emelina.

Todas las miradas se centraron en Marta, la arqueóloga.

—¿Saben lo que les digo? —dijo para todos—. Que me voy a tomar un café. Estoy segura de que Luis y Olegario lo necesitan tanto como yo. Y a las señoras que se quedan a cargo de todo, les ruego que actúen rápido, antes de que me arrepienta.

La Laguna.

—Señor Fitz-Stuart, como le dije, ya dispongo de los informes enológicos de la botella aportada por usted.

Michael había sido citado por el notario en sus oficinas a las nueve de la noche, una hora antes del plazo preestablecido, lo que el inglés había interpretado como síntoma de buen augurio.

Rogério había entrado con él en la notaría por pura insistencia, a lo que no se opuso el fedatario público. En aquel momento se encontraban los tres en su despacho personal, sentados en torno a una mesa enorme de cristal, limpia de objetos salvo por un ordenador y los documentos del asunto que los había llevado allí.

—Muy bien, ¿y qué dicen? —preguntó Michael.

El notario se rascó la punta de la nariz, su prelude al enfrentamiento con un tema espinoso.

—Lo que dicen es que ese vino no es albillo prieto, al menos en un cien por cien.

—¿Cómo?! —Michael preguntó y se levantó sin darse cuenta de la silla. Rogério, a su lado, se puso blanco—. ¡No es posible!

El notario esperaba una reacción similar, por lo que no se inmutó.

—Si me permite, se lo explico. Los dos informes se han realizado de modo independiente por expertos enólogos, que han dejado cuanto estaban haciendo por elaborarlo en tiempo récord. —El tono del notario era firme y serio, pero sin resultar agresivo—. Ambos coinciden. El contenido de esta botella se compone de la variedad listán blanco en un sesenta por ciento y de albillo prieto en el resto.

—No puede ser —repuso Michael en un tono menor, dejándose caer en la silla.

—Dado lo rápido que ha conseguido la botella presumo que alguien se la ha vendido. Si quien lo ha hecho le ha asegurado que se trataba de albillo prieto cien por cien le ha engañado. ¿Puedo preguntarle a quién se la ha comprado?

Michael no hizo caso a la pregunta del notario. Se encontraba estupefacto.

—Pero, ¿y los informes de Madeira?

El notario dejó sobre la mesa los informes enológicos que acababa de mirar y tomó de la carpeta los que Michael le había entregado horas antes.

—Si leemos al detalle esos informes de los técnicos de Blandy's, comprobaremos que concluyen que el contenido de una de las botellas es de albillo Prieto, pero por descarte. Parten de la premisa, que ha resultado falsa, de que una de entre seis botellas era de esa variedad. Como las

demás pudieron ser identificadas, a la que faltaba se le atribuyó erróneamente que pertenecía a esa variedad, con toda seguridad por desconocimiento.

—¿Dicen eso los informes?

El notario se los acercó.

—Usted mismo.

Michael los cogió y apenas los miró. No podía concentrarse en ninguna lectura. Miró a Rogério, que parecía hundido en su asiento.

—¿No decías que era albillo prieto? —le preguntó.

Rogério se encogió de hombros.

—Nunca había probado un vino así. Tenía que ser esa variedad. No podía ser otra.

El notario previó un enfrentamiento en sus narices e intervino.

—Pues me temo que no lo es en la medida en que lo exige el testamento. Recuerden que se especifica que sea un vino cien por cien de la variedad.

—¿Y eso qué significa? —inquirió Michael, que se volvió al notario y se olvidó del portugués.

—Pues que la botella no es válida. No le puedo adjudicar el legado basándome en ella. No se preocupe, le recuerdo que aún le quedan cinco meses y medio para presentar otra. Hasta entonces, nadie tocará nada de la masa hereditaria.

Michael asintió mecánicamente, mirando al suelo. No había más botellas. De eso estaba prácticamente seguro. Y uvas para hacer el vino tampoco. Los hombres de Donald las habían cortado antes de tiempo y las habían echado a perder.

—Señor notario, en referencia a todo esto, ¿podríamos arreglarlo de alguna manera? —musitó Michael, dubitativo. Era su último cartucho.

—Me olvidaré de que me ha hecho esa pregunta. —El notario le dirigió una mirada de indignación—. Señor Fitz-Stuart, estamos igual que antes. La única diferencia es que me han pasado estas dos facturas de los enólogos canarios por sus servicios para que se las presente. Contienen los honorarios que usted ofreció.

El notario le acercó dos sobres de tamaño ejecutivo al borde de la mesa y se levantó de su asiento.

—¿Tiene alguna pregunta más? Es algo tarde.

Michael tomó los sobres con la mirada perdida en la cortina de la ventana del despacho. No reaccionaba. El notario miró a Rogério y le hizo una seña con la cabeza para que se ocupara del inglés.

—Puede usted volver cuando consiga otra botella. Le atenderé con todo gusto, pero asegúrese de que sea de la variedad correcta. Ahora, si no les importa, me esperan.

Rogério tomó del brazo a Michael, que permanecía anonadado, y lo sacó del despacho. El notario les acompañó hasta la puerta de la notaría, se despidió y la cerró en cuanto salieron.

Rogério y Michael bajaron el piso que los separaba de la planta baja y de la salida y, al llegar al zaguán, junto a la puerta de la calle, una figura se separó de los buzones y les interceptó la salida. Rogério reconoció el rostro de Agostinho, que le pareció más siniestro que nunca.

—¿Todo bien? —preguntó.

Rogério volvió a la blancura inmaculada en su tez y apenas pudo negar con la cabeza. Michael no entendía qué quería aquel sujeto.

Agostinho sacó de su bolsillo una navaja enorme y apretó con el pulgar el botón de apertura. Con un chasquido, una hoja metálica reluciente salió de su vaina, dura, fría, y amenazante.

—¿Y qué hay de mi dinero?

Puerto de la Cruz, al día siguiente.

Olegario aparcó el coche de Emelina en un espacio relativamente amplio entre varios edificios de la parte alta del recinto de la Fundación Hogar Santa Rita. El chófer de Ariosto y su pareja bajaron del automóvil y se dirigieron a la edificación administrativa.

—Esto es enorme —dijo Olegario, que se enfrentaba a aquella pequeña ciudad por primera vez.

—Lo que han hecho los de la fundación es increíble —añadió Emelina—. Hay más de quinientos ancianos viviendo aquí.

Olegario, admirado, echó un vistazo a su alrededor.

—El esfuerzo de quien está detrás de todo esto reafirma la confianza que debemos tener en la buena gente. Deberían tener más apoyo de los poderes públicos.

—Lo tienen pero es poco, y como dices tú, deberían tener más.

Emelina y Olegario entraron en la construcción prefabricada de madera que rompía con la estética del entorno, que compensaba por su función eminentemente práctica.

—Tenemos cita con Celso Viña —anunció Emelina a la secretaria que les atendió.

—Don Celso estaba esperándoles. Les atenderá enseguida —les aseguró.

Lo de enseguida fue cierto, y Viña apareció por una de las puertas antes de treinta segundos y les invitó a entrar en su oficina.

—Sospechaba que debías de estar al caer de un momento a otro, Emelina —dijo Viña, ofreciéndoles asiento.

—Este año mi padre no ha podido venir, como era su costumbre, pero me ha enviado a mí.

—Cualquier miembro de tu familia es bienvenido, querida. Tu padre lleva años siendo socio protector de nuestra fundación, y no sabes cómo se lo agradecemos.

—Esta vez vengo con un encargo especial.

Viña sonrió. Estaba esperando el anuncio.

—¿Qué nos traes?

Emelina y Olegario se miraron, divertidos, se sentían comparsas de un espectáculo previamente definido.

—Ya lo sabes, Celso. Es una botella, como todos los años. Aunque en esta ocasión es algo especial.

Viña casi se persignó.

—¿Es la botella?

—Sí —respondió la mujer—. Es la botella. La única que hay. Con total seguridad.

—Tu padre es un santo. Le levantaremos una estatua.

—Olvídate de estatuas, Celso. Las gracias hay que dárselas a don Juan también.

Viña no necesitó reflexionar mucho sobre la frase de Emelina.

—Don Juan Fitz-Stuart merece que inscribamos su nombre en esta fundación en letras de oro.

—Y pensar que idearon todo en una noche de vinos —se rio Emelina.

—Las ideas geniales a veces están precedidas del consumo de ese regalo de la naturaleza. Llevaremos la botella al notario para que la analice, y allí se quedará hasta que se cumpla el plazo de los seis meses.

—No se les ocurra comprometer el dinero del testamento por adelantado —aconsejó Olegario.

—Claro que no, pero, ¿por qué lo dice? —preguntó Viña.

—Por lo poco que conozco a don Juan Fitz-Stuart, y viendo cómo me han contado que se ha desarrollado este asunto de la herencia, no me sorprendería nada que el bueno del testador se guardase una carta en la manga.

—¿Una carta?

—Lo dicho, don Celso, que hasta que no acabe la partida, no cante victoria.

—Quedan cinco meses. Hay que esperar. Esta botella es nuestra esperanza. Poca gente sabe lo buenos amigos que eran Eulogio Brito y Juan Fitz-Stuart. Que Dios los bendiga.

—Lo que usted quiera, pero algo me dice que esto no ha acabado aquí —sentenció Olegario.

La Laguna.

Leocadia recogió el correo, como todos los días, pasadas las doce de la mañana. En esta ocasión la correspondencia era escasa. Un recibo de agua, dos panfletos publicitarios de un supermercado y de una gran superficie, y una carta dirigida a su nombre.

A su nombre.

Aquello le extrañó. Nadie le escribía nunca allí. Jamás había dado la dirección de la casa de don Juan para recibir su propio correo. La dirección estaba escrita a máquina y no había remitente al dorso del sobre.

La asistenta cerró la puerta principal y se llevó los papeles a la mesa de la cocina. Tomó el sobre misterioso y lo abrió con el filo de un cuchillo.

Dentro descubrió dos papeles tamaño folio doblados sobre sí mismos. El primero estaba escrito a mano. Reconoció de inmediato la letra de don Juan. El otro eran unos resultados de análisis clínicos, escritos en francés.

Intrigada, escogió la misiva en primer lugar. El texto era breve:

Querida Leocadia,

Ayer recibí la confirmación de una sospecha que me ha acompañado toda tu vida, que ha llegado a tiempo, por fortuna.

El documento que acompaña a esta carta es el resultado del análisis de nuestros ADN realizado en un centro especializado de prestigio internacional.

Como se demuestra de modo científico, eres hija mía.

Esta noticia me llena de satisfacción y al mismo tiempo de vergüenza por no haberte dado la vida que te merecías. Y todavía sigo siendo tan cobarde como para no ser capaz de decírtelo a la cara.

La vida no me permitió amar a tu madre, mi querida Isabel, como hubiera deseado. Es lo que tiene vivir la juventud en un entorno severo, casi hostil. Es el segundo gran error de mi vida. Y no tiene remedio.

Como hija, tienes derecho a la totalidad de la herencia, salvo el tercio de libre disposición, que queda para mis legatarios, sean los que sean. Haz buen uso de ese dinero y sé mejor persona que yo, lo que no es demasiado difícil.

Recuérdame, si no como un buen padre, al menos como un buen amigo.

Te quiere y te ha querido siempre, sin saberlo.

Juan Fitz-Stuart.

Leocadia se quedó petrificada, de pie, en la cocina. Leyó la carta dos veces más y estuvo a punto de pellizcarse. Cuando asumió el contenido, se dejó caer lentamente en una de las sillas y con el dedo índice logró contener una lágrima que resbalaba por su mejilla, camino del fin de su infelicidad.

La Laguna, seis meses después.

—Estimada Leocadia, no puedo aceptar lo que usted me ofrece.

—Haga el favor de escucharme, don Luis. Por una vez, se va a callar y va a permitirme el capricho.

Ariosto se encontraba con Leocadia e Isidoro en la terraza del Casino de La Laguna en una mañana soleada de marzo, cuando el tiempo invernal dejaba paso al calor tímido de la primavera.

—Ayer estuve con Celso Viña en el notario y lo firmamos todo —añadió la mujer—. Al ser hija natural y por tanto heredera directa, el testamento quedó sin validez. Por mi propia voluntad, he decidido compartir la herencia con la Fundación Hogar Santa Rita. Es demasiado dinero para mí sola y a ellos les hace falta.

—Es una decisión que le honra, amiga mía.

—Gracias. También he apartado un poco de dinero para mi nuevo primo, Michael, que sé que no lo está pasando bien.

—¿Cómo se encuentra?

—Puede que salga del hospital el mes que viene. Las cuchilladas que recibió de aquel hombre, el portugués, casi lo matan. Menos mal que llegaron a tiempo las asistencias médicas.

—Tengo entendido que aquellos dos hombres, el tal Rogério y su compinche, Agostinho, han sido condenados a pasar unos cuantos años a la sombra.

—Sí. Las acusaciones mutuas que se hicieron entre ellos desvelaron a la policía el plan que tramaban para apropiarse del dinero de la herencia y, lo que es peor, cómo perpetraron el asesinato del pobre Donald.

—Es terrible. Y si no se hubieran peleado tal vez habrían escapado de la justicia.

—La justicia divina siempre prevalece.

—No lo dudo.

Leocadia tomó un sorbo de la infusión de poleo menta que estaba tomando. Su esposo, Isidoro, se mantenía en un segundo plano, callado y escuchando.

—Sigue sin parecerme bien su última idea, Leocadia.

—Entiéndalo como un regalo, don Luis. Quiero obsequiar a todas aquellas personas que estuvieron conmigo aquellos días con un pequeño detalle. A doña Adela, doña Enriqueta, Sandra, Marta, Emelina, Galán, Ramos y a usted y a su chófer Olegario. Son mis verdaderos amigos.

—Cincuenta mil euros a cada uno no es lo que se considera un pequeño detalle, precisamente.

—Si me hace feliz, ¿por qué se opone?

—En mi caso, porque no lo necesito. Si quiere regalarme algo, que sea otra cosa.

Leocadia pensó un segundo en qué podría consistir ese regalo.

—¿El piano del salón? —preguntó, no muy segura.

Una sonrisa se abrió en el rostro de Ariosto.

—Eso es otra cosa.

—Pues ya está. Arreglado el asunto.

Ariosto acabó su rooibos con sabor a ciruela antes de que se le enfriara del todo.

—Leocadia, ya sé que el tesoro de Túpac Inca Yupanqui fue devuelto a su lugar de origen, el museo municipal de Lima, donde se ha vuelto a exponer. Ocupó varias portadas en la prensa. Pero tengo una pregunta.

—Dígame.

—¿Fue usted la que envió la nota al casillero de Marta en la universidad?

—Ese fui yo —intervino Isidoro—. Descubrí de modo accidental la posible conexión ente el tesoro inca y el collar de la bolsa. Estar tantos años con Leocadia tiene esas cosas. Yo no disponía de los medios para sacarlo a la luz, pero usted y la profesora Marta sí que podían. Y lo hicieron.

Ariosto sonrió, agradecido por el reconocimiento. Tocaba su última pregunta:

—¿Qué hicieron con los restos de Rita? ¿Ha vuelto a manifestarse de algún modo?

—Rita descansa en paz para siempre. De eso nos ocupamos Emelina y yo con todo cuidado y cariño. Está en un lugar apropiado y no volverá, de eso estamos seguras.

—Me alegro de escucharlo y estoy convencido de que Sandra también lo estará —volvió a sonreír—. En cuanto usted me diga, Sebastián se pondrá en contacto para tratar el traslado del piano.

Ariosto se levantó y se despidió del matrimonio. Pasó por la barra de la cafetería para abonar las consumiciones y se marchó por la calle del Agua, rumbo a la plaza del Adelantado.

Isidoro lo observó hasta que se perdió de vista. Ariosto le recordaba mucho a don Juan Fitz-Stuart. Ambos tenían un modo aristocrático de enfrentarse a la vida. Hubieran hecho buenas migas, de haberse conocido.

Una vez más, se acordó de la noche en que don Juan se marchó. Recordaba perfectamente ir a buscar, como le pidió, el Rohipnol al armario de cuarto de baño. Don Juan le había dicho que solo necesitaría seis pastillas desleídas con el vino para acelerar su marcha.

Isidoro, como buen amigo, en vez de seis, metió doce. Ya que se hacían las cosas, que se hicieran bien.

NOTA DEL AUTOR

Con la vuelta al escenario de La Laguna, esta novela acaba con la denominación «Trilogía de La Laguna», ajena a mí, con que algunos habían bautizado a mis primeras novelas. Nunca dije que no volvería a dicha ciudad, lo que hago con sumo placer y volveré a repetir en más ocasiones, siempre que estas narraciones sigan gustando.

En la vida real no existe la casa del camino de San Diego que se describe en esta novela como la mansión de los Fitz-Stuart, ni esta familia, por supuesto. El edificio está inspirado en varias casas señoriales del vecindario lagunero que tuve la suerte de visitar en los últimos meses, aunque los detalles no corresponden a una sola de ellas en particular. Sí que existen en la plaza de la Junta Suprema la denominada «Las Araucarias», pequeña y coqueta, y la de los Caufield, más grande e imponente. Ambas de un estilo ecléctico inspirado en el mundo anglosajón, a las que añadí en las inmediaciones el caserón ficticio protagonista de esta novela.

La casa de la portada no es de Canarias pero muy bien podría estar construida en el archipiélago, ya que existen referentes muy similares. La portada es de Enrique Negrín, un mago del diseño artístico que con muy pocas cosas es capaz de crear ambientes fabulosos.

También existe la casa de los Rodríguez López en el camino de Las Mantecas, de un estilo similar, rodeada de edificios modernos de la Universidad. Todas ellas, además de otras que están dispersas por la isla, evidencian una época en la que lo inglés era un espejo atractivo donde mirarse.

La variedad de uva albillo prieto no existe, que yo sepa. Sí que las hay similares en muchos puntos de nuestra geografía, y la zona vinícola de Tijarafe es famosa por sus excelentes vinos. Alguna vez los he probado *in situ*.

Es posible determinar científicamente mediante análisis una variedad concreta de uva a través de sus marcadores moleculares de ADN. No es barato, pero es factible.

El tesoro funerario del Inca Yupanqui también es inventado, aunque el personaje histórico existió a finales del siglo XV, poco antes de que llegaran los conquistadores españoles a Perú. Fue un rey que amplió el imperio inca en continuas guerras con sus vecinos, lo que no evitó que fuera envenenado por su esposa y su cadáver profanado treinta años después de su muerte por los descendientes de los pueblos por él conquistados. Así se las gastaban por entonces.

En esta novela he guiñado un ojo a mis amigos de la Fundación Hogar Santa Rita, a los que

conocí precisamente durante la adjudicación de una herencia a su favor. Tomás Villar y su equipo merecen todas las ayudas posibles.

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, agradezco a mi familia la benevolencia con que tratan el hecho de que yo dedique mucho tiempo a las novelas. Saben que soy más sufrible así.

A mi padre, Eusebio, por esperar atento la llegada de los capítulos y ser el primero en criticarlos, algo que en muchas ocasiones se merecían.

A Maloli Sánchez, Ana López, Alicia Cabrera, Dulce Gutiérrez y Jesús Pedreira, que han dedicado su tiempo a la lectura del borrador de la novela y a sugerir cambios, siempre bienvenidos. También a Alfonso de la Fuente y a Jorge Zerolo por ilustrarme sobre algunos detalles que conocía mal. Cualquier error es responsabilidad mía, ya que me habré empeñado en mantenerlo.

Por supuesto, a todos los amigos que de alguna manera han empujado para que mis novelas vieran la luz, en especial a Doris Martínez, Raquel Gutiérrez, Madi Ramos, Victoria Martínez Lojendio, Luis Adem, Carlos Castro, Mercedes Marrero, Mar Oropesa y Ciro Guerra.

Y también a los profesores y libreros que siguen recomendando mis novelas entre la gente joven y sus clientes, respectivamente.

Y a todos mis amigos de Facebook y de Tusantacruz.

Sigue al autor en www.marianogambin.com